

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

POSGRADO EN LETRAS  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**JOSÉ ENRIQUE RODÓ EN MÉXICO**

**TESIS**

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:  
**DOCTOR EN LETRAS**

PRESENTA:  
**RAFFAELE GIAN LUIGI CESANA**

TUTOR PRINCIPAL:

**Dr. IGNACIO DÍAZ RUIZ**  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

MIEMBROS DEL COMITÉ TUTOR:

**Dr. JOSÉ EDUARDO SERRATO CÓRDOVA**  
CENTRO DE ESTUDIOS LITERARIOS DEL INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS, UNAM

**Dr. SERGIO UGALDE QUINTANA**  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. MX.  
OCTUBRE DE 2016



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



*A Cintia y Giulia:  
Sin vuestra hermosura, energía y paciencia  
nunca lo habría logrado.*



*REFORMARSE ES VIVIR... Y desde luego, nuestra transformación personal en cierto grado, ¿no es ley constante e infalible en el tiempo? ¿Qué importa que el deseo y la voluntad queden en un punto si el tiempo pasa y nos lleva? El tiempo es el sumo innovador. Su potestad, bajo la cual cabe todo lo creado, se ejerce de manera tan segura y continua sobre las almas como sobre las cosas.*

José Enrique Rodó



## ÍNDICE

PRÓLOGO.....	11
INTRODUCCIÓN.....	17
VIDA DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ.....	28
Infancia.....	31
Adolescencia.....	41
Juventud.....	50
Madurez.....	60
Final.....	74
LA CONSTRUCCIÓN DE UNA RED INTELECTUAL.....	84
Correspondencia.....	94
Luis G. Urbina.....	95
Francisco Medina.....	98
Félix Martínez Dolz.....	101
Lino Ramón Campos Ortega.....	105
Max Henríquez Ureña.....	107
Pedro Henríquez Ureña.....	110
Francisco Asís de Icaza.....	122
Telésforo García.....	124
Porfirio Parra.....	127
Alfonso Reyes.....	131
Agustín Aragón.....	133
Miguel de la C. Escamilla.....	134
J. López Méndez.....	136
Hermanos Porrúa.....	138
Publicaciones.....	140

EL PENSAMIENTO Y LA OBRA DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ.....	167
El ensayo como literatura de ideas .....	167
Los ensayos de Rodó y la crítica mexicana .....	205
<i>La vida nueva I</i> .....	207
<i>La vida nueva II</i> .....	219
<i>La vida nueva III</i> .....	224
<i>Liberalismo y jacobinismo</i> .....	254
<i>Motivos de Proteo</i> .....	264
<i>El mirador de Próspero</i> .....	282
CONCLUSIONES .....	293
BIBLIOGRAFÍA GENERAL .....	302

## PRÓLOGO

*Lume v'è dato a bene e a malizia,  
e libero voler; che, se fatica  
nelle prime battaglie col ciel dura,  
poi vince tutto, se ben si notrica.*

*Purgatorio 16: 75-78*

“*Un viaggiatore, che aveva visto molti paesi e popoli e più continenti*” (Nietzsche, *Schopenhauer 3*), paseaba por las calles del centro histórico de Roma.<sup>1</sup> El día era placentero. La luz otoñal pintaba las arquitecturas de la ciudad eterna con mil tonalidades de naranja, morado, amarillo y rojo. El joven había dedicado la mañana a visitar el *Colosseo* y la Basílica de San Clemente, donde se dejó seducir por la *domus* paleocristiana y los frescos que se esconden bajo la iglesia barroca.

Antes de proseguir su programa y caminar hasta la Galería Borghese, cuya visita pudo reservar sólo para las cinco de la tarde, decidió descansar en un bar durante un par de horas y relajarse con la lectura de uno de los pocos libros que lo acompañaban en su viaje: *El camino de Paros*, de José Enrique Rodó. Entre las crónicas de viaje que el autor uruguayo escribió durante su único y último itinerario europeo, desde julio de 1916 a mayo del año

---

<sup>1</sup> “Un viajero, que había visto muchos países y pueblos y más continentes”. Sin otra indicación en el texto o la bibliografía, las traducciones del italiano son mías. Es éste el íncipit de *Schopenhauer como educador*, obra juvenil de Friedrich Nietzsche: junto a *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música*, este ensayo es uno de los textos más importantes entre las lecturas de los jóvenes de la generación ateneísta. No es mi intención comprometerme con los significados ideológicos que comporta la referencia a Nietzsche, sin embargo, he elegido utilizar la traducción italiana de este íncipit, renunciando así al original en alemán y a la versión española, para poder inaugurar la tarea hermenéutica de esta tesis a partir de dos aspectos teóricos y estratégicos para mí fundamentales: el juego y el lenguaje.

siguiente, desde Lisboa hasta Palermo, dos textos de enero de 1917 despertaron la curiosidad del lector: “Una impresión de Roma” y “Los gatos del Foro Trajano”. De hecho, no pudo perder la ocasión de apuntar algunas citas en su agenda, transformada ya desde unos días en diario de viaje.

Del ensayo dedicado al Foro del emperador Trajano, inaugurado a principios del II siglo d. C. y poblado en el cuento rodoniano por “la que llamó Quevedo ‘la gente de la uña’” (*Obras* 1236), reescribió en las páginas de su diario un pasaje de un cierto sabor literario dedicado al ser humano y al gato:

Somos, para los antiguos, gatos para fieras. Reproducimos su genio y su cultura, como el gato los rasgos del felino indómito y gigante. Para dar voz a otros hombres y otros tiempos, el *Ramayana*, la *Ilíada*, la *Comedia*. Para expresar la democracia utilitaria y niveladora, la *Gatomaquia*. Carecemos de la crueldad que empurpuró la arena del Circo y maceró las carnes del esclavo; pero tenemos la perversidad del rasguño, de la pupila que escudriña en la noche, de la mano esponjosa que dilata la agonía del ratón. Gatunos son nuestros crímenes. Económicas, tibias y falaces nuestras virtudes, pulcritud de gato. Si se aparece entre nosotros el Héroe, el miedo nos infunde valor y le saltamos a la cara, como nuestros congéneres hicieron con Don Quijote. (Rodó, *Obras* 1237)

Sin conocer la razón, escribir esa frase lo había puesto un poco inquieto; quizás porque él tampoco amaba los gatos. O tal vez, más probablemente, porque se había dado cuenta de que, con una mirada inteligente y viva, la camarera lo espiaba mientras transcribía los pensamientos del ensayista montevideano: Rodó le parecía, antes que nada, un crítico serio y refinado de las letras latinoamericanas.

Tomó la segunda cita de la crónica titulada “Una impresión de Roma”. En la primera edición de las *Obras completas* del escritor uruguayo, curadas por Emir Rodríguez Monegal, es ésta la etapa decimosexta del camino, en realidad nunca terminado, hacia la isla del Egeo: Rodó define “noble y saludable la influencia de Roma, por los espíritus que vienen a ella sin

fe, pero sin odio” y describe las sugerencias del ambiente romano como el resultado de una perenne lección de tolerancia, de “una iniciación, en ninguna parte tan perfecta, de sentido histórico, de amplitud humana, de superior y fecunda armonía...” (*Obras* 1236). El joven estudioso mexicano sabía, por experiencia propia, que el viaje de Rodó tenía como destino el horizonte de la civilización grecolatina donde se encuentran muchas de las raíces culturales del continente iberoamericano. Esto, a pesar del hecho que, en definitiva, Sicilia sustituyó a Paros: el intelectual montevideano había muerto en Palermo en mayo de 1917.

Mientras leía “Una impresión de Roma”, el aspecto que más llamó su atención fue el tono teórico de ciertas reflexiones estéticas:

En presencia de los Profetas y los réprobos de Miguel Ángel, las Logias de Rafael, y su *Transfiguración*, el estupendo *San Jerónimo* del Dominiquino, y los frescos de Ghirlandaio y de Botticelli, o de cualquiera otra de las obras de genio que perpetúan asuntos religiosos, la mirada que busque el fondo reconocerá, por debajo de la interpretación del artista, la inspiradora virtud de la idea, la hermosura o la grandeza esenciales de la imagen representada, del sentimiento debido a la fe que eligió en el artista el realizador de una de sus íntimas visiones. Como hay en los paganos dioses una belleza ideal que hicieron plástica los mármoles que los figuran, la hay en el sobrenatural cristiano, ya severa y terrible, ya tierna y lacrimosa, y estos cuadros lo manifiestan, a pesar de la mezcla de paganismo con que suele enturbiar su religiosidad el espíritu del Renacimiento. (Rodó, *Obras* 1235)

Las consideraciones de carácter hermenéutico y estético que su conciencia empezaba a elaborar no eran pocas. Los argumentos que Rodó enfrentaba eran pertinentes con los temas que había investigado para su última publicación e, inevitablemente, liberaban del sopor algunas dudas e inquietudes que tenía desde entonces. Dominado por sus reflexiones, de repente, se dio cuenta de que no faltaba mucho a la cita que había reservado. Rápido, pagó la cuenta, dirigió un saludo cortés a la espía disfrazada de camarera y se lanzó por las calles

pequeñas y sugestivas que unen *via del Corso* con *piazza Barberini*. En poco tiempo quedó a las espaldas la elegante *via Veneto*.

Cuando ingresó en el Parque de Villa Borghese, los pinos, los cedros, las encinas y los abetos lo acogieron en una fiesta de nuevos colores. El ambiente era fresco y doméstico. La Galería, al final del *viale*, estaba inundada por la luz del sol, cálida e inconfundiblemente romana. La hermosa atmósfera del exterior parecía anticipar el tesoro artístico conservado en el interior. En ese momento recordó que, no muchos años antes, el profesor Reilly le había explicado que el coleccionismo del cardenal Scipione Borghese constituye el núcleo más importante de las pinturas y esculturas que se conservan en los dos pisos del museo: allá viven Canova, Tiziano, Raffaello, Perugino, Pinturicchio, Rubens y, sobre todo, Caravaggio y Bernini.

A decir verdad, fue precisamente por dos hermosas esculturas de Gian Lorenzo Bernini que el viajero había decidido visitar el museo Borghese. Durante la universidad, el profesor de historia del arte los había entusiasmado con la descripción de los grupos marmóreos de *Eneas, Anquises y Ascanio*, esculpido en el bienio 1618-19, y *Apolo y Dafne*, realizado entre 1622 y 1625.

Encontró esta segunda obra en la sala tres del museo. El juego entre la luz suave del ambiente y la sombra de los muchos detalles conquistaba al observador. La escena era espectacular y terrible: Dafne, casi alcanzada por Apolo, ha empezado su metamorfosis en laurel; sus manos toman la forma de ramas y hojas, las piernas y los pies de troncos y raíces, su mirada está al mismo tiempo estupefacta y llena de tragedia.

La escultura de *Eneas, Anquises y Ascanio* dominaba la sala del Gladiador, la número 6. La mano de Bernini había representado el momento de la huida de Troya en llamas: el príncipe de los Dárdanos, Eneas, tiene sobre las espaldas a su viejo padre Anquises y lo sigue, caminando entre sus piernas, su pequeño hijo Ascanio.

La experiencia artística que el joven vivía a través de la recepción de las dos estatuas era profunda e intensa, difícilmente comparable. Sin embargo, la obra que electrizó su sensibilidad estética fue otra. En una esquina de la sala, en penumbras, alguien se había olvidado de una escultura que él no conocía. Respecto a las que acababa de admirar, este inesperado trabajo marmóreo no era blanco y alisado, sino de color café y nada liso; una joven mujer, desnuda y hermosa, donaba a sus admiradores una sonrisa misteriosa, un poco irónica, mientras tenía en la mano derecha el sol y bajo el pie izquierdo el globo terrestre. Su espalda estaba acariciada por un velo que parecía movido por alguien ausente.

Cuando leyó los datos esenciales de la obra en la tarjeta puesta a lado, sintió sorpresa y entusiasmo. Bernini la había esculpido entre 1645 y 1652, durante una fase particularmente difícil de su trabajo en la corte papal de Inocencio X, cuando recibió fuertes acusaciones por sus decisiones en la construcción de la Basílica de San Pedro. La escultura se titulaba *La verdad descubierta por el tiempo*. Tuvo una sensación de escalofrío. De hecho, el grupo estaba incompleto: la representación del tiempo, que debía estar puesta en la parte superior en el acto de revelar la verdad no se realizó nunca.

A sus espaldas, había empezado a escuchar algunas frases pronunciadas por el guía de una familia argentina que visitaba el museo: la idea original nació de la intención del artista de reivindicar las acusaciones recibidas; Bernini sostenía que la verdad habría de salir a la luz y que el tiempo le daría la razón. A pesar de esa lectura, el joven receptor quedó seducido por la teoría hermenéutica que veía salir, brotar de la estatua. La sonrisa de la mujer lo capturaba, invitándolo a reflexionar sobre cómo la experiencia estética del arte es primeramente la vivencia de una verdad: un momento revelado, un acontecimiento real en el que se realizan, por un lado, un proceso ontológico representativo y, por el otro, la inevitable puesta en discusión de la propia subjetividad por parte de quien recibe e interpreta. En el juego de la

comprensión de la obra de arte se activa una experiencia de la verdad que puede modificar *el ser de y en el mundo* de quien participa.

Frente a esa tan fuerte manifestación artística, humana y metafísica de la vocación de Bernini, algunas interrogantes, no sencillas, quedaron sin respuesta. Se alejó de la sala con la sensación de dejar abiertas las ventanas de una habitación familiar. La experiencia artística que acababa de vivir tenía un carácter íntimo y formativo. Por cierto, un poco distraído, al bajar las últimas gradas para salir de la Galería, y descubrir que afuera había todavía un sol maravilloso, dejó escapar, en voz no tan baja, unas de sus preguntas: *¿Por qué la verdad se estaba riendo en modo tan misterioso? Pisando nuestro mundo, ¿quiere mostrarnos que nunca podremos encontrarla o comprenderla realmente? ¿Cómo el tiempo, irónicamente ausente en la estatua de Bernini, puede ser generador de sentidos, para así ayudarnos a interpretar la realidad de otro horizonte histórico y cultural?*

## INTRODUCCIÓN

*“Haré grandes cosas: lo que son no lo sé.” Las palabras del rey loco son el mote que inscribimos, desde hace cien años, en nuestras banderas de revolución espiritual. ¿Venceremos el descontento que provoca tantas rebeliones sucesivas? ¿Cumpliremos la ambiciosa promesa?*

*Apenas salimos de la espesa nube colonial al sol quemante de la independencia, sacudimos el espíritu de timidez y declaramos señorío sobre el futuro. Mundo virgen, libertad recién nacida, repúblicas en fermento, ardorosamente consagradas a la inmortal utopía: aquí habían de crearse nuevas artes, poesía nueva. Nuestras tierras, nuestra vida libre, pedían su expresión.*

Pedro Henríquez Ureña,  
*Seis ensayos en busca de nuestra expresión*

La elección de ocuparme de la presencia de José Enrique Rodó en el contexto literario e intelectual de México se concretó en dos momentos distintos. El primero ya casi se pierde en el tiempo y constituye un recuerdo intenso y sólo en parte esfumado: la lectura de *Ariel*, junto a la de *El Laberinto de la soledad*, de Octavio Paz, y de *Los ríos profundos*, de José María Arguedas, fueron experiencias fundamentales para mi relación con la literatura de Hispanoamérica; el encuentro con estos tres autores marcó mi imaginario de joven estudiante italiano que nunca había pisado la tierra del Nuevo Mundo. Recuerdo esos viajes ensayísticos y narrativos con el sentido del enamoramiento voraz y fresco que sólo la adolescencia puede vivir; porque, como dijo una vez Alfonso Reyes, yo sentía que “la chispa del sueño había

caído sobre el grano de pólvora de la realidad” (Obras 11: 50). Por cierto, esa pasión alimentó el entusiasmo e idealismo que me llevaron a licenciarme en la Università degli Studi di Roma “La Sapienza” con la tesis *Tre saggi viandanti alla ricerca di una identità messicana: Alfonso Reyes, Samuel Ramos, Octavio Paz*. En este sentido, Rodó y el ensayo hispanoamericano estaban presentes desde mucho antes que yo llegara a México.

El segundo momento se refiere a los años de la Maestría. Ya estaba de este lado del océano, cuando empecé a interesarme en la estética de la recepción y en el escritor argentino Manuel Ugarte. De hecho, en octubre de 2010 conseguí el grado de maestro en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México con la tesis *La recepción en México de Manuel Ugarte*. Mientras iba terminando mi investigación sobre este tema, un consejo literario de la que ahora es mi compañera me iluminó respecto al rumbo que habría dado a mis siguientes años; investigué la sugerencia y descubrí que nadie, o casi, se ocupaba de Rodó de forma profunda y detallada: las tesis de la UNAM dedicadas al ensayista uruguayo eran prácticamente inexistentes y, en general, la bibliografía sobre la importancia de Rodó para las letras mexicanas era escasa y poco satisfactoria. Para mí, fue una epifanía: mientras regresaba mi lejana pasión por el idealismo rodoniano, comprendí con lucidez cuál habría sido el tema de mi proyecto de Doctorado.

Una vez que fui aceptado, empecé la investigación proponiéndome tres objetivos que debía alcanzar antes que cualquier otro: leer las *Obras completas* de Rodó publicadas por Aguilar, profundizar la base teórica enfocada en la hermenéutica de Hans-Georg Gadamer que querría dar a la tesis y organizar una bibliografía exhaustiva de la crítica que se ha escrito sobre Rodó. Con el estudio empecé a elaborar una estructura más clara y establecí los temas principales que debía profundizar: la biografía de nuestro autor, la historia de Uruguay desde la mitad del siglo XIX hasta 1920, las características del ensayo rodoniano, las relaciones

personales y epistolares que desarrolló en México, las publicaciones –libros autónomos o artículos de revistas y diarios– que aquí se habían hecho, el papel intelectual de Rodó y su influencia, y, por fin, los intérpretes mexicanos de las obras rodonianas. Sólo algunos meses después, me di cuenta que compartía los cuatro apartados operativos que Fernando Curiel evidenció en “Rodó ataca de nuevo (Cartaprólogo)” al hablar de la importancia del arielismo en México: “el de las relaciones epistolares y/o personales; el de las principales revistas de calidad; el de las ediciones mexicanas; y, claro, el de la recepción crítica del credo rodoniano” (XXI).

Para estudiar algunos de estos temas tuve que visitar y conocer dos peculiares espacios de investigación: el Archivo José Enrique Rodó de la Biblioteca Nacional de Uruguay y el Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de México. Consultar el material conservado en los dos acervos ha sido una experiencia indispensable: en el primer caso para indagar la recepción de la obra de Rodó en las epístolas que le enviaron; en el segundo para proponer una breve historia de las publicaciones rodonianas que abarcara no sólo el ámbito capitalino, sino también el de otras ciudades, como, por ejemplo, Guadalajara, Monterrey y Oaxaca. Además, el estudio que desarrollé en estos acervos me hizo comprender que en mi investigación debía enfocarme en un específico receptor mexicano de la obra rodoniana: el lector crítico que no se aleja demasiado del horizonte histórico en el que el mismo Rodó vivió y escribió. A partir de esta perspectiva, empecé a hacerme algunas sencillas preguntas: ¿Quién leía a Rodó? ¿Dónde era posible encontrar sus ensayos? ¿Qué opinaba el lector mexicano de su ideario estético y su posición intelectual?

Desde el punto de vista teórico-metodológico, la investigación archivística y la hemerográfica han permitido atenuar la tensión que la tarea interpretativa vive respecto a la distancia temporal de su objeto de estudio. La consulta y el análisis de las revistas, los diarios,

las misivas, los apuntes conservados en los dos acervos representan, para la capacidad de comprensión de la conciencia histórica, un clavado en el horizonte social, humano y literario no sólo de Rodó, sino del Uruguay y el México de esa época. En realidad, eso no significa superar o reconstruir la tensión que se produce entre el horizonte del pasado y la situación del presente, sino reconocer y *tomar conciencia* de que la distancia en el tiempo “no es un intervalo muerto, sino una *transmisión generadora de sentido*. Antes de ser un depósito inerte, la tradición es una operación que sólo se comprende dialécticamente en el intercambio entre el pasado interpretado y el presente que interpreta” (Ricoeur 961). En este sentido, como afirma Gadamer: “Ni existe un horizonte del presente en sí mismo ni hay horizontes históricos que hubiera que ganar. *Comprender es siempre el proceso de fusión de estos presuntos ‘horizontes para sí mismos’*” (376-77).

Sin quitar importancia al trabajo desarrollado en la Hemeroteca Nacional de México, debo subrayar que la estancia de estudio que hice en Montevideo entre octubre y diciembre de 2011 tuvo un papel central en mi investigación. Por un lado, consultar el Archivo Rodó me ha permitido, no sólo recuperar la actividad epistolar del ensayista uruguayo, sino, quizás sobre todo, comprender con más profundidad a Rodó, como ser humano, escritor y estudioso: conocer y apreciar su carácter íntimo, idealista, reservado y honesto, su seriedad y meticulosidad en los estudios humanistas y su firmeza en el compromiso intelectual y político. Por otro lado, en la Biblioteca de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República y en la Biblioteca Nacional de Uruguay encontré muchos textos imprescindibles para mi estudio sobre la crítica rodoniana.

Durante los dos años siguientes (2012-13), amén de desarrollar la investigación hemerográfica, dirigí mis esfuerzos hacia el estudio de los principales críticos que se han ocupado de Rodó, tanto en el ámbito mexicano, como en términos generales; en este sentido,

fue fundamental e impagable el auxilio del doctor Sergio Ugalde que, desde Berlín, me ofreció la oportunidad de recoger y consultar los libros y artículos más importantes para mis intereses que se conservan en la Biblioteca del Instituto Ibero-Americano. En el mismo periodo escribí el texto que dio cuerpo a los primeros dos capítulos de la tesis.

El examen de candidatura, que sostuve durante el cuarto año de Doctorado, representó un momento de análisis fundamental de mi investigación; mis sinodales fueron los doctores Ignacio Díaz Ruiz, José Eduardo Serrato Córdova, Sergio Ugalde Quintana, María Rosa Palazón y Fernando Curiel. Sus comentarios, si por un lado me indicaron que mi tesis constituía un trabajo bien planeado y ya próximo a la conclusión, por el otro, me permitieron reflexionar sobre la base teórica y metodológica de mi estudio. De esta forma, el examen de candidatura me dio modo de comprender que mi texto funcionaba de por sí por su rigor filológico y cumplía con el objetivo primario de reconstruir e interpretar de la forma correcta tanto los textos y documentos de Rodó, como los de sus intérpretes. Decidí, pues, eliminar las referencias a la hermenéutica gadameriana que desde el principio habían dado estructura a la tesis, pero que constituían un elemento superfluo y, a veces, estorboso en el desarrollo del texto y un aspecto, quizás, demasiado fácil de refutar en términos filosóficos. A partir de este cambio, la tesis adquirió, sin duda, mayor fluidez desde el punto de vista expositivo.

De tal manera, la investigación que presento está organizada en tres capítulos; por cierto, tratándose de una tesis de Doctorado, no tiene el carácter amorfo que Alfonso Reyes atribuyó a *Motivos de Proteo*. Mi texto sigue las tradicionales *partes del discurso* que definen el género al que pertenece. De hecho, prólogo e introducción son su cabeza, mientras que las conclusiones constituyen sus pies.

El primer capítulo se titula “Vida de José Enrique Rodó”. Una confesión con sabor literario: su estructura expositiva sigue la organización que Julio Cortázar dio a una de sus *invenciones*, quizás, más logradas: la biografía de Edgar Allan Poe que escribió para la edición Alianza de los *Cuentos* del narrador estadounidense. De esta manera, el primer capítulo se divide en las siguientes etapas: infancia, adolescencia, juventud, madurez y final. Amén de reconstruir de forma detallada la biografía de Rodó, propongo un estudio de los principales acontecimientos políticos, militares y sociales que han caracterizado la historia de la República del Uruguay desde la mitad de siglo XIX hasta el fallecimiento del intelectual montevideano. Trato que las distintas fuentes dialoguen entre sí. Mi intención es la de ubicar a Rodó en su horizonte histórico y, también, ayudar al lector que no conoce en profundidad el devenir de Uruguay.

El segundo capítulo se titula “La construcción de una red intelectual”. Presento aquí los hallazgos logrados gracias a mi investigación en el Archivo Rodó de la Biblioteca Nacional de Uruguay y en el Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de México. El capítulo se abre con mi interpretación de la figura de Rodó como intelectual y hombre de cultura. La materia está organizada en dos secciones; en “Correspondencia” presento las epístolas de catorce remitentes mexicanos, incluyendo a algunos extranjeros que tuvieron un papel importante para las letras nacionales: Luis G. Urbina, Francisco Medina, Félix Martínez Dolz, Lino Ramón Campos Ortega, Max y Pedro Henríquez Ureña, Francisco Asís de Icaza, Telésforo García, Porfirio Parra, Alfonso Reyes, Agustín Aragón, Miguel de la C. Escamilla, J. López Méndez y los hermanos Porrúa. En la segunda parte, titulada “Publicaciones”, propongo una breve historia de las publicaciones de los artículos y libros de Rodó que se hicieron en México entre 1895 y 1917. El objetivo de este capítulo es el de reconstruir la red intelectual que el uruguayo tejó a través de su relación con México.

“El pensamiento y la obra de José Enrique Rodó” es el título del tercer capítulo. También en este caso he organizado mis argumentos en dos secciones. En la primera, “El ensayo como literatura de ideas”, analizo el pensamiento rodoniano a la luz del panorama literario e ideológico de su época; intento dar una respuesta honesta a una pregunta sólo en apariencia sencilla: ¿Cuál fue la relación de Rodó con el positivismo y el modernismo? Además, en la misma sección, examino las características que considero cardinales del ensayo rodoniano.

La segunda parte se titula “Los ensayos de Rodó y la crítica mexicana”: el objetivo es, antes que nada, el de investigar y presentar las interpretaciones de la obra rodoniana que se publicaron en México en el periodo 1895-1947, es decir, desde el año de fundación de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, hasta el de la publicación de *Historia de la cultura en la América Hispánica*, de Pedro Henríquez Ureña. La elección de este margen temporal nace de la intención de enfocarme en un lector crítico que no se aleje demasiado del horizonte histórico del autor uruguayo. En este sentido, los intérpretes de las obras rodonianas de los que me ocupo detenidamente serán: Alfonso Reyes, Pedro y Max Henríquez Ureña, Mario de la Cueva y Samuel Ramos. Asimismo, propongo mi interpretación de los principales ensayos de Rodó: los tres números de la serie *La vida nueva* –que recogen respectivamente “El que vendrá” y “La novela nueva”, “Rubén Darío: su personalidad literaria, su última obra” y *Ariel*–, *Liberalismo y jacobinismo*, *Motivos de Proteo* y *El mirador de Próspero*.

Respecto a este capítulo, y en general a toda la tesis, me parece importante subrayar que mis aportes acerca de la recepción de Rodó en México deben considerarse según los términos de una propuesta ejemplar. Estoy consciente del hecho de que muchos temas quedarán abiertos e irresueltos; tanto por las limitaciones de espacio y tiempo que una investigación académica comporta, así como por razones argumentativas, he tenido que operar una selección; entre los ejemplos ilustres que no encontrarán en mi tesis la merecida atención,

recuerdo el papel que *Ariel* y *Motivos de Proteo* tuvieron en la reorganización del sistema educativo superior que Justo Sierra impulsó a partir de 1907 con el nombramiento de Porfirio Parra como director de la Escuela Nacional Preparatoria; así como la influencia del ideario rodoniano en el pensamiento de Antonio Caso y José Vasconcelos. Mientras el primer tema conlleva una atención analítica enfocada en la historia de la educación en México que he decidido no perseguir en mi investigación, sobre el segundo aspecto hay que evidenciar que tanto Caso como Vasconcelos no formularon una verdadera interpretación crítica de las obras del autor uruguayo, sino que reelaboraron algunos de sus temas tópicos para desarrollar su personal perspectiva antipositivista y metafísica, y, en particular, su interpretación de la realidad de México y América Latina; además, en mi opinión, analizar la recepción de Rodó en Caso y Vasconcelos comporta un enfoque más filosófico que literario.

Hay otro aspecto de la tesis que creo importante explicar: para las citas, utilizo el sistema de referencias bibliográficas propuesto por la séptima edición del *MLA Handbook for Writers of Research Papers* (2009). Tratándose de una herramienta pensada para el idioma inglés, me apoyo en las “Normas bibliográficas” preparadas por el profesor Rafael Olea Franco para las abreviaciones y otros aspectos lexicales característicos del español. Al mismo tiempo, debo subrayar que respecto al estilo *MLA* he aportado algunos cambios:

En la “Bibliografía general” de la tesis:

- He organizado la lista de los textos citados en tres apartados: “Obras de José Enrique Rodó”, “Bibliografía” y “Hemerografía”. De esta forma, no indico siempre el medio de las publicaciones consultadas (Impreso), sino que me limito a evidenciar únicamente los casos de los textos que encontré en la Web, para los que revelo también el link y la fecha de su consulta.

- En lo que concierne a los apartados “Obras de José Enrique Rodó” y “Hemerografía” he operado los cambios más significativos respecto al estilo *MLA*:
  - 1) Tanto para los textos que encontré en los periódicos, así como para los de las revistas no académicas, indico siempre el lugar de publicación, de manera que con ello se evite cualquier confusión determinada por la homonimia que, a menudo, caracteriza el ámbito periodístico latinoamericano y, en general, hispánico. Por lo contrario, sigo el estilo *MLA* en el caso de las revistas académicas: pues no escribo el lugar y pongo entre paréntesis sólo el año de publicación.
  - 2) Para dar al lector de mi tesis una información más detallada sobre las fuentes de los artículos citados, indico también para las revistas no académicas el número del volumen y el número particular de la revista, entre el título de ésta y su lugar de publicación; cuando, como en el caso de *Nosotros* de Buenos Aires (*Nosotros: Revista Mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales* 11.26.97. Buenos Aires, mayo de 1917), aparecen tres números, el primero de ellos se refiere al año de la revista.
  - 3) De esta forma, preciso que en las referencias bibliográficas la indicación del número del volumen y del número particular –y eventualmente del año– es el elemento que distingue una revista no académica de un periódico.
- En el caso de las referencias hemerográficas, cuando se trata de una publicación de numeración corrida que he consultado en su totalidad, indico en el siguiente orden: el título, el número de los volúmenes, el lugar y periodo de publicación (*Revista Moderna de México*. 16 vols. México, 1903-11).

En la cita de las fuentes dentro del texto de la tesis:

- Respecto al estilo MLA, las referencias hemerográficas indican (entre paréntesis o en el texto) el título, el volumen, la fecha y la página, en ese orden, de la publicación que se consigna: esto en el caso de las publicaciones de numeración corrida que he consultado en su totalidad (*Revista Moderna de México*, 8, mayo de 1907: 139-40). Para los artículos específicos, como los tomados de los diarios, sigo la convención del *MLA Handbook*, revelando, entre paréntesis o en el texto, el nombre del autor y, si es necesario, el título del artículo.

Una última aclaración de carácter bibliográfico: cuando cito las cartas del Archivo Rodó no indico cada vez el número de las carpetas en las que se conservan; su clasificación muestra, en más de una ocasión, una cierta falta de precisión. Por eso, valga, pues, la simple referencia a la sección II del archivo montevideano como fuente de la mayoría de las epístolas recogidas en el segundo capítulo de mi tesis. Por lo contrario, el pequeño grupo de misivas que tiene otra fuente encontrará su debida indicación bibliográfica.

Al final sólo me resta agradecer a las personas que han sostenido y ayudado mi investigación y escritura: al doctor Ignacio Díaz Ruiz, por el ejemplo de su firmeza y su cuidado de los detalles, sus consejos y llamadas de atención que siempre me han indicado el camino correcto; a los doctores José Eduardo Serrato Córdova y Sergio Ugalde Quintana, que me han dado muchos comentarios fundamentales para corregir algunos errores e imprecisiones, amén de regalarme la dulzura e inteligencia que hacen de la plática literaria un momento de serenidad y divertimento.

*Grazie a Tommaso Marani, amico e maestro:* sus consejos y afecto han sido un auxilio indispensable para llegar hasta aquí. Reconozco otra deuda importante hacia Ignacio Bajter: por la amistad sincera que nació *allá* en Montevideo y su apoyo importante en las dificultades de carácter archivístico. Agradezco a Virginia Friedman por su disponibilidad y cortesía durante mi investigación del Archivo Rodó.

Un agradecimiento especial a Luisa, Carlo y Giorgio: *quando vi penso, una volta che ho messo da parte la soffocante nostalgia, riesco a sentirvi presenti. Lì è quando mi scopro forte e determinato.*

## VIDA DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ

*A través de las dudas, de los desmayos y reanimaciones, de las angustias, y porfías de la lucha que se desenvuelve en lo interior de la conciencia y de la que se sostiene al pleno sol de la contradicción humana, la idea que resiste, y triunfa de cuantas armas se le oponen, se fortalece, acicala y magnífica.*

José Enrique Rodó, *Motivos de Proteo*

En líneas generales, este capítulo sobre la vida de José Enrique Rodó se apoya en un grupo esencial de textos que, en grado distinto, pueden definirse como biográficos. En el ámbito de los estudios rodonianos, se trata de referencias imprescindibles para conocer con una cierta exhaustividad los hechos sobresalientes y el contexto cultural en la vida del escritor uruguayo. En este sentido, la “Introducción” que, el año 2000, María Belén Castro Morales publicó para la edición Cátedra del *Ariel* es un trabajo bien realizado y un instrumento muy valioso. Mientras la segunda y tercera partes se enfocan en el análisis de la obra de Rodó, la primera sección, “Hacia José Enrique Rodó”, ofrece una presentación equilibrada de la trayectoria vital e intelectual del ensayista. Los elementos que más seducen en el texto de Castro Morales son la profundidad y seriedad de la investigación, y la solidez de las fuentes bibliográficas y archivísticas que rige todo el trabajo.

Aunque la intención general de su autor es de carácter más interpretativo y crítico que biográfico, *Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó*, de Alfonso

García Morales, es un breve libro muy interesante. Salió de la imprenta en 1992. El autor nos ofrece un dibujo sintético y claro del contexto filosófico y literario hispanohablante que, desde Montevideo, Rodó debió vivir entre los quince y treinta años.

El ensayo *Infancia y juventud de José E. Rodó*, publicado en 1972 por Eugenio Petit Muñoz, se ocupa esencialmente de los primeros treinta años de vida de Rodó. El texto, dividido en siete capítulos, se cierra con “El maestro de la juventud de América”, donde el hilo biográfico deja espacio al análisis del ideario de *Ariel*. El tono general en la escritura de Petit Muñoz es romántico, a veces demasiado idealizado. A pesar de eso, las muchas referencias anecdóticas e históricas resultan realmente importantes para comprender el ambiente familiar y literario donde creció Rodó y *reconstruir* el Montevideo de esos años.

De 1973 es el texto de Clemente Pereda, *Magna patria. Rodó: su vida y su obra*. El trabajo, en demasiados casos, pierde calidad por la insistencia en la cita y la falta de medida en el recurso de las listas. Sin embargo, los primeros dos capítulos contienen algunas indicaciones interesantes sobre la vida, el contexto literario y la historia de las obras del intelectual montevideano.

El poeta y ensayista Mario Benedetti publicó su libro *Genio y figura de José Enrique Rodó* en 1966. La intención que el autor confiesa en el “Prólogo” se cumple en modo satisfactorio: “facilitar y estimular el acercamiento del lector latinoamericano a la obra y la vida de José Enrique Rodó” (5). En general, los hechos biográficos están expuestos según un desarrollo preciso y coherente; el libro nace de una investigación detallada y seria. Declarada desde el principio es también la deuda que el texto tiene con los aportes interpretativos e historiográficos de tres insignes hombres de letras uruguayos: Roberto Ibáñez, Carlos Real de Azúa, Emir Rodríguez Monegal.

Este último crítico y ensayista es el editor de las fundamentales *Obras completas* de Rodó, publicadas en Madrid por Aguilar, la primera vez en 1957. La “Introducción general”, que abre la edición, se divide en dos secciones: “Vida y carácter” y “Obra”. La primera parte es imprescindible para cualquier estudio acerca del autor de *Motivos de Proteo*. Acompañada por una serie de fotografías significativas, esta biografía es el resultado de la investigación que el crítico hizo, entre 1948 y 1950, en el Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, que tenía su sede en la Biblioteca Nacional de Montevideo. En particular, es evidente la huella profunda del estudio que Rodríguez Monegal realizó sobre los manuscritos del Archivo Rodó, cuya primera organización había sido dirigida por Roberto Ibáñez. Posponiendo a otro momento la explicación de la polémica que se produjo entre los dos estudiosos de Rodó, se debe reconocer que la claridad en la exposición y la precisión en los detalles contribuyen, no secundariamente, a dar valor al texto de Rodríguez Monegal.

*Rodó: su vida, su obra*, de Víctor Pérez Petit, cierra la bibliografía esencial aquí propuesta sobre la vida del pensador uruguayo. El autor de este ensayo de 1918 fue amigo íntimo de Rodó: junto a él y a los hermanos Martínez Vigil fundó la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*. Por la importancia del recuerdo directo y la heterogeneidad de los datos particulares, este libro puede considerarse la biografía más personal del autor de *Ariel*. No es casual que su presencia en las bibliografías de la crítica rodoniana sea constante (véase, por ejemplo, los trabajos citados de García Morales, Rodríguez Monegal y Castro Morales). Por otro lado, al considerar los continuos juicios del autor, resulta comprensible, quizás, compartible, la opinión que expresa Pereda, cuando afirma que Pérez Petit no pudo llevar a cabo la primera misión de un buen biógrafo: “mantenerse siempre en la penumbra” (11).

## Infancia

José Enrique Camilo Rodó Piñeyro nació en la Ciudad Vieja de Montevideo el 15 de julio de 1871; a diferencia de lo que Julio Cortázar afirmó sobre el Boston de Edgar Allan Poe, probablemente sólo habría podido nacer allí.<sup>2</sup>

La madre de Rodó, doña Rosario Piñeyro y Llamas, procedía “de una patricia y acomodada familia del país” (Pérez Petit 37). Su ascendencia paterna era gallega; su madre, “nacida en Montevideo, venía, en cambio, de castellanos viejos” (Petit Muñoz 67). Pérez Petit la recuerda como una mujer religiosa, no en modo fanático, que “vivió dedicada constantemente a sus hijos, a quienes aleccionaba con la virtud de su ejemplo, con el calor de su cariño y con su sencilla piedad, no exagerada y aparatosa, sino sincera y profunda” (38). En modo análogo, Petit Muñoz la describe como una persona ajena a la vida mundana de Montevideo, “consejera eficaz de su esposo en las situaciones difíciles” y “autoridad moral” (68) del hogar. Por otro lado, Castro Morales agrega un aspecto familiar importante acerca del ambiente político e intelectual donde se formó el escritor uruguayo: “La familia materna de Rodó, constitucionalista, principista y con simpatías políticas por los unitarios argentinos en el rechazo común a Rosas, establece ese vínculo que será determinante en la formación de nuestro autor” (Introducción 12-13).

El padre, don José Rodó y Janer, “catalán de Tarrasa, donde su familia había tenido una industria textil” (Castro Morales, Introducción 12), se había establecido en Montevideo en julio de 1842. El país vivía en esos años la que se conoce en la historiografía uruguaya (Eduardo Acevedo Díaz, *Anales históricos del Uruguay*; Juan E. Pivel Devoto y Alcira

---

<sup>2</sup> La frase a la cual me refiero se encuentra en la biografía que el narrador argentino escribió por la edición Alianza de los *Cuentos* de Poe: “Nació allí como podría haber nacido en cualquier otra parte” (7).

Ranieri de Pivel Devoto, *Historia de la República Oriental del Uruguay*) como la Guerra Grande. Entre 1839 y 1851, este dramático conflicto tuvo como escenario el área del Río de la Plata. Las dos facciones beligerantes fueron el partido de los colorados, aliados a los unitarios argentinos y encabezados por el general Fructuoso Rivera, y, por la otra parte, el Partido Blanco, cuyo líder era Manuel Oribe, aliado con los federales de Juan Manuel de Rosas. La guerra registró pronto la intervención militar y diplomática de Francia, Gran Bretaña y el Imperio del Brasil. En particular, la segunda fase del conflicto –desde 1843, hasta 1851– fue marcada por el sitio de Montevideo. Durante este período, en Uruguay convivieron dos gobiernos: el del Cerrito, organizado por el general Oribe, que controlaba casi la totalidad del país, y el de la capital, conocido como Gobierno de la Defensa.

Desde los primeros años, el padre de Rodó estrechó vínculos profesionales y de amistad tanto con destacados intelectuales uruguayos, como con figuras importantes de la migración unitaria argentina que se habían refugiado en Montevideo para escapar de la persecución de Rosas. Entre estos últimos hay que recordar a Florencio Varela, Miguel Toribio Cané y Juan Bautista Alberdi, quien, sin embargo, dejará Uruguay en 1843, para recorrer Europa en compañía de Juan María Gutiérrez. Al mismo tiempo, la profesión como procurador llevó a don José Rodó a tener vínculos con dos protagonistas del gobierno de Montevideo: Manuel Herrera y Obes, “el Ministro de la Defensa que puso en funciones la Universidad” (Ardao, *Espiritualismo* 100), y el escritor y diplomático Andrés Lamas, ya fundador en 1838 del periódico *El Iniciador*. Además, “era amigo íntimo del poeta uruguayo Alejandro Magariños Cervantes y del entonces patriarca de las letras orientales don Francisco Acuña de Figueroa, autor de la letra del Himno nacional y poeta de corte neoclásico” (Rodríguez Monegal, Introducción 19).

Respecto a algunos hechos importantes de la historia familiar, los estudios biográficos no se muestran siempre de acuerdo. En este sentido, un ejemplo que llama la atención es el referente al número de hermanos de Rodó. Según lo que dicen Castro Morales (Introducción 12) y, en modo más detallado, Petit Muñoz (71), José Enrique fue el octavo hijo de la familia. Este último biógrafo escribe: “Uno a uno, irán naciendo, a lo largo de veintidós años, los ocho hijos de don José Rodó y doña Rosario Piñeyro: María del Rosario, José, Isabel, María, Alfredo, Julia, Eduardo, José Enrique” (68). En modo diferente y casi seguramente confiando en la información inicial de Pérez Petit (37), Benedetti (12) y Rodríguez Monegal (Introducción 19) afirman que la familia tuvo siete hijos. Hechas las comparaciones, resulta atendible el dato que nos entrega Petit Muñoz, por un lado, porque el biógrafo conoció y pudo entrevistar a los hermanos de Rodó y referir muchos detalles a partir de un testimonio directo; por el otro, porque el apéndice documental que se encuentra en las últimas páginas de su ensayo tiene no poca autoridad: como testimonia el mismo Petit Muñoz, se trata de los “[d]atos de la familia Rodó anotados en un libro de ‘Notas Varias’ que se hallaba en poder de la rama de la familia residente en Punta Arenas (Chile) (probablemente los descendientes de don Antonio Rodó y Janer) y remitidos a doña Julia Rodó, a pedido de ésta, para entregárselos al autor, en cuyo poder se halla el documento” (305).

El dato relativo a los ocho hermanos es fundamental para aclarar el trágico acontecimiento que se refiere a la muerte de su hermana María, a sólo dos meses del nacimiento del pensador uruguayo. De hecho, si los otros biógrafos se limitan a recordar el triste fallecimiento del mayor de los hijos, José –en memoria del cual Rodó recibirá su nombre de pila–, Petit Muñoz fija con una imagen precisa la atmósfera familiar y algunos hechos importantes de esa época.

Don José Rodó ha pasado los primeros veraneos con su esposa en una quinta de la calle Daymán [...], hacia la costa Sur. Luego adquiere un condominio con Fructuoso G. del Busto, el marido de una prima de doña Rosario, la hermosa quinta del Camino Larrañaga que había pertenecido al general César Díaz. Allí la magnanimidad de Don José tuvo ocasión de demostrarse albergando a un adversario. Don José, si bien no militó jamás en política, era, él también, por afección y por sinceras inclinaciones morales, colorado principista. El general Lucas Moreno, blanco de larga historia en las revoluciones, es perseguido en cierta ocasión por gente del partido colorado. Su vida peligra. Don José le ofrece el refugio de su quinta, y allí queda escondido varios días, todo el tiempo que cree necesario.

Los Busto y los Rodó disfrutaban de tranquilos veraneos, hasta que José, el hijo mayor, contrae el tifus por bañarse en las aguas del Miguelete, que corre a los fondos de la quinta, y muere de la enfermedad. [...] La desgracia se ceba en los Rodó, llevándose a María menos de dos años después, a los quince de edad, consumida por la anemia. Es el 27 de Mayo de 1871. (70-71)

Los espacios que marcaron los primeros siete u ocho años de José Enrique fueron dos: la casona familiar de la calle Treinta y Tres en el corazón de la Ciudad Vieja y la quinta de veraneo que la familia poseía en localidad de Santa Lucía, a más de cincuenta kilómetros de Montevideo. Como subraya Pérez Petit, este último detalle tiene su importancia, pues “nos revela que Rodó niño vivió en íntimo contacto con la poesía de la naturaleza, que es tan esplendorosa en la vecindad del río Santa Lucía y en los montes cercanos de Juan Chazo y Melgarejo” (39).

Ya a los cuatro años, gracias a la ayuda de su hermana Isabel, el niño curioso y preguntón sabía leer. Como había sido para los hermanos mayores, los padres eligieron al maestro particular Pedro José Vidal para orientar los primeros estudios del hijo. En realidad, siguiendo esa vocación autodidacta que dejará tan clara huella en su pensamiento y obra, Rodó encontrará su más íntimo y prolífico espacio de formación en la biblioteca paterna. Aquí, en los años venideros, amén de leer con predilección a Cervantes, Lamartine, Dante, Quevedo y Shakespeare, el joven Rodó despertó su afición por las letras hispanoamericanas: en particular, las obras de Domingo Faustino Sarmiento, Esteban Echeverría, Juan Bautista

Alberdi, Juan Carlos Gómez y Juan María Gutiérrez, es decir, de esa generación literaria “que modificó profundamente el rumbo de la cultura rioplatense, orientándola hacia el Romanticismo” (Rodríguez Monegal, Introducción 19). En la biblioteca paterna, Rodó tuvo modo también de reconocer su temprana vocación de periodista. De hecho, entre los diarios que podía consultar se encontraban allí las colecciones completas del *Comercio del Plata*, fundado en 1845 por Florencio Varela, y de *El Iniciador*: los dos periódicos son el reflejo de la vida intelectual montevideana fuertemente revitalizada en esos años por la presencia de ilustres hombres de letras argentinos, obligados al exilio. En este sentido, como escribe Pérez Petit (44-47), fue sobre todo *El Iniciador* el que tuvo un papel fundamental en la formación intelectual del precoz estudioso; entre sus redactores y colaboradores estaban Bartolomé Mitre, y los ya recordados Echeverría, Toribio Cané, Alberdi y Gutiérrez. “Por ‘El Iniciador’ se propagaban las ideas de Hugo, Manzoni, Lamartine, Espronceda, Lammenais, Cousin, Saint-Simon, Lerminier” (Pivel Devoto y Ranieri 184).

Al hablar de estos argumentos y, en líneas generales, para visualizar el ambiente intelectual y social montevideano que Rodó encontró desde la infancia, resulta esencial hacer algunas consideraciones acerca del cuadro político e ideológico que marcó la historia de Uruguay en las cuatro décadas anteriores al nacimiento del futuro escritor.

Cuando el motín del 10 de enero de 1875 puso las bases para el gobierno del coronel Lorenzo Latorre (1876-80), la República Oriental del Uruguay cerró esa larga fase de su desarrollo político y social que se caracterizó por el caudillismo. Desde la Constitución del 18 de julio de 1830, las tentativas de realizar el camino de la democratización habían tenido siempre que enfrentar la voluntad y las armas de los caudillos: hombres fuertes y carismáticos, capaces de organizarse militarmente, que estaban más a gusto en la realidad del campo y del gaucho, que frente al dinamismo de la ciudad. En este sentido, es

significativo que los tradicionales bandos políticos de blancos y colorados surgieron respectivamente de la rivalidad entre los caudillos Manuel Oribe y Fructuoso Rivera: en la Batalla de Carpintería de 1836, los partidarios de los dos líderes eligieron vinchas de diferente color como parte de su divisa.

Como subraya Alberto Zum Felde en su ensayo *Evolución histórica del Uruguay y esquema de su sociología* (144), durante estos cuarenta años la historia del país se movió a través de una doble oposición: por un lado, estaba la rivalidad entre los bandos políticos de blancos y colorados; a este respecto cabe señalar que, en la actualidad, después de más de ciento cincuenta años, esta oposición marca todavía la distancia entre dos de los principales grupos del escenario político uruguayo: el Partido Nacional y el Partido Colorado; por el otro lado, se registraba el antagonismo entre los caudillos y los principistas. Estos últimos, llamados también los *doctores*, representaban el elemento social urbano, fuertemente europeizado y enemigo del autoritarismo personal: “lo que en el orden político se llamó el ‘principismo’, constituyó –escribe Arturo Ardao– más que una escuela, un temperamento, fundado en la afirmación dogmática del liberalismo constitucionalista y en la rigidez absoluta de la moral cívica, sobre un fundamento filosófico espiritualista” (*Espiritualismo* 40). En la base de este temperamento doctoral y urbano –tan característico del ambiente familiar y montevideano donde Rodó creció (Castro Morales; Petit Muñoz)–, se encontraban las ideas del derecho individual y de las libertades públicas. La fe política principista se proyectaba hacia la realización de una república fundada en la razón pura y en el derecho natural. Desde el punto de vista de la reflexión ensayística y literaria de la época, el antagonismo principistas-caudillos remitía al esquema *civilización-barbarie* que Sarmiento expresó en el *Facundo* y que Rodó actualizará, bajo nuevos matices, con el *Ariel*.

El principismo uruguayo no hubiera sido seguramente posible, con los perfiles históricos que asumió en el terreno de la acción cívica, sin la concepción del universo y de la vida proporcionada por la filosofía espiritualista de la época, sin su absolutismo ético, basado a priori en la metafísica de Dios y el libre albedrío, que confería un imperioso sentido trascendente a la personalidad humana. Nuestra grandilocuencia principista, aun considerada en su faz estrictamente política, estuvo presidida así, en última instancia, por la figura de Víctor Cousin, político y orador de la filosofía él mismo, antes que filósofo propiamente dicho, cuya cosmovisión difundía la cátedra de Plácido Ellauri. (Ardao, *Espiritualismo* 40-41)

Las dos oposiciones, según el razonamiento de Zum Felde, están presentes en todos los más importantes acontecimientos políticos, militares y sociales de Uruguay desde 1830 en adelante. Ambos factores obraron, “ya paralelamente, ya entrelazados, complicando a menudo la etiología y el carácter de ciertos hechos. Es una lucha dentro de otra lucha: de partidos entre sí y de elementos dentro de los mismos partidos” (Zum Felde, *Evolución* 144). En algunos casos, la rivalidad neta entre colorados y blancos se formó y desarrolló a partir de un acto de autoritarismo caudillista; como en la revolución de Rivera contra Oribe de 1836, o en la Cruzada del general colorado Venancio Flores (1863-65) contra el gobierno blanco de Bernardo Prudencio Berro (1860-64);<sup>3</sup> o como, todavía, en la Revolución de las Lanzas, que fue conducida por el caudillo nacionalista Timoteo Aparicio, entre 1870 y 1872, contra el presidente Lorenzo Batlle y su gobierno colorado (1868-72). En otros casos fue “el elemento doctoral de uno de los partidos en lucha con el elemento caudillesco del mismo partido, como en la Defensa de Montevideo (Herrera y Lamas contra Rivera); en el motín encabezado por José María Muñoz contra Flores (1855)” (Zum Felde, *Evolución* 144).

La consideración de este doble antagonismo permite comprender la enorme importancia que la década 1870-80 tuvo en la historia política e intelectual de la República del Uruguay.

---

<sup>3</sup> La revolución de Venancio Flores, cuyo gobierno dictatorial se mantuvo entre 1865 y 1868, llevó de hecho Uruguay a aliarse con Argentina y el Imperio del Brasil y a combatir, contra Paraguay, la llamada Guerra de la Triple Alianza (1864-70). Para este último país, la derrota fue devastadora en términos territoriales y, sobre todo, demográficos.

Cuando Rodó nació, el gobierno de Batlle, que excluía por completo a los blancos, enfrentaba la revolución del general Aparicio.

Por un lado, este último conflicto significó una profunda renovación de los poderes políticos. “Después de la paz de abril, festejada ruidosamente, la unidad aparente de los partidos se rompió. El cansancio de la guerra civil, el anhelo de un porvenir mejor, trajeron la escisión interna dentro de cada uno de ellos; y los núcleos principistas se hicieron un propósito y un programa” (Pivel Devoto y Ranieri 330). Eduardo Acevedo Díaz en sus *Anales históricos del Uruguay* (vol. 3) recuerda que cuando el gobierno interino de Tomás Gomensoro (1872-73) convocó las elecciones generales, el panorama político se caracterizaba por la presencia de cinco agrupaciones. El Partido Colorado Conservador, el Partido Nacional –los *doctores* del Club Nacional que, en 1872, se habían separado de los otros blancos– y el neofundado Partido Radical, representaban esencialmente los valores principistas. Al contrario, los dos grupos de colorados y blancos *netos*, designados como los *candomberos*, eran “los aliados al gaucho, al caudillo, al militar, al bajo pueblo” (Zum Felde, *Evolución* 167).

Por el otro, el proceso de la guerra civil detonó ese “poderoso impulso principista” (Pivel Devoto y Ranieri 328) que constituyó la base del gobierno doctoral de José Eugenio Ellauri (1873-75); la paz de 1872 marcó “el momento crítico de la reacción del elemento urbano de la Capital contra la influencia gaucha del territorio” (Zum Felde, *Evolución* 167). Sin embargo, el gobierno principista, desde el inicio demostró dos enfermedades insanables: la debilidad del carácter político de su líder y el poco sentido práctico de sus diputados. De esta manera, la renuncia de Ellauri (15 de enero de 1875) signó la derrota de los *doctores* y abrió las puertas a la fase militarista de la historia uruguaya.

Después del breve período de gobierno de Pedro Varela durante el bienio 1875-76, que persiguió a los principistas obligándolos al destierro o la prisión, el régimen del coronel Latorre representó la sustitución de los bandos políticos tradicionales y la asunción del poder por parte de las fuerzas militares, aliadas con la clase aristocrática del campo, los exponentes del alto comercio y los inversionistas extranjeros.

Además, veinte años de guerras civiles, de sangre, de zozobra continua, de luchas de los círculos, de malos gobiernos, han producido un gran cansancio en el pueblo, un deseo de reposar al fin en un régimen fuerte, seguro, a cuyo amparo se restablezca el orden y se reponga de los quebrantos. [...] Latorre es el centro de gravedad social en ese momento; tiene el ejército, tiene los caudillos, tiene el comercio, tiene los hacendados, tiene el bajo pueblo de la capital; es el único que puede hacer un gobierno seguro y garantizar el orden. Esta dictadura nace, pues, por factores muy semejantes a los que trajeron la dictadura de Rosas, en la Argentina. El mismo cansancio de la guerra civil, el mismo fracaso de los hombres intelectuales, el mismo desorden administrativo, la misma desorientación del criterio. (Zum Felde, *Evolución* 175-76)

En términos prácticos, el gobierno despótico latorrista, que nunca ahorró ataques a las libertades públicas y siempre persiguió a los *doctores*, significó para Uruguay poder ingresar en la fase moderna y centralizada de la organización del Estado: “La autoridad antes ilimitada del caudillo fue suplantada por la del Jefe Político, el Juez Letrado Departamental y el Inspector de Enseñanza. La campaña fue perdiendo su carácter agreste y primitivo” (Pivel Devoto y Ranieri 350). Bajo la atmósfera de terror que la dictadura suscitaba, el país conoció un notable desarrollo en el progreso material y la vida económica, antes que nada porque la modernización y civilización de la realidad rural fueron sin duda la mayor preocupación del presidente Latorre.

Desde el punto de vista educativo e intelectual, es imprescindible recordar las reformas de la instrucción pública que el gobierno militarista puso en marcha entre 1876 y 1879. José Pedro Varela fue el verdadero protagonista de esta obra de fundación del sistema

escolar nacional; reconocido opositor al régimen latorrista, exigió y obtuvo no poca autonomía en su acción reformista. Varela, que en 1868, junto a Elbio Fernández, Carlos María Ramírez, Alfredo Vásquez Acevedo y otros intelectuales de la época, instituyó la importante Sociedad de Amigos de la Educación Popular, fue uno de los principales introductores del positivismo en Uruguay. Sus dos obras *La educación del pueblo* de 1874 y *De la legislación escolar* (1876) delinean una idea de la escuela como deber del Estado, dirigido a todo el pueblo, y como institución laica, gratuita y obligatoria. En los dos ensayos es clara y fuerte la crítica al espiritualismo ecléctico que el profesor Plácido Ellauri profesaba en las aulas montevideanas desde 1852. En este sentido, cabe recordar que en 1877, el decreto-ley de Latorre acerca de la libertad de los estudios secundarios determinó la suspensión, hasta 1883, de la cátedra de filosofía en la Universidad. Durante este lapso, la primera onda positivista penetró en la enseñanza y cultura uruguayas. Al recuperar las palabras que Leopoldo Zea empleó para interpretar, en el ámbito mexicano, el papel ideológico y educativo de Gabino Barreda, es posible sostener que José Pedro Varela encontró en el positivismo “los elementos conceptuales que justificasen una determinada realidad política y social” (*El positivismo* 47) y puso este instrumento ideológico al servicio de la reforma del sistema educativo.

A partir de la mitad de esta década tan importante para la historia uruguaya, la prosperidad de la familia Rodó empezó a declinar. De hecho, en 1879, a consecuencia de algunos desafortunados negocios, don José “se verá obligado a vender su quinta. Y así acabarán los veraneos en Santa Lucía. En adelante, la vida del niño será ya exclusivamente en ambiente de ciudad” (Petit Muñoz 88).

Ya a los nueve años, la mal disimulada tiranía militarista y el ambiente familiar, colorado y principista, estimularon el anhelo periodístico de José Enrique. Su precoz

vocación de escritor se manifestó por primera vez a través de la redacción del diario manuscrito “La Plata” (febrero de 1881). La larga serie de esta hoja volante que Rodó escribió, completamente solo y bajo diferentes pseudónimos, se conserva todavía en el Archivo Literario de la Biblioteca Nacional de Montevideo: ya están presentes el tono y los argumentos de algunas “tendencias ideológicas que se expresarán en su edad adulta: su republicanismo, su defensa de la democracia, su tolerancia, su antimilitarismo y pacifismo, o el rechazo frontal a las dictaduras” (Castro Morales, Introducción 19). Imitando hasta en las letras de imprenta los periódicos que encontraba en la biblioteca paterna, como señala Petit Muñoz, “[s]us juegos preferidos serán, desde ahora, componer pequeños diarios manuscritos de oposición, divididos en secciones, con su editorial, su gacetilla, su revista de la prensa, su correspondencia, sus crónicas y variedades, todo dividido en columnas, y sin olvidar los anuncios, que a veces son ilustrados” (94).

### **Adolescencia**

En marzo de 1882, Rodó ingresó en el Liceo Elbio Fernández. El instituto, fundado en 1869 por la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, seguía la orientación laica y las reformas indicadas por la acción renovadora de Varela. Sin embargo, ya en 1883, las siempre mayores dificultades económicas de su familia lo obligaron a dejar el prestigioso colegio para inscribirse al Liceo del Estado. Entre sus profesores estaba Samuel Blixen, uno de los más célebres dramaturgos y críticos teatrales de la época. Durante estos años, su pasión por la literatura y el periodismo se robusteció gracias a las colaboraciones con

algunos compañeros. Entre las muchas revistas escolares que redactó, sin duda deben recordarse dos títulos, ambos de 1883. “Lo cierto y nada más”, litografiada, donde Rodó publicó un artículo sobre Benjamín Franklin, y “Los primeros árboles”; esta última hoja quincenal revelaba ya “una de las constantes de su organización intelectual: el culto del héroe” (Rodríguez Monegal, Introducción 21). Aquí, amén de completar el precedente ensayo sobre el político y científico estadounidense, escribió un breve texto titulado “El centenario de Bolívar”. Esta primera y juvenil manifestación de la devoción rodoniana por el Libertador encontrará su más completa realización en el trabajo que, ya adulto, publicará en *El mirador de Próspero*. En este sentido, vale la pena transcribir algunos párrafos de la composición que Rodó redactó a los once años.

Estos tributos pagados por la posteridad al guerrero más grande de su siglo, son honrosos, no sólo para él, sino también para los que los dirigen; pues prueban que el reconocimiento es un sentimiento innato en el corazón de los que se honran en llamarse sus descendientes; de los americanos, en fin.

Sin embargo, ¿quedarán con esto suficientemente pagados los esfuerzos del inmortal libertador?

Creemos que no.

Celébrese en buena hora los festejos tributados a su memoria; pero no basta eso. Continúese la obra por él comenzada –no se desperdicien sus esfuerzos– límense en fin, los hierros que aún sujetan a varios pueblos de América, esclavos todavía de la dominación de un poder extranjero, y entonces podremos decir: “Hemos pagado a Bolívar la deuda con él contraída. Sigamos bendiciendo su memoria.” (*apud* Benedetti 14)

La muerte de su padre, fulminado por un derrame cerebral en mayo de 1886, trastornó el equilibrio de la vida familiar. El antiguo desahogo ya se había desvanecido desde hace algunos años; frente a este doloroso acontecimiento, Rodó debió empezar a contribuir al presupuesto de la casa e ingresó en el estudio de un escribano; un lustro más tarde, trabajará en el Banco de Cobranzas. A las inquietudes existenciales de su espíritu, proyectado hacia la meditación y la

seriedad, se sumó pues el hondo dolor por la pérdida del padre. El carácter de este adolescente, “pálido y silencioso, alargado y flaco” (Petit Muñoz 137), se hizo más retraído. Las dificultades no afectaron su amor por la lectura, ni su interés por la literatura; por otro lado, su regularidad en los compromisos escolares empezó a decaer. Demostrándose siempre distante “del enciclopedismo científico de los planes de estudio” (Rodríguez Monegal, Introducción 22), y tímido y refractario frente al deber de los exámenes, Rodó se retirará del ciclo secundario en 1894, sin conseguir el título de bachiller.

Como nos recuerda Emir Rodríguez Monegal en su “Introducción general” a las *Obras completas*, dos episodios de este periodo resultan significativos para comprender el temperamento de este joven taciturno. El primero está relacionado con el atentado que el teniente Gregorio Ortiz hizo, el 17 de agosto de 1886, contra el presidente Máximo Santos. Rodó, que tenía en ese entonces quince años, dirigió al dictador una carta de tonos ingenuos y atrevidos a la vez. A pesar del hecho de que la misiva nunca se envió al General, este escrito dio muestra tanto del impulso de su conciencia cívica, como de su predisposición al compromiso intelectual. Condenando *in primis* el acto de barbarie representado por el crimen político, afirmó su rechazo al gobierno militarista. El adolescente recordó a Santos que “el arrepentimiento del malvado lleva en sí su propio castigo: no ser creído” (Rodríguez Monegal, Introducción 22).

El segundo episodio es de carácter sentimental; se refiere al amor platónico que Rodó vivió por Luisa Gurméndez. La relación con esta rubia muchacha montevideana de ojos negros, fue sobre todo epistolar. De hecho, cuando la joven se mudó con su familia a Buenos Aires, la correspondencia quedó interrumpida. Las cartas que se conservan entre los manuscritos del Archivo Rodó, demuestran una excesiva preocupación por la forma. Si es evidente la falta de audacia en las dinámicas amorosas, por otro lado estas misivas,

escritas en el periodo 1889-90, son el testimonio conmovido de las primeras ambiciones estéticas de un espíritu creador.

A estos mismos años corresponde el interesante dibujo físico y literario que el escritor y catedrático argentino Arturo Giménez Pastor delineó en su ensayo *Figuras a la distancia*, de 1940. Esta descripción de Rodó, coherente con la imagen que otros biógrafos han trazado del adolescente, resulta precisa y sugestiva bajo distintos aspectos.

Una cosa larga, flaca y descolorida; un cuerpo tendiendo a salirse por el cuello, como atraído por la tensión que concentraba en los lentes toda su figura de miope resfriado; señalando pertinaz el rumbo, una nariz que avanzaba descomedidamente; la faz, como fría y desvaída; un hombro mucho más alto que el otro, y pendiente de allí un brazo pegado al cuerpo. Esto era lo que a menudo veíamos pasar –camino de su casa– desde la ventana de un amigo a quien yo visitaba en su escritorio [...]. Era la sensibilidad tímida, la cortedad natural del retraído, lo que daba al aspecto exterior aquel aire de desabrida tibieza que nada decía de la afectuosidad generosa en que abundaba el amplio e iluminado mundo interior. Rodó había vivido solitaria vida en la sombra de un enclaustramiento estudioso, que lo plasmó inhábil para el menudo ajetreo de la vida ordinaria. Lo exterior de sí mismo parecía en él cosa de otro. Era, en cuanto a figura y actitud, el hombre a quien le sobra todo en el desairado juego de los movimientos: brazos, piernas, ropa (¿quién se dio cuenta nunca de cómo iba vestido Rodó?). Todo estaba de más, funcionaba como quiera. Daba la mano entregándola como una cosa ajena; la voluntad y el pensamiento no tomaban parte en ese acto. La mirada diluía imprecisa y corta tras la frialdad de los lentes. (200-201)

El militarismo inaugurado por la administración de Latorre, que había fijado en la evolución política y social del país el camino hacia la centralización del poder, encontró nuevas formas en los gobiernos de los tres sucesivos jefes del Ejecutivo; de hecho, la renuncia casi inexplicable de Latorre en marzo de 1880 dio principio al auge del militarismo propiamente dicho. Al faltar el carismático y severo Coronel, el cuartel y los jefes de regimientos empezaron a ser los verdaderos árbitros de la situación política (Zum Felde, *Evolución* 180). En este sentido, Francisco Antonino Vidal, el Presidente civil

elegido por la Asamblea General, fue sólo un títere en las manos de la gran figura de este período: el Ministro de la Guerra y Comandante del V regimiento de Cazadores, el general Máximo Santos. Tras la renuncia de Vidal en 1882, Santos, a los treinta y cinco años de edad, ocupó la Presidencia de la República para un periodo de cuatro años.

Bajo distintos aspectos, el nuevo jefe del Ejecutivo era el reverso de Latorre. Como sostienen los historiadores Acevedo Díaz, Zum Felde y Pivel Devoto, la administración santista fue una de las más desastrosas que Uruguay ha tenido. Falto del sello sobrio y rígido que había marcado la mayor escrupulosidad financiera del despotismo latorrista, el general Santos nunca demostró verdaderos propósitos de gobierno. Sólo lo movían la vanidad del poder y el afán del lujo y del exhibicionismo. Nunca trabajó para los intereses generales del país: durante su régimen la vida se encareció, el comercio decayó y el campo se quedó abandonado a los excesos del caciquismo oficial. Su política autoritaria atacó con fuerza la libertad de la prensa, en particular de los periódicos *La Democracia*, dirigido por Agustín de Vedia desde 1873, *El Heraldo* –fundado en enero de 1881 por Julio Herrera y Obes– y *El Día*. Este último diario, creado en 1886 por el líder colorado José Batlle y Ordóñez, tuvo una difusión enorme y ejerció un papel esencial en la formación de la opinión pública, sobre todo entre los sectores populares urbanos. Principal órgano de difusión de las ideas del batllismo, *El Día* se publicó hasta el final del siglo pasado.

Si bien era el presidente de la comisión directiva del Partido Colorado, Santos demostró siempre una gestión de la política nacional independiente de los partidos. De esta manera la tensión con las fuerzas civiles, a pesar de algunos poco significativos enfrentamientos, vino acumulándose hasta 1886: al final de marzo, cuando Vidal y Santos intentaron prolongar sin pudores el mandato de este último, se produjo la que se conoce como la Revolución del Quebracho. En esta guerra, las escasas fuerzas militares de los

rebeldes, cuyas filas recogían miembros de los blancos, los colorados principistas y del recién nacido Partido Constitucionalista, sufrieron una dramática y clamorosa capitulación por parte del ejército oficial.

A pesar de la derrota civilista, los excesos del militarismo no fueron ya tolerados por la opinión pública. Cuando, por las consecuencias del atentado, Santos renunció, el general Máximo Tajés –Ministro de la Guerra y verdadero vencedor de la Revolución del Quebracho– ocupó la Presidencia. Sin embargo, el gobierno de este último mandatario militarista (1886-90) no mostró una identidad propia. En un renovado clima de pacificación y esperanza, el General tuvo que colaborar con las fuerzas civiles y aceptar una política de conciliación vuelta a la restauración del sistema constitucional. “Ningún movimiento armado perturbó el ambiente de paz durante los tres años de la administración Tajés, porque los hombres de todos los partidos habían resuelto rodear al Presidente y ayudarlo en el movimiento de reacción contra el régimen que acababa de caer” (Acevedo Díaz 4: 390-91). En realidad, durante el mandato de Tajés las más importantes actividades políticas y reformistas fueron las de su Ministro de Gobierno: de ilustre abolengo civilista, y principista de convicción, Julio Herrera y Obes trabajó con inteligencia, para combatir el militarismo y organizar su próxima candidatura al Ejecutivo. De esta manera, asumido el poder el primero de marzo de 1890, Herrera y Obes pudo imponer un régimen presidencial de carácter netamente partidista.

Para vencer cualquier recelo tradicional, don Julio declárase [*sic*] colorado neto y pone *al tope*<sup>4</sup> la bandera partidaria. El Presidente de la República es ahora el centro del poder efectivo: domina al ejército, domina a los departamentos, domina a la masa tradicional, domina a la burguesía. Julio Herrera instauro el *Presidencialismo*. La obra de centralización del poder está consumada. (Zum Felde, *Evolución* 182)

---

<sup>4</sup> Al menos que señale lo contrario, a partir de esta referencia en la cita respetaré lo que el autor quiso subrayar en el texto original, a través del uso de cursivas o mayúsculas.

En el plano político, el gobierno presidencialista de Herrera, nacido en un momento de particular crisis económica para el país por la caída del Banco Nacional, significó el regreso al poder de muchos de aquellos *doctores* y girondinos que los regímenes de Flores, Batlle y Latorre habían combatido. Desde el punto de vista social y humano, el herrerismo coincidió con la victoria de la ciudad frente al campo, de la civilización frente a la barbarie, y con el definitivo triunfo del proletariado criollo, el emigrante y el *compadrito* sobre la raza gaucha primitiva. Además, como subraya con riqueza de detalles Arturo Ardao en su ensayo *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, Julio Herrera y Obes ocupó un papel fundamental también en el ámbito de la cultura y la filosofía nacionales.

De hecho, el periodo incluido entre las reformas de la instrucción pública del gobierno latorrista (1876-79) y la vuelta a una presidencia civilista en 1890 había registrado la penetración y el apogeo del positivismo. A diferencia de otros países latinoamericanos –como México, por ejemplo, donde a partir del trabajo de Barreda los principales conceptos utilizados por los positivistas se tomaron de la filosofía de Auguste Comte (Zea, *El positivismo* 39)–, en Uruguay la revolución cultural realizada por la nueva doctrina tuvo procedencia sajona. Para combatir el eclecticismo y la metafísica del espiritualismo de raíz francesa que había dominado la cátedra y la historia del pensamiento en Uruguay desde 1850 hasta 1875, los sostenedores de las ciencias positivas eligieron como instrumentos primarios el evolucionismo darwiniano y la obra de Herbert Spencer. “A fines del 85, en cambio, la reforma escolar de inspiración naturalista, la enseñanza de las ciencias naturales en el ciclo secundario, y la Facultad de Medicina, primer instituto universitario de ciencias naturales, bordean los diez años de desarrollo, consolidadas definitivamente” (Ardao, *Espiritualismo* 171).

Además de José Pedro Varela, los principales representantes de la escuela positivista fueron, por un lado los extranjeros Julio Jurkowski y José Arechavaleta –hombres de ciencia los

dos y profesores de la Facultad de Medicina– y, por el otro, los uruguayos Ángel Floro Costa, Gonzalo Ramírez y Carlos María de Pena. En el panorama literario de la década 1880-90, el primer reflejo emblemático de las nuevas doctrinas se dio en el campo de la crítica, donde Samuel Blixen introdujo esa tendencia realista de inspiración zoliana que Víctor Pérez Petit proseguirá en sus primeros trabajos. Al mismo tiempo, la producción narrativa de tintas naturalistas fue heterogénea y numerosa: imposible no recordar “la novelística histórica de Eduardo Acevedo Díaz, puente de transición en nuestras letras del romanticismo al realismo; las primeras creaciones narrativas de Carlos Reyles, de un naturalismo ya influido por la novela psicológica de fin de siglo; la obra crudamente naturalista e imbuida de ciencismo de Javier de Viana” (Ardao, *Espiritualismo* 187). En el ámbito de la poesía, 1888 fue el año de publicación de *Tabaré*, escrito por Juan Zorrilla de San Martín: este poema épico, impregnado todavía de elementos románticos, es considerado la epopeya nacional de Uruguay.

No sería posible comprender el clima intelectual durante las dos décadas que anteceden el ingreso de Rodó en el ámbito literario nacional sin considerar el papel del Ateneo de Uruguay. Esta institución, fundada en 1877 –en 1892 se fusionará con la Sociedad Universitaria bajo el nombre de Ateneo de Montevideo–, tuvo una orientación liberal y anticlerical. A través de su acción cultural y literaria, se produjeron los principales choques y las brillantes contiendas que animaron el antagonismo filosófico entre los espiritualistas y los positivistas. Al dominar éstos el panorama universitario, sobre todo con la Facultad de Medicina y la de Derecho, la institución ateneísta permitió la sobrevivencia del espiritualismo y de la reflexión metafísica. Otro ámbito de resistencia a las nuevas ciencias positivas fue el Club Católico, fundado en 1875 por el sacerdote Mariano Soler.

En particular, durante la supresión del magisterio de Plácido Ellauri desde 1877 a 1883, establecida por el gobierno de Latorre, el Ateneo de Uruguay organizó la Sección de Filosofía (1879-81), convirtiéndose en la “primera sociedad de estudios filosóficos puros que haya existido en el país” (Ardao, *Espiritualismo* 83). En las disertaciones y cursos que allí se organizaron, las más emblemáticas voces del pensamiento antipositivista uruguayo encontraron expresión: Prudencio Vázquez y Vega, José Batlle y Ordóñez y Julio Herrera y Obes.

Estos dos últimos pensadores y periodistas, ambos de fe colorada, compartieron el mismo destino político: ocupar el cargo de jefe del Ejecutivo. Sin embargo, mientras Batlle y Ordóñez será Presidente de la República sólo al principio del siglo XX, el mandato de Herrera fue fundamental para detener el apogeo del positivismo y producir una concreta reacción espiritualista. Las reformas educativas de su gobierno, dirigidas a la reorganización del Consejo Universitario en 1890 y al desplazamiento del cargo de Rector (1893) que el positivista Alfredo Vázquez Acevedo mantenía desde casi quince años, dibujaron el espacio cultural de incubación en el cual maduraron la enseñanza filosófica de Carlos Vaz Ferreira y el modernismo literario de Rodó.

Es la de Julio Herrera y Obes una de las más atrayentes personalidades de cuantas actuaron en el país a fines del siglo pasado. Periodista político y caudillo partidario, llegó a ser durante casi una década el árbitro de la República. Pero fue, además, dueño de una brillante pluma de escritor, puesta al servicio de un espíritu iniciado en todos los refinamientos de la cultura, maestro en el buen decir, ligero y profundo al mismo tiempo, rebotante de inteligencia y de gracia. (Ardao, *Espiritualismo* 100)

## Juventud

El primer número de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* salió de la Litografía de Peña el 5 de marzo de 1895. La idea de esta publicación quincenal, que terminará el 25 de noviembre de 1897, emergió de la amistad y las inquietudes literarias de cuatro inseparables mosqueteros: así se hacía llamar el grupo constituido por Rodó, Víctor Pérez Petit y los hermanos Carlos y Daniel Martínez Vigil. La *Revista Nacional*, si en lo específico constituyó la primera tribuna para la vocación crítica rodoniana, en líneas generales representó un proyecto editorial amplio y ecléctico que tuvo gran importancia para la vida intelectual y literaria de Uruguay y de todo el mundo hispanohablante. De hecho, la red de las colaboraciones y apreciaciones que la revista tejió no se ciñó a los confines del continente americano; en sesenta números se publicaron artículos de Leopoldo Lugones, José Santos Chocano, Rubén Darío, Salvador Rueda, Ricardo Palma, Manuel Ugarte, Rufino Blanco Fombona, Ricardo Jaimes Freyre, entre otros. Resultado de la recolección de material exclusivamente inédito, el proyecto logró la coexistencia de aspectos heterogéneos: los argumentos positivistas con los dogmas espiritualistas, un cierto latinoamericanismo que tenía su raíz en el ejemplo de *El Iniciador* de 1838, con las primeras expresiones del modernismo.

En poco menos de tres años, el ejercicio crítico del futuro autor de *El mirador de Próspero* fue pausado, sin prisa, pero constante: veintiún ensayos en veintisiete entregas. “En sus páginas Rodó publicó artículos sobre Leopoldo Alas (quien por estas fechas ejercía sobre Rodó un verdadero magisterio a distancia), y sobre otros escritores españoles (Menéndez Pelayo, Federico Balart, Núñez de Arce) o hispanoamericanos (Juan María Gutiérrez, Juan Carlos Gómez, Guido Spano o Leopoldo Díaz)” (Castro Morales, Introducción 20). Sin embargo, en su pluma el joven escritor no tenía sólo la tinta de la

crítica: “No quiso ser únicamente un glosador o un distinguido divulgador” (Rodríguez Monegal, Introducción 25). En este sentido –como veremos más detenidamente en el capítulo dedicado a las formas del ensayo del pensador uruguayo–, la iniciación americanista y neoidealista de Rodó puede fijarse en algunos de estos trabajos juveniles.

El 25 de junio de 1896 apareció el ensayo “El que vendrá”. El texto, que un año más tarde dará cuerpo, junto a otro artículo publicado en la *Revista Nacional* y titulado “La novela nueva”, al primero de los tres opúsculos denominados *La vida nueva*, tuvo resonancia inmediata. Con un “estilo tibio, undoso y lento, perlado de lucientes relieves, con giros de curso amplio y serpenteante” (Petit Muñoz 155), el ensayo de Rodó “manifestaba la extrañeza del fin de siglo ante la modernidad y declaraba la insuficiencia de las escuelas literarias vigentes para expresarla” (Castro Morales, Introducción 20-21). Como subraya García Morales en su breve e intenso libro *Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó*, el mensaje esencial de “El que vendrá” fue la cristalización de una idea común y de un clima general:

La crisis del naturalismo fue sentida por los intelectuales de la época como una manifestación de la crisis de la concepción positivista del mundo, como un síntoma más de la aparición de una nueva tendencia histórica general: lo que se llamó, con un término muy decimonónico, un *espíritu nuevo*, al que empezó a caracterizarse como *reacción*, *restauración* o *renacimiento idealista* o *espiritualista*. (17)

La experiencia de la *Revista Nacional* y la publicación del primer opúsculo de *La vida nueva* trajeron al joven intelectual el reconocimiento entusiasta de muchos críticos acreditados del mundo hispanohablante. El ensayo “El que vendrá” fue reproducido de inmediato (3 de julio) en *La Razón* de Montevideo y elogiado por su director Samuel Blixen. Desde *La Saeta* de

Barcelona, Leopoldo Alas fue uno de los primeros en reconocer la indudable importancia de las inquietudes estéticas de Rodó y de la *Revista Nacional*.

Como demuestran los documentos conservados en el Archivo Literario de la Biblioteca Nacional del Uruguay, la publicación de estos primeros trabajos de tono y argumento proféticos significó para Rodó el inicio de su copiosa y heterogénea actividad epistolar. El hábito de escribir cartas y de dialogar gracias a ellas con amigos y colegas será una constante de toda su vida: eso dio modo al ensayista montevideano de desarrollar una excelente labor como promotor de sus obras y divulgador de sus ideas. Durante el periodo 1896-1900 el tejido de su correspondencia abarcaba proporciones sorprendentes: Rodó tenía ya una relación epistolar, entre otros, con Rafael Altamira, Baldomero Sanín Cano, Luis Ruiz Contreras, Leopoldo Alas “Clarín”, Rubén Darío, Antonio Rubio y Lluch, Manuel Ugarte y Miguel de Unamuno. Desde México, en los mismos años, las misivas de Francisco Medina, redactor de la revista *Bohemia Sinaloense*, no ahorran las manifestaciones de encomio.

La lectura de las cartas que Rodó envió a su amigo Juan Francisco Piquet en el último lustro del siglo XIX, permite comprender con mayor profundidad la influencia que los acontecimientos políticos uruguayos de esta época ejercieron sobre la conciencia del joven intelectual.

He aquí los hechos: desde 1894, Juan Idiarte Borda ocupaba por el Partido Colorado la Presidencia Constitucional de la República. En líneas generales, el sucesor de Herrera y Obes, aunque contribuyó con muchas obras a la modernización del país, mostró una escasa capacidad de gobierno: por un lado, inició la construcción del nuevo puerto de la capital, fundó el importante Banco de la República Oriental del Uruguay y nacionalizó la Compañía de Luz Eléctrica; por el otro, no supo cumplir el acuerdo de coparticipación entre los partidos que había establecido la Paz de Abril de 1872, el cual no se había podido realizar durante el militarismo.

Bajo este aspecto, el siempre más emblemático líder colorado, José Batlle y Ordóñez, le dirigió desde *El Día* acusaciones firmes de fraude electoral.

La corrupción política y el poco democrático ejercicio del poder demostrado por Idiarte Borda detonaron una de las guerras civiles más sangrientas en la historia del país: la Revolución de 1897. Este levantamiento armado, liberado desde Argentina por las fuerzas militares del Partido Nacional, cuyo líder era el caudillo Aparicio Saravia, se desarrolló entre marzo y septiembre. Los escritores Eduardo Acevedo Díaz y Carlos Roxlo integraron las filas blancas. Mientras el interior era devastado por el conflicto, en Montevideo el homicidio de Idiarte Borda precipitó los acontecimientos. El 25 de agosto, el estudiante Avelino Arredondo –cuyo nombre dará el título a uno de los cuentos de *El libro de arena*, de Jorge Luis Borges– cometió el único magnicidio que ha conocido la historia de Uruguay.

Al fallecer el mandatario del Ejecutivo, el Presidente del Senado, Juan Lindolfo Cuestas, tomó el encargo interino. La primera acción importante del nuevo gobierno fueron los acuerdos de paz que pusieron fin a la guerra civil (Pacto de la Cruz, 18 de septiembre de 1897). Apoyado por las clases populares y el amplio sector colorado de Batlle y Ordóñez, Cuestas trabajó en un principio para establecer la coparticipación entre los partidos. En sustancia, la reforma dispuesta por los firmantes del Pacto de la Cruz eludió la solución a los problemas reales del sistema electoral vigente, que no garantizaba la representación parlamentaria de las minorías. De hecho, esta situación política quedará congelada hasta cuando la Revolución de 1904 llevará otra vez los dos principales partidos al enfrentamiento armado. Elegido decimoctavo Presidente Constitucional en marzo de 1899, Cuestas se mantuvo como titular del Ejecutivo hasta el mismo mes de 1903, cuando tomó el mandato Batlle y Ordóñez.

Si desde el punto de vista intelectual 1897 fue esencial para la definición de la posición estética y literaria de Rodó, en el plano personal durante ese mismo año atravesó una profunda

crisis espiritual. De estos desasosiegos queda huella en las primeras cartas que escribió al amigo Piquet. En la epístola del 28 de marzo de 1897, las agitadas reflexiones sobre la situación política y cultural de Montevideo dejan intuir toda la importancia que estos años tendrán para la producción ensayística rodoniana:

Todo lo que ha sucedido esta última quincena, en estos días que bien podemos llamar desde ya inolvidables, tristemente inolvidables en nuestra historia, lo he visto al través de una espesa niebla, lo he sentido como un eco vago y lejano... Cuando la resonancia de la batalla sobrecogía de dolor o electrizaba de entusiasmo a los corazones, el mío, embargado por inquietudes muy ajenas a la lucha de los partidos, apenas participaba del interés y de la emoción de los demás. Empiezo ahora a darme cuenta de lo que ha pasado, y me siento lleno de patrióticas angustias al pensar en el *salto atrás* que esto significa en la vida de nuestro pueblo. [...]

¿Quién se acuerda de nuestra querida literatura en días como los que pasan? ¡La existencia de la *Revista* significa ahora un esfuerzo casi heroico de nuestra voluntad!... ¿Quién escribe? ¿Quién lee? El frío de la indiferencia ha llegado a la temperatura del hielo, para estas cosas. Montevideo es mitad un club de hablillas políticas, y mitad una factoría de negociantes. Nunca fue cosa muy distinta. [...] Hoy, cuando no nos conmueve la noticia de un encuentro sangriento o el anuncio de otro que va a realizarse, vegetamos entre la chismografía política, las pequeñas angustias de la lucha por la vida, penosa y difícil, y el tajejar de las lenguas que manifiesta nuestro maravilloso desconcierto de voluntades, nuestra incurable anarquía de esfuerzos y de opiniones... No hay tribuna, no hay prensa política, no hay vida de la inteligencia. Cada uno de nosotros es un pedazo de gran cadáver.

En cuanto a mí, la decepción, el desconcierto de esta situación, me apartan de la labor literaria, porque escribir de literatura sería trillar en el agua en estos tiempos; pero, por otra parte, no hacen sino robustecer mis aficiones, confirmarme en mi amor a la grata, a la noble vida del pensamiento y el trabajo intelectual. (Rodó, *Obras* 1271-72)

Durante estos años, dedicados a la *Revista Nacional*, a pesar de la relación con sus familiares y con pocos íntimos amigos, la vida de este joven tímido y callado transcurría principalmente en la soledad del estudio. Rodó pasaba jornadas enteras en la Biblioteca Nacional y en la sala de lectura del Ateneo de Montevideo. Su índole reservada y quieta nunca, o casi, lo condujo a la necesidad de una vida mundana hecha de aventuras amorosas o noches bohemias. Después de la relación platónica con Luisa Gurméndez, otro episodio de carácter sentimental, que

documentan casi todos los biógrafos (Rodríguez Monegal, Benedetti, Pérez Petit, Petit Muñoz) es el que se refiere al “simple arrebató admirativo que le provocó Lola Millanes, tiple de zarzuela que por entonces visitó Montevideo” (Benedetti 18). Además de frecuentar asiduamente el teatro Pabellón Nacional, donde concurría para contemplar la gracia de la cantante, el austero Rodó llegó incluso a escribirle un encendido poema: por ironía de la suerte, un abuso de amistad de Daniel Martínez Vigil hizo que la atrevida composición se publicara en *La Carcajada* (4 de enero de 1897). En cada caso, la intención del presente capítulo no es la de analizar las dificultades de Rodó en el trato con las mujeres. Por eso, las consideraciones de Rodríguez Monegal acerca de los dos episodios relatados, quizás, representan la glosa más pertinente sobre el argumento:

Ninguna de estas mujeres (ni otras de las que también se ha hablado) parece haber despertado la gran pasión. Sin duda, hay en la vida de Rodó una ausencia del amor como elemento erótico; lo que no significa que falten mujeres, ya sea en aventuras más o menos románticas o en contactos puramente sensuales. Todo este aspecto de su vida aparece deliberadamente sepultado en silencio, y lo poco que ha trascendido no permite ninguna conjetura seria. (Introducción 24)

Desde una situación de crisis espiritual pasó al compromiso político. “Pese a su evidente imposibilidad temperamental para comprender, y menos aún para admirar, cualquier política de fuerza, cualquier enfrentamiento bélico, Rodó se convierte de buenas a primeras en lo que hoy se denominaría un escritor *comprometido*” (Benedetti 36). A principios de 1898, con algunos compañeros de la disuelta *Revista Nacional*, formó parte del grupo de redactores de *El Orden*, que sostenía la candidatura de Cuestas. Los cuatros ensayos con los cuales colaboró al periódico revelan una notable madurez en el análisis del hecho político y en la organización del trabajo ensayístico.

Desde estos artículos traza Rodó las líneas básicas de su actuación política futura: una actitud reflexiva y serena, un respeto por la legalidad que supera las conveniencias partidistas, una posición mesurada que se apoya fuertemente en la visión teórica sin descuidar las exigencias prácticas, un sentido de la tradición del partido que le hace solidarizar (según dijo en marzo de 1910) el destino del Partido Colorado con los destinos mismos del país. (Rodríguez Monegal, Introducción 28)

Mientras tanto, otro acontecimiento político, esta vez de carácter internacional, sacudió la conciencia de Rodó: la Guerra Hispano-cubano-norteamericana. El conflicto entre España y Estados Unidos por la posesión de Cuba, y lo que implicó en términos de amenaza intervencionista, dejó preocupada y conmovida a toda la intelectualidad uruguaya y, en general, iberoamericana. En este sentido, la gestación, los temas y la popularidad del *Ariel* serán profundamente vinculados con este suceso político y militar, ocurrido entre el 25 de abril y el 12 de agosto de 1898.

Cerrada la breve experiencia con *El Orden*, Rodó intensificó sus estudios literarios. Amén de las febriles lecturas –dirigió particular atención a Taine, Spencer, Guyau, Renan, Goethe, Cervantes y Hugo–, profundizó su conocimiento tanto del modernismo rioplatense, como de la Revolución francesa. Entretanto, preparaba su ensayo sobre Rubén Darío y tomaba copiosas, pero fragmentarias notas para el proyecto de un vasto tratado en forma epistolar; de este heterogéneo material, que en un principio tituló “Cartas a...”, extraerá luego dos de sus ensayos más famosos: *Ariel* y *Motivos de Proteo*.

Después de un periodo como empleado en la oficina de avalúos de guerra, el 9 de mayo del mismo año el doctor Vázquez Acevedo, Rector de la Universidad de la República, le encomendó la cátedra de literatura, en la Sección de Enseñanza Secundaria. Rodó mantendrá este prestigioso encargo hasta su renuncia en 1902. Si se considera el carácter tan disperso y amplio del material recogido en ese periodo y conservado hoy en el

Archivo Literario, se comprende la enorme importancia que la docencia tuvo en la ordenación de su saber e intereses. Para un estudio profundo sobre este argumento, el ensayo publicado en 2001 por Pablo Rocca, *Enseñanza y teoría de la literatura en José Enrique Rodó*, es esclarecedor. Además de la puntual y original interpretación propuesta por su autor, este libro adquiere un notable interés por el apéndice que lo cierra, donde se proponen algunos pasajes de los “Apuntes inéditos del curso de Literatura de J. E. Rodó”, tomados por el alumno Hipólito M. Barbagelata.

En 1899, la editorial Dornaleche y Reyes, de Montevideo, publicó el segundo volumen de *La vida nueva*, dedicado a la figura de Rubén Darío y a su *Prosas profanas y otros poemas*, de 1896. Rodó venía trabajando en este minucioso ensayo desde hace dos años. “Rubén Darío: su personalidad literaria, su última obra”, que el poeta modernista utilizará como “Prólogo” en la segunda edición (1901) de sus líricas, tuvo de inmediato un éxito considerable. “Esta crítica no ha dejado de ser valorada como una de las mejores aproximaciones a la obra del poeta nicaragüense y como un claro testimonio de la posición de Rodó respecto al modernismo” (Castro Morales, Introducción 21). De hecho, este trabajo cerró la etapa exclusivamente crítico-literaria de la producción rodoniana. Desde su siguiente libro, el intelectual uruguayo se mostrará orientado hacia la interpretación del más vasto tema de la cultura americana.

El tercer opúsculo de *La vida nueva* se publicó en febrero de 1900, siempre por Dornaleche y Reyes: el ensayo que compone este último volumen se titula *Ariel*. Para la realidad literaria latinoamericana, la resonancia y el ritmo de las reediciones fueron excepcionales. Este pequeño y poderoso libro consagró a Rodó, que entonces tenía veintinueve años, como el “Maestro de la Juventud de América”, a la cual el ensayo estaba dedicado: “el nombre de Rodó corrió por todo el orbe hispánico. Su obrita fue leída y reproducida por doquiera; las ediciones

(muchas de ellas espontáneas y hasta piratescas [*sic*]) se multiplicaron; su texto fue comentado y, a veces, discutido. Rodó resultó desde entonces, y para siempre, el autor de *Ariel*” (Rodríguez Monegal, Introducción 30).

Dos aspectos fundamentales contribuyeron a la difusión de la obra: por un lado, cabe señalar que por 1900 la correspondencia epistolar de Rodó con muchos de los intelectuales y escritores hispanohablantes más destacados de la época lograba dibujar una red muy vasta y heterogénea; con lo cual el autor desarrolló, en primera persona, una propaganda efectiva de su libro; por el otro lado, se debe remarcar el hecho de que este discurso a la juventud de América llegó en el momento más oportuno, pues la reflexión intelectual alrededor de la intervención de Estados Unidos en el proceso de la independencia cubana era todavía muy intensa: “En los comienzos del siglo fue como si la juventud hispanoamericana hubiese estado esperando la palabra que tradujera sus ansias, al Maestro que guiara sus pasos, el impulso que diera un sentido a su inconformismo y a su inquietud. *Ariel* representó de pronto esa palabra, ese guía, ese impulso” (Benedetti 46).

El 19 de junio Rodó fue nombrado por el gobierno de Cuestas director interino de la Biblioteca Nacional –cargo que desempeñó durante sólo unos pocos meses–. Sin embargo, en noviembre del mismo año el compromiso político volvió a tentarlo. Rodó aceptó la propuesta de su íntimo amigo Juan María Lago de integrar una comisión de jóvenes colorados que sostuviera el acercamiento entre las diferentes posturas ideológicas representadas por los tres líderes partidarios: Herrera y Obes, el general Tajés, y Batlle y Ordóñez. Este escogido grupo, del cual formaban parte, entre otros, Emilio Frugoni, Víctor Pérez Petit y Carlos Martínez Vigil, redactó el manifiesto “A la juventud colorada”.

A principios de 1901, la participación de Rodó en la vida política e intelectual del país se intensificó. El 21 de enero intervino como organizador y orador en el banquete

partidario que se realizó en el teatro San Felipe. Al día siguiente, el “Discurso por la unificación del Partido Colorado”, que pronunció durante esta ocasión, se publicó en *El Día*, inaugurando *de facto* la colaboración rodoniana con el periódico de Batlle y Ordóñez.

Dos semanas más tarde, el 3 de febrero, participó en la reunión que se celebró en el estudio del doctor Lago, donde se resolvió fundar el Club Libertad: en las primeras elecciones de esta institución Rodó fue designado Vicepresidente. La actividad política del club fue realmente intensa. Distintas manifestaciones y comicios se organizaron tanto en la capital como en los pueblos del interior. “Rodó mismo no vaciló en hablar ante auditorios desconocidos, correr de uno a otro extremo de la república, repetir una y mil veces los mismos conceptos básicos (y hasta el mismo discurso, según aconsejaba humorísticamente)” (Rodríguez Monegal, Introducción 31).

Como escribe Castro Morales, Rodó durante la campaña electoral y en sus artículos para el diario batllista, “mientras apoyaba el proceso democratizador de su partido, también defendía la independencia de su criterio” (Introducción 22). En este sentido, para sintetizar la posición política rodoniana de este periodo, es ejemplar el ensayo “El problema presidencial”, publicado en *El Día*, el 25 de junio de 1902. Según el autor del artículo, la elección del próximo mandatario del Ejecutivo debía realizarse a partir de dos condiciones elementales: por un lado, el “Partido Colorado debía levantar al poder un presidente que, sin apartarse del programa de la revolución de 1898, sea capaz de realizar en el partido la conciliación” (Rodó, *Obras* 1019). Por el otro, la solución del problema, que el sistema político y electoral uruguayo iba buscando desde la Paz de Abril de 1872, significaba en primer lugar “garantizar al Partido Nacionalista la persistencia de una política de coparticipación, de ecuanimidad y de concordia, aunque sin compromisos que traben el libre funcionamiento del mecanismo institucional y sin coacciones para el Presidente de la República” (1021).

A pesar de la posición generalmente compartida por sus miembros en favor de una conciliación partidaria, el Club Libertad vivió fricciones importantes. La más grave se produjo durante el mes de agosto de 1901, en ocasión de las elecciones internas para la presidencia: entre los dos candidatos, el escritor Carlos Reyles y el doctor Lago, ganó este último. Sólo un mes más tarde se concretó la escisión que determinó la disolución definitiva del grupo. El derrotado Reyles decidió separarse para fundar el Club Vida Nueva. “Desalentado, Rodó no se queda con el grupo del Dr. Lago, ni tampoco acompaña –por el momento– el movimiento separatista de Reyles” (Benedetti 49).

### **Madurez**

Poco después de esta experiencia desalentadora, la vocación política rodoniana se reveló a través de una forma más elevada e influyente. Presentándose como candidato en las elecciones de 1902 para la Cámara, Rodó fue elegido diputado por el departamento de Montevideo. De este primer periodo parlamentario, que de hecho motivó su inmediata renuncia a la cátedra de literatura, quedan como testimonios algunas intervenciones que se distinguen por la mesura y la madurez del pensamiento. Dos de estos discursos, “Sobre la condición de los catedráticos de la Universidad” (22 de mayo de 1902) y “Sobre las tesis universitarias” (26 de junio), tratan un argumento cultural y educativo. Sin embargo, sus más importantes oraciones frente al Senado y la Cámara de Diputados fueron de carácter político; en este sentido, se destacan “Por la libertad de la prensa” (pronunciada en cuatro distintas sesiones entre el 16 de junio y el 12 de julio de 1904) y “La reforma de la Constitución” (23 de diciembre).

En su biografía de 1918, Pérez Petit dio, con palabras amargas y significativas, su interpretación de la primera experiencia legislativa de Rodó y de la realidad política uruguaya de esa época:

Desertando por un momento las letras, seducido por el campo de acción que le ofrece la política, quiere desempeñar sus cometidos con virtud catoniana. Ya no hace literatura, ahora que puede hacer obra social, fecunda y útil para los pueblos. No es que traicione ni reniegue sus viejos ideales [...]; es que anhela llevar su ensueño de ideal a la política y establecer en la práctica lo que ha concebido en la meditación. Su lirismo, su rectitud, su hombría de bien, empiezan a chocar a sus nuevos amigos. Nadie ignora lo que es la política: un ingenio repleto de esclavos donde un amo más osado maneja a látigo a los que trabajan por él: un pandemónium donde cada cual ejecuta las contorsiones más viles para conquistar un mendrugo de pan: un “steeple-chasse” en el que los más temerarios, no los más meritorios, saltando sobre los cuerpos de sus amigos y concurrentes caídos van a la conquista de todas las supremacías. Para ser buen político es menester tener alma de cortesano, cuerpo de reptil rampante, cara de Dios Jano y uñas de ave de presa. Rodó era, ya lo sabemos, la antítesis de todo esto: su alma era todo luz e idealidad, su corazón todo desinterés y altruismo; sus manos honestas eran un escudo contra la maledicencia. (210-11)

En general, a pesar de la específica vivencia rodoniana, los acontecimientos políticos del bienio 1903-04 fueron de gran importancia para la historia de Uruguay. La paz efímera que el Pacto de la Cruz había establecido, escondía una tensión no resuelta en el equilibrio institucional de las fuerzas partidarias. De hecho, después de septiembre de 1897, el país era administrado por dos gobiernos: uno era el central con sede en Montevideo y mantenido por los colorados, que controlaba la gran mayoría de los departamentos; el otro, instalado en la Estancia de Cordobés, en Cerro Largo, era de filiación blanca. Desde su residencia, en la zona centro-oriental del país que confina con Brasil, el caudillo Aparicio Saravia tenía la dirección de seis jefaturas departamentales. Los nacionalistas denunciaban la marginación de su política y el fraude sistemático que, en su decir, se realizaba en los comicios electorales; además, reivindicaban la necesidad de una reforma del sistema de representación proporcional.

Estando así las cosas, en marzo de 1903 la elección a Presidente de la República de José Batlle y Ordóñez precipitó los eventos. El gran líder colorado resultó vencedor sólo gracias a los votos en el Parlamento del grupo disidente nacionalista, que encabezaba Eduardo Acevedo Díaz. Por esta razón, cuando el nuevo gobierno otorgó dos de los seis departamentos que correspondían a los blancos a la fracción que había sido expulsada del partido, Saravia consideró el hecho como una violación del Pacto de la Cruz. Después de una primera movilización seria de las fuerzas militares que no llegó al conflicto gracias a la firma del Pacto de Nico Pérez (22 de marzo de 1903), el primero de enero de 1904 la tensión política explotó en modo definitivo y violento.

La revolución blanca que se libró en Uruguay hasta la Paz de Aceguá del 24 de septiembre de 1904 fue una de las guerras civiles más decisivas y sangrientas que se combatieron en el país. El conflicto se decidió en la Batalla de Masoller (primero de septiembre), durante la cual Saravia fue herido mortalmente por un disparo. “Caído el caudillo, el pánico y la consternación se producen en la masa guerrera; no sólo se ha perdido una batalla: todo se ha perdido. La muerte de Aparicio Saravia es una escena de tragedia antigua, de profunda fuerza emocional y portentoso colorido” (Zum Felde, *Evolución* 212). Tras la amnistía general, los nacionalistas derrotados obtuvieron la vaga promesa de una reforma constitucional que, de hecho, sólo se realizará en 1918. Al mismo tiempo, el sometimiento del ejército blanco y la abolición de la política de coparticipación dieron el triunfo a Batlle y Ordóñez. Desde este momento y hasta su muerte en 1929, el caudillo civil del Partido Colorado se convertirá en la figura más relevante de la escena política nacional.

Como recuerda el mismo Eduardo Acevedo Díaz, en sus *Anales históricos del Uruguay*, la Revolución de 1904 y el consecuente dominio de la doctrina batllista significaron la imposición de un nuevo orden político y social.

El ciclo de las revoluciones, que abarca tres cuartos de siglo desde el primer Gobierno de Rivera, hasta el primer Gobierno de Batlle y Ordóñez, quedó realmente terminado en 1904, con la demostración palpable de la eficacia de los resortes oficiales para asegurar en breve tiempo la estabilidad de la paz. Pero quedaban todavía en pie algunos caudillos, que no podían convencerse de que hubiera pasado para siempre el periodo trágico de las guerras civiles. (5: 412)

Las miserias y tragedias de la guerra civil afectaron profundamente la conciencia tanto la del hombre de letras, como la del diputado Rodó. A este respecto, la correspondencia con Francisco Piquet permite conocer algunas reflexiones interesantes del pensador uruguayo.

En la misiva del 6 de marzo de 1904, Rodó describe su falta de entusiasmo en la actividad parlamentaria: “la experiencia que mi temporada de politiquero me ha suministrado, me ha bastado para tomar desde ahora (o más bien, desde antes de ahora) la resolución firmísima de poner debajo de mi última página parlamentaria un letrero que diga: ‘Aquí acabó la primera salida de Don Quijote’, y decir adiós a la política” (Rodó, *Obras* 1275). Durante el mismo año, en el borrador de una carta que se conserva en el archivo –sin fecha más precisa–, confió a su íntimo amigo su opinión sobre el momento político y literario del país: “Por aquí todo va lo mismo: guerra y miseria, caudillos y fanáticos, ríos de sangre y huracanes de odio. En todo eso, vida febril y en lo demás muerte y silencio. La literatura no da otras señales de vida que el aborto periódico de algún decadenteoide revenido, en abominables opúsculos” (1280). Analizando este momento de dificultad, Mario Benedetti escribió en su ensayo biográfico de 1966:

Es, evidentemente, un instante de crisis para Rodó, que también en otras cartas de esa época se muestra pesimista y deprimido. “Lo innegable es que –le confiesa por ejemplo a Unamuno–, para los que tenemos aficiones intelectuales y tendencias a una vida de pensamiento y de cultura, resultan, más que incómodas, desesperantes las condiciones (siquiera sean transitorias) de este ambiente, donde apenas hay cabida sino para la política *impulsiva* y anárquica, que concluye por arrebatar en su vértigo a los ánimos más serenos y prevenidos.” (54-56)

El 8 de febrero de 1905 Rodó renunció a su banca de legislador. En medio de la peor crisis espiritual de su vida y ahogado por las estrecheces financieras que lo ataron por un cierto periodo a las pretensiones de unos usureros, empezó a cultivar con mayor anhelo el sueño de un viaje a Europa. Como demuestra otra carta a Piquet (20 de abril de 1904), Rodó ambicionaba publicar en el Viejo Continente el trabajo al cual, desde hace unos años, dedicaba todas las energías de su actividad literaria: el proyecto de “Proteo”. Sin embargo, tanto la publicación de los primeros *Motivos*, como la realización del *gran tour* europeo tendrán que esperar no poco tiempo.

El lapso comprendido entre 1905 y 1907 fue fundamental para la creatividad y la madurez ensayísticas de Rodó: mientras su notoriedad en el contexto literario hispanohablante crecía en modo sorprendente, el intelectual uruguayo tuvo que luchar con enorme fuerza de voluntad contra la gravedad, la soledad y la tristeza que caracterizaban su momento existencial. En este sentido, resultan significativos los papeles preparatorios de “Proteo” que se conservan en su archivo y que redactó en la biblioteca del Ateneo o en una quinta de la avenida Buschental, que su madre había adquirido en el Prado, tranquilo barrio de Montevideo. En estos apuntes, Rodó traza las líneas esenciales de su sentido ético de la actividad escritural y hace constantes referencias a lo que llama el “estado glauco”: ese momento de la actitud íntima del ensayista vuelto a recrear la serenidad y felicidad del mundo griego. Un estado del alma que confiere a la prosa un sabor intacto, donde el escritor no introduce, ni diluye, las amarguras y tensiones de la realidad exterior o de su dolor.

El estudio detenido de su vida y de sus textos íntimos despeja por completo la falsa imagen circulante de un Rodó estatuario, frío e insensible en anticipado bronce. Demuestra qué combates debió de librar para alcanzar en su obra una serenidad y un equilibrio, una objetividad que no nacía de la indiferencia, para ofrecerla como la mejor lección al mundo

desordenado, agónico de su patria y de América. El Rodó que emerge de este estudio es no sólo más patético y tembloroso; es más completo y verdadero. (Rodríguez Monegal, Introducción 43-44)

En 1906, Rodó interrumpió momentáneamente la redacción de “Proteo” para iniciar y desarrollar una polémica de carácter ideológico, que apasionó la opinión pública montevideana. El motivo detonador fue la disposición gubernamental de la Comisión Nacional de Caridad y Beneficencia Pública que ordenó el retiro de los crucifijos de los hospitales del Estado. Con respecto a la medida y a los comentarios que ésta provocó, Rodó dirigió una carta a su amigo Juan Antonio Zubillaga, director de *La Razón*, que publicó la misiva en la edición del 5 de julio. La resolución, que este periódico y la gran parte anticlerical del gobierno batllista habían calificado como “acto de extremo y radical liberalismo”, era considerada por el intelectual, más bien, como una expresión de *jacobinismo*: “Se trata, efectivamente, de un hecho de franca intolerancia y de estrecha *incomprensión* moral e histórica, absolutamente inconciliable con la idea de elevada equidad y de amplitud generosa que va incluida en toda legítima aceptación del liberalismo” (Rodó, *Obras* 249).

La polémica se desató algunos días después, cuando el doctor Pedro Díaz dio una conferencia (14 de julio) en el Centro Liberal, en la cual defendió la medida oficial y refutó las ideas expuestas por Rodó. Éste, desde *La Razón*, le respondió a través de una serie de “Contrarréplicas”, que se publicaron entre el 4 y el 14 de septiembre. En estos artículos, Rodó, que nunca fue un católico practicante y ortodoxo, planteó distintos temas, como, por ejemplo, los orígenes históricos de la caridad, la significación espiritual y moral de la figura de Cristo y la importancia del pensamiento libre y, en particular, de la tolerancia. En el mismo año, la editorial La Anticuaria, de Montevideo, recogió y publicó estos escritos, más una carta sobre el sentimiento religioso y la crítica, en el volumen *Liberalismo y jacobinismo*. El opúsculo

tuvo no poca resonancia, a pesar del hecho de que la participación de Pedro Díaz en la polémica se limitó a los argumentos que expuso en su conferencia.

El año 1907 significó para Rodó, antes que nada, la conclusión de una fase económica y espiritual complicada de su vida. Sin dejar a un lado la meditación y redacción de “Proteo”, aceptó la colaboración como corresponsal que le ofreció uno de los periódicos más importantes de América: *La Nación*, de Buenos Aires. Su primera contribución –el texto será incluido en 1913 en *El mirador de Próspero*, con el título “Una nueva antología americana”– fue una amplia y clara crítica al libro *La joven literatura hispanoamericana*, que Manuel Ugarte había publicado dos años antes en París. Los comentarios desfavorables de Rodó y una poco feliz respuesta del argentino determinaron una ruptura irrecuperable en la relación entre los dos pensadores; de hecho, este incidente crítico puso fin al largo e interesante carteo que Rodó y Ugarte tenían desde los años de la *Revista Nacional*.

En la misma época, el autor de *Liberalismo y jacobinismo* decidió reanudar su actividad partidaria. Después de haber rechazado la cátedra de literatura que le propuso, por segunda vez, Miguel Lepeyre, Rector de la Universidad de la República, aceptó la presidencia del Club Vida Nueva. Con el paso de los años, su divergencia respecto a algunas posiciones de Batlle empezaba a delinearse: de hecho, apoyó públicamente la candidatura de Claudio Williman como Presidente del Uruguay. Elegido por la mayoría de la Asamblea General el primero de marzo de 1907, Williman se mantuvo en el Ejecutivo hasta la primavera de 1911. Su gobierno, de clara tendencia conservadora, contó con el respaldo del oficialismo colorado. Desde el punto de vista institucional, realizó reformas de indudable interés: en particular, completó la organización del Poder Judicial, con la creación de la Alta Corte de Justicia, e introdujo los Ministerios de Obras Públicas y de Industria.

A principios de 1908, Rodó integró, junto con Samuel Blixen, Elías Regules y Pérez Petit, el jurado del concurso de obras teatrales organizado por el Conservatorio Labardén, de Buenos Aires. Durante esta ocasión, su trato con el poeta Julio Herrera y Reissig se tiñó de amargura, por un episodio desafortunado. Al parecer, según la crónica de Pérez Petit, Rodó fue el responsable de la pérdida de algunas de las obras enviadas. Entre éstas, se encontraba el único ejemplar de la pieza *La sombra*, de Herrera y Reissig. Sin analizar ni la obra ni el misterio, se debe suponer que el enojoso episodio “habrá ahondado aún más las ya existentes diferencias (no sólo estéticas, sino también políticas) entre el poeta y el ensayista” (Benedetti 61).

Confirmando su regreso a la vida política, el 8 de febrero del mismo año Rodó fue electo nuevamente diputado por el departamento de Montevideo: esta segunda legislatura se extenderá hasta febrero de 1911. Conjuntamente fue designado presidente del Círculo de la Prensa, una “entidad de carácter social que agrupaba a los periodistas de la capital, con prescindencia de los matices políticos que representen” (Rodríguez Monegal, Introducción 48).

Su actividad parlamentaria se dirigió sobre todo a iniciativas de carácter cultural. En abril de 1908, fue uno de los seis diputados que presentaron a la Cámara un proyecto de pensión para Florencio Sánchez, con la finalidad de que éste se trasladara a Europa. A pesar de que el propósito no pasó la votación del Senado, el dramaturgo uruguayo pudo viajar al *vecchio mondo*, como comisionado oficial de Williman; demostrando una clara y trágica coincidencia con la biografía rodoniana, en otoño de 1910, Sánchez se enfermará de tuberculosis y morirá en Italia.

Mientras Montevideo vivía una intensa etapa de agitaciones sociales y huelgas, Rodó presentó el informe “Del trabajo obrero en el Uruguay” (15 de mayo de 1908). Escrito con motivo de la reforma laboral propuesta por el gobierno en 1906, este amplio y equilibrado

ensayo sociológico será incluido, con algunas modificaciones, en la colección *El mirador de Próspero*. El texto “[r]efleja fielmente el pensamiento político de Rodó, que si por un lado rehuía los planteos demagógicos y estridentes, por otro revelaba un liberalismo ligeramente conservador” (Benedetti 64).

De noviembre de 1909 fue la única oración de tema estrictamente político que expuso. En la Cámara de Diputados, protagonizó el debate “Sobre el tratado con el Brasil” respecto a la navegación en la laguna Merín y el río Yaguarón, que marcan el confín entre ambas naciones. Además, en la fase final de su legislatura, Rodó fue el redactor de un proyecto de ley acerca de la “Exención de impuesto al libro extranjero” (12 de mayo de 1910) y, al mismo tiempo, comentó en la intervención “Sobre la propiedad literaria” (30 de junio) la propuesta de reforma del escritor Carlos Roxlo.

La actuación pública de Rodó no se limitó a la actividad política. A principios de 1908, se adhirió al primer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos, organizado por la juventud universitaria uruguaya, que tuvo lugar en Montevideo del 26 de enero al 2 de febrero. Estos encuentros —el segundo y el tercero se efectuaron, respectivamente, en Buenos Aires (1910) y Lima (1912)— constituyen un antecedente ideológico y cultural esencial en la formación del movimiento estudiantil que se iniciará en la Universidad Nacional de Córdoba en 1918 y que se extenderá luego a muchos ateneos de Argentina y de gran parte de América Latina. Rodó, que en ocasión del segundo congreso participó como orador en un acto de homenaje realizado en Montevideo (24 de julio de 1910), siguió siempre con enorme atención el entusiasmo y los proyectos de las jóvenes generaciones americanas a las que había dedicado *Ariel*. Como muestra, en modo inmejorable, la carta a su amigo Enrique Pérez del 2 de abril de 1912, apoyaba y aplaudía “las generosas expansiones de aquella juventud como una anticipada imagen de esa patria latinoamericana, con que soñamos, para

el porvenir, los que creemos que las fronteras internacionales no han de prevalecer eternamente sobre la natural e histórica unidad de estos pueblos” (Rodó, *Obras* 1384).

En abril de 1909 la editorial José María Serrano de Montevideo publicó *Motivos de Proteo*. Tras una larga y no siempre constante elaboración, Rodó mandó a la imprenta “una selección de la obra en que venía trabajando desde fines de siglo y a la que dedicó todos sus ratos de ocio en los últimos atareados años” (Rodríguez Monegal, Introducción 48). En estas páginas, donde a veces la forma ensayística deja espacio, con excelente resultado, al arte de componer parábolas, Rodó “había decantado sus ideas pedagógicas, psicológicas y estéticas en una filosofía del desarrollo y perfeccionamiento individual (el *proteísmo*), en una forma expositiva totalmente novedosa” (Castro Morales, Introducción 24). A pesar de la peculiaridad de su índole literaria y de una estructura ideológica sensiblemente distinta respecto a *Ariel*, el libro alcanzó una notable popularidad; agotada en pocas semanas la primera edición, que constaba de dos mil ejemplares, los editores Berro y Regules imprimieron la segunda en 1910.

Durante este periodo, la vocación periodística de Rodó regresó a expresarse con una cierta intensidad: en 1910 colaboró en *La Razón*, *El Día* y *El País*. El 10 de junio, en las columnas de este último diario, se publicó una carta abierta dirigida a Ricardo J. Areco; militante del Partido Colorado, ya presidente en 1892 de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, el doctor Areco, como legislador, había votado en 1903 por la elección de Batlle y Ordóñez a Presidente de la República. En el artículo citado, Rodó sostiene la falta de responsabilidades del primer gobierno batllista respecto a los trágicos acontecimientos de la guerra civil y analiza en términos positivos la nueva candidatura que el caudillo civil colorado empezaba a preparar: “la orientación y el desenvolvimiento de la actual situación política hicieron dibujarse [...] la candidatura presidencial del señor Batlle y Ordóñez, como la

expresión más característica y prestigiosa del conjunto de los elementos que hoy prevalecen en el gobierno del país” (*Obras* 1026).

Mientras “su prestigio intelectual seguía creciendo en paralelo a la expansión continental del arielismo y al reconocimiento de su magisterio americanista” (Castro Morales, Introducción 24), Rodó fue designado, junto con el coronel Jaime Bravo y el poeta Juan Zorrilla de San Martín, como delegado del Uruguay ante las fiestas del Centenario de la Independencia de Chile. Frente a los representantes del Congreso de aquel país, el 17 de septiembre de 1910 pronunció un solemne discurso. El aniversario de la historia chilena le dio la posibilidad de recordar el origen, la tradición, el idioma, las costumbres y las instituciones que fundamentan la unidad de la conciencia colectiva de los pueblos hispanoamericanos (Rodó, *Obras* 553). El texto de la oración será incluido dos años después en *El mirador de Próspero*.

El 4 de febrero de 1911 terminó su mandato como diputado en el gobierno de Williman. Pocas semanas después, con la segunda elección de Batlle y Ordóñez a jefe del Ejecutivo (primero de marzo), Rodó comenzó su tercera legislatura: esta nueva experiencia parlamentaria, que se prolongará hasta febrero de 1914, fue quizás la más importante e intensa. Sus intervenciones tuvieron, también en esta ocasión, una relación particular con cuestiones culturales. En este sentido, presentó frente al Senado y la Cámara distintos proyectos de ley sobre temas heterogéneos: la subvención de una investigación histórica en los archivos de España, la compra de libros para la Biblioteca Nacional, la realización de un monumento a Samuel Blixen, la entrega a Juan Zorrilla de San Martín de cinco mil pesos por la realización de la obra *Epopeya de Artigas*, que el gobierno le había comisionado en 1907, los homenajes a Carlos de Castro y a José Pedro Ramírez y el aumento de sueldo a los profesores universitarios.

Sin embargo, los dos discursos parlamentarios más extensos y significativos de este periodo se enfocaron en el controvertido tema de la reforma constitucional: tanto en la sesión

del 9 de diciembre de 1911, como en la del 13 de junio de 1912, Rodó defendió “el alto y noble principio de la representación proporcional” (*Obras* 1107) y sostuvo la necesidad de confiar la reforma al trabajo de una Comisión Constituyente. A pesar del apoyo a la candidatura batllista que había demostrado en su carta abierta a *El País*, a partir de 1911 el distanciamiento político de Rodó respecto a la posición de Batlle y Ordóñez se hizo definitivamente irreconciliable.

Al ascender por segunda vez a la Presidencia de la República, Batlle (que había pasado una temporada en Suiza, estudiando su sistema de gobierno) intentó preparar el terreno para una reforma de la Constitución que sustituyera el Ejecutivo unipersonal por un Gobierno Colegiado. Rodó encabezó la oposición colorada. En la Cámara y en la prensa luchó por una reforma de la Constitución que no implicara un cambio tan radical en la estructura política del país. Buscó una reforma gradual, escalonada y que fuera preparando al elector. (Rodríguez Monegal, Introducción 49)

Como subraya Benedetti, entre la coherencia y autonomía de sus principios y la disciplina partidaria, el intelectual y diputado montevideano optó también en esta ocasión por la primera: de esta manera, “sin haberlo buscado ni provocado, Rodó quedó de pronto convertido en el líder parlamentario de los colorados antiolegialistas” (64). Su participación en este debate tan importante para la historia del Uruguay no se desarrolló sólo desde su escaño. En su correspondencia privada, en los discursos públicos y en las páginas de los diarios en los que colaboraba –en particular el *Diario del Plata*, donde a veces firmaba con el pseudónimo de Calibán–, Rodó se mostró siempre contrario al proyecto batllista de un Ejecutivo que fuera “desempeñado por una Junta de Gobierno compuesta de nueve miembros, dos elegidos por la Asamblea General y siete por elección popular” (Pivel Devoto y Ranieri 480).

Al dirigir, por un instante, nuestra mirada hacia los acontecimientos políticos de los años por venir, cabe señalar que ni las ideas de Rodó, ni las de Batlle y Ordóñez

consiguieron realizarse en modo integral. De hecho, el proceso de la reforma constitucional quedará terminado sólo durante la Presidencia de Feliciano Viera (1915-19). La Convención Nacional, cuyos comicios en julio de 1916 registraron la derrota de los colorados por su pleito sobre el sistema colegiado, sancionó la nueva Carta Magna de la República Oriental del Uruguay el 15 de octubre de 1917. Entre las principales reformas establecidas, la nueva Constitución –vigente desde 1918– reorganizó en modo bicéfalo el Poder Ejecutivo. Éste se estructuró en dos órganos: el Presidente de la República y el Consejo Nacional de Administración, ambos elegidos popularmente a través de un sistema directo. En sustancia, se trató de un acuerdo de transacción entre las dos grandes fuerzas partidarias, los colorados y los blancos, que lograron así institucionalizar ese principio de coparticipación que las bases de paz de 1872 y 1897 habían consagrado sólo con promesas y palabras. Sin embargo, las limitaciones y los riesgos de este sistema de gobierno se mostrarán concretamente el 31 marzo de 1933 cuando el presidente Gabriel Terra dio un golpe de estado: su Ejecutivo de carácter conservador, autoritario y antiliberal, al aprobar una nueva Constitución en 1934, suprimió el Consejo Nacional de Administración y estableció el retorno a un sistema de gobierno presidencialista.

De vuelta en 1912, Batlle no perdonó a Rodó su indisciplina sobre el tema del Colegiado; de hecho, en este mismo año, lo hizo sustituir por Eugenio Lagarmilla en la delegación uruguaya que debía concurrir a las fiestas del Centenario de las Cortes de Cádiz. “Para Rodó, que deseaba fervientemente la oportunidad de un viaje a Europa (conviene recordar que en 1904 había escrito a Piquet: ‘Lo que me estimula es precisamente la esperanza de poder dejar esta atmósfera’), esa sustitución de último momento debe haberle sido particularmente amarga y deprimente” (Benedetti 65). La desilusión determinada por

este penoso incidente fue en parte aliviada por la Academia Española que, a principios de octubre, lo designó su correspondiente extranjero.

En los momentos de descanso que le dejaba la intensa actividad parlamentaria, Rodó prosiguió con enorme pasión y disciplina su labor literaria. Como demuestran los documentos de su archivo, los proyectos de estudio y de escritura de este periodo fueron numerosos y heterogéneos: planeó dos largos ensayos sobre José Martí y José Artigas, y se dejó seducir por el propósito de un libro de historia de la época de la Conquista y la Colonia. Sin embargo, si estos proyectos no pasaron la dimensión del apunte y el esbozo, por otro lado, en el período 1912-13 Rodó realizó o completó algunas de sus obras más importantes: reunió en modo magistral cinco trabajos de su primera producción escrita bajo el título de *Juan María Gutiérrez y su época*; escribió dos amplios ensayos dedicados al ecuatoriano Juan Montalvo y a Bolívar respectivamente.

En 1913, Rodó publicó, con la editorial José María Serrano, la obra que quizás mejor lo representa: *El mirador de Próspero*, la colección de los ensayos dispersos y los textos misceláneos que venía escribiendo desde los tiempos de la *Revista Nacional*. Además de los tres trabajos citados arriba, el índice de este libro nos regala algunos otros títulos fundamentales para la comprensión de la trayectoria literaria rodoniana: “Rumbos nuevos”, “La gesta de la forma”, “Decir las cosas bien”, “El Centenario de Chile”, “La tradición intelectual argentina”, “Ricardo Gutiérrez”, “Del trabajo obrero en el Uruguay” y “Mi retablo de Navidad” son pruebas de la afirmación.

*El mirador de Próspero*, lejos de ser el simple proyecto de una colección, esconde una índole más profunda. El dibujo general de sus contenidos y la intención organizativa que subyace en su arquitectura confieren a la obra el tono de conversación íntima del autor consigo mismo, casi, se podría decir, el carácter de un diario de su espíritu: en estas páginas, Rodó

confiesa sus inquietudes intelectuales y expone toda la variedad de sus grandes temas; en particular, dos son las preocupaciones que regresan aquí como constantes de su pensamiento: América Latina y el ejercicio de la crítica.

## **Final**

El 28 de junio de 1914, en una Europa bien distinta de la que soñaba Rodó, Gavrilo Princip, un estudiante bosniaco que formaba parte de una organización irredentista con base en Serbia, asesinó al heredero al trono austrohúngaro, el archiduque Francisco Fernando de Habsburgo-Este, y a su esposa, mientras recorrían en un carro descubierto las calles de Sarajevo. Este trágico acontecimiento detonó las tensiones ya existentes entre las grandes potencias europeas, divididas en dos bloques políticos y militares: los Estados de la Triple Alianza (Alemania, el Impero Austrohúngaro y el Reino de Italia) y los de la Triple Entente (Francia, Rusia y Reino Unido).

Como consecuencia del atentado de Sarajevo, el 23 de julio Austria envió a Serbia un durísimo ultimátum. La respuesta del principal aliado del Impero zarista en los Balcanes fue juzgada insuficiente: el 28, Austria declaró la guerra a Serbia. A partir de este primer paso, las sucesivas decisiones de los gobernantes y de los jefes militares transformaron una crisis local en un conflicto europeo, el primero combatido en el Viejo Continente después de las guerras napoleónicas. Frente a la movilización de las fuerzas armadas de los Estados Aliados, Alemania, que sufría desde hace tiempo un complejo de acorralamiento que la ahogaba en sus ambiciones internacionales, declaró la guerra a Rusia (primero de agosto) y a

Francia (3 de agosto). El plan bélico alemán elaborado ya desde principios de 1900 por el Jefe de Estado Mayor, Alfred von Schlieffen, se fundaba en la rapidez de la acción militar y en la lentitud de la poderosa maquinaria armada rusa.

Al estallar la guerra europea, que alcanzará magnitud mundial con la intervención de Estados Unidos en abril de 1917, Rodó se encontraba en un periodo de intensa actividad periodística. La tragedia del conflicto bélico conmovió profundamente no sólo a su conciencia de intelectual, sino a todo el ambiente montevideano.

En realidad, Rodó veía algo más que la amenaza a uno de los países que amaba más entrañablemente, a Francia. Lo que en seguida sintió fue la ruptura de los valores sobre los que estaba edificada la civilización de Occidente, la destrucción del mundo en el que había sido criado, en el que había realizado su obra, para el que había proyectado un futuro americano. Todo lo que constituía el fundamento de su obra parecía deshacerse con la guerra. A partir de ese momento, Rodó se hundió en una meditación cada vez más sombría. (Rodríguez Monegal, Introducción 56)

Dedicando menor espacio a la batalla anticolegialista, Rodó comenzó a dirigir su actividad intelectual al sostén de la causa aliada. En abril de 1914, interrumpió su colaboración con el *Diario del Plata*, por la disimulada posición germanófila del periódico. Unos meses después, el 3 de septiembre, publicó en *La Razón* el artículo “La causa de Francia es la causa de la humanidad”. Además, en los mismos días ingresó en la redacción de *El Telégrafo*, donde, entre el 8 de septiembre y el 18 de octubre, fue el curador de una nueva sección denominada “La guerra a la ligera”: Rodó escribió ocho pequeños ensayos –en tres ocasiones firmados con el pseudónimo de Ariel– donde comentó algunos personajes y hechos del conflicto europeo.

Mientras tanto, sus obras se iban publicando y conociendo afuera del continente americano. *Ariel* se imprimió en París en 1914. El año siguiente, el venezolano Rufino Blanco

Fombona publicó para la editorial América, de Madrid, el libro *Cinco ensayos*, donde incluyó los trabajos “Montalvo”, “Ariel”, “Bolívar”, “Rubén Darío” y “Liberalismo y jacobinismo”.

Entre los artículos que escribió en 1915, “La literatura posterior a la guerra” es quizás el ensayo más interesante. Apareció en *La Nota*, de Buenos Aires, el 4 de diciembre. Se le preguntaba a Rodó si creía “en el advenimiento de una ‘literatura de la guerra’, de una literatura en que la guerra encuentre su expresión” (Rodó, *Obras* 1177). A pesar de la lejanía desde la que vivía los acontecimientos bélicos y la tragedia de la masacre humana que se iba consumando en los tres principales frentes de batalla, Rodó logró en este trabajo dibujar una imagen profunda y objetiva del estado espiritual y literario de la posguerra. No verá ese futuro y no podrá averiguar la exactitud de sus profecías; sin embargo, el crítico e intelectual uruguayo nos dejó aquí unos de sus más lúcidos y profundos pensamientos.

La guerra traerá la renovación del ideal literario, pero no para expresarse a sí misma, por lo menos en son de gloria y de soberbia. La traerá porque la profunda conmoción con que tenderá a modificar las formas sociales, las instituciones políticas, las leyes de la sociedad internacional, es forzoso que repercuta en la vida del espíritu, provocando, con nuevos estados de conciencia, nuevos caracteres de expresión. La traerá porque nada de tal manera extraordinario, gigantesco y terrible, puede pasar en vano para la imaginación y la sensibilidad de los hombres; pero lo verdaderamente fecundo en la sugestión de tanta grandeza, lo capaz de morder en el centro de los corazones, donde espera el genio dormido, no estará en el resplandor de las victorias, ni en el ondear de las banderas, ni en la aureola de los héroes, sino más bien en la pavorosa herencia de culpa, de devastación y de miseria: en la austera majestad del dolor humano, levantándose por encima de las ficciones de la gloria y proponiendo, con doble imperio, el pensamiento angustiado, los enigmas de nuestro destino, en los que toda poesía tiene su raíz. (Rodó, *Obras* 1178-79)

A principios de 1916, el importante semanario bonaerense *Caras y Caretas* le ofreció un encargo como corresponsal extraordinario en Europa: a cambio de sus crónicas de viaje, se le habrían retribuido casi mil pesos nacionales argentinos por mes. De hecho, sus familiares

testimoniaron en el “Prólogo” a *Los últimos motivos de Proteo*, de 1932, que este sueldo le habría bastado para cubrir con holgura todos sus gastos.

Sin vacilar, Rodó aceptó la oferta. A partir de las cartas a Miguel de Unamuno (20 de marzo de 1904) y a Juan Francisco Piquet (20 de abril del mismo año), y durante más de una década, “[e]l clásico viaje a Europa, que todo uruguayo buscaba siempre en su horóscopo, había sido una constante en todos los proyectos que, en forma de deseos concretos o de mera divagación, había formulado Rodó a través de los años con respecto a un futuro ideal” (Benedetti 69). Ahora, en la primavera de 1916, Rodó tenía casi cuarenta y cinco años: frente a la propuesta de la revista argentina, al desaliento por las batallas ideológicas y políticas del último periodo se sumaba el sueño, nunca extinto, de conocer el mundo en el que había cultivado sus aficiones literarias y realizado su obra. Conjuntamente, el deseo de vivir el horizonte cultural desde el cual había proyectado la realización del porvenir latinoamericano se fortalecía a través de la posibilidad del viaje a Europa como experiencia catártica, quizás como salvación.

Sobre este aspecto, desarrollando una interpretación absolutamente personal, Pérez Petit sostuvo que tanto la actuación rodoniana en el periodismo militante como las muchas desilusiones de su vida parlamentaria afectaron hondamente el estado de su espíritu y el entusiasmo de su creación literaria:

Tener que escribir sobre el odioso tema político, para poder vivir, cuando otros tantos temas de su gusto, en el campo de la literatura y la moral, hubieran podido emplear su pluma, ¡qué mayor martirio para Rodó! Así, la política, día tras día, nos iba robando quién sabe cuántas maravillosas ideaciones. ¿Cómo no hallarse triste, y sentirse desalentado, y maldecir de todo?

Y cada vez se encerraba más en su yo, con celoso retraimiento. No se le veía sino en el diario en que escribía. Si por acaso alguno lo descubría al fin deslizándose rápidamente a lo largo de las paredes, por calles de poco tránsito, era inútil que se le acoplara buscándole conversación. Después del saludo de ritual, Rodó seguía su marcha silenciosamente, ensimismado en sus pensamientos, como ajeno a cuanto le rodeaba. Una invencible tristeza le desbordaba del alma y se le asomaba a los ojos. “Tengo que irme a Europa, tengo que salir de aquí”, repetía a los más íntimos. (311-12)

La irrevocable decisión de su partida provocó mucha conmoción en el ambiente intelectual de Montevideo. En general, la opinión pública consideraba un poco absurdo, casi ridículo, que uno de los mayores escritores nacionales tuviera que aceptar la propuesta de un periódico argentino para encontrar los recursos y realizar un viaje a Europa. De hecho, “[c]omo apurada consecuencia fue presentado en la Cámara de Senadores un proyecto por el cual se creaba una cátedra de Conferencias en la Universidad, con la única intención de ofrecérsela a Rodó” (Benedetti 70). Sin embargo, éste, en una carta publicada en *El Plata*, el 6 de julio de 1916, agradeció y aclaró su firme voluntad de no aceptar su designación para ese proyecto.

Durante los días precedentes a su partida, Rodó fue objeto de una serie de homenajes en cadena. El 13 de julio, el Círculo de la Prensa, cuyo presidente era en ese entonces el amigo Víctor Pérez Petit, le dedicó un *lunch* de despedida: en esta ocasión, los estudiantes se dirigieron en masa hacia la sede de la asociación para aclamar al maestro de América y darle un merecido adiós colectivo. En la noche del mismo día, los amigos más íntimos le ofrecieron un banquete en el Jockey Club, donde era costumbre reunirse para platicar de literatura y política frente a un café.

En la mañana del 14 de julio, es decir un día antes de su cumpleaños, Rodó se embarcó en el transatlántico inglés *Amazon*. Según la crónica periodística publicada en *El Plata* (15 de julio), una verdadera muchedumbre lo acompañó hasta el barco. Además, un grupo de amigos, después de haber tomado con él una copa de champaña a bordo, consiguió un vaporcito para *escoltar* a Rodó durante su salida del puerto, una vez que el transatlántico había soltado amarras.

El *Amazon* hizo escala en Santos el 17 de julio; al día siguiente llegó a Río de Janeiro y a la Bahía de Guanabara. Desde Recife atracó en el puerto de Mindelo, la ciudad principal de la isla de San Vicente, en el archipiélago de Cabo Verde. De esos días de navegación

Rodó nos dejó testimonio en la crónica “Cielo y agua”. Este escrito inauguró las maduras y hermosas páginas que redactó para *Caras y Caretas*; las mismas que en 1918 Vicente Clavel recopiló por la editorial Cervantes de Valencia en el volumen póstumo titulado *El camino de Paros (Meditaciones y andanzas)*. El *incipit* del ensayo atrapa al lector por la confesión de quien nació y creció en la Ciudad Vieja de Montevideo: ese espacio urbano, quizás más único que raro, que todavía hoy se zambulle en el agua y deja al paseante solitario capturado por la luz y el aire del mar, que dominan todas sus calles.

Tengo el sentimiento del mar. Esas afinidades instintivas con las cosas de la naturaleza, esas misteriosas simpatías que parecen recuerdos de una existencia elemental, no me hablan de mi fraternidad con la montaña abrupta, ni la tendida pampa, ni otra de las duras formas de la tierra, sino de mi fraternidad con las inmensas y ondulantes aguas, con el errabundo ser de la ola. Abro el pecho y el alma a este ambiente marino; siento como si mi sustancia espiritual se reconociese en su centro. (Rodó, *Obras* 1184)

El primero de agosto Rodó desembarcó en Lisboa; por fin, había llegado a Europa. Unos días después, entrevistó al presidente de Portugal Bernardino Machado. Entre el 6 y el 9 estuvo en Madrid, donde encontró al poeta Juan Ramón Jiménez, con el que mantenía una relación epistolar desde 1902. Hizo una breve estancia en Sevilla y el 9 llegó “una tórrida noche a Barcelona, la ilustre y hacendosa ciudad” (Rodó, *Obras* 1189), la tierra de origen de su familia paterna. De allí, envió a la redacción del semanario bonaerense dos crónicas: “En Barcelona” y “El nacionalismo catalán. Un interesante problema político”.

Dejando la visita de París para los meses venideros, Rodó decidió viajar de inmediato a Italia. Después de quedarse unos días en Marsella, el 17 de agosto llegó a Génova, donde encontró al periodista uruguayo Juan José de Soiza Reilly. Éste afirmará unos años después, demostrando quizás un excesivo gusto por la crónica escandalosa y contradiciendo lo declarado

por los hermanos del ensayista, de haberlo encontrado en dificultades económicas, porque *Caras* y *Caretas* no le mandaba los honorarios. Soiza Reilly dirá también que Rodó se quejó mucho con él de la situación política del Uruguay. En líneas generales, “no es posible aceptar el testimonio: el Rodó confesional y patético que presenta no coincide con la figura reservada hasta la exageración que todos han mostrado” (Rodríguez Monegal, Introducción 64).

Desde Génova, se trasladó a Montecatini, pequeña localidad de la Toscana, conocida por sus centros termales. Aunque no preocupó nunca a su madre y sus familiares en las tarjetas que les envió durante el viaje, no hay duda de que su salud empezaba a quebrantarse: en Montecatini, el doctor Petracchi lo asistió por el regreso de una bronquitis que había tenido antes de dejar Montevideo.

Después de veinte días de descanso y curas de aguas, Rodó retomó su itinerario; visitó Pisa, Livorno, Lucca y Pistoia. El primero de octubre llegó a Florencia. Permaneció en la capital toscana durante casi un mes y allí escribió el interesante “Diálogo de bronce y mármol”, donde pone en escena una conversación entre el *David*, de Miguel Ángel, y el *Perseo*, de Benvenuto Cellini, en la *piazza della Signoria*, de Florencia.

Durante el mes de noviembre visitó Módena, Bolonia, Parma y Milán. En la ciudad lombarda encontró a un connacional, que confirmará –en una misiva anónima publicada en un diario de la época– la imagen de un Rodó con problemas de salud. De hecho, en Turín, donde se quedará hasta el principio de diciembre, consultó al doctor Emilio Perrero. Sin embargo, las dificultades físicas no comprometieron su trabajo intelectual. En la *bella piemontese* escribió “La esperanza en la noche buena”, “Anécdotas de la guerra” y “Un documento humano”.

El día 5 llegó a Tívoli, la *Tibur Superbum* de Virgilio; aquí permaneció por dos semanas. Entre el 20 de diciembre y el 20 de febrero de 1917, Rodó vivió en la capital de

Italia. En la *Città Eterna* atravesó un intenso periodo de reflexión intelectual y producción ensayística: de las cinco crónicas escritas en Roma, “Los gatos del Foro Trajano”, “Una impresión de Roma” y “Al concluir el año” representan los resultados más apreciables.

Prosiguiendo su recorrido hacia el sur de Italia, el 21 de febrero llegó a Nápoles. En Campania, visitó Sorrento, Capri y Castellamare. “Pero la enfermedad ha ido creciendo: es un resfrío, pero es también un debilitamiento general, y es una nefritis. Rodó ha ido decayendo físicamente; su cuerpo está minado y expuesto a cualquier ataque” (Rodríguez Monegal, Introducción 64). A pesar de eso, su compromiso con *Caras y Caretas* siguió con un buen ritmo. Redactó cuatro notas de viaje, entre las que se distinguen, por la profundidad del pensamiento, “Nápoles la española” y “El altar de la muerte”. Mientras en este segundo ensayo leemos sus meditaciones frente a la tumba del poeta Giacomo Leopardi, en el primero parece escucharse un susurro de nostalgia:

Yo he sentido despertarse y sonreír mi velado instinto criollo reconociendo en las calles de Nápoles cosas que me parecían del terruño, líneas y matices de mi ciudad nativa, en lo que ésta tiene aún de característico, de tradicional, de pintoresco; semejanzas que completa la imaginación con la curva armoniosa de la bahía, cuya entrada custodia, como un Cerro agigantado y flamígero, el Vesubio. Y estas correspondencias de carácter, estos acordes de color, evocaban en mi memoria las palabras que oí una vez a un cultísimo y delicioso sevillano, don Francisco Orejuela, que contaba admirablemente sus recuerdos de viaje:

No hay más que tres ciudades en el mundo: Nápoles, Sevilla y Montevideo. (Rodó, *Obras* 1240)

A principios de abril, se hospedó en el Hotel des Palmes, de Palermo. Según la minuciosa crónica de Julián Nogueira (*El Día*, 28 de enero de 1920) –de la que Rodríguez Monegal reprodujo un amplio extracto en su “Introducción general” a las *Obras completas*–, Rodó pasó las últimas semanas de su vida casi encerrado en su habitación y sin hablar con nadie. Trágicamente, los dos últimos ensayos que su pluma nos regaló fueron escritos en frente del

Mediterráneo: se titulan “¿Renunciará Benedicto XV al poder temporal? (Actual aspecto de la cuestión romana)” y “Palermo”. Esta última nota, que será publicada por vez primera en *La Nación* de Buenos Aires (24 de diciembre 1922), se quedará inconclusa.

Fue sólo en la mañana del 28 de abril que confesó que se sentía muy mal a la camarera que le había llevado su desayuno. Frente a las molestias siempre más intensas, durante la noche del día siguiente fue asistido por el doctor Sapuppo; éste no pudo ni siquiera interrogar al enfermo, que se retorció en la cama por los agudos dolores, y, así, recomendó que se llevara al hospital San Saverio, sin perder más tiempo. A pesar de la pronta asistencia, el 30 de abril, Rodó ingresó en estado de coma. Lejos de sus seres queridos, vivía una situación desesperada. A las diez del primero de mayo de 1917, falleció.

La noticia de su muerte llegó a Montevideo en la tarde del 3 de mayo; empezaron los homenajes por parte tanto de la prensa, como de las instituciones. Entre los primeros, es imposible no recordar aquí el número dedicado a Rodó que la revista *Nosotros*, de Buenos Aires, publicó a pocas semanas de su muerte. Distinguidos críticos rioplatenses de la época colaboraron en la realización de este amplio volumen conmemorativo: entre otros, Arturo Giménez Pastor, Rafael Alberto Arrieta, Víctor Pérez Petit, Emilio Berisso, Alfredo Colmo y Emilio Frugoni. En la misma forma, el recuerdo de Eduardo Acevedo Díaz, en el sexto tomo de sus *Anales históricos del Uruguay*, permite comprender la pérdida irreparable que el fallecimiento de Rodó constituyó en el panorama intelectual y literario de su país:

La muerte de José Enrique Rodó, ocurrida en Italia, dio lugar a grandes homenajes que inició la Asamblea General mediante una ley amplísima y verdaderamente excepcional. Se ordenaba el repatrio [*sic*] de los restos, se declaraba día de duelo nacional el día de su desembarco en Montevideo y se les decretaban los más altos honores oficiales. Los restos se inhumarían en el Panteón Nacional, debiendo previamente ser expuestos al público en un catafalco que se levantaría sobre la escalinata de honor de la Universidad. Se erigiría en una de las plazas o

paseos públicos de Montevideo un monumento costado por suscripción popular [...]. El Poder Ejecutivo gestionaría la compra del derecho de propiedad de todas las obras del gran escritor. El Consejo de Administración dio su nombre al Parque Urbano. La Dirección de Instrucción Pública mandó colocar su retrato en todas las escuelas públicas como altísima consagración de una cruzada de abnegadas idealidades por la patria, por la justicia, por la belleza y por la libertad. (124-25)

Dos años después, el gobierno uruguayo envió a Sicilia una delegación presidida por Antonio Bachini, para organizar la repatriación de sus restos. El informe oficial señaló que Rodó había muerto de tifus abdominal. El 27 de febrero de 1920 se realizaron en Montevideo los funerales solemnes: el poeta Juan Zorrilla de San Martín pronunció un discurso en nombre del Presidente de la República Baltasar Brum. “Nunca el fallecimiento de un hombre de letras había provocado en el país una consternación tan sincera, tan unánime” (Benedetti 79).

Para el lector que se acerca hoy a Rodó y para quién ahora se prepara a alejar su barco de este espacio biográfico, quedan en la memoria las palabras de Pérez Petit. La imagen de Rodó que dibuja tiene los colores de la dulce despedida y del solemne epitafio:

Así era este espíritu excepcional: hondo y grave en las altas especulaciones del arte; regocijado y finísimo en el seno de la amistad. Los que le han leído, conservarán siempre en el alma ese deslumbramiento parecido al que el sol deja en nuestras retinas cuando un instante lo miramos frente a frente; los que le han tratado, no olvidarán su cordialidad, su sencilla bienvenida, su innata tolerancia para todos los errores y debilidades –esa suavidad de carácter que le hacía tan humano y tan superior. (325)

## LA CONSTRUCCIÓN DE UNA RED INTELECTUAL

*Nos llena de orgullo todo libro nuevo publicado en nuestras tierras americanas: parece como salido de la propia mente, y lo es en parte, por ser todo hombre como átomo de la raza con cuyas cualidades brilla, de cuyo honor y fuerza se alimenta, de cuyo espíritu es soldado y depositario. La raza es una patria mayor, a la que deben pagar tributo, como hijos a madres las patrias pequeñas que de la raza madre se derivan. La raza es un altar de comunión: y quien la niega, o la desconoce, o la vicia, o se quiere salir de ella, –desertor es– traidor como el que pliega la bandera y huye ante el enemigo en hora de batalla, o se pasa a sus huestes.*

José Martí, *Nuestra América*

Como el *lieve legno che alza le vele* para conducir a Dante a la *piaggia* del Purgatorio, esta investigación ha llegado a su segundo puerto. En el primer capítulo, he propuesto una biografía del escritor uruguayo, con la finalidad de comprender un poco mejor el horizonte histórico, cultural y político hacia el cual estamos navegando. Ahora, me ocuparé de dos aspectos centrales para entender la presencia de José Enrique Rodó en México: por un lado, la correspondencia que el autor de *Ariel* mantuvo desde el último lustro del siglo XIX hasta el final de su vida con algunos escritores, poetas, periodistas, redactores y lectores mexicanos –más algunos extranjeros que tuvieron un papel importante para las letras nacionales–; y por otro, las publicaciones, sean libros autónomos o artículos de revistas y diarios, que de él se hicieron en México durante el mismo lapso.

La elección de estos temas específicos de estudio conllevó, desde el principio, la urgencia de conocer e investigar el material conservado, respectivamente, en el Archivo José Enrique Rodó de la Biblioteca Nacional de Uruguay y el Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de México.

Antes que nada, creo aquí pertinente hacer algunas consideraciones de carácter histórico e interpretativo respecto al Archivo Rodó. La colección de sus manuscritos –cartas, apuntes, tarjetas, borradores, notas de viaje, recuerdos– constituye uno de los acervos más amplios en el ámbito literario hispanoamericano. Abrir las infinitas y repletas carpetas donde se conservan las preciosas hojas significa restituir a su peculiaridad –Gadamer y Bajtín hablarían de *alteridad*– la figura de Rodó.

El sistema con el que está organizada esta enorme colección particular sigue, todavía hoy, los criterios y las elecciones de Roberto Ibáñez. De hecho, con la muerte de doña Julia Rodó en 1944, los manuscritos de su hermano pasaron, como legado, a la Biblioteca Nacional de Uruguay. Para ordenar y componer ese caótico conjunto original, el año siguiente fue instituida una Comisión de Investigaciones Literarias, bajo la dirección del profesor Ibáñez. La tarea de separar y clasificar los varios millares de piezas tuvo que ser ciclópea y agotadora. Al mismo tiempo, cabe recordar que del trabajo de esta comisión salieron los principios que en 1948 fundaron la misión del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios. En 1965, ya sin la dirección de Ibáñez, el INIAL perdió su autonomía cuando pasó, con todo su acervo, a ser un departamento de la Biblioteca Nacional, como sigue hasta nuestros días.<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> Para un mayor conocimiento tanto del trabajo de indagación y organización que Ibáñez realizó con el Archivo Rodó, como de la historia del actual Departamento de Investigaciones y Archivos Literarios, los tres primeros números de la revista *Lo que los archivos cuentan* representan una fuente imprescindible: esta publicación de la Biblioteca Nacional de Uruguay está bajo la dirección de Carina Blixen. Señalo aquí una

Los aspectos que seducen a quien se introduce entre las hojas del archivo no son pocos. Sorprende la facilidad con la que Rodó desarrollaba su capacidad escritural: se podría hablar de una necesidad constante de estar con la pluma en la mano. Con una caligrafía no siempre clara, casi incomprensible en el caso del “Diario íntimo”, anotaba cualquier cosa: pensamientos, recuerdos, proyectos, borradores de misivas, resúmenes de lo que leía, hasta el número de los ejemplares de sus obras que enviaba. Rodó siempre amó escribir: lo demostró incluso en el modo en que ahorra y reciclaba el papel. Utilizaba cualquier hoja suelta, de contaduría o de un lavadero mecánico a vapor; otras veces, para construir sus propios cuadernos pegaba hojas blancas sobre las páginas de un libro que ya no le interesaba. A este respecto, quizás dos son los ejemplos más curiosos: el caso del *Manual de la salud o medicina y farmacia domésticas*, de François Vincent Respail, que transformó por entero en una libreta donde anotó aforismos y comentarios de lo que iba estudiando; y el del *Catálogo de Córdoba (Córdoba Durchmusterung)*: esta importante clasificación estelar, publicada entre 1892 y 1932 y compilada por el observatorio astronómico de la ciudad argentina, fue concebida como extensión del *Catálogo de Bonn (Bonner Durchmusterung)*, que clasificaba la dimensión y posición de aproximadamente 320,000 estrellas del hemisferio boreal. Como demuestra el contenido de la carpeta 5 C4 de la sección I de su

---

selección de los artículos más interesantes; en el primer número (2012) se destacan: “Archivocracia y literatura en Uruguay: Figura y método de Roberto Ibáñez”, de Ignacio Bajter; “Roberto Ibáñez”, de Jorge Ruffinelli; y “Publicaciones de la Comisión de Investigaciones Literarias, del INIAL y del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional. 1947-2012”, de Virginia Friedman. En el segundo número (2013): “Los archivos literarios de la región sur latinoamericana”, de Elena Romiti; “Nota a la edición”, de Ignacio Bajter; “Teoría y ensayo de la investigación (Introducción especial)”, de Roberto Ibáñez; y “El ‘método Ibáñez’: ¿La crítica genética... antes de la crítica genética?” de Fatiha Idmhand. El tercer número de *Lo que los archivos cuentan* salió a fines de 2014 junto a dos separatas; una de ellas se titula *Imagen documental de José Enrique Rodó. Un fragmento*. Se trata de una publicación fundamental para el estudio del archivo del autor de *Ariel*, porque reproduce una parte decisiva del trabajo que Ibáñez había anunciado en el catálogo de la exposición sobre Rodó, que se realizó en el foyer del teatro Solís de Montevideo, en los últimos días de 1947. Durante casi setenta años, los 96 folios mecanografiados, donde Ibáñez anotó la teoría y los criterios metodológicos de su investigación sobre los manuscritos rodonianos, no habían sido nunca publicados.

archivo, Rodó utilizó el reverso en blanco de dos páginas sueltas de este libro, para redactar las hojas 26 y 44 de los “Originales manuscritos” del *Ariel*.

Capaz de una autodisciplina ejemplar, Rodó organizó casi siempre con sistematicidad lo que escribía. Hasta la correspondencia recibida fue registrada, indicando fecha y remitente, en siete cuadernos (carpeta 2 B3 de la sección I). Entre ellos, el tercero y el quinto se refieren al bienio 1909-10 y resultan muy interesantes para el estudio de la red epistolar que Rodó dibujó con respecto a México. Aquí, la lista de los nombres citados produce un sentido de vértigo: Porfirio Parra, Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Agustín Aragón, Severo Amador, Bernardo Reyes, Antonio Caso, Jesús T. Acevedo, Max Henríquez Ureña, Luis G. Urbina, Justo Sierra, *Revista Moderna*, Enrique González y Martínez, Félix Martínez Dolz, Salvador Díaz Mirón, Escuela Nacional Preparatoria.

A través del estudio del archivo es posible comprender también cómo el escritor uruguayo desarrolló sus pasiones e intereses. Los apuntes manuscritos sobre lo que leyó y estudió, anticipan algunos aspectos que serán centrales en las obras publicadas: el entusiasmo por las biografías, la atención extrema por el tema histórico, la pasión del crítico por la literatura rioplatense e hispanoamericana. Al mismo tiempo, la clasificación que Ibáñez elaboró para determinar el grado de composición de los manuscritos nos permite entender el proceso de concepción y redacción de lo que Rodó escribió; Ibáñez identificó tres categorías: “Materiales preparatorios”, “Borradores” y “Originales”; este último grupo contiene los textos definitivos, inmediatamente anteriores a la forma impresa. La claridad de la caligrafía, el orden y la comprensibilidad del pensamiento siguen el sentido de esta evolución.

A pesar de las últimas consideraciones, para las finalidades del presente capítulo, el trabajo archivístico encuentra su continuidad natural e ineludible en la investigación hemerográfica. El estudio en conjunto de la correspondencia y las publicaciones se

demuestra fundamental no sólo para las preguntas que levanta la problemática de su recepción en México, sino también para comprender mejor el papel y la trayectoria de Rodó como ser humano comprometido con su sociedad y las ideas de su época. De hecho, el autor de *Ariel* –como nos recuerda Alberto Zum Felde, en su *Índice crítico de la literatura hispanoamericana: los ensayistas*– asumió y desarrolló “una función directiva y profética con respecto a la intelectualidad continental y a la definición de su estilo de cultura” (17).

Para comprender esta afirmación quiero intentar una definición del tipo de intelectual que fue Rodó. *In primis*, recordando las reflexiones que Antonio Gramsci elaboró acerca de la función social del intelectual, en *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*, es posible considerar al escritor montevideano como un hombre de letras que asumió históricamente el papel del intelectual y tomó conciencia de su función. En particular, sin dejar de vincular a la realidad hispanoamericana el pensamiento gramsciano, el maestro uruguayo pertenecería más a la categoría de los intelectuales tradicionales que a la de los orgánicos. A diferencia de estos últimos, por cierto, Rodó no demostró una fuerte conexión orgánica con la clase dominante: sus experiencias legislativas nunca fueron meros instrumentos al servicio del grupo social y económico más fuerte, de su hegemonía ideológica o de su gobierno; supo defender la independencia de su criterio político. En esto fue *tradicional*: Rodó desarrolló su actividad intelectual afuera de los esquemas establecidos por la disciplina partidaria; fue un hombre de cultura que, a pesar de las difíciles y peculiares condiciones de su momento histórico, logró conquistarse no poca autonomía. Sus acciones y pensamientos, en este sentido, si encontraron frustración y muy pocas satisfacciones desde los escaños del Parlamento, por otro lado realizaron una red intelectual, de dimensiones sorprendentes, a través de las cartas y las publicaciones.

Otra característica nos permite considerar a Rodó como exponente del grupo de los intelectuales tradicionales: su pensamiento y su pluma tuvieron una referencia fundamental en los valores de la tradición y, de hecho, mostraron siempre una clara continuidad histórica respecto a las “*categorie intellettuali preesistenti*” (Gramsci 4). A prueba de eso, como nos recuerda Castro Morales, Alfonso Reyes en su ensayo “Justo Sierra y la historia patria” consideró a Rodó, junto a Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, Juan Montalvo, Eugenio María de Hostos, José Martí y Justo Sierra, entre “los creadores de la tradición hispanoamericana [...]. En ellos pensar y escribir fue una forma del bien social, y la belleza una manera de educación para el pueblo” (Reyes, *Obras* 12: 242). De acuerdo con la opinión de Reyes, Castro Morales subraya que:

Rodó se sintió un eslabón más en esa cadena de hombres de letras que, como Fernández de Lizardi en las vísperas de la independencia hispanoamericana, lucharon por crear vida literaria influyente en el rumbo social y, como explica Gutiérrez Girardot, por “mediar” entre la sociedad y el poder desde la cultura, propagando proyectos racionalizadores y buscando crear y educar un público lector. (Introducción 27)

Sin embargo, en Rodó operó algo más; su mirada se dirigió no sólo hacia el horizonte de la tradición, sino a la urgencia de precisas renovaciones estéticas e ideológicas. Quizás por eso, uno de los símbolos más logrados de su prosa fue Proteo, numen del mar, del cual dijo que “tenía el don profético y el conocimiento cabal de lo presente y lo pasado” (Rodó, *Obras* 302). De esta forma, coexistieron en Rodó las huellas indelebles del ambiente principista donde creció y la preocupación por interpretar el sentido de novedad implícito en el modernismo; la necesidad de dialogar con las tradiciones romántica y positivista y la propuesta de una *paideia* dirigida a los futuros “ciudadanos de la intelectualidad americana” (497).

*Il dubbio e la scelta: intellettuali e potere nella società contemporanea*, de Norberto Bobbio, presenta un análisis de la relación entre política y cultura que, en muchos de sus argumentos, podría referirse a Rodó y su horizonte: en particular, me convencen algunas ideas elaboradas alrededor de la fórmula *politica della cultura-politica dei politici*. El primero de estos dos conceptos se refiere a “*la dimensione politica della cultura in quanto tale, indipendentemente dal diverso modo con cui l’intellettuale stabilisce un rapporto con il potere politico*” (Bobbio 147).<sup>6</sup> El filósofo turinés escribe:

*Quando parlo di una dimensione politica della cultura, intendo parlare di una politica diversa dalla politica dei politici –della cosiddetta politica ordinaria–, di un’azione che pur rientra in una concezione larga della politica, intesa come attività volta alla formazione e alla trasformazione della vita degli uomini. Non c’è solo la politica dei politici. Se ci fosse solo la politica dei politici non ci sarebbe posto per i grandi dibattiti delle idee, per il momento dell’utopia [...], che pur contribuisce a cambiare il mondo (e non solo a comprenderlo e a interpretarlo), anche se in tempi più lunghi, a scadenze che sfuggono a chi vive nel e per il quotidiano. (147-48)<sup>7</sup>*

A partir de esta distinción marcada por Bobbio, es posible definir a Rodó como un político de la cultura que eligió el camino de la autonomía intelectual, cuando tuvo que enfrentar la fragmentariedad de la organización del trabajo de su contexto social e histórico. Como demuestran las epístolas a Piquet y a Unamuno, que he recordado en el primer capítulo, Rodó se dio cuenta, con profunda amargura, de que la política ordinaria no le habría nunca permitido desarrollar plenamente su función ideológica y crítica; en este sentido, vivió en

---

<sup>6</sup> “La dimensión política de la cultura como tal, independientemente de la diversa manera con la que el intelectual establece una relación con el poder político.” Sin otra indicación en el texto o la bibliografía, las traducciones del italiano son mías.

<sup>7</sup> “Cuando hablo de una dimensión política de la cultura, quiero hablar de una política diferente de la política de los políticos –de la así llamada política ordinaria–, de una acción que se reconduce a una concepción amplia de la política, que es entendida como actividad dirigida a la formación y a la transformación de la vida de los hombres. No existe sólo la política de los políticos. Si existiera sólo la política de los políticos no habría lugar para los grandes debates de las ideas, para el momento de la utopía [...], que también contribuye a cambiar el mundo (y no sólo a comprenderlo y a interpretarlo), aunque en plazos más largos, en términos de tiempo que se les escapan a quienes viven en lo y para lo cotidiano.”

primera persona “la fragilidad de las bases institucionales del campo literario finisecular” y se vio obligado “a depender de instituciones externas para consolidar y legitimar un espacio en la sociedad” (J. Ramos 91); y, por supuesto, para tener un sueldo, aunque mínimo, como el de diputado. De hecho, comprender el papel intelectual rodoniano, significa antes que nada reflexionar sobre las formas de organización del trabajo que, en general, el letrado hispanoamericano de ese horizonte podía elegir. Como subraya Julio Ramos en *Desencuentros de la modernidad en América Latina*:

Desde las lúcidas lecturas de Pedro Henríquez Ureña, hasta los trabajos más recientes de Ángel Rama, Rafael Gutiérrez Girardot, José Emilio Pacheco, Noé Jitrik y otros, el concepto de la “división del trabajo” ha explicado la emergencia de la literatura moderna latinoamericana como efecto de la modernización social de la época, de la urbanización, de la incorporación de los mercados latinoamericanos a la economía mundial, y sobre todo, como consecuencia de la implementación de un nuevo régimen de especialidades, que le retiraba a los letrados la tradicional tarea de administrar los Estados y obligaba a los escritores a profesionalizarse. (11)

Bajo este aspecto, para los intereses de mi investigación, adquiere particular importancia la descripción que Pedro Henríquez Ureña hizo sobre la división del trabajo intelectual durante el periodo 1890-1920; encontramos el pasaje en el séptimo capítulo, titulado “Literatura pura”, de *Las corrientes literarias en la América Hispánica*: el libro reúne las conferencias que el maestro dominicano dio para la cátedra Charles Eliot Norton, en la Universidad de Harvard, durante el año académico 1940-41.

Nacida de la paz y de la aplicación de los principios del liberalismo económico, la prosperidad tuvo un efecto bien perceptible en la vida intelectual. Comenzó una división del trabajo. Los hombres de profesiones intelectuales trataron ahora de ceñirse a la tarea que habían elegido y abandonaron la política; los abogados, como de costumbre, menos y después que los demás. El timón del estado pasó a manos de quienes no eran sino políticos; nada se ganó con ello, antes al

contrario. Y como la literatura no era en realidad una profesión, sino una vocación, los hombres de letras se convirtieron en periodistas o en maestros, cuando no en ambas cosas. (165)

Es en la base de estos argumentos, pues, que nuestra reflexión debe considerar la heterogeneidad y la autonomía de las estrategias intelectuales de Rodó. De acuerdo con el análisis de Castro Morales, su discurso y sus acciones “lo convirtieron en un intelectual híbrido, de transición” (Introducción 28): las dedicaciones de su vocación fueron la tarea del crítico y la enseñanza, el periodismo y la actividad parlamentaria, la reflexión estética y el ensayismo literario.

Al mismo tiempo, retomando la fórmula de Bobbio, cabe evidenciar en términos generales que el perfil intelectual de Rodó registra un hiato entre la acción del político profesional y la del político de la cultura. Las dos funciones recorrieron cada una su propio camino: por cierto, porque la segunda no encontró verdadero espacio de expresión en la dimensión donde operó la primera. De hecho, la propuesta ideológica rodoniana trascendió la realidad política del Uruguay de ese entonces, “proponiendo un proyecto latinoamericanista, supranacional, divulgado en sus ensayos, trabajos hemerográficos, periodísticos y polémicos, así como en sus cartas e incluso en las dedicatorias, casi siempre doctrinales, de sus libros” (Castro Morales, Introducción 29).

Frente a estas consideraciones, me parece importante precisar un aspecto conceptual y organizativo de mi investigación: la significación del *Ariel* será un argumento central en el siguiente capítulo; sin embargo, la estrategia que mueve tanto esta etapa, como toda mi tesis, es la de trascender el prejuicio crítico e historiográfico que ha dominado buena parte de los estudios dedicados al papel rodoniano en la literatura hispanoamericana; el análisis que propongo no quiere limitarse a la consideración de las dinámicas y categorías *arielistas*. En

ese caso, habría que aceptar el riesgo de ver reducidas la dimensión y la complejidad de la función intelectual de Rodó.

De hecho, si por un lado es inevitable reconocer que “fue la publicación de *Ariel* lo que transformó, en un par de años a Rodó en el ensayista o intelectual de ideas más reconocido de América Latina de las dos primeras décadas y símbolo de las nuevas generaciones que llegaban con el siglo” (Devés-Valdés 67), por el otro resultan esenciales unas aclaraciones. En primer lugar, cabe señalar que varios años antes de publicar su obra más leída, Rodó ya había logrado crear una red de contactos en todo el mundo hispanohablante. Como muestran las cartas a Manuel Ugarte, Francisco Piquet, Rufino Blanco Fombona y Francisco Medina, enviadas en el bienio 1896-97, ya desde los años de la *Revista Nacional*, Rodó desarrolló la clara intención de articular una red intelectual. De la misma forma, la publicación de *Motivos de Proteo* representó un momento peculiar en el proceso receptivo rodoniano, a través de una serie de argumentos a veces muy distantes de las temáticas y categorías más definitorias del *arielismo*.

Queda la inderogable necesidad de precisar qué se entiende por *red intelectual*; al respecto, se me hace pertinente y claro lo que Eduardo Devés-Valdés propone en el ensayo *Redes intelectuales en América Latina: hacia la constitución de una comunidad intelectual*. Para el profesor chileno, este concepto indica un “conjunto de personas ocupadas en los quehaceres del intelecto que se contactan, se conocen, intercambian trabajos, se escriben, elaboran en ocasiones proyectos comunes, mejoran los canales de comunicación y, sobre todo, establecen lazos de confianza. No hay redes proyectivas si no es sobre la base de la confianza recíproca” (218). Precisamente a partir de esta idea, la operación de recuperar y analizar las misivas y publicaciones rodonianas quiere, antes que nada, reconstruir la red intelectual que Rodó tejió a través de su relación con México.

## Correspondencia

Las fuentes de las cartas que aquí se recogen son principalmente dos: las carpetas de la sección II del Archivo Rodó y el capítulo 16 de las *Obras completas*, editadas por Emir Rodríguez Monegal; esta última tarea reorganiza y amplía sensiblemente el trabajo de quien fue el precursor en la ordenación de la correspondencia del autor de *Ariel*: Hugo D. Barbagelata que publicó en París, en 1921, el *Epistolario* de Rodó.

Analizando el material conservado en el archivo montevideano, he podido encontrar una lista de veintisiete personas –todas vinculadas a México por nacimiento, o por su papel en el ámbito intelectual y periodístico–, que enviaron por lo menos una carta al maestro uruguayo. El vasto número y la notable heterogeneidad de las misivas recogidas han impuesto una selección: de hecho, en este segundo capítulo encuentran espacio las epístolas de catorce remitentes; su importancia en el contexto literario nacional de la época y, además, los contenidos y la extensión de la correspondencia han sido los criterios que han motivado mis elecciones. Para facilitar la visión del conjunto, las cartas estarán ordenadas por el nombre de sus autores y por principio diacrónico.

He dedicado mayor atención a las misivas que Rodó recibió, respecto a las que envió; esto esencialmente por dos razones: porque la prioridad de mi tarea es la de respetar el enfoque receptivo, e indagar el papel y los comentarios de quien escribió al ensayista uruguayo; y porque, como he subrayado arriba, la base de mi investigación sobre este argumento es el Archivo Rodó. De esta forma, el presente trabajo, mientras quiere ofrecer una visión general de las relaciones epistolares que vinculan al maestro uruguayo a la realidad literaria, periodística e intelectual de México, por otro lado deja abiertas muchas

perspectivas de estudio. Indagar en profundidad cada caso distinto queda como tarea para la voluntad de otro investigador, o para un trabajo futuro de quien ahora escribe.

Una última aclaración: al citar las cartas del Archivo Rodó no indicaré cada vez el número de las carpetas en las que se conservan; la clasificación de Ibáñez muestra, en más de una ocasión, una cierta falta de precisión. Por eso, valga, pues, la simple referencia a la sección II del archivo montevideano como fuente de la mayoría de las epístolas aquí recogidas. Al contrario, el pequeño grupo de misivas que tiene otra fuente encontrará su debida indicación bibliográfica.

### **Luis G. Urbina**

Junto a Salvador Díaz Mirón y Manuel José Othón, Alfonso Reyes consideró a Luis Gonzaga Urbina (1864-1934) como uno de los grandes poetas mexicanos “que cruzaron el Modernismo en una evolución personal [...]. De todos ellos, Urbina es el único cuyo vino guarda el resabio inconfundible del odre romántico” (*Obras* 12: 271).

Su vida cultural y su papel público se caracterizan por haber sido el secretario personal de Justo Sierra, Ministro de Instrucción Pública durante la última fase del porfiriato. Su conocimiento de la literatura en lengua española lo llevó a la enseñanza tanto en la Escuela Nacional Preparatoria, como en la Escuela Nacional de Altos Estudios. Amén de la poesía, la vocación escritural de Urbina se manifestó en el género de la crónica y en la crítica de música y teatro. Fue colaborador y redactor en revistas y diarios: se destacan *Revista Azul*, *El Mundo Ilustrado*, *Savia Moderna*, *Revista de Revistas*, *El Imparcial*, *Revista Moderna de México*. En 1910 escribió la

*Antología del Centenario*, en colaboración con Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel. En 1915, por su inconformidad con la revolución constitucionalista, tomó el difícil camino del exilio: antes en la Habana y, desde 1916, en Madrid. Conoció también Argentina e Italia.

La relación epistolar entre Rodó y Urbina puede reconstruirse a través del valor documental de un borrador y una carta: el primero es del intelectual uruguayo y lleva como fecha el 31 de agosto de 1896; la misiva fue redactada por el poeta mexicano el 21 de julio de 1913. Con respecto al escrito rodoniano, todas las tentativas que hasta hoy he hecho para confirmar la existencia de una epístola concreta –es decir, para averiguar si Rodó envió realmente esta carta y si Urbina la recibió– han terminado en un callejón sin salida: no hay un Archivo Urbina y muchos de los documentos personales se perdieron, después de su muerte. De todas formas, el borrador se conserva en el “Cuaderno F”, donde Rodó escribió los bocetos de su correspondencia desde febrero de 1896 hasta enero de 1897. En ese verano de 1896, Urbina era el secretario de redacción de la *Revista Azul*, fundada dos años antes por Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo.

Sr. Luis G. Urbina. México.

Distinguido Señor:

La redacción de la “Rev. Nac. De L. y C. S.” de la que formo parte, aspira a hacer de esa publicación una de las que con mayor amplitud y fidelidad reflejen la actividad mental de las nuevas generaciones literarias de Hispano-América.

Se ha honrado ya la “Revista” con la colaboración de muchos de los representantes más selectos de esas generaciones, –como Rubén Darío, Leopoldo Díaz y Enrique Gómez Carrillo,– y aun con la de gloriosos artesanos de la literatura de diversas naciones del Continente –entre los que pueden citarse a Ricardo Palma y Adolfo Valderrama– sin hacer mérito de los colaboradores que personifican la intelectualidad nacional de esta República, que tiene en nuestra publicación uno de sus órganos más adecuados y genuinos.

Nosotros levantamos por bandera de nuestra propaganda la idea de la unidad espiritual de los pueblos de América, y nos sentimos animados por los prestigios de esa idea generosa y fecunda cuando va dirigida a aquellos que pueden ayudar principalmente a hacerla efectiva su manifestación literaria.

Falta a nuestra “Revista” un nombre que traiga a sus páginas la representación de las tentativas nuevas de la literatura de Méjico, tan brillante y gloriosa. Hemos buscado ese nombre y lo hemos hallado en el de V. – Hace muy poco tiempo que literariamente nos es V. conocido; pero las contadas composiciones suyas que hasta ahora hemos tenido ocasión de admirar han sido suficientes para darnos muy alta idea de su significación literaria. Más de una vez hubiera transcrito la Revista Nacional<sup>8</sup> esas composiciones, si su programa no le vedase la publicación de trabajos que no sean inéditos.

Procuramos con verdadero interés conocer la actividad productiva de la nueva generación mejicana. – A Salvador Díaz Mirón no hemos querido dirigirnos por saber que pesan hoy sobre él grandes infortunios. – A José Juan Tablada, a Adalberto Esteva, a Díaz Dufóo, nos dirigiríamos gustosos si llegase la amabilidad de V. hasta indicarnos cuál es su actual residencia.

Dejando ya cumplido el encargo que me confiere la redacción de la R. N., al brindar a usted sus columnas, me es grato suscribirme de V. sincero admirador y amigo.

La carta que diecisiete años más tarde Urbina envió a Rodó está mecanografiada; el papel lleva el membrete “Correspondencia Particular del Director de la Biblioteca Nacional”.

Lamentablemente, la misiva no permite suponer un precedente contacto epistolar:

Sr. D. José Enrique Rodó.  
Uruguay.

Muy distinguido señor:

Tengo la honra de remitir a Ud. un ejemplar del Boletín de esta Biblioteca en el que encontrará un trabajo de investigación y rectificación respecto a los estudios universitarios del insigne dramaturgo mexicano D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza.

Espero que, dadas su ilustración y afición a este género de labores, lo leerá con agrado, y en caso de serle posible, nos dará a conocer su autorizada y respetable opinión.

Soy de Ud. muy atto S. S.

Admirado amigo: En estas líneas le envía un abrazo muy cordial un lector constante de sus altos y exquisitos libros. Lo quiere de veras,

Luis G. Urbina

---

<sup>8</sup> Al citar las misivas, he decidido respetar, en los límites de lo posible, la grafía y la estructura del texto original.

En términos generales, esta carta de Urbina de 1913 nos permite comprender la autoridad y el respeto que Rodó había alcanzado, en todo el continente, como crítico de la literatura en lengua española: ese mismo año el maestro uruguayo publicó *El mirador de Próspero*.

Después de una breve estancia en México, ante el asesinato de Venustiano Carranza (21 de mayo de 1921), Urbina decidió dejar nuevamente su país. En el extranjero, fue nombrado miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua. Murió en Madrid el 18 de noviembre de 1934.

### **Francisco Medina**

La identidad de este periodista de probable origen sinaloense no es muy clara. Los pocos datos que he podido confirmar se deducen de la lectura de las cuatro epístolas que envió a Rodó, entre marzo de 1897 y septiembre de 1899, y de la revista *Bohemia Sinaloense*, fundada en Culiacán por Manuel Bonilla y Julio G. Arce, cuyos veinticuatro números salieron entre septiembre de 1897 y enero de 1899. Amén de ser uno de los redactores, en las páginas de esta revista Medina publicó también algunas poesías. La primera carta es del 30 de marzo de 1897: habló de *Bohemia Sinaloense* y confesó haberlo conocido a través de la revista *Flor de Lis*, de Guadalajara.

Señor Don José Enrique Rodó. Montevideo.

Distinguido y amable Sr.: acabo de recibir su folleto literario “La Vida Nueva”, el cual, y sólo habiendo leído de él una parte, me ha agradado y ha venido a confirmar el alto concepto que me he formado de los literatos de [ns] América.

Le doy a Ud. mil gracias, pues, por el ejemplar de su opúsculo, con que bondadosamente me obsequió.

El periódico que habló de su libro fue la Revista Literaria “Flor de Lis” de Guadalajara y por ella tuve conocimiento de él; ya pido a aquella capital un ejemplar de la publicación para [remitírselo]; haré igual cosa con la revista de nosotros, “Bohemia Sinaloense”. Yo, aunque proforma, me permitiré hablar algo de su libro.

Voy a proponer a Ud. un contrato favorable para los dos: que yo le envíe todas las obras literarias que se publiquen [en ella] a cambio de que Ud. me envíe todos los que se publiquen por esas tierras, las cuales son para los mexicanos de difícil adquisición por falta de agentes [letreros].

Me [repito] su [a sus] amigos que debidamente lo distingue.

Desde esta primera misiva, Medina muestra la clara intención de establecer un lazo de confianza con Rodó. El análisis de las cuatro cartas aquí presentadas revela que los dos jóvenes escritores se contactaron, intercambiaron trabajos y desarrollaron una relación epistolar a través de un diálogo sobre sus experiencias periodísticas e intereses literarios. En Medina, son siempre evidentes tanto el deseo de conocer las novedades del ámbito cultural rioplatense, como la voluntad de leer e interpretar los ensayos de Rodó. La segunda carta que llegó a Montevideo desde Culiacán lleva la fecha del 8 de diciembre de 1897:

Muy señor mío:

Aunque sólo conozco a Ud. de nombre, por referencias de nuestras revistas literarias, me tomo la facultad de [escribirle] mis letras, con el objeto de suplicarle tenga a bien contarme entre los suscriptores de sus opúsculos literarios que actualmente está publicando y de los cuales ya [leí a ley] el primero el que espero tenga a bien enviarme e indicarme su valor.

En nombre de la Redacción de que pertenezco ponga a los órdenes de Ud. las humildes columnas de “Bohemia”; pues es para nosotros bastante grato estar ligados con los que cultivan con notorio éxito la literatura.

Póngame a sus órdenes como su muy G. att. S. m. b.

Después de casi un año, el 18 de octubre de 1898, Medina dirigió una tercera misiva al autor del primer opúsculo de *La vida nueva*. Por esa fecha, Medina ignoraba todavía que la *Revista Nacional* dejó de publicarse ya desde el noviembre del año anterior. En este sentido, cabe suponer que entre diciembre de 1897 y octubre de 1898, Rodó no le envió ninguna carta.

Apreciable Sr.:

Hace algún tiempo que recibí juntamente con una carta suya su folleto “La Vida Nueva”. Desde entonces a acá traigo en la conciencia el remordimiento de haber retardado el cumplimiento de un deber, relatar que se debe a causas ajenas a la de la falta de voluntad.

Hoy le van unos números de “Bohemia Sinaloense”, revista que hace algún tiempo se publicó en compañía de otros amigos. Luego tendré el gusto de mandarle una colección completa.

Mucho deseo conocer el libro “Uruguay” que publicaron Domingo Arena, Carlos Reyles, Alejandro Magariños Cervantes, Manuel Bermúdez, Teófilo E. Díaz, Roberto de la Carrera, [Juan Siri Galdy Heguey], Eduardo Acevedo Díaz, José Luis Antuña, Víctor Pérez Petit... etc. etc. Con prólogo de Don Benjamín Fernández Medina y editados por los Sres. Dornaleche y Reyes de esa capital. Toda esa pléyade de inteligentes cuentistas de “Uruguay” –que sólo conozco por referencias– me son altamente simpáticos.

¿A quién podré dirigirme para obtener las novelas de Acevedo Díaz, “Brenda”, “Ismael”, “Nativa” y “Grito de Gloria”? Y los de Reyles “Por la vida” y “Beba”?

Perdóneme tanta imprudencia, pero [en ello sólo era el objeto] de dar vuelo a mis inclinaciones. Favor de darme a conocer “La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales” que en compañía de los dos Martínez Vigil, Pérez Petit, publicaba y no sé si aún publica.

Indíqueme si desea conocer las obras de la literatura mexicana para enviárselas, a nuestros novelistas, a nuestros poetas y más a los que actualmente han levantado una asonada: los modernistas.

La última misiva es del 10 de septiembre de 1899. Medina agradeció a Rodó el envío de su segundo opúsculo de *La vida nueva*, dedicado a *Prosas profanas* de Rubén Darío:

Mi estimado amigo:

Hace tiempo que recibí su segundo folleto de “Vida Nueva” que trata del conocidísimo poeta nicaragüense Rubén Darío; por el valioso obsequio le doy las gracias.

En una revista madrileña que precisamente lleva el nombre de su colección, vi que hablaban del “Pensamiento de América”, libro que, si mal no me recuerdo, acaba Ud. de publicar. Como deseo tener completa la colección de sus obras, le suplico me obsequie un ejemplar de su discutido libro. Y digo discutido porque aquí “El Nacional” y “El Universal” hánse [sic] ocupado largo y tendido de sus apreciaciones sobre algunos poetas mexicanos.

Le envió algunos de los libros que se han publicado entre nosotros.

Como siempre, soy su afcso amigo.

Francisco Medina.

Desafortunadamente queda obscura la razón por la cual esta intensa correspondencia se interrumpió en modo tan repentino.

### **Félix Martínez Dolz**

Desde Culiacán pasamos al sur de la República. Félix Martínez Dolz (1873-1963) fue un poeta oaxaqueño que cultivó sobre todo el género bucólico; prueba de eso es su libro *Canto al gran árbol de América*. Junto con otros autores, entre los cuales aparecen Francisco de P. Herrasti y Alfonso Reyes, publicó en 1931 el *Homenaje de México al poeta Virgilio en el segundo milenario de su nacimiento*: de Martínez Dolz son las dos poesías que cierran esta obra.

En las carpetas de la sección II del Archivo Rodó se conservan cuatro cartas que el poeta oaxaqueño escribió entre 1903 y 1907. En la primera misiva, fechada el 7 de julio, Martínez Dolz se refiere a una tarjeta previa que Rodó le envió en mayo del mismo año:

Muy Señor mío y estimado compañero:

Grato me es referirme a su tarjeta de 9 de mayo ppdo., enviando a U. mis agradecimientos por su bondad y fina cortesía.

Va a U. ahora mi poema “Canto al gran Árbol de América”, como un nuevo recuerdo.

Deseo vivamente leer alguna de sus magníficas obras, –como “Ariel”, que no he encontrado en ninguna librería de México–. Sólo he saboreado, con delectación, su hermoso estudio sobre Rubén Darío.

Saluda a U. cordialmente y le admira y le quiere

Su afmo. atto. S. S.

La siguiente carta es del 9 de octubre de 1903. Martínez Dolz agradeció a Rodó por los comentarios benévolos sobre unos versos suyos y le pidió las direcciones de algunos hombres de letras sudamericanos: de esta forma, el *habitus* de mantener una correspondencia epistolar se define como instrumento imprescindible para ampliar los canales de comunicación y mejorar los lazos de confianza entre los intelectuales.

Muy querido Sr. y amigo: Grato me es referirme a su tarjeta de 14 de agosto [ppdos], dándole los agradecimientos por sus benévolas frases referentes a mis versos y por el atento envío de su preciosa novela “Ariel”, que aún no he recibido, por lo que creo se ha de haber extraviado en el Correo.

Suplico a U. tenga la bondad de decirme las direcciones de los Señores Rafael Obligado, Calisto Oyuela, Leopoldo Díaz, Leopoldo Lugones, Manuel Ugarte, Almafuerte y [Ric.] Jaimes Freyre.

Próximamente tendré el placer de enviarle a U. mi poesía inédita “A Miguel Ángel” que publicará “El Tiempo Ilustrado” de México.

Saluda a U. afectuoso y le estrecha la mano su afmo. servidor y adicto amigo.

El 10 de marzo de 1904 Martínez Dolz redactó su tercera carta dirigida a Rodó. Esta nueva misiva también muestra el interés del poeta oaxaqueño por conocer el movimiento intelectual del horizonte rioplatense:

Muy querido amigo y compañero:

Aunque sin ninguna de U. a que referirme, grato me es dirigirle mis letras, con el fin de manifestarle que, por este mismo correo tengo el gusto de enviarle un ejemplar de “EL ALBUM IBERO AMERICANO”, en el que verá U. mi oda “A MIGUEL ÁNGEL” y mi retrato con cariñoso recuerdo.

Agradeceré a U. tenga la bondad de mandarme alguna revista literaria de esa culta y hermosa capital, como “VIDA MODERNA”, para ser considerado como suscriptor de ella, pues deseo vivamente conocer el movimiento intelectual de su patria, por la que siento grande simpatía y admiración.

Entre tanto, saluda a U. afectuosamente y le estrecha la mano su afmo. amigo y adicto servidor

Félix Martínez Dolz.

Dirección: Avenida Morelos, 23. Oaxaca. Méx.

La cuarta y última misiva de Martínez Dolz es una verdadera joya para los intereses estético-receptivos de mi estudio; en esta epístola (12 de agosto de 1907), el poeta mexicano confesó a Rodó, a través de un lenguaje claro y refinado, su crítica entusiasta del opúsculo *Liberalismo y jacobinismo*.

Muy querido amigo y colega:

Grato me es acusar a usted recibo de su magnífica obra “LIBERALISMO Y JACOBINISMO” que tuvo la amabilidad de enviarme con atenta y afectuosa dedicatoria que mucho le agradezco.

Dos veces he leído, verdaderamente deleitado, los hermosos capítulos del bien escrito e interesante libro de usted que me ha hecho confirmar mi antiguo juicio de que es usted un escritor sensato y atildado, un polemista hábil y contundente, un crítico sagaz y observador de ideas amplias y tolerantes, un espíritu culto y elevado. Defiende usted sus opiniones con un vigor tan firme, con una ingenuidad tan natural, con una convicción tan sincera, que no puedo menos de manifestarle, que he quedado convencido de que, en esa cuestión que tan valientemente aborda usted, refutando y atacando a los jacobinos que decretaron y a los que defendieron la expulsión de los crucifijos de las casas de beneficencia, usted es el que tiene la razón, usted es el paladín del derecho. Desde el principio de la obra, notaba yo que toda ella iba a ser de mi agrado, como lo fue en efecto.

Y la galantería de usted para su adversario el Doctor Díaz es tan fina y amable, tan gallardamente lo hace usted batirse en retirada, que supongo ha de haber confesado su derrota, orgulloso, tal vez, de haber tenido un vencedor tan caballero, inteligente y digno.

Cuánta razón, pues, tiene Miguel de Unamuno, al decir que usted es “una de las más acendradas y más legítimas glorias del pensamiento hispano americano”.

Gracias mil por los amenos ratos que me ha proporcionado con la lectura de sus brillantes artículos y cartas que me han impresionado profundamente el ánimo.

Recibí su tarjeta en que me presentó usted a su buen amigo el joven escritor Hugo D. Barbagelata. Ya acuso a este estimable intelectual recibo de su obra “EL CENTENARIO DE LA RECONQUISTA” que con gusto leí.

Envío a usted recuerdos cariñosos, y en espera de “ARIEL” que deseo leer y de algún nuevo libro de su galano ingenio, me repito su afmo. amigo y adicto admirador,

Félix Martínez Dolz.

En términos generales, las cuatro epístolas de Martínez Dolz nos permiten comprender una serie de aspectos esenciales en el funcionamiento del mundo literario y artístico hispanoamericano de esa época; en particular, del ámbito intelectual que luchaba por la conquista de una propia autonomía respecto a los poderes políticos y económicos.

Al enfrentar estos temas, adquiere notable importancia una idea que Pierre Bourdieu desarrolló en su ensayo *Las reglas del arte*, acerca de las relaciones entre campo literario y campo del poder. No me parece motivo de tensión aplicar al contexto hispanoamericano de Rodó y Martínez Dolz, lo que Bourdieu escribió al hablar de la Francia de Baudelaire y Flaubert, a pesar de las debidas diferencias de carácter social, histórico y cultural entre los dos horizontes; de hecho, las cartas del poeta mexicano evidencian que las acciones de los dos intelectuales se movieron en función de una ley fundamental, un “*nomos* específico que constituye como tal el orden literario y artístico” (Bourdieu 98): la autonomía. En este sentido, el papel de Martínez Dolz y Rodó es el del héroe fundador, del *nomoteta*, que persigue la legitimidad de su universo social y de su vocación. Por cierto, ninguno de los dos alcanzó las trasgresiones creadoras y el sentido

del ultraje que Bourdieu reconoce a Baudelaire; sin embargo, es posible sostener que vivieron la fase heroica de la conquista de la autonomía de los intelectuales hispanoamericanos: lejos de las influencias de la política y del mercado, se enviaron cartas, intercambiaron obras, se leyeron con entusiasmo, sin dejar nunca de ampliar los contactos de su red epistolar.

### **Lino Ramón Campos Ortega**

Lino Ramón Campos Ortega cultivó sobre todo la poesía: *A los héroes*, *Fugaces*, *Plumbagos* y *El lirio y la noche* son algunas de las colecciones que publicó entre 1905 y 1925. Dentro de su obra se distingue el ensayo *Boceto histórico sobre el ahuehuete de 'El Tule'*, de 1927.

Las epístolas que este escritor oaxaqueño envió a Rodó fueron dos; por lo menos las que se conservan en el archivo del ensayista montevideano. La primera carta es del 30 de diciembre de 1903:

Muy señor mío:

Habiéndome comprometido con varios amigos, amantes de las ciencias y de la literatura, –y quienes me han prodigado distinción y aprecio– a publicar, en esta ciudad, una revista artístico-científica, cuyo primer número le adjunto, y teniendo especial predilección por todas los pensadores y pro [*sic*] hombres de nuestra querida América, y siendo Ud. uno de ellos, (pues el precioso panegírico sobre el gran Rubén Darío, y “Ariel”, y otras composiciones más así lo manifiestan) me he tomado la libertad de dirigirle la presente, aun cuando no tengo el honor de estar presentado con Ud., ni tener relaciones de naturaleza alguna, con el objeto de ofrecerle las columnas de “Renacimiento” y suplicarle, así mismo, se digne aceptarlas, honrando la mencionada revista con su importante y valiosa colaboración.

Si Ud. encuentra de su agrado la publicación y si no tiene Ud. inconveniente, ni le es molesto colaborar en “Renacimiento”, le agradeceré, sobremanera, si sirva decírmelo, y autorizarme para colocar su nombre en el grupo de colaboradores.

Sin más, y anticipándole mis más sinceros agradecimientos, me es honroso ofrecerme a las órdenes de Ud. en la casa nº 3 de la Avenida Independencia, como su afms.º att.º ami.º y S. S.

Lino Ramón Campos

P. D. – Próximamente le enviaré un libro que tengo en preparación.

La siguiente misiva está mecanografiada y lleva la fecha del 10 de octubre de 1904. En este escrito también, Campos hizo referencia a la revista oaxaqueña *Renacimiento*.

Sr. Diputado D. José Enrique Rodó. Montevideo. Cerritos, 102.

Muy estimado amigo:

En mi poder, su grata del treinta de Junio del corriente año.

En contestación a ella, le manifiesto: que habiendo muerto ya, la revista a que alude ud. en su tarjeta, (nuestro extinto “RENACIMIENTO”), no es del caso ya, incluir su nombre entre los colaboradores de ella; sin embargo, si llegamos a fundar otra, tendré presente a ud. para considerarlo desde luego como uno de los distinguidos colaboradores.

Respecto a lo que me dice ud. de mi anunciado libro, le participo que estando por conquistar en estos días el título de Abogado de los Tribunales de la República, he suspendido, o mejor dicho, he abandonado la idea de editar cualquiera obra literaria, con el fin de dedicarme a escribir el trabajo jurídico que, como tesis inaugural, debo presentar al Jurado Calificador. De modo que, como esto será lo primero, me será honroso obsequiarle un ejemplar.

Sin más, y agradeciéndole su amabilidad, quedo a las órdenes de ud. en la casa número 15 ½ de la tercera calle de Abasolo, como su afectísimo atento amigo y S., S.,

Lino Ramón Campos, O.

P. D. – Le envío una colección de RENACIMIENTO, para que juzgue y me dé su franca opinión. Espero su opinión sobre lo que publiqué en él. Si no es imprudencia, ¿puedo contar con “Ariel”?

Lamentablemente, los números de la revista *Renacimiento* que Campos afirma haber enviado a Montevideo no se conservan en el Archivo Rodó. Sin embargo, los datos más importantes

que podemos evidenciar a través de la lectura de estas cartas, son dos: por un lado, la fuerza del ideario rodoniano había llegado también a conocerse entre “los amantes de las ciencias y de la literatura” de Oaxaca; por el otro, es evidente que era muy difícil encontrar ediciones del *Ariel* o de las otras publicaciones del escritor uruguayo.

### **Max Henríquez Ureña**

Poeta, ensayista, traductor, narrador, periodista, diplomático y catedrático, Maximiliano Adolfo Henríquez Ureña nació y murió en Santo Domingo (1885-1968). Este último dato no debe engañar: pasó muchos años de su vida en el extranjero. Fue el tercero de los cuatro hijos de la poetisa y educadora Salomé Ureña y del médico y político Francisco Henríquez y Carvajal, quien en 1916 llegará a ocupar la Presidencia de la República Dominicana. Max y Camila –escritora y humanista a su vez– fueron los hermanos menores de Francisco y Pedro.

Las cartas documentadas que el humanista dominicano y Rodó se enviaron son cuatro: las dos misivas de Henríquez Ureña fueron escritas desde Santiago de Cuba, donde Max “fundó una revista con el nombre *Cuba literaria*” (P. Henríquez Ureña, *Memorias* 94). Este semanario tuvo un papel importante en el desarrollo de las letras y la cultura de la isla caribeña. En particular, sus páginas dieron espacio en 1905 a la cuarta edición del *Ariel*; las dos primeras se habían impreso en 1900, por la editorial Dornaleche y Reyes de Montevideo, y la tercera en la *Revista Literaria* (1901), de Santo Domingo.

Las epístolas que Max Henríquez Ureña y Rodó intercambiaron en el bienio 1904-05 tuvieron como tema central la publicación cubana del *Ariel*; al mismo tiempo, como se verá más

adelante en este capítulo, desarrollaron un papel importante en la realización de la quinta edición del ensayo rodoniano: la de Monterrey. En la misiva del 7 de agosto de 1904 el director y redactor de *Cuba Literaria* se dirigió al intelectual uruguayo de esta forma:

A Ud. se le conoce de nombre, pero casi nadie lo ha leído en Cuba.

Como verá Ud., publico uno que otro párrafo de Ud., pero no colma eso mi deseo de que lo lean a Ud. i lo mediten. Quiero publicar en folletín anexo al periódico su Ariel. Paréceme que ningún país más a propósito para divulgar su obra que éste, donde el influencia yankee se acentúa de día en día. [...]

Podría escribir pidiéndosela a mi hermano Francisco Noel, pero probablemente no querrá el desprenderse, aunque sea a título de préstamo, del ejemplar que Ud. le envió, temiendo que se estropee en manos de los cajistas, pues él lo conserva con esmero.

Me ha parecido más sencillo pedírsela a Ud. directamente, en la seguridad de que dejará Ud. satisfecho mi deseo.

Con la presente, Max pidió a Rodó el permiso de publicar *Ariel* en un folletín anexo a *Cuba Literaria*. El 20 de noviembre del mismo año, el autor uruguayo contestó a la misiva:

Sr. Max Henríquez Ureña.  
Santiago de Cuba.

Estimado señor y amigo: Llegó a mí su carta sobre *Ariel* y antes había ya recibido los números que usted me envió de *Cuba Literaria*.

He leído su revista con vivo placer y simpatía. Me interesa de veras todo lo que se refiere al movimiento intelectual de esas tierras del Norte, *avanzadas* del espíritu latino en América.

Tiene su revista, además, el prestigio y la animación de cuanto lleva el sello del espíritu de la juventud, cuando a ésta inspiran altos y generosos ideales.

Escribe usted en la patria de Martí. Ponga usted su empresa bajo los auspicios de esa gran sombra tutelar.

En cuanto a *Ariel*, a quien se propone usted dar carta de naturaleza en Cuba, ¿qué he de decirle sino que tiene para ello mi beneplácito? Sólo me toca en esto hacer votos porque la buena fortuna, superior sin duda a los méritos del libro, que ha acompañado a éste hasta ahora, no le abandone en su nuevo avatar. Y si él no llevare ya su dedicatoria –nacida, por decirlo así, de sus mismas entrañas– propondría a usted que a la memoria de Martí dedicáramos la edición cubana de *Ariel*.

Dejo así contestada su carta. Trabaje usted, persevere, piense en el porvenir; quiera mucho a su América, a nuestra América, que es nuestra grande y única patria, y escríbame cuando tenga espacio para ello, seguro siempre de mi estimación y de mi afecto. (Rodó, *Obras* 1358-59)

Poco más de dos meses después (8 de febrero de 1905), Max Henríquez Ureña respondió a la carta de Rodó. Le habló de la situación literaria y cultural de Cuba y de la recepción del *Ariel*: hizo particular referencia al ensayo crítico que su hermano Pedro publicó en *Cuba Literaria* el 12 de enero de 1905.

Desde principios de enero he remitido a Ud. puntualmente los números de mi revista, en los que va publicada ya una parte de Ariel. Mi empresa es una verdadera lucha, que exige continuos esfuerzos. [...]

En las páginas de “Cuba literaria”, alternando con las banalidades del medio, me empeño en dar a conocer lo bueno que aquí se desconoce; en traer un eco, siquiera sea débil, del movimiento intelectual del universo, y especialmente de Nuestra América; intentando así conmover el dormido espíritu de este pueblo, que, rotas las cadenas del dominio colonial, se halla de súbito en la vida nueva, atónito ante ese cambio brusco y deseado, llevando en sí todavía las amargas raíces de la ignorancia y el error que le dejó el coloniaje. [...]

Habrá Ud. leído, sin duda, un breve estudio de mi hermano Pedro sobre Ariel, en Cuba literaria. Me consta que su obra va siendo muy leída por los favorecedores de mi revista, que no es de escasa circulación. ¡Ojalá que sea también muy comprendida!

La correspondencia quedó interrumpida hasta 1912; fue Rodó que la reanudó en ocasión del fallecimiento del escritor cubano Jesús Castellanos: amigo común, que en 1910 había fundado, junto a Max Henríquez Ureña, la Sociedad de Conferencias de La Habana. Cito la parte final de esta carta, que lleva la fecha del 19 de julio:

Sé que la ausencia eterna de Jesús Castellanos no será motivo de disolución, sino de más estrecho acercamiento, estimulado por la inspiración de su memoria y de su ejemplo, para el grupo intelectual que él contribuyó a organizar y dirigir. Y es, además, deber de este grupo consagrar al autor de *La Conjura* el homenaje que usted, en sentidas palabras, encarece, llevando adelante la Sociedad que fue uno de los grandes sueños de su vida.

Perseveramos los que quedamos. Y entre éstos tengo muy presentes, en mi recuerdo y en mi predilección, a los dos hermanos, dignos herederos de un apellido ilustre, que tan eficazmente contribuyen, uno en Cuba, otro en México, a mantener vivo y fecundo el entusiasmo por la cultura intelectual.

Le renueva las más expresivas condolencias y le estrecha afectuosamente la mano,

José Enrique Rodó. (*Obras* 1359)

Las misivas que Rodó y Max Henríquez Ureña intercambiaron evidencian, antes que nada, la fuerza del compromiso que los dos intelectuales vivían respecto a los temas hispanoamericanos. Se trató de una verdadera lucha en defensa de los ideales de la magna patria. En sus cartas, Henríquez Ureña pone énfasis en las dificultades que el ambiente cultural de la isla caribeña estaba viviendo después de la guerra hispano-cubano-norteamericana de 1898: rotas las cadenas del dominio colonial, Cuba sufría una siempre más acentuada influencia estadounidense. En ese sentido, la publicación del *Ariel* en *Cuba Literaria* permitió que circulara una poderosa y entusiasta palabra nueva.

### **Pedro Henríquez Ureña**

Al igual que su hermano menor Max, Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) creció en un ambiente familiar fuertemente marcado por la presencia del educador puertorriqueño Eugenio María de Hostos. El papel del filólogo, humanista, intelectual, crítico y escritor dominicano fue fundamental, tanto en el ámbito mexicano, como en el continental. De él, Alfonso Reyes dijo:

Lo que en el desarrollo del humanismo clásico, en el cultivo de la buena tradición española y en la formación del sentido crítico se debe a Pedro Henríquez Ureña, es incalculable. Educador por temperamento, despierta el espíritu de aquellos con quienes dialoga. Enseña a oír, a ver y a pensar. Él ha suscitado una tendencia de cultura y un anhelo de seriedad y trabajo que es el mejor premio de quienes le siguen. Un pequeño grupo, casi infantil, estudia y se nutre a su lado. (“Nosotros” 482)

La correspondencia entre Rodó y Pedro Henríquez Ureña consta de nueve cartas. Seis son las que el joven intelectual dominicano envió a Montevideo: de hecho, se conservan en la carpeta de la sección II del archivo rodoniano. Las otras tres misivas fueron redactadas por el maestro uruguayo y fueron recogidas por Emir Rodríguez Monegal en su edición de las *Obras completas* de Rodó; éstas tres son las mismas que Hugo D. Barbagelata había citado en el *Epistolario*.

La carta que inauguró la correspondencia fue escrita por Pedro Henríquez Ureña desde La Habana, el primero de febrero de 1905. Al dirigirse a su “Maestro”, el “discípulo” dominicano comentó su ensayo crítico sobre el *Ariel*, publicado en *Cuba Literaria*, ni siquiera veinte días antes:

Sr. D. José Enrique Rodó. Montevideo.

Distinguido Maestro:

Creo deber mío dirigirle algunas líneas que acompañen el juicio que me atreví a hacer de su Ariel, y publicado en la revista “Cuba literaria” que dirige mi hermano Max.

Desde 1900, cuando leímos esa disertación suya la hemos estimado, mis hermanos y yo, como uno de los libros de más alta enseñanza para los hispanoamericanos. Hoy, después de más de cuatro años de conocerla, me he atrevido a condensar en algunos párrafos mi interpretación de ella. Esos párrafos pecan por la falta de reposo en pensamiento y estilo a que me obliga una vida en la cual es la literatura una excepción, aunque es mi pasión constante; y, quizás, de error, al disentir de su juicio sobre el pueblo yankee. Pero Próspero mismo ensalza la sinceridad del pensamiento.

Acoja u., pues, mi escrito como el homenaje sincero de su discípulo,

Pedro Henríquez Ureña.

La siguiente epístola es de Rodó (20 de febrero de 1906). Sin tener el documento que compruebe el dato, el agradecimiento que abre esta misiva nos permite suponer que Pedro Henríquez Ureña debió de haber enviado al maestro uruguayo un ejemplar de sus *Ensayos críticos*, a principios del mismo año y casi seguramente ya desde México. A este respecto, el crítico dominicano afirmó en sus *Memorias*: “El 28 de diciembre de 1905 me fue entregado mi libro *Ensayos críticos*; y el día 4 de enero me embarqué para Veracruz” (98-99).

En su carta, Rodó interpretó el texto sobre el *Ariel*, ya publicado en *Cuba Literaria*, y que Pedro Henríquez Ureña recogió en su colección de 1905. Además, el maestro uruguayo dio aquí prueba de su estrategia de ampliación de la red intelectual hispanoamericana: propició el acercamiento entre el crítico dominicano y otro joven ensayista, el peruano Francisco García Calderón.

Estimado amigo mío: Muchas gracias, y muy sinceras, por su interesante libro y por las benévolas páginas que en él están consagradas a mi *Ariel*. [...] Agradézcole su libro y su juicio porque revelan un espíritu levantado sobre el nivel de la mediocridad, y porque veo en usted un verdadero escritor, una hermosa promesa para nuestra crítica americana, tan necesitada de sangre nueva que la reanime. Me agradan mucho las cualidades de espíritu que usted manifiesta en cada una de las páginas de su obra, y que son las menos comunes, y las más oportunas y fecundas, con relación al carácter de nuestra literatura. Me agradan la solidez y ecuanimidad de su criterio, la reflexiva seriedad que da el tono a su pensamiento, lo concienzudo de sus análisis y juicios, la limpidez y precisión de su estilo. Me encanta esa rara y felicísima unión del entusiasmo y la moderación reflexiva, que se da en usted como en pocos. Y me complace reconocer, entre su espíritu y el mío, más de una íntima afinidad y más de una estrecha simpatía de ideas.

La lectura de su libro trajo inmediatamente a mi memoria un nombre que no sé si será conocido para usted; el nombre de un joven crítico peruano, Francisco García Calderón, muy semejante a usted en tendencias, méritos y caracteres de pensamiento y estilo, y en quien también veo una brillante esperanza para la crítica hispanoamericana. Si no cultiva usted relación intelectual con él, entáblela, y comuníquense sus impresiones, y trabajen juntos al través de la distancia material; porque es de la aproximación de espíritus tan bien dotados y orientados de donde puede surgir impulso de vida para la crítica, y en general, para la literatura de la América nueva.

Lo que le pido con todas veras es que persevere y no desmaye; que se sobreponga a las ingratitudes e inclemencias del ambiente; que mantenga vivo en su alma ese noble y

desinteresado amor por las letras y por toda alta idealidad, que hoy mueve su pluma; que no abdique en su vida de la generosa y simpática elevación de su juventud.

Yo seguiré su labor con vivo interés y cariño. Quiero que seamos amigos verdaderos. Escríbame alguna vez; crea siempre que desde lejos le acompaño y aplaudo, y reciba, con mis votos por el triunfo de su primera obra, un amistoso shake-hand de su affmo.

José Enrique Rodó. (*Obras* 1360-61)

El 27 de febrero, sin haber leído la carta que algunos días antes Rodó le había escrito, Pedro Henríquez Ureña redactó, junto a Arturo R. de Carricarte, su segunda misiva: los dos habían apenas fundado en Veracruz la *Revista Crítica*.<sup>9</sup>

Ilustre compañero: Llegará a sus manos al mismo tiempo que estas líneas el primer fascículo de la REVISTA CRÍTICA: los propósitos que aspiramos a realizar a favor de la literatura hispanoamericana están extensamente expuestos en el artículo editorial y prescindimos, por lo tanto, de nueva exposición. Para la labor que hemos emprendido necesitamos los consejos y el apoyo moral de las principales personalidades intelectuales de Hispano-América: por lo tanto, solicitamos la opinión de V. sobre nuestros proyectos, confiando en que habrán de merecer su atención.

En espera de su grata respuesta, quedamos de V. admiradores sinceros y compañeros devotos.

Pedro Henríquez Ureña y Arturo R. de Carricarte

La tercera carta que Henríquez Ureña escribió a Rodó es del 27 de agosto de 1906. El sobre y el papel de la epístola tienen un membrete importante: “El Imparcial, El Mundo, El Mundo Ilustrado. Fundador y propietario Rafael Reyes Spíndola. Director Carlos Díaz Dufoo.” La misiva fue redactada desde la Ciudad de México, donde el joven crítico se había transferido desde fines de abril del mismo año.

---

<sup>9</sup> Para un estudio más profundo de cómo el intercambio de colaboraciones entre los autores de las publicaciones periódicas impulsó la divulgación de la literatura en Hispanoamérica durante la época modernista, remito al “Prólogo” de Ignacio Díaz Ruiz en *El modernismo hispanoamericano: testimonios de una generación*.

Mí distinguido amigo:

Con retraso recibí su carta referente a mi folleto y mis proyectos de “Revista Crítica”. Desde hace algún tiempo me trasladé de Veracruz a esta capital, y por esa y otras razones abandoné la “Revista”, aunque en realidad deseaba continuarla. Aquí soy redactor de “El Imparcial” (como V. sabe, el principal diario) y secretario de redacción de la revista “Savia Moderna”, que he ordenado se le envíe a V. Deseamos nos envíe algunos de sus párrafos sueltos (como el “En un álbum de artista” que hemos reproducido en el último número) para la sección de autógrafos, que son siempre de una página, y cualesquiera trabajos que desee publicar, como así mismo los que publique en los periódicos del Sur, para dar cuenta de ellos en la “Revista de revistas”.

Ya antes que V., Chocano me indicó que me relacionara con Francisco García Calderón, y en efecto le envié mis libros y periódico. Hace tres días recibí carta de él, desde París.

Por Darío Herrera, que acaba de pasar por aquí en camino para Cuba, supe que García Calderón se hallaba enfermo y había ido a Europa a curarse. Herrera me habló también largo de los países del Sur, y algo de Montevideo y de V.

He enunciado entre mis amigos la idea de que hagamos una edición de “Ariel”, exclusivamente de propaganda. Espero que dé su aprobación, para en caso de que se resuelva hacer la reedición del libro.

En espera de sus nuevas obras, quedo suyo, admirador y amigo,

Pedro Henríquez Ureña.

Un joven amigo mío, redactor de “Savia Moderna”, Ricardo Gómez Robelo, le envía su primer libro de poesías, “En el camino”. Tiene cosas bastante intensas.

La presente carta es importante por distintos aspectos: en particular, si por un lado nos ofrece un cuadro claro de la realidad periodística en la cual se movía Pedro Henríquez Ureña, por el otro, la misiva revela que la idea de hacer una edición mexicana del *Ariel* era ya en ese entonces un proyecto declarado.

Éste se realizó en mayo de 1908, cuando los Talleres Lozano, de Monterrey, publicaron quinientos ejemplares del *Ariel*. Algunos meses después (5 de agosto), Henríquez Ureña redactó la cuarta epístola que se conserva en el Archivo Rodó, en la que relató los detalles del proyecto editorial que se desarrolló durante los encuentros de la Sociedad de Conferencias: ésta, concebida por el arquitecto Jesús T. Acevedo, había organizado, entre mayo y agosto de 1907,

su primera serie de seis conferencias en el salón del Casino de Santa María. El éxito alcanzado llevó a los miembros de la Sociedad a realizar un segundo grupo de veladas-conciertos, entre marzo y abril de 1908, en el Teatro del Conservatorio Nacional.

Mí distinguido amigo:

Con estas líneas van, dirigidos a V. diez ejemplares de la edición mexicana de Ariel. Grande habrá de ser su sorpresa, y aún me temo que habremos de provocar su disgusto, por haber hecho tal uso de su obra, sin su autorización previa; pero también confío en que encuentre V. justa nuestra acción: ¿no es Ariel, acaso, propiedad de toda la América?

Un día, en grupo que formamos los jóvenes de la “Sociedad de Conferencias”, hablábamos de la necesidad de predicar el esfuerzo a la juventud mexicana, y, recordando su Ariel, lamentábamos que esta obra, expresión la más alta de un ideal hispano-americano, fuera desconocida en este país. Uno de nosotros, el arquitecto Acevedo, apuntó la idea de hacer una edición para repartirla gratuitamente a la juventud estudiosa; otro, el poeta Alfonso Reyes, ofreció acudir a su padre, el ex-ministro de la Guerra y actual Gobernador del Estado de Nuevo León, para que hiciera la edición deseada; y todos la dimos por ya hecha. Pero, se pensó: ¿podrá hacerse sin la autorización previa del autor, evitando así la demora de cuatro o cinco meses que exigiría el pedirla? Entonces, mi hermano Max y yo alegamos que confiábamos en que fuese innecesaria, y que, a mayor abundamiento, Max tenía ya la aprobación de V. para hacer una edición de Ariel en Cuba, donde sólo llegó a hacer la publicación en la revista “Cuba literaria”. Y así se acordó. El General Bernardo Reyes acogió la idea con simpatía, y aquí tiene V. ya la edición mexicana de Ariel, que esperamos dé los frutos apetecidos.

Tengo noticia de que V. recibe la “Revista Moderna”; supongo que por ella debe haberse enterado del trabajo de esta Sociedad juvenil de Conferencias, y que habrá visto una marginal mía sobre su “Liberalismo y Jacobinismo”. Después de las dos primeras series de conferencias, proyectamos una homogénea sobre Grecia, compuesta de ocho o nueve.

Espero con ansia su “Proteo”.

Siempre suyo afmo.

El cierre de la carta, con la referencia a la obra en la que Rodó iba trabajando desde hace tiempo, deja suponer la existencia de una precedente misiva, o tarjeta, enviada a Pedro Henríquez Ureña, donde el ensayista montevideano debió haberle comentado el estado de realización de “Proteo”.

Al mismo tiempo, no hay que excluir la posibilidad de que el joven crítico dominicano pueda haber tenido noticia del trabajo literario de Rodó a través de otro contacto epistolar.

El 28 de noviembre de 1908, Rodó contestó a la carta de Henríquez Ureña del 5 de agosto; agradeció el envío de los ejemplares de la edición regiomontana del *Ariel* y dio prueba de conocer otra publicación mexicana de su ensayo, la sexta en total, realizada en la Ciudad de México por la Escuela Nacional Preparatoria. Cito aquí abajo las palabras del maestro uruguayo:

Mi distinguido amigo:

Con su afectuosa carta, recibí los ejemplares que usted me enviaba de la edición de *Ariel* impresa en Nuevo León, por iniciativa de la juventud y bajo los auspicios del gobierno de aquel Estado. Grato me ha sido ver a *Ariel* en tan lúcido traje y destinado a tan noble público como la juventud de México, ese fuerte y próspero pedazo de nuestra gran patria americana. No hay motivo para que usted me explique en su carta por qué no se ha solicitado mi autorización. No era necesaria: todo lo que yo escriba pertenece a ustedes.

Sé que se ha hecho otra edición por la Escuela Nacional Preparatoria de esta capital, y Sempere acaba de imprimir otra en Valencia. Aún piden, aún comentan ese afortunado libro mío. Que se difunda, pues, por las ideas que expresa, ya que no por otro género de valor.

Veo que la actividad intelectual de los jóvenes se manifiesta ahí en una Sociedad de Conferencias. Me agradaría seguir de cerca ese movimiento. Todo lo que usted haga por darme noticias de él, se lo agradeceré mucho. ¿Y de usted mismo, de su obra, de sus proyectos, nada me dice usted? ¿Cuándo tendrá sucesor aquel escogido libro de crítica en que saludamos la revelación de su hermoso talento?

No recibo, desgraciadamente, la *Revista moderna*. Excuso agregar el interés con que la recibiría. Lo que usted escribió sobre *Liberalismo y Jacobinismo* tampoco ha llegado a mis manos. Espero poder leerlo junto con su contestación a ésta.

En cuanto a *Proteo*, está ya imprimiéndose y visitará a usted muy pronto.

Mis saludos y afectos a esa juventud estudiosa y entusiasta; y para usted el más cordial *shake-hand* de su amigo affmo.

José Enrique Rodó.

P. S. – Agradezca usted en mi nombre, a sus compañeros, la iniciativa de reeditar *Ariel*; así como al gobernante que tan deferentemente la acogió, la distinción que ello importa. (*Obras* 1361-62)

La respuesta de Pedro Henríquez Ureña es del 5 de marzo de 1909. El discípulo parece haber recogido el velado regaño y el incitamento del maestro: resumió con precisión las actividades de la Sociedad de Conferencias y describió el momento de su producción literaria e intelectual. La carta está mecanografiada:

Mí distinguido amigo:

Su carta de 28 de Noviembre me llegó hace un mes, y, según sus deseos, hemos dado las gracias en su nombre al General Reyes por la edición de Ariel. Sobre esta distinguida personalidad le informaré que, en estos momentos de movimiento político en México, es acaso el hombre más señalado para la Presidencia o la Vice-Presidencia de la República, siempre, desde luego, que haya probabilidades de cambio de dirección en la política mexicana, por desaparición de Porfirio Díaz.

Le remití, certificado, un lote de ejemplares de “Revista Moderna” de diversas fechas, que contienen reproducciones de trabajos suyos y algunas de nuestras conferencias y otros trabajos. Las series de nuestras conferencias han sido dos, una cada año, en el orden siguiente: 1907: “La obra pictórica de Carriere” por Alfonso Cravioto; “Nietzsche” por Antonio Caso; “Gabriel y Galán” por mí; “La evolución de la crítica literaria” por Rubén Valenti; “La evolución de la arquitectura doméstica” por el Arquitecto Jesús T. Acevedo; “Edgar Poe” por Ricardo Gómez Robelo; 1908: “Max Stirner” por Antonio Caso; “La influencia de Chopin en la música moderna” por mi hermano Max; “D’Annunzio”, por Jenaro Fernández MacGregor; “Pereda” por Isidro Fabela; la serie de este año, que probablemente comienza en este mes de Marzo, constará de las siguientes: “Persistencia de la especulación metafísica” por Antonio Caso; “Idealismo y pragmatismo” (William James, Bergson y Jules de Gaultier) por mí; “El personaje de Electra en los tres trágicos griegos”, por Alfonso Reyes (hijo del general); “La reaparición de la tragedia griega” (las primeras traducciones modernas, hechas en el siglo XVI por el Maestro Fernán Pérez de Oliva), por Martín L. Guzmán; “La arquitectura del siglo XVIII” por el Arquitecto Acevedo; y “Orientaciones socialistas en el arte moderno” por Urueta, como invitado especial. Salvo Urueta, todos los conferencistas tienen de 20 a 30 años. Como verá V., las últimas tienden ya a ser más especiales y concretas. Para después, acaso en este último año, se organizará una serie sobre Grecia.

No recuerdo si le dije que Ariel fue leído en voz alta, ante toda la Escuela Preparatoria, por el poeta Urbina, profesor de ella, antes de hacerse la edición de esa escuela, es decir, valiéndose de la impresión de Monterrey.

De mis propios trabajos le informará en algo la “Revista Moderna” cuyos ejemplares le envío. He seguido haciendo crítica; pero también he compuesto un ensayo de tragedia griega (que va en el número de Enero de la Revista), para una fiesta íntima de reminiscencias helénicas: lo considero mi trabajo mejor logrado fuera del orden de la crítica. También me he

dedicado más extensamente al estudio de la filosofía, como notará V. por el tema de mi conferencia próxima. Sin embargo, no he escrito mucho, y apenas si estaré próximamente en aptitud de formar un nuevo libro, por desgracia, fragmentario y disperso todavía. Mi deseo es poder dedicarme a escribir libros suficientemente unificados en el asunto; acaso comience a hacerlo, a partir de este año, y cuando avance en mis estudios clásicos, con una colección de “Estudios antiguos” sobre temas que no he visto explicados a satisfacción y que yo trataré, modestamente, de interpretar en nueva forma: Los siete sabios de Grecia, Jesús, Marco Aurelio; también escribiré sobre Platón, no porque no se haya estudiado a fondo, pues considero definitivo el libro de Walter Pater sobre “Platón y el platonismo”, sino porque es el tema que me tocará en la serie de conferencias sobre Grecia.

Sigo en espera de su “Proteo”. Si no es demasiada exigencia, le estimaría me enviase ejemplares tanto para el General D. Bernardo Reyes como para algunos de mis compañeros conferencistas: Caso, Acevedo, Alfonso Reyes, Gómez Robelo.

Soy siempre suyo,

Pedro Henríquez Ureña.

La sexta y última misiva del crítico dominicano que nos ofrece el Archivo Rodó lleva la fecha del 2 de febrero de 1910: desde tiempo, el título de “Distinguido Maestro” de la carta inaugural (primero de febrero de 1905), había dejado espacio al más afectuoso “Mí distinguido amigo”. No es de poca importancia remarcar que Pedro Henríquez Ureña se refirió aquí a una precedente epístola –*quizás* no conservada hasta nuestros días– escrita por el autor de *Motivos de Proteo*.

Debo pedirle [*papel arruinado: la palabra no se lee*] por no haber contestado antes a su carta y al envío de *Motivos de Proteo*. Pero no había querido escribirle sin que pudiera avisarle que iba ya a escribir sobre su obra. El estudio de ciertas obras filosóficas contemporáneas, con propósito de dar unas conferencias que no llegaron a realizarse; luego, el encargo del gobierno de México para que me dedicara (en unión del poeta Luis G. Urbina) a la formación de la antología mexicana de prosistas y poetas, para el Centenario de la Independencia; por último, el deseo de preparar, en obsequio de Altamira, un trabajo sobre el Maestro Hernán Pérez de Oliva, que leí en la velada que a [D.] Rafael dedicó el “Ateneo de la Juventud”, celebrada la semana última; estos trabajos me habían impedido dedicarme al estudio detenido que requiere su *Proteo* para que se pueda escribir sobre él a conciencia; y no me atrevía a escribir a U. sin anunciarle que me preparaba a cumplir ese deber, –deber no para con la amistad, sino por la importancia de su obra,

que yo estimo como la más alta producción del pensamiento hispano-americano en los últimos veinte o treinta años. En estos días me dedicaré a su libro, pues Altamira parte hoy de México (y nos ha absorbido parte de todos los días el asistir a sus conferencias), y, aunque sigo trabajando en la antología, este trabajo se normalizó.

La Revista Moderna ha comenzado a publicar, en su texto, no en folletín, Motivos de Proteo, y aspira a reproducirlo íntegro. También el General Reyes, antes de su partida para Europa, hizo publicar trozos en periódicos de Monterrey. Aquí se busca con ansia su libro; yo he dado a algunas librerías la dirección de la casa editora, pero parece que han olvidado pedirlo, pues aún no lo tienen. ¿No piensa U. publicarlo en Europa?

Acaso en la Biblioteca Quisqueyana que publica la casa Ollendorf, como colección de autores hispano-americanos de primera fila (Bello, Hostos, Montalvo, por ejemplo) tendrán deseos de incluir su obra. En la misma casa, aunque no en esa biblioteca, que no es para los nuevos, me han prometido publicar un nuevo libro mío, que intitulo Horas de estudio: nuestro amigo Francisco García Calderón, con quien me escribo constantemente, gestionó su publicación.

¿Recibió V. mi ensayo de tragedia, El nacimiento de Dionisos, publicado en la Revista Moderna? Si no, le ruego me lo avise, pues deseo que lo conozca V.: es mi mayor esfuerzo, fuera del campo de la crítica.

Antonio Caso le enviará su estudio sobre metafísica y religión, que está publicando en la Revista Moderna.

Altamira ha obtenido aquí extraordinario éxito. Su labor ha sido enorme, por más que ya hubiera tratado los mismos temas en otras partes: durante un mes, tuvo que hablar una o dos veces cada día, y asistir a uno o dos banquetes diarios. Trae buenas impresiones del Sur, pero se ve que no se hace demasiadas ilusiones; no se le escapan los defectos de nuestra América. Aquí en México habrá tenido ocasión de verlos de [bulto]: mucho de lo que ha visto estuvo mal organizado, y se traslucieron las deformidades de nuestra vida social. La manifestación más alta de intelectualidad que se le quiso dar fue la velada del “Ateneo de la Juventud”, pero no todo fue como hubiéramos deseado. Nos consolamos pensando que él tiene mucho sentido humano, y sabe que no hay que exigir demasiado. De toda la América del Sur, parece que es el Uruguay lo que más simpatías ha inspirado a Altamira. De V. me habló con afecto, diciéndome que le había tratado diariamente.

Como V. se interesa por nuestro grupo, le diré que el trabajo presentado por Alfonso Reyes en la velada del “Ateneo” fue un estudio de “la estética de Góngora”; Caso le dio la bienvenida, vibrante, a Altamira, y Rafael López leyó una poesía a Campoamor. Quisimos que todos los temas fueran españoles. D. Justo Sierra obsequió a Altamira con una reunión familiar literaria, a la cual tuvo la atinencia de invitar a Jesús Urueta, no obstante su significación política de opositor: la Dulcinea de Urueta y unos versos nuevos de D. Justo fueron las notas salientes de esa fiesta.

Siempre suyo afmo.

Pedro Henríquez Ureña

El documento que cierra esta presentación de la relación epistolar entre Rodó y Pedro Henríquez Ureña es una carta enviada desde Montevideo y escrita el 12 de mayo de 1910. El autor de *Motivos de Proteo* respondió a la última misiva del crítico dominicano de esta forma:

Contesto a su atenta de 2 de febrero, tan grata para mí como todas las que me traen noticias tuyas. Mucho me interesa y complace cuando usted me dice de la buena acogida que *Proteo* ha logrado en México, y no necesito agregar que, entre las manifestaciones que más alto valoro de esa buena acogida, cuento muy principalmente la atención que usted se propone dedicarle.

¡Lástima que no llegue hasta mí ningún número de la *Revista Moderna*, que tanto aprecio! Donde he visto reproducciones de *Proteo* es en el Boletín de la excelente Escuela Nacional Preparatoria. En cuanto al envío de ejemplares a las librerías mexicanas, pronto podrá realizarse, pues se está terminando la impresión de la segunda edición, cuyo agente en España será Perlado Páez, de Madrid, quien tiene orden de distribuir ejemplares a las librerías de México y Cuba. La primera edición se agotó rapidísimamente: casi al mes de ponerse a la venta.

En los números de la *Revista Moderna* que usted me envió el año pasado leí, entre otros hermosos trabajos tuyos, *El nacimiento de Dionisos*, y la impresión de mi lectura se concretó desde el primer momento en este juicio: es lo más hermoso que ha salido de la pluma de usted (a lo menos entre lo que yo conozco), y es una de las cosas más bellas de la nueva literatura hispanoamericana. El hondo y personal sentido del mito encarna en una noble belleza, de estirpe muy superior a la que deslumbra los ojos del vulgo literario. Si usted escribe dos o tres cosas más de ese género y las reúne en un tomo, honrará su propio nombre y merecerá el agradecimiento de cuantos aman, en América, la cultura y el arte. Pensé, desde que leí su trabajo, hacerlo reproducir aquí; y distraído luego por preocupaciones ajenas a las letras, olvidé aquel propósito, que al recibir su carta he recordado para ponerlo de inmediato en ejecución. Yo le enviaré la revista donde se reproduzca.

¿No le parece a usted que estamos, en América, en vísperas de una renovación del ambiente literario, que se anuncia por una declinación muy visible de la frivolidad y la trivialidad decadentistas, y por una tendencia muy simpática a la reflexiva seriedad del pensamiento y a la transparencia y firmeza de la forma? Yo percibo muchos anuncios de esto, y me regocijo; porque siempre he pensado que la literatura americana llegará a existir como real energía social cuando adquiera un firme sentido idealista y lo exprese reivindicando y renovando la hermosura genial del idioma cuyo mantenimiento futuro nos está confiado.

Espero con interés su anunciada colección de artículos que editará Ollendorff. En esta misma biblioteca acaba de publicar nuestro amigo García Calderón un tomo excelente, que usted ya conocerá.

Escríbame; déme noticias tuyas y de esa trabajadora juventud, por la que tanto me intereso, y reciba los más afectuosos sentimientos de su amigo que no le olvida.

José Enrique Rodó.

P. S. – Si escribe a su hermano Max, agradézcale, en mi nombre, la hermosa página que consagró, en *El Figaro*, a Proteo. (*Obras* 1362-63)

Las cartas que Rodó y Pedro Henríquez Ureña se enviaron entre febrero de 1905 y mayo de 1910 representan, sin duda, la relación epistolar más importante entre las que he podido reconstruir. El crítico dominicano, amén de considerar *Ariel* como “uno de los libros de más alta enseñanza para los hispanoamericanos” (misiva del primero de febrero de 1905), estimó siempre a Rodó, definiéndolo una de las más importantes personalidades intelectuales del continente, a la cual acudir por consejos y apoyo moral. A su maestro, que fue, por la sinceridad del trato, también un estimado amigo, Henríquez Ureña contó el proceder de sus estudios, las creaciones de su pluma y el mudar de los intereses. Rodó le contestó con amabilidad y generosidad, revelando siempre la empatía de las ideas. De esta forma, la red intelectual que dibujaron envolvió figuras fundamentales de las letras hispánicas de esa época: Rafael Altamira, Francisco García Calderón y José Santos Chocano, entre otros. Finalmente, los documentos recogidos aquí nos permiten reconstruir a detalle, tanto la historia de las publicaciones del *Ariel*, como la del Ateneo de la Juventud. No cabe duda que el valor de estas cartas merecería un desarrollo interpretativo de más amplio aliento, pero la extensión de esta tesis hace inevitable postergar la tarea.

Los motivos que determinaron la interrupción de esta relación epistolar no son conocidos; lo que es plausible suponer es que el estallido de la Revolución mexicana debió influir tan profundamente en la vida intelectual de Pedro Henríquez Ureña, hasta el punto de concluir su correspondencia con el maestro uruguayo. Desde el noviembre de 1910, hasta el abril de 1914 –cuando terminó la primera experiencia en México de Henríquez Ureña– el desorden de las fuerzas políticas y la tragedia humana de la guerra civil transformaron

progresivamente la actividad literaria en un acto de heroicidad (Reyes, *Obras* 12: 215). La revolución dispersó a los ateneístas; los que decidieron quedarse en la capital intentaron adaptarse a las circunstancias siempre más violentas y aciagas: fundaron la Universidad Popular en diciembre de 1912 y lograron “poner efectivamente en marcha las humanidades en la Escuela Nacional de Altos Estudios” (García Morales, *El Ateneo* 243). Sin embargo, el inestable escenario político y las dificultades económicas afectaron la quietud de los diálogos platónicos, la serenidad y el rigor del estudio: el Ateneo perdió el idealismo de su primera etapa y dejó de ser un cenáculo de amantes de la cultura y las letras.

La breve hora luminosa, los “días alcióneos” de la Sociedad de Conferencias, de 1907 y 1908, y del Ateneo de la Juventud de 1909 a 1910; los ciclos de lecturas comentadas de textos clásicos, bajo el magisterio de Pedro Henríquez Ureña y Antonio Caso, habían sido arrasados por la tormenta revolucionaria. Aquella impresa intelectual, que era también una revolución en las mentes y que dejaría una marca honda y duradera, tuvo que pasar. (Reyes y Henríquez Ureña 190-91)

### **Francisco Asís de Icaza**

Como nos dice Ángel Muñoz Fernández en su *Fichero bio-bibliográfico de la literatura mexicana del siglo XIX*, Francisco Asís de Icaza nació en Oaxaca en 1863 y murió en Madrid en 1925: “En 1886 fue enviado a España como segundo secretario de la legación mexicana y ascendió a primer secretario en 1895. Salvo breves retornos a México y ocho años en Alemania, su vida la pasó en Madrid. Miembro de varias academias y presidente de la sección de literatura del Ateneo de Madrid” (1: 344), Icaza fue historiador, poeta y crítico literario.

La única carta escrita a Rodó que de él conservamos lleva como fecha el 8 de febrero de 1908: en esa época, el diplomático oaxaqueño hacía parte de la legación mexicana de Berlín. Como ya había indicado Lino Ramón Campos en sus dos misivas de 1903 y 1904, Icaza hizo referencia a la revista literaria *Renacimiento*.

Mi muy distinguido amigo:

Le escribo convaleciente de una fuerte gripe, que me ha impedido poder contestar antes su benévola carta y darle las gracias por el envío de “Liberalismo y jacobinismo”.

Tiempo hace que deseaba entablar la correspondencia literaria que tiene Usted ahora la bondad de iniciar, pues le soy deudor del obsequio de varios de sus anteriores folletos; pero he de decirle que llegaron a mis manos con tal retraso, que resultaba verdaderamente extemporáneo el acuse de recibo. Me los envió, quizás Usted lo haya olvidado, por conducto de Ruiz Contreras, cuando publicaba la Revista Nueva aquel Señor: no se cuidó de transmitírmelos, y por verdadera casualidad en una visita que le hice, vino a mis manos uno de los folletos, disculpóse [*sic*] entonces y hasta me advirtió que me había Usted enviado también otro, y lo buscó entre sus libros, pero no dio con él. [...]

Conozco Ariel, y otras varias cosas sueltas. Entre ellas las páginas que publicó en Renacimiento: Usted es por lo tanto para mí un antiguo amigo. [...]

Liberalismo y Jacobinismo está escrito de una manera altamente moderna y comprensiva. ¿Le entendieron a Usted? No hablo de un público de elegidos, sino de la masa general. Téame que los católicos juzguen impías la mayor parte de sus afirmaciones, y sólo acepten por el momento aquello que les convenga.

El dato relevante de esta carta es que Francisco Asís de Icaza no comentó el ideario hispanoamericanista del *Ariel*, que afirmó conocer, sino que enfocó su curiosidad crítica en la recepción que *Liberalismo y jacobinismo* había tenido, en general, entre los lectores uruguayos: el poeta oaxaqueño comprendió muy bien la naturaleza de una de las obras más polémicas de Rodó.

## Telésforo García

De tendencia liberal y positivista, Telésforo García nació en 1844, en el pequeño pueblo cántabro de Puentenansa. Vivió gran parte de su vida en México, donde murió en 1918: “fue amigo de Justo Sierra, con quien fundó *La Libertad*.” En este país, pudo distinguirse como periodista; “colaboró durante varios años en distintos periódicos: como *El Federalista*, *El Bien Público*, *El Interino*, *La legalidad*, etcétera. Su preocupación era más filosófica que literaria y logró crearse fama de intelectual serio y profundo” (Ocampo de Gómez y Prado Velázquez 126). García escribió también en la *Revista Positiva*, fundada en 1901 por Agustín Aragón.

Cuatro son las cartas documentadas que le envió a Rodó. Un primer dato interesante se refiere a la extensión temporal que la relación epistolar abarcó: desde 1908, hasta 1917. La primera misiva es del 24 de agosto:

Señor Don José Enrique Rodó. Montevideo.

Muy señor mío y de mi más distinguida consideración:

Por las revistas de mi país y por conversaciones con Altamira y Unamuno, tengo noticias, hace tiempo, de la honda y hermosa labor literaria de Vd., aunque, fuera del ligero extracto de alguna de sus obras, nada había caído en mis manos que solicitase el deseo de acercarme, siquiera fuese por correspondencia, a persona de tal valía intelectual.

Es difícil que mi nombre haya llegado en alguna forma al conocimiento de Vd., pero al solicitar su amistad, sírvame de disculpa el apostolado ejercido durante cuarenta años en este país, con el fin de mantener vivo, en perpetuo y robusto desenvolvimiento, el espíritu hispano-americano, dentro de las infinitas variedades que habrán de enriquecerlo, pero conforme a un ideal de unidad en que las inteligencias como la de Vd. habrán de oficiar siempre como supremos sacerdotes.

El ingenioso Clarín –Leopoldo Alas– me inició en la estimación de los libros de Vd. Y, más de una vez en Madrid, hablando con mi hermano del alma Emilio Castelar –quien en maravilloso prólogo me dedicó la mejor de sus obras: “El descubrimiento de América”– nos entretuvimos en

augurar a Vd. la conquista de uno de los primeros nombres intelectuales que al presente pudiera presentar la América de nuestro origen. Acabo de leer su “Ariel”, en esmerada edición hecha por esta Escuela Nacional Preparatoria y confieso a Vd. que ese opúsculo, por la belleza de la forma y por lo profundo del fondo, merecía vivir burilado en los más conspicuos cerebros de nuestra raza. De más precio, sin duda, como orientación hacia un noble ideal latino, que la mayor parte de las obras voluminosas por mí leídas, no he querido dejar de transmitir a Vd. la satisfacción experimentada, ni el regocijo de que aún disfruto en el instante de escribirle. ¿Hay algo de personal en esto? ¿Algo de vanidad por ver confirmadas ideas y aspiraciones que yo he puesto más de una vez en letras de imprenta? Tal vez, pero debe admitírsele esto como placer natural en el obrero que se encuentra con quien sabe engrandecer y completar la obra por él soñada.

Como muestra de algún trabajo ligero, hecho en concordancia o coincidencia con la gran labor de Vd., ahí le mando un cuadernito que escribí durante la permanencia del Segundo Congreso Pan-Americano en esta Capital y un discurso [sic] que acabo de pronunciar en una Sociedad Literaria que aquí funciona, relacionado con el mismo tema. Sírvase leerlos por si encuentra en ellos algo que le agrade.

Mi residencia actual es Madrid, calle del Tutor N° 26, si bien permaneceré aquí todavía algunos meses y dejaré mi viejo escritorio establecido, durante largo tiempo todavía. Por ahora, si quiere Vd. honrarme con su correspondencia, puede hacerlo a esta Capital calle de Santa Teresa N° 2 y más tarde a Madrid, de donde recibirá Vd. carta mía. Todos cuantos en aquella Corte cultivan elevadas relaciones intelectuales con América, son amigos míos y por lo mismo podemos trabajar de consuno para que prospere el altísimo ideal, por todos nosotros perseguido y por Vd. encabezado.

Ofrezco a Vd. cordialmente mi amistad y me suscribo su atento y sincero admirador Q. B. S. M.

Telésforo García.

La segunda misiva es del 2 de diciembre del mismo año. García se refirió a una carta que Rodó le envió con fecha 23 de octubre.

Muy distinguido amigo mío:

Con intenso placer leí la importante carta de Vd. fecha 23 de octubre próximo pasado y aunque considere excesivos los términos benévolos con que juzga Vd. de mi persona y de las poco sustanciosas obrillas que me permití enviarle, no por eso estimo en menos precio la oportunidad de encontrarme en relaciones de afecto con Vd., ya que según veo, en relaciones de ideas y de propósitos altruistas, llevamos tiempo de encontrarnos de acuerdo.

Todavía no tengo la satisfacción de recibir el libro de Vd. “Liberalismo y Jacobinismo”: huelga decir que le espero con impaciencia. Nada tendría de extraño que en este punto

coincidiéramos también. Yo escribí hace unos 25 años, cierto opúsculo, con pretensiones de libro, intitulado “Política Científica y Política Metafísica”, pero, como toda mi labor intelectual, adolece esta de precipitación y por lo mismo de un poco de desorden en el desenvolvimiento de las ideas. [...]

La edición de su “Ariel” a la cual aludí en mi carta anterior, se refiere a la que acaba de hacer esta “Escuela Nacional Preparatoria”. Su Director, el doctísimo educacionista Don Porfirio Parra, antiguo compañero mío en tareas periodísticas, ha escrito a Vd. respecto del particular, una carta cuya copia me permito incluirle, por si el original no hubiese llegado a su destino. También le envió, bajo este mismo sobre, un ejemplar de la citada edición, para cumplir el legítimo deseo que Vd. manifiesta. Como habrá Vd. notado y como afirma el Dr. Parra, lo mismo la edición de Monterrey que esta, obedecen a un sentimiento de simpatía y admiración, ajeno a todo propósito mercantil. Son el tributo ofrecido a distancia, por los intelectuales del mismo origen, al intérprete de la más elevada unidad psicológica, en el seno del grupo humano a que pertenecemos.

Casi seis años después, Telésforo García dirigió a Rodó su tercera carta (25 de mayo de 1914).

La misiva es breve y mecanografiada:

Mi ilustre amigo:

Por el correo de hoy, en pliego certificado, me permito enviar a Vd. tres opusculillos, que he escrito en estos últimos penosos tiempos, para éste desventurado país, patria de mis hijos y tierra de mi honda predilección. Vea si encuentra en ellos algo que le agrade y mándeme su “Proteo” y demás que haya publicado, certificando el paquete, porque ciertos libros cuya remesa me anunció Vd. no llegaron a mis manos.

Consérvese bien y ordene a su amigo y admirador muy cordial.

La cuarta y última epístola que Telésforo García escribió al ensayista uruguayo es del 31 de enero de 1917: comentó la actividad intelectual y periodística de Rodó en favor de la causa aliada y le envió, siguiendo un hábito de su correspondencia, un libro suyo recién publicado.

Mi ilustre amigo:

En alguna parte leí elocuentísimas manifestaciones de Vd. en favor de los Aliados, dentro de la guerra europea. Yo también he escrito por aquí algo en igual sentido y con miras

semejantes. De ello quiero darle a Vd. noticia en el librito que acabo de imprimir y que me permito enviarle por este correo.

Vea Vd. si he logrado decir algo que le agrade y ordene lo que guste a su amigo afectísimo y sincero admirador.

Telésforo García.

Desafortunadamente Rodó no pudo leer nunca esta misiva que le llegó a Montevideo. De hecho, desde diciembre del año anterior se encontraba en Roma y, pronto, habría retomado su trágico viaje hacia el sur de Italia.

## **Porfirio Parra**

Porfirio Parra y Gutiérrez nació en 1855 en Chihuahua y falleció en la Ciudad de México en 1912. Fue discípulo de Gabino Barreda, quien lo acercó al positivismo. Catedrático en la Escuela de Medicina, llegó a ser profesor de lógica y director de la Escuela Nacional Preparatoria. Como periodista, colaboró para *La Libertad*, *Revista de Chihuahua*, *Revista Positiva*, *La Gaceta de México* y *El Universal*; además fundó *El Método* y *El Positivismo*. Fue también diputado y senador.

La correspondencia que el escritor mexicano mantuvo con Rodó está documentada por tres misivas. La primera es del 29 de septiembre de 1908: aquí el director Parra describió el método y los valores en los que se fundaba la acción educativa de la Escuela Nacional Preparatoria y motivó la elección de publicar, de forma gratuita, *Ariel*.

Sr. D. José Enrique Rodó. Montevideo. Uruguay.

Eminente y admirado escritor:

Tengo la honra de ser Director de la Escuela Nacional Preparatoria de México, Plantel de enseñanza Secundaria de la mayor importancia, pues en él por la primera vez, no sólo en América sino en el mundo entero, se ha roto abiertamente con las tradiciones docentes que nos legó el pasado y se ha intentado, de una manera franca y resuelta, dar a la juventud una educación emancipada de toda preocupación teológica o metafísica y basada únicamente en las ciencias, manantial inagotable de verdad, modelo incomparable de método y solemne y continuado acto de culto que el hombre tributa a la naturaleza, investigando sus inmutables leyes.

Aunque la educación que se imparte en la Escuela Nacional Preparatoria se funda en la ciencia, sólo mira a esta como motivo de ejercicio intelectual que desenvuelve por maravilloso modo las facultades discursivas del hombre.

Tampoco se propone la Escuela Nacional Preparatoria desenvolver sólo el intelecto, trocando a los jóvenes en máquinas de discurrir; quiere sobre todo desenvolver las facultades morales de los educados y la parte estética de la inteligencia, a fin de que los espíritus juveniles cultiven un ideal amplio, generoso y apoyado además en cimientos reales.

Deseando con anhelo realizar hasta donde sea posible a mis modestas facultades el grandioso plan que sirve de base a la Escuela que tengo la alta honra de dirigir, hojeo sin cesar folletos y libros a fin de encontrar en sus páginas rayos de aquella luz que pedía Goethe moribundo, y que puedan servirme para desempeñar mi ardua labor.

En esta infatigable pesquisa de altas ideas y profundos sentimientos, tuve en día venturoso la suerte de leer el folleto de Ud. intitulado "Ariel", y cuadró tanto a mis propósitos, que juzgué que en sus brillantes páginas se reflejaba con vivos matices el ideal que dio vida a esta Escuela.

Dispuse, pues, que el eminente poeta D. Luis G. Urbina, Profesor de Literatura en este Plantel, diese lectura solemne en el Salón de Actos y en presencia de los alumnos al hermoso folleto de Ud. a que me refiero.

También me permití, violando acaso los sagrados derechos de la propiedad literaria, hacer de su folleto una edición modesta de la cual remito a Ud. un ejemplar, ofreciéndoselo como humilde muestra de la admiración y simpatía que Ud., con sus brillantes y oportunas concepciones, ha sabido despertar en la intelectualidad mexicana.

Concluyo subscribiéndome de Ud., apasionado y entusiasta admirador.

P. Parra

Nota: La edición que la Preparatoria hizo del folleto "Ariel" no fue para venderlo, mancillando así con un propósito de explotación el sublime ideal que destella en sus páginas, sino para repartirlo gratuitamente entre alumnos, profesores, directores y otras personas que descuellan en la intelectualidad mexicana. Vale.

Rodó le envió su respuesta dos meses después (30 de noviembre): la fuente primaria de esta misiva queda todavía hoy el *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria* que dirigía Parra.

Muy distinguido señor mío:

He tenido la honra de recibir su atenta nota del 29 de septiembre, y junto con ella, los ejemplares que Ud. me envía de la edición de “Ariel” hecha por la Escuela Nacional Preparatoria que Ud. dignamente dirige.

Es para mí motivo de honda satisfacción que las ideas y los sentimientos que infundí en las páginas de aquel libro mío, concuerden con el espíritu que anima a esa noble y afamada institución hasta el punto de que ella le haya considerado merecedor de tan alta prueba de estima como la que le ha dispensado. Conservaré el recuerdo de esto como el de una de las mejores recompensas a que hubiera podido aspirar.

Dediqué “Ariel” a la juventud de América y a la juventud de América pertenece. No sólo, pues, ha usado esa Escuela Nacional de un derecho plenísimo al reimprimir mi obra para difundirla entre la juventud, sino que con ello obliga mi agradecimiento, aun dejando aparte la distinción con que me honra, puesto que contribuye eficazmente a la realización del propósito que me movió a escribir el libro. Lo mismo esas páginas más que todas las que puedan salir de mi pluma, son y serán propiedad de la juventud que trabaje y combata por la civilización, por la cultura, por la elevación moral e intelectual de nuestra América.

Siempre me han inspirado vivo y afectuoso interés los progresos y el agradecimiento de México, destinado a tan envidiable porvenir dentro de la unidad de nuestra gran patria hispano-americana. Las manifestaciones de benevolencia que recibo de ahí me satisfacen, pues, doblemente. Y aquel interés que todo lo de México me inspira, será aún mayor cuando se trate de una institución como la que Ud. tiene dignamente a su cargo. Seguiría con la más perseverante atención el desenvolvimiento y la influencia de la Escuela Nacional Preparatoria, si Ud. llevase su amabilidad hasta proporcionarme en adelante las memorias y publicaciones de cualquiera especie, en que pueda enterarme de ello. Reiterando a Ud. mis más expresivos agradecimientos, me es grato saludarle con mi mayor consideración.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

C. de Ud.: Cerrito, 102. A. (1, enero de 1909: 130-31)<sup>10</sup>

---

<sup>10</sup> Para facilitar la lectura, recuerdo aquí un aspecto ya evidenciado en la introducción de esta tesis. Las referencias hemerográficas –entre paréntesis o en el texto– indicarán título, tomo o volumen, fecha y página, en ese orden, de la publicación que se consigna: esto en el caso de las publicaciones de numeración corrida que he consultado en su totalidad. Para los artículos específicos, como los que he tomado de los diarios, sigo la convención propuesta por el *MLA Handbook for Writers of Research Papers* (7a ed.), indicando entre paréntesis en el texto el nombre del autor y, si es necesario, el título del artículo.

La segunda carta que Porfirio Parra envió a Rodó lleva la fecha del 13 de enero de 1909: amén de agradecerle el hecho de haber acogido con beneplácito y honda satisfacción la publicación preparatoriana de *Ariel*, el médico y catedrático mexicano habló de su pasión por las letras y remitió al intelectual uruguayo algunas de sus publicaciones.

Muy distinguido señor:

Con gran satisfacción recibí la muy grata de V, fecha 30 de Noviembre en que me acusa recibo de mi nota del 29 de Septiembre, y de los ejemplares que le remití de la edición de “Ariel” hecha por la Escuela N Preparatoria.

Mucho me complace, señor, que haya sido de su agrado el merecidísimo homenaje que la Escuela N Preparatoria tributó, admirándola, a la selecta producción de V, destinada a orientar hacia el ideal a la juventud hispano-americana, y a fortalecer en ella los vínculos de unión basados en tradiciones e historias comunes y en el uso de la misma sonora y hermosa lengua.

Aplaudo, con no menos entusiasmo, el noble desinterés de V, que le indujo a acoger con beneplácito que la Escuela N Preparatoria editase su aplaudido opúsculo “Ariel”, y al declarar V que él pertenece a la juventud de América, se me antoja contemplar el rico legado que un grande espíritu hace a una gran raza y a una familia de pueblos hermanos.

En efecto, señor, aunque separados por enormes distancias, México se ha considerado siempre hermano de las repúblicas centro y sud americanas, aquí es tan familiar y aplaudida la gentil y galana prosa de V, como la gallarda musa de Zorrilla de San Martín, el egregio autor de Tabaré.

Cumpliendo con el honroso encargo que se digna V hacerme en su grata que contesto, ya ordeno se le remitan las publicaciones que den a V idea más cabal de las aspiraciones y tendencias de la Escuela N Preparatoria.

Como una muestra de viva simpatía hacia la distinguida persona de V, me voy a permitir remitirle algunas publicaciones mías. Tengo cincuenta y cuatro años de edad, ejerzo la profesión médica, he consagrado mi vida al cultivo de la ciencia, profesándola en diversos colegios de esta capital; he solido hacer algunos escauceos en las fantásticas regiones de la poesía, y en los amenos vergeles de las bellas letras. Tendré, pues, el gusto de remitir a V, como homenaje de admiración y simpatía: un cuaderno que contiene algunas composiciones poéticas, una novela de costumbres y tipos mexicanos intitulada “Pacotillas”, un Ensayo Histórico sobre uno de los períodos más importantes de la Historia contemporánea de México y un Nuevo Sistema de Lógica Inductiva y Deductiva.

Esperando que le sea grato este envío, me es satisfactorio aprovechar esta ocasión para ofrecerme a V como su sincero admirador.

P. Parra.

La fuente de este documento es el Archivo Rodó; a diferencia de las dos precedentes misivas, ésta no fue publicada en el artículo del *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria*, intitulado “Cartas cambiadas entre el Sr. Dr. D. Porfirio Parra y D. José E. Rodó, con motivo de la publicación que de ‘Ariel’ hizo la Escuela N. Preparatoria” (1, enero de 1909).

### **Alfonso Reyes**

La correspondencia epistolar entre Alfonso Reyes y Rodó se reduce a una carta del primero (noviembre de 1909) y una tarjeta del escritor uruguayo (15 de diciembre de 1909). Por ese entonces, mientras el joven ensayista regiomontano debía todavía tardar más de un año antes de publicar su primera obra *Cuestiones estéticas*, los *Motivos de Proteo* acababan de salir (en abril) en las librerías de Montevideo. Aquí va el texto de la misiva de Reyes:

Al Sr. José Enrique Rodó.

Recibí, señor, por conducto de Pedro Henríquez Ureña, un ejemplar de *Motivos de Proteo* para mí, y otro para mi Padre.

Mi Padre, distraído ahora por las cuestiones políticas de esta República, y ya de viaje rumbo a Europa, me encomendó que escribiera a usted manifestándole su agradecimiento; y yo lo hago de buena gana, para, de paso, expresarle mi agradecimiento personal.

Para mí, que apenas me inicio, con grandes entusiasmos y escasísimas oportunidades de aprender, en los trabajos poéticos y literarios, es un alto honor el que usted me ha concedido; y si mucho me regocijó ver una dedicatoria para mi firmada por el Maestro, también me deleitó la lectura del libro, sino que no es oportuno que yo vierta aquí, detalladamente, todas las ideas que me sugirió la lectura.

Que no pierda usted, señor, esta magnanimidad por la que se acerca a los más humildes novicios, ni eche en olvido (y esto lo digo también a nombre de mi Padre), que en este país, tan apartado del suyo, hay oídos que escuchan con veneración sus palabras y manos que esperan con inquietud los frutos que usted les lanza por el aire.

Actualmente, preparo mi primer libro: un libro de crítica literaria. Acaso lo publicaré a principios del año próximo. Para entonces ¿podré, señor, contar con el consejo de usted? Yo le enviaré el primer ejemplar y lo que usted me diga después de leerlo (privadamente, se entiende, pues mi súplica no tiene otro fin que el de aprender) lo que usted me diga, va a servirme, indudablemente, de clarísima orientación.

Muy agradecido y muy honrado por su obsequio, me ofrezco a usted, para cuando quiera utilizarme, en la calle de San José el Real, núm. 16, en México.

La saluda atentamente,

Alfonso Reyes. (*apud* Rodó, *Obras* 1380)

Rodó contestó a Alfonso Reyes con una tarjeta: el tono general es formal; quizás es evidente la distancia generacional que dividía los dos intelectuales.

José Enrique Rodó, diputado por Montevideo, saluda afectuosamente a su joven amigo Alfonso Reyes, y en contestación a su amable carta, se complace en manifestarle que espera con el mayor interés el libro que le anuncia, y que tendrá el mayor gusto en darle respecto a él la opinión que le pide; aprovechando la oportunidad para asegurarle el vivo afecto que le inspira la brillante juventud intelectual mexicana, y para retribuir los atentos saludos del señor General Reyes. (*Obras* 1380)

Como recuerda Rodríguez Monegal, sin duda vale la pena subrayar que: “Si la correspondencia de Rodó y Alfonso Reyes no pasó de emocionada relación entre maestro y discípulo, la resonancia y el eco (a veces lejano) de la obra de Rodó se sigue escuchando a través de la generosa y magnífica obra de Reyes” (*apud* Rodó, *Obras* 1380-81).

## Agustín Aragón

Agustín Aragón y León (1870-1954) fue un ingeniero, educador, académico y político morelense. Fuertemente inspirado por el pensamiento de Comte y la obra de Barreda, llegó a ser uno de los maestros de la segunda generación positivista, junto a Porfirio Parra, Miguel S. Macedo, Luis F. Ruiz y Manuel Flores (Zea, *El positivismo* 151). A través de las páginas de la *Revista Positiva*, de la cual era fundador y editor, entabló una célebre disputa con el Ateneo de México respecto a la fundación en 1912 de la Universidad Popular.

La correspondencia que Aragón dirigió a Rodó consta de dos tarjetas. La primera, muy breve, lleva la fecha del 22 de octubre de 1910.

Señor de mi estimación y respeto:

Agradeceré a U. debidamente se tome la molestia de decirme si la obra de Washington P. Bermúdez: “Lenguaje del Río de la Plata” (Dornaleche y Reyes, editores, calle 18 de julio, 77 y 79) se publicó, si en uno o más tomos, y cuánto cuesta con porte y certificación. Perdone U. la molestia y mande U. a este su admirador afectísimo, Agustín Aragón.

La segunda tarjeta es más extensa e interesante; está fechada al 13 de enero de 1911: Agustín Aragón agradeció a Rodó el envío de un ejemplar de *Motivos de Proteo*. Sin embargo, la misiva parece más una lista de pedidos bibliográficos, que un intercambio de reflexiones.

Distinguido y fino amigo mío, recibí con gran placer “Motivos de Proteo”. Debidamente agradezco a Ud. su gentileza. Me ocuparé de ese libro en la “R. P.”. Recibí asimismo las gratas líneas de U. del 29 de Nov.e último. Suplico a U. se tome la molestia de mandarme, nuevos o usados: “Sobre Lenguaje”, por Carlos Martínez Vigil, Montevideo, Tipografía Oriental, 1897, 1 folleto; El Cuaderno publicado de Washington P. Bermúdez, y “Ejercicios de Gramática Castellana” por Albino Benedetti o alguna gramática que tenga correcciones de defectos de lenguaje o modismos. El importe de estos libros con, el del porte, lo pagaré a U. en la forma que

a U. sea más ventajosa: en París, Londres, Nueva York, Buenos Aires, Montevideo, etc. Perdóneme U. le infiera tanta molestia.

En el N° 130 de la “Revista Positiva” hallará U. un discurso mío sobre “La Obra Civilizadora de México y de las demás Naciones de la América Latina”. Ruego a U. lo lea. Deseo sea conocido en todas las repúblicas americanas y me permitiré mandar a U. algunos ej. para que los distribuya. Ojalá y se reproduzca y se comente. Saluda a U. con afecto este su admirador y amigo,

Agustín Aragón.

### **Miguel de la C. Escamilla**

La identidad de Miguel de la C. Escamilla queda prácticamente obscura. De la segunda de las dos cartas que le escribió a Rodó, se puede suponer que llegó a ser agente literario en la Ciudad de México.

La fecha de la primera carta de Escamilla es el 26 de diciembre de 1912: la misiva fue enviada al Circulo de la Prensa de Montevideo; la dirección del remitente era “2<sup>a</sup>. S. Agustín. 53. México. – D. F.” El texto está mecanografiado:

Distinguido escritor:

Desde hace largo tiempo que he tenido ocasión de leer algunas de las producciones literarias de Ud., publicadas por Revistas latino-americanas, como “Mundial” y “La Revista de América”, habiendo sentido profunda simpatía y sincera admiración por el genial escritor que en Ud. existe, y esta carta va a presentarle principalmente la estimación bien grande que para Ud. guarda este lejano y desconocido lector, en el distante pueblo hermano del suyo.

He principiado hace tiempo la lectura de su obra “Motivos de Proteo” [*escrito en tinta roja*], la cual en su parte interrumpida que conozco me dejó sumamente interesado, y por esto me atrevo a ir hasta Ud.; suplicándole que si en ello no tiene inconveniente, me dispense el inmerecido favor de honrarme con un ejemplar de su libro, única manera que por ahora he encontrado para conocer la obra entera.

Anticipo mi agradecimiento, a su fina atención, y me es grato también ponerme a sus órdenes, como atento admirador y S. S.

Miguel de la C. Escamilla

La segunda misiva lleva la fecha del 12 de febrero de 1914. La dirección capitalina de Escamilla sigue siendo la misma; la novedad de esta epístola está representada por el sello en el papel y el sobre: “Biblioteca Hispano-americana. [...] Libros y Revistas en general, especialmente de los mejores escritores sud-americanos.” Aquí va el texto de la carta:

Muy estimado señor:

Debo la dirección de Ud. a la amabilidad del Sr. Don Álvaro Melián Lafinur de Buenos Aires, y aprovecho esta ocasión para esperar que mis letras hallen amable acogida por su atención.

Me propongo intentar y realizar si es posible, un acercamiento intelectual, que con el tiempo y el éxito sea lo más estrecho posible, entre este país y los demás hermanos de la América Española, estableciendo un intercambio bibliográfico constante y activo. La tarea podrá ser difícil, pero me anima para la lucha y esperar el triunfo, mi buena voluntad, y la ayuda moral que estoy seguro recibir de nuestros grandes escritores contemporáneos, en América. Y siendo Ud. uno de los más caracterizados, me placería mucho y sería estímulo conocer su autorizada opinión a este respecto.

Desde luego cumpliendo a este propósito me ofrezco incondicional y espontaneo para remitir cualesquier libros o informes por los que tenga interés de nuestros autores, y este ofrecimiento no es sólo por hoy, sino para que lo use en cualquier tiempo.

Uno de los puntos de mi programa es la formación en ésta de una Biblioteca, muy especial y lo más amplia, de autores Hispano-americanos, que permita hacer la difusión de sus producciones aquí, y ya Ud. comprenderá que para mí sería una valiosa adquisición contar con sus notables libros, entre esta colección que llevo ya en formación, siempre que para Ud. no haya motivos que le impidan esta contribución.

Reitero mi ofrecimiento objeto principal de la presente, para que Ud. se sirva honrarme usándolo con toda libertad y confianza, en cuyo sentido espero verme favorecido por sus gratas letras.

Con todo respeto y consideración:

Miguel de la C. Escamilla.

Como en el caso de Agustín Aragón, también en el de Miguel de la C. Escamilla es interesante evidenciar el propósito de solicitud e intercambio bibliográfico que motivaba, a menudo, la correspondencia entre autores hispanoamericanos.

### **J. López Méndez**

Los datos de la vida de J. López Méndez que he podido conseguir son escasos. Sin embargo, las dos cartas que este agente literario mexicano le envió a Rodó contienen algunos aspectos interesantes, en particular, con respecto a la circulación de la obra del maestro uruguayo.

En la primera misiva (15 de septiembre de 1912), López Méndez se quejó del hecho de que en las librerías de la Ciudad de México era muy difícil encontrar *Motivos de Proteo*: “aunque algunas revistas como la ‘Revista Moderna’, y el Boletín de la Escuela Preparatoria y otras publican dicha obra, ésta quedó trunca por la suspensión de aquellas Revistas.” Además, el joven lector comentó tener el ejemplar de *Ariel*, publicado a fines de 1908 por Sempere, de Valencia: a esta séptima edición del ensayo de 1900 se había referido Rodó, en su carta a Pedro Henríquez Ureña del 28 de noviembre de 1908.

La segunda epístola escrita por López Méndez es del 20 de enero de 1914; está mecanografiada. El membrete remite a la “Agencia ‘Hispania’ – Revistas, publicaciones y libros latino-americanos, J. L. Méndez, Apartado Post. 1912, México D. F.” Reproduzco integralmente el texto de esta carta:

Sr. D. José Enrique Rodó.  
Montevideo.

Muy distinguido y admirado señor:

Como ya he tenido el gusto de comunicar a usted en otras ocasiones, soy un ferviente admirador suyo y de su valiosísima obra literaria. Ahora bien, aparte mi afición al estudio de las letras hispano-americanas, pretendo hacer obra comercial, difundiendo las obras de aquel carácter, muy especialmente las de usted.

Por esa consideración me tomo la libertad de molestar a usted por medio de la presente carta con el objeto de suplicarle muy atentamente se sirva dar órdenes a su librero editor para que se ponga en contacto con esta pequeña agencia para el asunto de referencia.

He notado, sin explicarme el motivo, que las obras de usted, fuera de *Ariel*, no existen en las librerías de México, y que son muy buscadas por todos cuantos se dedican a las letras. Según digo a usted antes no acierto a encontrar cuál es la causa de ello, por lo que desearía llenar ese vacío.

Celebraré mucho que tenga usted la bondad de ayudarme en lo que pretendo. Si fuera posible que se me enviasen desde luego cuatro o cinco ejemplares de “Motivos de Proteo” y otros tantos del “Mirador de Próspero” que según leo en la revista “Nosotros” acaba de aparecer, se lo agradecería infinito.

Es cierto que antes he pedido sus obras a la Casa Barreiro y Ramos de esa; pero no se me ha atendido con eficacia y hasta la fecha estoy en espera de respuesta, a pesar de haber enviado ya pequeñas sumas por dos veces, únicamente por la obra de usted “Motivos de Proteo”. Igual cosa me ha pasado con Jablonsky, de París que vende libros uruguayos.

En todo caso ruego a usted que de no tener algún librero editor directamente a las órdenes de usted, se sirva por lo menos tomarse la molestia de recomendarme cuál es la casa uruguaya o europea que podría darme con mejores precios y descuentos sus obras. Cuanto al pago, acepto la forma que sea, pero desearía saber cuál es la mejor para situar fondos a esa ciudad, por las dificultades para hacerlo.

Debo poner en conocimiento de usted que soy agente de la revista “Nosotros”, de Buenos Aires, de “Hispania”, de Londres; de la “Revista de América”, de París; de las casas editoriales Michaud y Ollendorff, de París, La Lectura, de Madrid, etc. etc. así pues pueden tener confianza tanto usted como su editor en que cumpliré como bueno.

Siento haber distraído su atención con estas molestias y le ruego se sirva usted perdonarme.

En espera de su bondadosa contestación, me es grato hacerle presente una vez más mi profunda admiración, y repetirme a sus órdenes como su afmo., atento y seguro servidor,

J. López Méndez

En esta misiva, el entusiasmo del joven estudiante de la carta anterior dejó espacio a la pasión y el interés del agente literario.

### **Hermanos Porrúa**

La última carta que cierra esta presentación de la correspondencia rodoniana es de los hermanos Porrúa: José, Indalecio y Francisco llegaron a México, provenientes de Asturias, entre 1886 y 1890. Fue a partir del inicio del siglo XX que, bajo el anuncio “Compramos Bibliotecas”, los tres hermanos se dedicaron al comercio de libros de ocasión. La epístola que le enviaron a Rodó es del 19 de mayo de 1916; casi seguramente el maestro uruguayo tuvo tiempo de recibir y leer la misiva, antes de partir para Europa el 14 de julio.

Sr. José Enrique Rodó.  
Carrito 104 A. Uruguay.

Muy Sr. nuestro:

En este país son muy estimados los libros de Ud. y especialmente los Motivos de Proteo, de los que no se encuentran ejemplares. Hoy, debido a la enorme depreciación de nuestra moneda no es posible pedirlos al extranjero y por este motivo nos sugirieron la idea algunos amigos pedirle a Ud. permiso para hacer aquí una edición de 500 ejemplares.

Mucho le agradeceremos que nos diga Ud. si accede a ello y aprovechamos la oportunidad para ofrecernos sus afmos. y attos. S. S.

Porrúa H.nos.

Esta misiva de los hermanos Porrúa, junto con las precedentes cartas de Miguel de la C. Escamilla y J. López Méndez, nos permiten comprender cómo el tipo de remitente que le escribía a Rodó había cambiado con los años; ya no se trataba de redactores que le ponían a disposición las columnas de su revista; ni de lectores apasionados por las humanidades que buscaban consejos o aprobación; ni de intelectuales y escritores que querían entablar un diálogo literario y compartir los ideales de una patria latinoamericana; ni de hombres de cultura que pedían a Rodó su beneplácito para publicar sus obras con una finalidad educativa o ideológica. De hecho, estas últimas misivas muestran que, a partir de la segunda década del siglo XX, la circulación de los libros había vivido una evolución en términos comerciales; en general, la publicación de las obras hispanoamericanas había empezado a relacionarse, siempre más, con el papel de los agentes literarios y la política de las casas editoriales, que ahora escribían a Rodó con una propuesta concreta de trabajo.

Al observar en conjunto las cuarenta y dos cartas aquí presentadas, quiero elaborar una última reflexión: la característica que más sorprende es la heterogeneidad de los interlocutores de Rodó. El maestro uruguayo logró crear una red de relaciones epistolares con poetas, periodistas, agentes, discípulos, lectores, intelectuales y hombres de cultura muy diferentes entre sí, por importancia, generación, posición ideológica y credo literario.

## Publicaciones

Esta última sección del segundo capítulo presenta una breve historia de las publicaciones de Rodó en ámbito mexicano. Las finalidades del estudio hemerográfico son esencialmente dos: por un lado, la de analizar otro aspecto, otro mecanismo, de la red intelectual que Rodó tejió en el contexto mexicano: esta vez, a través de las publicaciones que se hicieron de sus ensayos –sean libros autónomos o artículos de revistas y diarios– durante el periodo 1895-1917; por otro lado, esta etapa de mi investigación intenta responder a una pregunta sencilla, pero fundamental: ¿dónde el lector mexicano podía encontrar textos y noticias del escritor uruguayo?

Por supuesto, frente al tamaño y la heterogeneidad del trabajo hemerográfico que, en términos exhaustivos, exigiría el cumplimiento de estas dos finalidades, he tenido que tomar algunas precisas elecciones para organizar la investigación. Antes que nada, he decidido atenerme a las indicaciones de las publicaciones rodonianas que es posible encontrar en las epístolas analizadas más arriba en el presente capítulo. De esta forma, el timón de mi estudio hemerográfico sigue, en muchos casos, la dirección que las cartas le indican.

Al mismo tiempo, para satisfacer las necesidades de ejemplaridad, seriedad y sentido de la medida que regulan mi tesis, debo afirmar que los resultados aquí presentados tienen como única fuente el acervo del Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de México. Ampliar ulteriormente el radio de acción de mi estudio sobre los periódicos de la época considerada –consultando, por ejemplo, también las colecciones de la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada y del Archivo General de la Nación, o las de otros acervos no capitalinos– me habría alejado del equilibrio que esta investigación quiere perseguir con respecto a la presentación de los distintos argumentos que se relacionan con la presencia de Rodó en México; así como el archivístico, el momento hemerográfico representa *sólo* una etapa de mi

investigación. De esta manera, muchos aspectos no recibirán el justo análisis que merecen y que mi pasión por la indagación hemerográfica exige; queda la esperanza de regresar a ciertas inquietudes en un trabajo futuro.

La primera indicación que abre esta breve historia de las publicaciones de Rodó en México entre 1895 y 1917, más que a un sorprendente hallazgo, se refiere a una significativa ausencia. De hecho, para indagar el envío y la recepción de la misiva que, como hemos visto más arriba, el ensayista uruguayo escribió en forma de borrador a Luis Urbina (31 de agosto de 1896), he revisado los tomos de la *Revista Azul: El Domingo de “El Partido Liberal”*. Este “órgano literario pensado por dos enamorados de lo bello” –sus redactores y propietarios Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo– “para galantear la frase y repujar el estilo” (Clark de Lara y Curiel Defossé 23), vio la luz el 6 de mayo de 1894; su último número salió de la Tipografía del Partido Liberal el 11 de octubre de 1896. Considerando que Urbina fue el secretario de redacción de esta entrega dominical, la esperanza de mi tentativa era la de encontrar en uno de sus últimos números la publicación o simplemente alguna noticia de “El que vendrá”, de Rodó: este ensayo había ya sido publicado en la *Revista Nacional* de Montevideo, el 25 de junio de 1896. Frente a este hallazgo, sin duda habría tenido mayor posibilidad de conjeturar que el borrador de la carta del 31 de agosto había sido enviado por Rodó y recibido por el poeta mexicano. Desafortunadamente, los últimos números de la *Revista Azul* no hacen ninguna mención ni del juvenil escrito rodoniano, ni de su autor.

Las cuatro epístolas que Francisco Medina escribió entre marzo de 1897 y septiembre de 1899 nos permiten recuperar y aclarar algunos datos sobre la presencia hemerográfica de Rodó en el México del último lustro del siglo XIX. Antes que nada, cabe recordar que en su primera misiva (30 de marzo) Medina afirmó que tuvo conocimiento del número inaugural de la

serie *La vida nueva* a través de *Flor de Lis: Revista Literaria*, de Guadalajara; esta publicación quincenal vio la luz entre el primero de abril de 1896 y la primavera de 1898. Como muestra la cita aquí abajo, en la sección “Matices”, que cerraba cada número de la revista tapatía, se encuentra sin duda una de las primeras referencias en ámbito mexicano al trabajo de la *Revista Nacional* y al talento crítico del joven Rodó; al contrario de lo que Medina escribió en su carta, el título del primer opúsculo de *La vida nueva* no se menciona:

Si exceptuamos el poema que hizo célebre en brevísimo tiempo a Nicolás San Martín, deber nuestro es confesar que poco ó nada se nos alcanzaba de literatura uruguaya. El Arte, pues, de una nación ligada a México por afinidades de razas aborígenes y batalladoras, no tenía –por ese sino inexplicable que nos mantiene alejados de pueblos hermanos por el afecto y el idioma– otro representante que el autor de “Tabaré.” Así, la impresión que nos ha dejado la inesperada lectura de la *Revista Nacional* de Montevideo, no puede ser más halagadora: ella nos revela la existencia de críticos talentosos como José Enrique Rodó; literatos eximios como Sáinz, Granada, Martínez Vigil y Pérez Petit, y poetisas fáciles y atildadas como Dorila Castell. (1, primero de marzo de 1897: 230)

La sección “Matices” de *Flor de Lis* se ocupó de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* y de la obra crítica de Rodó en otras dos ocasiones. La primera fue en el número 9 del tomo 2 (15 de septiembre de 1897):

Una elegante revista nos llega del Uruguay, de ese país en donde

“El Uruguay arranca a las montañas  
Los troncos de sus ceibas  
Que entre espumas e inmensos camalotes,  
Al río como *mar* y al mar entrega.  
El himno de sus olas  
Resbala melodioso en sus arenas,  
Mezclando sus solemnes pensamientos  
Con el del blando acorde de la selva;”  
de ese país de riberas encantadas, de pintorescos abanicos formados de gallardas palmeras y de flexibles juncos que tiemblan al impulso del manso viento.

“La Revista Nacional” de Montevideo es un cofre que encierra brillantes perlas engarzadas con el oro de la palabra; es una revista que no ha libado el néctar fascinador del modernismo reinante. Sus columnas son el ramaje fresco donde levantan sus endechas muchos poetas que han cautivado con sus acentos toda la región donde se escuchan sus cantos. Ahí Isaías Gamboa estereotipa los girones de su alma fundidos en rítmicos versos; Martínez Vigil desde el trono luminoso de la crítica, al beso de su musa docente, riega la idea robusta, matizada con la forma armoniosa; y Martiniano Leguizamón pinta los paisajes más vívidos de esa tierra en que el gaucho vive tranquilo bajo la sonrisa de un sol esplendente y bajo las caricias misteriosas de la mañana en que el polvo de oro irradia en el éter. (90)

La segunda referencia se encuentra en el número trece del mismo tomo, con fecha del 15 de noviembre de 1897. Esta vez la sección “Matices” se ocupó en modo específico del joven ensayista montevideano y del primer opúsculo de la serie *La vida nueva*:

De Montevideo, capital de la pequeña y progresista República oriental, nos llega el opúsculo primero de una serie que se propone publicar el concienzudo literato José Enrique Rodó. En solas sesenta páginas ha condensado el escritor uruguayo dos artículos que ponen de relieve su fuerza intelectual: “El que vendrá” y “La Novela nueva”. Es el primero una síntesis brillante de las heteróclitas escuelas que inundaron a la Francia de vocablos desconocidos y rimas martilladas en el yunque del color y una plegaria a la esperanza mesiánica, al gran Revelador que ha de traernos la fórmula del Arte de mañana; informa al segundo el holgado criterio del pensador que quiere y desea al novelista de la universalidad humana que nos inicie en los misterios de la Idea y el antro cavernoso de la Pasión... (130)

Amén de *Flor de Lis*, Francisco Medina hizo, al hablar de Rodó, otras referencias hemerográficas: por un lado a *Bohemia Sinaloense: Revista Literaria*, de Culiacán, y por el otro a los dos diarios de la capital *El Nacional* y *El Universal*.

Con respecto al primero de estos tres periódicos, las indicaciones más interesantes para las finalidades de la presente investigación se encuentran en las primeras dos cartas de Medina; de hecho, en su tercera misiva (18 de octubre de 1898) habló de la *Bohemia*, pero sólo para subrayar que esa publicación se había concluido y para prometerle a su remitente la expedición de una colección completa. En cambio, en la carta del 30 marzo de 1897, Medina afirmó querer hablar en

la revista de Culiacán del primer opúsculo de *La vida nueva*; al mismo tiempo, en la segunda epístola del 8 de diciembre del mismo año puso a disposición de Rodó las columnas de *Bohemia Sinaloense*. Desafortunadamente, en los veinticuatro números que salieron entre el 15 de septiembre de 1897 y el 16 de enero de 1899 y que se conservan en un único tomo en el Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de México, no hay ninguna referencia ni al joven crítico montevideano, ni a sus ensayos “El que vendrá” y “La novela nueva”.

En su cuarta misiva (10 de septiembre de 1899), Medina afirmó haber leído en la revista madrileña *Vida Nueva* la noticia de la publicación del libro *El pensamiento de América*. Aunque confesó no estar seguro de su recuerdo y, pues, sin averiguar el dato, el redactor de *Bohemia Sinaloense* escribió que éste era el título del último ensayo de Rodó y que *El Nacional* y *El Universal* habían discutido de las apreciaciones sobre algunos poetas mexicanos contenidas en el libro. El error de Medina fue imperdonable: *El pensamiento de América* no fue publicado por Rodó, sino por el escritor y traductor argentino Luis Berisso. Como nos recuerda Max Henríquez Ureña en su *Breve historia del modernismo*, Berisso hizo parte del “núcleo modernista que formó filas en torno a Darío” (174), durante los años que el poeta nicaragüense vivió en Argentina (1893-98); el grupo desde su inicio contó con Eugenio Díaz Romero, Leopoldo Díaz, Ricardo Jaimes Freyre, y más adelante, con Leopoldo Lugones.

Las referencias hemerográficas que Medina hizo con respecto a la supuesta última publicación de Rodó nos permiten comprender con mayor precisión su equivocación. Por cierto, “El pensamiento de América” es el título de un ensayo crítico que Ramiro de Maeztu compuso sobre el libro homónimo de Berisso y que apareció en la “Sección Mensual de América”, suplemento al número del 16 de abril de 1899 de la revista *Vida Nueva*: “Berisso había publicado su libro en Buenos Aires en 1898. Se trata, por tanto, de una crítica de actualidad

sobre un libro que viene muy al caso a la sección donde aparecía puesto que recorría los hitos fundamentales de los pensadores americanos del último siglo” (San Juan 332).

En modo análogo, cabe señalar que también los dos periódicos capitalinos citados por Medina hablaron de *El pensamiento de América*. La *Edición de los Domingos*, de *El Nacional* –fundado en 1880 por Gonzalo A. Esteva, desapareció en 1900 cuando su director era Gregorio Aldasoro– dio noticia del libro de Berisso, ya antes de la revista madrileña: el 30 de octubre de 1898 publicó el ensayo crítico de Rubén Darío, intitulado “El pensamiento de América: por Luis Berisso”. Por el otro lado, el 4 de junio de 1899 apareció en *El Universal* el texto de Ramiro de Maeztu; este diario, fundado en 1888 por Rafael Reyes Spíndola, enteraba puntualmente a sus lectores de la llegada a México de los números del semanario madrileño; de hecho, el agente que se ocupaba de su venta era el redactor de *El Universal*, Manuel M. Panes.

A pesar de las indicaciones contenidas en la correspondencia, la investigación hemerográfica del último lustro del siglo XIX me ha permitido encontrar nuevas referencias sobre el trabajo del joven ensayista uruguayo en otros dos periódicos mexicanos: *Revista Latino-Americana* y *Revista Moderna*. Fundada en México (febrero de 1885) por Francisco de la Fuente Ruiz, la sede de la dirección y administración de la *Revista Latino-Americana* en su segunda época estaba en París; sus números aparecían los días diez, veinte y treinta de cada mes. En la sección “Folletín” del número del 10 de junio de 1898, se publicó un pasaje de “La novela nueva, por José Enrique Rodó”. Lamentablemente, en el Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de México no se conservan los números inmediatamente anteriores y posteriores a éste del 10 de junio; de esta forma, las indicaciones “(continuación)” y “(continuará)” (Rodó 7) que abren y cierran el artículo sólo permiten suponer una publicación integral del ensayo rodoniano. Debo subrayar, también sobre este aspecto, que

las necesidades temporales y argumentativas de mi tesis me han obligado a tomar elecciones estrictas con respecto a la profundidad de mi estudio hemerográfico; espero que en el futuro pueda completar mi investigación.

En el número 5 de su segundo año (mayo de 1899), la *Revista Moderna* publicó una nota sobre el opúsculo de *La vida nueva* que Rodó había dedicado a Rubén Darío. El comentario salió en la sección “Notas Literarias y Artísticas”, que escribía José Juan Tablada. La *Revista Moderna*, “impreso imaginado al unísono por Dávalos y Tablada” (Clark de Lara y Curiel Defossé 39), había publicado su número inaugural el primero de julio de 1898; desde enero de 1899, el subtítulo *Arte y Ciencia* sustituyó el de *Literaria y Artística*. Entre los redactores hay que recordar Rubén M. Campos, Jesús Urueta, Alberto Leduc, Ciro C. Ceballos; su director histórico fue Jesús E. Valenzuela, mientras los dibujos de Julio Ruelas y Leandro Izaguirre contribuyeron no poco a la elegancia de la revista. Si se excluye este segundo año durante el cual la publicación fue mensual, en toda su primera etapa la *Revista Moderna: Arte y Ciencia* aparecía cada quincena; a partir de septiembre de 1903, cambió su formato y, sobre todo, su título en *Revista Moderna de México: Magazine Mensual Político, Científico, Literario y de Actualidades*. En seguida, cito el comentario de Tablada sobre el opúsculo de Rodó:

Ha llegado a esta redacción el folleto que el notable crítico modernista José Enrique Rodó ha publicado en Montevideo, con el título “Rubén Darío – su personalidad literaria – su última obra”. A reserva de ocuparnos detenidamente del trascendental folleto, diremos en síntesis que ese brillante juicio es el que merece el magno poeta. Al fin del libro hay una nota que dice: “Prontas para ser dadas a la publicidad estas páginas, mis amigos de Buenos Aires, y entre ellos los que han formado el círculo íntimo de Rubén Darío, me sugirieron el pensamiento de terminar el estudio de la personalidad del poeta, con el análisis de *Los raros* y de *Azul*. Téngase, pues, lo leído como la primera partida de un estudio más amplio, que acaso ha de completarse en breve”.

Obra acertadamente Rodó al ampliar sus juicios sobre Darío, cuyo carácter múltiple y fecundo permite un vasto análisis que de ninguna manera resultará prolijo. (160)

Desde la primera publicación montevideana del *Ariel* en 1900, hasta la llegada de Pedro Henríquez Ureña a la capital de la República en abril de 1906, la presencia de Rodó en revistas y periódicos mexicanos resulta escasa. Como muestra su correspondencia con el maestro uruguayo, el papel de guía literario e intelectual de la joven generación ateneísta y el trabajo periodístico de Pedro Henríquez Ureña serán fundamentales para la difusión de las obras y del ideario de Rodó en México. De hecho, durante los primeros siete años del siglo XX, no se había todavía realizado una difusión concreta del *Ariel* o de otros ensayos juveniles: Félix Martínez Dolz, en su carta del 7 de julio de 1903, afirmó que el tercer opúsculo de *La vida nueva* no se encontraba en ninguna librería de México. En este sentido, hay que suponer que la lectura de los textos de Rodó ocurría, a esta altura de su proceso receptivo, sobre todo a través del préstamo de ejemplares personales. A continuación van los pocos hallazgos que mi investigación hemerográfica ha conseguido entre el inicio de 1900 y la primavera de 1906.

En el número 6 de su cuarto año de vida (segunda quincena de marzo de 1901), la *Revista Moderna* citó la que será la más leída de las obras rodonianas. Tablada, en la sección “Notas Bibliográficas”, indicó la lista de los libros que la redacción modernista había recibido, entre los cuales aparece “‘Ariel’ (\*\*\*) por José Enrique Rodó. – Montevideo, 1900”. Una nota al pie de página agregaba: “Los libros o periódicos marcados con asteriscos serán objetos de especial estudio en alguno de nuestros próximos números. En lo sucesivo toda publicación literaria enviada por su autor a esta Redacción será analizada o mencionada cuando menos en ‘Notas bibliográficas’” (102).

Lamentablemente, al considerar estos primeros años del novecientos, debo confesar no haber podido averiguar todavía los datos sobre la revista *Renacimiento* de Oaxaca que refirieron en sus cartas Lino Ramón Campos (30 de diciembre de 1903 y 10 de octubre de 1904) y

Francisco Asís de Icaza (8 de febrero de 1908). Los números de esta publicación, que salieron durante el bienio 1903-04, no se conservan ni en el Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de México, ni en la Hemeroteca Pública Néstor Sánchez Hernández, de Oaxaca.

Durante el periodo 1900-06, he encontrado otras dos referencias hemerográficas sobre Rodó. La primera apareció en *La Patria: Diario de México*; fundado por Ireneo Paz en 1877, este periódico publicó el 21 de junio de 1905 un breve artículo firmado por el escritor uruguayo con el título “La independencia en el arte”. El texto reprodujo, con algunos cambios importantes, el ensayo “Divina libertad: Al margen de ‘Bajorrelieves’, de Leopoldo Díaz”, que Rodó escribió en 1895 e que incluyó sucesivamente en el volumen *El mirador de Próspero*, de 1913.

La segunda referencia se encuentra en *Revista Moderna de México*: se trata de un artículo de Miguel de Unamuno que apareció en la sección “Literatura Hispano-americana”; el texto se ocupa del libro *De litteris: crítica*, publicado por el peruano Francisco García Calderón en 1904, con un prólogo de Rodó. Así Unamuno presentó este libro al público de la *Revista Moderna de México*: “La obra del meritísimo Rodó empieza a rendir frutos en la América Latina; los discípulos del admirable maestro uruguayo están realizando su labor. He aquí uno, el peruano García Calderón, que lleva a su trabajo la serena reflexión y la alta espiritualidad del maestro” (5, diciembre de 1905: 220). El artículo de Unamuno ya había aparecido en junio del mismo año en *La Lectura* de Madrid. Como nos recuerda Alfonso García Morales en *Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó*, el intelectual uruguayo “vio en *De Litteris* una obra de contenido, realización del ‘nuevo concepto de modernismo’ que estaba empeñado en difundir; y en García Calderón, un ‘literato de ideas’ abierto a todos los intereses intelectuales, un ‘crítico pensador’ caracterizado por la tolerancia del criterio y el vigor de la expresión. Lo reconocía, en suma, como su primer discípulo” (80).

A partir de la mitad de 1906 las publicaciones de y sobre Rodó empezaron a ser más frecuentes y significativas. Como escribió Pedro Henríquez Ureña en su misiva del 27 de agosto del mismo año, la revista *Savia Moderna* había reproducido en su quinto y último número (julio de 1906) el artículo “En un álbum de artista”. En realidad, el título original de este elogio de la vocación lírica capaz de ser, “a la vez, un arrullo para nuestro corazón y un eco para nuestras tristezas” (*Savia Moderna* 329), es “En el álbum de un poeta”: Rodó lo escribió en 1896 y, sucesivamente, lo incluyó en *El mirador de Próspero*. Entre los redactores de *Savia Moderna: Revista Mensual de Arte* cabe aquí recordar, por lo menos, a Jesús Acevedo, Roberto Argüelles Bringas, Antonio Caso, Marcelino Dávalos, José F. Elizondo, Ricardo Gómez Robelo, Rafael López, Manuel de la Parra, Emilio Valenzuela y Rubén Valenti. En *Pasado inmediato*, Alfonso Reyes recordará este periódico en los siguientes términos:

A principios de 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón fundaron una revista juvenil. Le pusieron un nombre absurdo: *Savia Moderna*. No sólo en el nombre, en el material mismo prolongaba a la *Revista Moderna*. Duró poco –era de rigor– pero lo bastante para dar la voz de un tiempo nuevo. Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como un santo y seña entre la pléyade que discretamente se iba desprendiendo de sus mayores. “La redacción –escribe Rafael López– era pequeña como una jaula. Algunas aves comenzaron allí a cantar.” A muchos metros de la tierra, sobre un edificio de seis pisos, abría su inmensa ventana hacía una perspectiva exquisita: a un lado, la Catedral; a otro, los crepúsculos de la Alameda. Frente a aquella ventana el joven Diego Rivera instalaba su caballete. Desde aquella altura cayó la palabra sobre la ciudad. (*Obras* 12: 202)

Durante 1907, dos periódicos que se ocuparon de Rodó fueron la *Revista Moderna de México* y la *Revista Positiva: Científica, Filosófica, Social y Política*. Esta última, fundada en 1901 por Agustín Aragón, era el órgano del positivismo en México; dejó de publicarse en diciembre de 1914. El 21 de mayo de 1907, en la sección “Notas Bibliográficas”, apareció una crítica de Aragón sobre *Liberalismo y jacobinismo*:

Conocíamos a Don José Enrique Rodó –prestigiado escritor de Uruguay– a través de diferentes juicios críticos de libros suyos. Hoy por vez primera hemos leído una de sus obras. La lectura ha confirmado la opinión que de él teníamos: de hombre de entendimiento vigoroso, amplio y con primor cultivado.

La Comisión de Caridad y Beneficencia Pública de Montevideo dictó un acuerdo de expulsión de los crucifijos que había en las paredes de las salas del Hospital de aquella ciudad. Ese acuerdo fue el origen del libro del Sr. Rodó “Liberalismo y Jacobinismo”. Sin que nosotros estemos ni de una parte ni de la otra, pues para juzgar del caso concreto carecemos de datos, la obra expresada traduce gran suma de conocimientos y sincero y reposado amor a la libertad. Mucho podría decirse a guisa de comentario, ya amplificando, ya circunscribiendo algunos de los asertos del talentoso escritor de que hablamos; más no nos es dado hacerlo en esta brevísima nota ni debe nunca tratarse de pasada cualquier asunto trascendente. El Sr. Rodó deslinda muy bien los dominios del liberalismo, o del sistema respetuoso de las opiniones de los demás, de los del sistema intransigente y absolutista conocido con el nombre de jacobinismo. (7: 411-12)

La *Revista Moderna de México* se ocupó de Rodó en distintas ocasiones durante 1907. En el número de abril (vol. 8), una nota bibliográfica de la sección “Libros Recibidos” hizo referencia a *Liberalismo y jacobinismo*. La misma revista publicó en julio otro artículo de Miguel de Unamuno: “Don Quijote y Bolívar. A propósito de una historia de Venezuela”. Aquí, el filósofo español citó y comentó el discurso que Rodó había pronunciado el 8 de octubre de 1905 en ocasión de la repatriación de los restos del periodista y político uruguayo Juan Carlos Gómez.

Una de las más acendradas y más legítimas glorias del pensamiento hispano-americano contemporáneo, José Enrique Rodó, el noble profesor montevideano, al final del hermoso discurso que leyó en la fiesta de la translación de los restos de Juan Carlos Gómez, desde Chile a Montevideo, su patria, decía que si es alta la idea de la patria, “en los pueblos de la América latina, en esta viva armonía de naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo tan alto como la idea de la patria y es la idea de la América: la idea de la América como una grande e imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, como sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de México hasta los sempiternos hielos del Sur”. Y añadía: “Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una u otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana”. Palabras tan altas y nobles cuanto es noble y alto el espíritu del pensador de “Ariel”. (8, julio de 1907: 263)

También en las dos últimas entregas de 1907 la *Revista Moderna de México* se ocupó de Rodó; el número de noviembre (vol. 9) se abre con el texto de la carta que el intelectual montevideano dirigió al Sr. D. R. Scafarelli, autor del libro *El mártir del Gólgota*. El artículo de la revista mexicana, intitulado “El sentimiento religioso y la crítica”, reproduce integralmente el apéndice que Rodó incluyó en *Liberalismo y jacobinismo*. Como se puede leer en el pasaje que cito abajo, esta misiva representa un claro testimonio no sólo de la idea de base que sustenta el opúsculo de 1906, sino de la actitud crítica e intelectual que caracterizó esencialmente toda la propuesta literaria rodoniana:

El libre pensamiento, tal como yo lo concibo y lo profeso, es, en su más íntima esencia, la tolerancia; y la tolerancia fecunda no ha de ser sólo pasiva, sino activa también; no ha de ser sólo actitud apática, consentimiento desdeñoso, fría lenidad, sino cambio de estímulos y enseñanzas, relación de amor, poder de simpatía que penetre en los abismos de la conciencia ajena en la intuición de que nunca será capaz el corazón indiferente. (133)

En el número de diciembre de 1907, la *Revista Moderna de México* publicó el artículo “Marginalia: José Enrique Rodó”, de Pedro Henríquez Ureña; se trata de un ensayo crítico sobre *Liberalismo y jacobinismo*. La nota a pie de página con la cual el maestro dominicano concluyó sus consideraciones sobre “la palabra animadora de *Ariel* (\*)” es interesante. El asterisco remitía al lector mexicano de ese lejano 1907 a la realización del proyecto editorial, cuya aprobación Henríquez Ureña había pedido a Rodó ya desde su misiva del 27 de agosto de 1906; en la nota al pie se lee: “(\*) Podemos anunciar que pronto se hará en México, como obsequio a la juventud, una edición de *Ariel*” (9: 241).

El año 1908 fue de enorme importancia para la recepción de Rodó en México: mientras sus ensayos se comentaban y publicaban en periódicos no capitalinos, en Monterrey y la Ciudad de México se realizaron respectivamente la quinta y la sexta edición del *Ariel*.

El 25 de abril, en *El Contemporáneo: Diario de la tarde*, de San Luis Potosí, apareció el artículo “Ideal de la civilización de América”: el autor de esta interpretación del libro más leído de Rodó no se firmó; sin embargo, el artículo, que ocupa dos columnas de la primera plana, contiene algunas reflexiones críticas de no poca importancia:

Tenemos una gran tradición étnica que mantener, dice Rodó en “Ariel”. La América Hispana está llamada a levantar el crédito de la familia española, y para esa empresa magna necesita grandemente de su juventud. [...]

Toca a la juventud intelectual embrazarse [*sic*] a un ideal; la Juventud que reúne las fuerzas nuevas: la juventud, cuya voluntad no está aun definitivamente quebrantada, debe compenetrarse de la ímproba labor que le toca realizar, frente a la muda esfinge del tiempo que no espera. La masa ignorante necesita instrucción, pero ante todo la clase dirigente necesita ideales. A la juventud intelectual, llamada a formar la clase dirigente, es a quien predica Rodó la necesidad de mantener un ideal de raza y un concepto de alto y definido de civilización. [...]

Toda civilización tiende a producir un fruto de alta cultura que pase, consagrado, a la posteridad. América debe fundar su civilización, perdurable y fuerte, sobre la base de un grande ideal que se abra como flor de gloria a los besos del sol del porvenir!

La primera edición mexicana de *Ariel* se imprimió en los Talleres Modernos de Lozano, de Monterrey. “En diciembre de 1907, Antonio Caso, Jesús T. Acevedo, Alfonso Cravioto, Rafael López, Rubén Valenti, Ricardo Gómez Robelo y los hermanos Henríquez Ureña firmaron una carta dirigida al general Bernardo Reyes, solicitándole que costeara la publicación de *Ariel*” (Quintanilla 137). Desde principios de 1908, cuando fue a visitar a su familia en Nuevo León, Alfonso Reyes se ocupó personalmente del proyecto editorial; en su carta a Pedro Henríquez Ureña, el 21 de enero le escribió: “Se me había pasado decirte que *Ariel* va atrasadísimo, pero que ya me ocupó yo de él, y yo soy *muy activo*. Saldrá elegante” (*Correspondencia* 60).

De esta forma, gracias al apoyo económico del Gobernador del Estado, el libro se acabó de imprimir el día 14 de mayo; la publicación regiomontana, que tuvo un tiraje de quinientos ejemplares, no se hizo para la venta, sino para obsequiarla a la juventud del país.

Lamentablemente, como afirma Susana Quintanilla, encontrar datos específicos y seguros acerca del destino de esta edición, sobre qué tipo de lectores tuvo, o qué efecto el libro pudo haber determinado en éstos, no es sencillo (137).

En cada caso, las epístolas que Pedro Henríquez Ureña (5 de agosto) y Rodó (28 de noviembre) se intercambiaron durante 1908, nos han permitido conocer diferentes detalles del nacimiento y desarrollo de este proyecto; al respecto, cabe subrayar aquí dos elementos: por un lado, Pedro Henríquez Ureña escribió a Rodó que como autorización previa a la edición de Monterrey se consideró la aprobación que su hermano Max había recibido para la publicación de *Ariel* en la revista *Cuba Literaria* (véase la misiva del maestro uruguayo del 20 de noviembre de 1904).

Por el otro lado, junto a su epístola del 5 de agosto, Pedro envió a Montevideo diez ejemplares de la edición regiomontana; Rodó, el 28 de noviembre, le contestó haber recibido los libros. Sobre el supuesto ejemplar firmado por todos los jóvenes ateneístas que participaron a la iniciativa, al cual se refieren tanto Quintanilla (137), como García Morales (*El Ateneo* 123), me parece interesante recordar lo que el joven ensayista dominicano escribió a Alfonso Reyes en su misiva del 9 de febrero de 1909, al hablar de Rodó: “Haremos una carta, que firmarán aquellos del grupo que se encuentren aquí (pues faltan Ricardo y Max) y la enviaremos próximamente. Yo me encargaré de que se haga. Te contaré que hace tiempo, cuando estuvo lista la edición, hicimos una carta de gracias, la cual, por pereza de uno de los encargados de recoger firmas, se quedó sin firmar y no se envió al fin” (Reyes y Henríquez Ureña, *Correspondencia* 139). Indico una última aclaración: de acuerdo con la crítica que se ha ocupado de la primera publicación mexicana del *Ariel* —entre otros, Susana Quintanilla, Alfonso García Morales y, marginalmente, José Luis Martínez—, la “Nota de la edición mexicana” puesta en las páginas 5 y 6 del libro fue escrita por Pedro Henríquez Ureña.

También el periódico de Guadalajara *Jalisco Libre: Diario del Pueblo* se ocupó del escritor uruguayo. Su redactor en jefe y propietario era Cipriano O. Covarrubias, cuando, el 28 de mayo de 1908, en la primera plana, apareció el artículo “La lucha del estilo”, firmado por José Enrique Rodó. El mismo texto, escrito en 1900, será incluido en *El mirador de Próspero*, con el título de “La gesta de la forma”.

Un acontecimiento de particular interés para el proceso de recepción del pensamiento rodoniano en México es representado por la lectura en voz alta del *Ariel* que Luis G. Urbina, secretario del ministro Sierra, hizo en el Salón de Actos del edificio de San Ildefonso, frente a los estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria. Esta iniciativa, junto con las sucesivas publicaciones de Rodó que el director Porfirio Parra quiso realizar, se encuadra dentro de un más general proceso histórico de revisión y desmantelamiento del positivismo, en particular del comtismo heredado de Gabino Barreda; la elección de Parra de reconocer en la obra del intelectual uruguayo una precisa autoridad pedagógica nació de la preocupación de reformar el sistema de la enseñanza secundaria: la dimensión moral y estética del ser humano, su complejidad, empezaban a desafiar el poderío de la ciencia y de la organización social, como únicos principios educativos (Martínez Carrizales 64). Al respecto, vuelvo a citar las palabras que el director de la Escuela Nacional Preparatoria escribió a Rodó, en su carta del 29 de septiembre de 1908:

Aunque la educación que se imparte en la Escuela Nacional Preparatoria se funda en la ciencia, sólo mira a esta como motivo de ejercicio intelectual que desenvuelve por maravilloso modo las facultades discursivas del hombre.

Tampoco se propone la Escuela Nacional Preparatoria desenvolver sólo el intelecto, trocando a los jóvenes en máquinas de discurrir; quiere sobre todo desenvolver las facultades morales de los educados y la parte estética de la inteligencia, a fin de que los espíritus juveniles cultiven un ideal amplio, generoso y apoyado además en cimientos reales.

Sobre las cuatro secciones que se dedicaron a la lectura en voz alta del ensayo rodoniano, J. Mansilla Río, subdirector del plantel, dio noticia a través de un informe publicado en el *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria*. El artículo integral desde el cual tomo la cita que indico en seguida, se titula “Informes leídos en la solemne apertura de clases del año escolar de 1909-1910 relativos a la marcha del Establecimiento durante el año de 1908. Informe del subdirector” (1, mayo de 1909):

Atenta y cuidadosa esa Dirección de su merecido cargo, de todo lo que significa el desenvolvimiento de las facultades morales de los educandos, comisionó al C. Profesor Luis G. Urbina para que leyese en el Salón de Actos y en presencia de los alumnos, el hermoso folleto *Ariel* del eminente escritor uruguayo José Enrique Rodó, habiendo tenido lugar los días 7 y 13 de agosto, 9 y 21 de octubre. (203-04)

Antes de principiar su correspondencia con Rodó, pues sin una previa autorización, Porfirio Parra dispuso en verano de 1908 otra publicación del *Ariel*; costeadada por la Escuela Nacional Preparatoria, también esta sexta edición se distribuyó gratuitamente entre los estudiantes. Además, cabe señalar que la nota de introducción es la misma que Pedro Henríquez Ureña escribió para la impresión regiomontana. Con respecto a la fecha precisa de su publicación, el libro capitalino –en el Archivo Rodó se conserva un ejemplar de ambas ediciones mexicanas– no contiene ninguna indicación que pueda atestiguar el dato; sin embargo, las dos cartas que Telésforo García y Pedro Henríquez Ureña enviaron a Montevideo respectivamente en 1908 y 1909 nos permiten precisar un lapso más definido: el periodista español escribió en su misiva del 24 de agosto que acababa de leer *Ariel* “en esmerada edición hecha por esta Escuela Nacional Preparatoria”; mientras Henríquez Ureña (carta del 5 de marzo de 1909) afirmó: “No recuerdo si le dije que Ariel fue leído en voz alta, ante toda la Escuela Preparatoria, por el poeta Urbina, profesor de ella,

antes de hacerse la edición de esa escuela, es decir, valiéndose de la impresión de Monterrey.”

Al considerar, pues, que las primeras dos secciones de la lectura en voz alta de la obra de Rodó fueron el 7 y 13 de agosto –véase el informe del subdirector Mansilla Río– es posible sostener que la impresión capitalina del *Ariel* debió estar lista para la mitad del mismo mes.

También el año de 1909 fue central en el proceso de recepción de la obra rodoniana: en particular, dos publicaciones mensuales, es decir la *Revista Moderna de México* y el *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria*, dieron al lector mexicano de ese horizonte histórico la posibilidad de conocer el pensamiento del intelectual uruguayo. En el número de enero, el órgano oficial del plantel preparatoriano publicó las “Cartas cambiadas entre el Sr. Dr. D. Porfirio Parra y D. José E. Rodó, con motivo de la publicación que de ‘Ariel’ hizo la Escuela N. Preparatoria” (vol. 1). Este artículo reprodujo las dos epístolas que Parra y Rodó se escribieron el 29 de septiembre y el 30 de noviembre de 1908 respectivamente; en cambio, por una obvia razón de tiempo, no apareció la segunda carta que el director del plantel redactó el 13 de enero de 1909 y que se conserva en el Archivo Rodó.

Durante este mismo año, la pluma de José Enrique Rodó encontró expresión en cinco distintos números de la *Revista Moderna de México*. En abril (vol. 12), se publicó el artículo “El pórtico”: se trata de un fragmento del segundo opúsculo de *La vida nueva*, dedicado a “Rubén Darío: su personalidad literaria, su última obra” que había salido diez años antes en Montevideo, por la editorial Dornaleche y Reyes.

A partir del número de septiembre de 1909 (vol. 13) la revista dirigida por Valenzuela empezó a publicar por entregas los capítulos de *Motivos de Proteo*: el ensayo había aparecido a fines de abril del mismo año por la editorial José María Serrano, de Montevideo. La gestación de la obra había sido larga y paulatina; ya en su carta a Juan

Francisco Piquet del 6 de marzo de 1904, Rodó comentaba de esta forma la naturaleza de los que serán los *Motivos de Proteo*:

Cuando el tiempo y el humor no me faltan, sigo batiendo el yunque de *Proteo*, libro vario y múltiple como su propio nombre; libro que, bajo ciertos aspectos, recuerda (o más bien recordará) las obras de los “ensayistas” ingleses, por la mezcla de moral práctica y filosofía de la vida con el ameno divagar, las expansiones de la imaginación y las galas del estilo; pero todo ello animado y entendido por un soplo “meridional”, ático, o italiano del Renacimiento; y todo unificado, además, por un pensamiento fundamental que dará unidad orgánica a la obra, la cual, tal como yo la concibo y procuro ejecutarla, será de un plan y de una índole enteramente nuevos en la literatura de habla castellana, pues participará de la naturaleza de varios géneros literarios distintos (v. g. la didáctica, los cuentos, la descripción, la exposición moral, y psicológica, el lirismo), sin ser precisamente nada de eso y siéndolo todo a la vez. (*Obras* 1275)

En las últimas cuatro entregas mensuales de 1909, la *Revista Moderna de México* dio a conocer a sus lectores doce de los catorce capítulos que componen la primera parte de *Motivos de Proteo*, dedicada a la transformación consciente y orientada de la personalidad: desde “I. Reformarse es vivir. Nuestra transformación personal en el tiempo”, hasta “XII. El dolor de una vocación defraudada”. El número de diciembre publicó también una fotografía de Rodó, bajo la cual una nota comentaba: “José Enrique Rodó, Autor de ‘Motivos de Proteo,’ libro recientemente aparecido en la América, y que la ‘Revista Moderna’ viene dando a conocer entre nosotros con verdadero afán admirativo y entusiástico” (13: 254).

Durante el mismo periodo, también el *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria* empezó a presentar a su público los capítulos de *Motivos de Proteo*; de éstos, los primeros diez aparecieron en la entrega que recopiló los números 6 y 7 de diciembre de 1909 y enero de 1910 (vol. 2); un dato interesante: se encuentra aquí la misma fotografía de Rodó que había salido en *Revista Moderna de México*. Los cinco números del *Boletín* que en 1910 continuaron la publicación de la obra rodoniana fueron: el de febrero (donde aparecieron los

cuatro capítulos que van del XI hasta el XIV), abril (XV-XVIII), mayo (XIX-XXVII), julio (XXVIII-XXXI) y septiembre (XXXII-XXXVII); estas últimas dos entregas del periódico se conservan en el tomo 3. En total, pues, el *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria* dio a sus lectores la posibilidad de leer treinta y siete de los ciento cincuenta y ocho fragmentos que componen *Motivos de Proteo*: desde el XV al capítulo XXXIX, el estudio de Rodó se enfoca en la parte subconsciente de la personalidad.

Conjuntamente, los números de la *Revista Moderna de México* que prosiguieron las entregas del libro rodoniano fueron cinco: el de febrero de 1910 (vol. 13) donde salieron otros cuatro fragmentos de *Motivos de Proteo* (XIII-XVI); el de marzo (vol. 14) que presentó desde el XVII al capítulo XXIII; el de abril (XXIV-XXIX); el número de noviembre (vol. 15) donde apareció sólo el XXX; y, por fin, el de mayo de 1911 (vol. 16) que publicó cinco capítulos (XXXI-XXXV). Lamentablemente el fallecimiento de Jesús Valenzuela (20 de mayo de 1911) y, sobre todo, las dificultades que produjo el clima revolucionario determinaron la suspensión de la revista; de hecho, el artículo “Lectores, ¡Una tregua!” que cerró el último número de la ya desde hace tiempo claudicante *Revista Moderna de México*, anunció la necesidad de una pausa de reflexión: “La *Revista Moderna*, molida el alma con los graves dolores que sufre la nación, melancólica por la ausencia del más amante de sus fundadores y del único constante de sus sostenedores, pide a su benévolo lector una tregua, porque necesita hacer un alto para crear nuevas fuerzas y rehacerse de alientos y de fe” (16, junio de 1911: 190). Con el pasar de los meses, la tregua se convirtió en una definitiva conclusión de la actividad editorial.

Entre los meses de agosto y septiembre de 1910, el Ateneo de la Juventud —que había sido fundado el 28 de octubre del año anterior— participó a las celebraciones del Centenario de la Independencia de México con una serie de seis conferencias pronunciadas en la

Escuela Nacional de Jurisprudencia. Casi de inmediato, la imprenta Lacaud las reunió y publicó en un pequeño volumen, dedicado a Pablo Machado, con el título *Conferencias del Ateneo de la Juventud*; la de Pedro Henríquez Ureña, que tuvo lugar a las diecinueve horas de lunes 22 de agosto, era dedicada a “La obra de José Enrique Rodó”. La conferencia tiene una notable importancia para el análisis de la interpretación en México del pensamiento rodoniano: “En su estudio, Henríquez Ureña puso por primera vez en relación el contenido y la forma de *Motivos de Proteo* con la teoría de la evolución de Bergson” (García Morales, *El Ateneo* 171).

Con respecto a la etapa que va de 1912 a 1917 –es decir hasta el fallecimiento del ensayista uruguayo–, he podido constatar la presencia de noticias o textos de Rodó en seis diferentes fuentes. La primera a la que hago referencia es la de *El Imparcial*: fundado en 1896 por Rafael Reyes Spíndola, este diario inauguró “la etapa del periodismo industrializado en México, bajo la protección oficial. [...] Usó como señuelo el amarillismo informativo y se consagró a la defensa de las clases en el poder” (Ruiz Castañeda, Reed Torres, y Cordero y Torres 243). *El Imparcial* contó con las primeras rotativas del país y pudo alcanzar tirajes de hasta cien mil ejemplares; desapareció en 1914. El número del 17 de junio de 1912 publicó el artículo “Un nuevo libro de José Enrique Rodó”, con el subtítulo “Está editándose el segundo tomo de los ‘Motivos de Proteo’”. El texto que aquí se reprodujo es “La inscripción del faro de Alejandría”, capítulo XXII de la obra de 1909. Amén de una reciente fotografía del intelectual montevideano, aparece en un recuadro la siguiente nota de redacción:

La prensa de las Repúblicas del Sur da noticia de que, en el curso del presente año, saldrá a la publicidad el segundo tomo de los *Motivos de Proteo*, la obra capital del maestro José Enrique Rodó. Un crítico muy notable se anticipa a decir que este segundo volumen de los “*Motivos*” es

superior al primero por la amplitud y de la concepción moral y ética, por la delicadeza artística y por la multiplicidad de las sugerencias.

Publicamos hoy un fragmento de la obra del incomparable autor de “Ariel”, honra y prez de la América Española. (7)

El segundo artículo de un cierto interés que he podido encontrar en las páginas de *El Imparcial* está fechado 11 de septiembre de 1913; se encuentra en una hoja titulada “Extra para los suscriptores”: en el reverso, la sección “Cuento del Día” publicó la parábola “La pampa de granito”, capítulo CLI de *Motivos de Proteo*. Al ser precisos, cabe subrayar que este artículo termina con el íncipit del fragmento CLII.

Dentro de la labor periodística de Reyes Spíndola, también se recuerda *El Mundo: Semanario Ilustrado* (1894-1900), “que después se convertiría en *El Mundo Ilustrado* (1900-1914), publicación dominical bien impresa e ilustrada que publicaba literatura, arte y actualidades” (Argudín 96). El 23 de marzo de 1913, bajo la dirección del Lic. Ernesto Chavero, este semanario dio a sus lectores la posibilidad de leer el capítulo CXLVI de *Motivos de Proteo*, titulado “Paradoja sobre la originalidad”. El artículo ocupa casi toda la página tres del periódico. Respecto al texto publicado en las *Obras completas* de Rodó editadas por Emir Rodríguez Monegal, aquí el íncipit cambia completamente.

Dos meses después, el número 4 de *Nosotros: Revista de Arte y Educación* publicó el texto crítico de Felipe de la J. Espinosa, titulado “José Enrique Rodó”. Las diez entregas que marcaron la vida de esta revista salieron desde diciembre de 1912 hasta junio de 1914; sus directores fueron Francisco González Guerrero y Rafael López. *Nosotros* recogió un cruce de generaciones: además de algunos representantes del Ateneo de México –entre otros: Antonio Caso, Alfonso Reyes, Julio Torri y Martín Luis Guzmán–, colaboraron a su redacción algunos supervivientes modernistas, como Amado Nervo, Rubén M. Campos y María Enriqueta, más

otros escritores dispersos: Francisco González Guerrero, Gregorio López y Fuentes, Manuel Toussaint, Antonio Castro Leal y José de Jesús Núñez y Domínguez.

En septiembre de 1916, la colección *Cvltvra: Selección de Buenos Autores Antiguos y Modernos* dedicó su segundo número a Rodó. Publicada por la imprenta Victoria, esta colección de cuadernos nació del trabajo de la editorial *Cvltvra*, que dirigían Agustín Loera y Chávez y Julio Torri. De acuerdo con el *Diccionario de literatura mexicana: siglo XX*, entre 1916 y 1923, salieron a la venta seis cuadernos anuales, por un total de ochenta y siete números; “Loera y Chávez, junto con Julio Torri, convocan en torno de esta empresa a escritores modernistas como Luis G. Urbina y Luis González Obregón. Asimismo, invitan a participar a los miembros del Ateneo de la Juventud y a escritores que posteriormente adquirirán renombre, como: Manuel Toussaint, Genaro Estrada, José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Julio Jiménez Rueda y Carlos Pellicer” (Pereira 153). El número dedicado a Rodó, amén de presentar una interesante, pero en muchos casos fragmentaria selección de las obras del autor uruguayo, se abre con el ensayo “Apreciaciones críticas sobre ‘Ariel’ de José Enrique Rodó”, de Pedro Henríquez Ureña; este texto es el mismo artículo que el escritor dominicano había publicado a principios de 1905 en *Cuba Literaria*, y que es posible leer en el primer tomo de sus *Obras completas*.

*El Pueblo: Diario de la Mañana* se ocupó de Rodó en distintas ocasiones durante el bienio 1916-17; este periódico fue fundado en Veracruz por Félix F. Palavicini y alcanzó un tiraje de diez mil ejemplares. “A partir del 29 de octubre de 1915 aparece *El Pueblo* en la Ciudad de México. Fue su director el Lic. Rodrigo Cárdenas, sustituido en mayo de 1916 por el Lic. José I. Novelo; contaba con la colaboración de Froylán G. Manjarrez, Miguel Othón Robledo, Heriberto Barrón y otros” (Ruiz Castañeda, Reed Torres, y Cordero y Torres 283-84). En 1916 aparecieron dos artículos de Rodó: el 23 de agosto, *El Pueblo* presentó el

breve ensayo “Magna patria”, con el subtítulo “La Patria es, para los Hispano Americanos, la América Española”; este texto, escrito en realidad en 1905, fue incluido en la colección *El Mirador de Próspero*. Casi dos meses después (14 de octubre), la “Sección Latinoamericana” publicó la nota de redacción “José Enrique Rodó en Europa”: se da aquí noticia de la primera parte del viaje al Viejo Continente que el escritor montevideano había emprendido desde el 14 de julio del mismo año.

Durante 1917, *El Pueblo* dedicó al autor de *Ariel* por lo menos cuatro artículos de una cierta importancia. De hecho, la entrega del primero de enero presentó un breve texto crítico titulado “El mirador de Próspero”; va en seguida un pasaje de esta interpretación, cuyo autor queda anónimo: “La última obra de Rodó, integrada por una acertada selección de discursos, disertaciones, artículos críticos y de exposición estética, de crónicas y de temas líricos, constituye un alarde de refinamiento literario y artístico y se ha recibido como un verdadero acontecimiento en Sud América y España” (4). Algunos meses después, el 6 de mayo, la sección “Arte y Letras” del número especial del domingo publicó “La pampa de granito”, capítulo CLI de *Motivos de Proteo*; el texto ya había salido, con algunas diferencias sustanciales, en *El Imparcial* (11 de septiembre de 1913).

El 26 de agosto del mismo año, la redacción de *El Pueblo* dedicó la sección “Arte y Letras” al recuerdo del fallecimiento de Rodó, ocurrido el primero de mayo en Palermo; en estas columnas dominicales apareció el artículo de Cristóbal de Castro, titulado “La muerte de Rodó”; el escritor español, que había encontrado al ensayista uruguayo en Madrid durante el verano de 1916, le había dedicado en la revista *Nuevo Mundo* (18 de agosto de 1916) el artículo “El paso de Rodó: un apóstol del silencio”. En el texto publicado por *El Pueblo*, Cristóbal de Castro, amén de recordar el viaje de Rodó a Europa, acudió a “Los que callan...” –ensayo que cierra *El mirador de Próspero*– para “ennoblecen la emoción que su

muerte, en pleno vigor mental y en pleno e inmortal silencio, nos produce.” Aquí va la parte final del artículo “La muerte de Rodó”:

Su patriarcal retiro de Montevideo no fue como la quinta de Horacio, cantada en el “*Beatus Ille*”, ni tampoco el palacio de Timón de Atenas, descrito por el genio de Sófocles en “*Filoctetes*”. José Enrique Rodó no fue un indiferente ni un misántropo. Fue un espíritu generoso, enfrenado en sus ímpetus por la delicadeza y espoleado en sus meditaciones por la vindicación societaria.

El dolor de las muchedumbres le inspira, más que apóstrofes, razonamientos. Pero todos y cada uno de sus análisis tienen fragancias de poetas, verdor de laurel.

La predilección de este escritor genial por el silencio austero y comprensivo, esmaltó “*El Mirador de Próspero*”, su último libro, con una delicada joya benvenutesca: el artículo “*Los que callan*”. [...]

El ejemplar de “*El Mirador de Próspero*,” de donde copio, me fue enviado por Rodó desde Montevideo, ha tres años, con esta dedicatoria: “A Cristóbal De Castro. De su lejano amigo, Enrique José Rodó.”

He aquí que a la lejanía geográfica sucede inesperadamente la lejanía irremediable. ¿Irremediable? La Muerte sólo mata al hombre que ha vivido muerto, al hombre cosa, al hombre sin espíritu; al hombre espiritual, la Muerte es quien lo immortaliza. Ahora, que estás por siempre lejos, ahora es, lejano amigo, maestro admirable, cuando estás más cerca por siempre... (2)

En otoño (11 de noviembre), *El Pueblo* publicó “José Enrique Rodó”, firmado por T. Romero Gómez; el artículo habla del fallecimiento del autor de *Motivos de Proteo*, haciendo una apología de su magisterio en la América Hispánica:

Este nombre, sonoro, como un himno epopéyico [*sic*], armonioso y austero cual un símbolo griego, es el de un alto pensador y grande artista: el mayor, quizás, de los que en la América hispana han predicado a las multitudes durante los últimos veinte años desde sus redes augustas. [...]

Y en América, y hasta en Europa misma, una generación entera bebió con avidez la miel de sus palabras y aprendió a ser noble, a ser justiciera y a ser grande. La frase de Rodó, salpicada siempre de simbólicos lirismos, ejerció en nuestra juventud más influjo y produjo más felices resultados que todas las prédicas y exhortos del profesorado oficial. [...]

Hoy, ese faro portentoso que en la parte más austral del continente se alzaba, como señalando rumbo a las generaciones nuevas, se ha apagado. Finó su vida en Roma; en la augusta ciudad del Arte, en la urbe genitrix de la raza en los momentos aciagos en que Calibán y Pantagruel dominan en el mundo; mientras más se demora al reinado de Ariel, que él anhelaba y predecía como el imperio del sentimiento y la razón sobre los bajos insultos... (11)

La referencia que cierra la presente investigación hemerográfica se encuentra en *El Demócrata: Diario Libre de la Mañana*, que había sido fundado por Rafael Martínez en la primavera de 1915, como evocación del periódico creado por Francisco I. Madero en 1904; pronto, *El Demócrata* “extendió considerablemente su radio de acción, y ya a fines de 1915 contaba con ediciones diarias en las ciudades de Veracruz, Puebla, Guadalajara, Piedras Negras, Matamoros, Monterrey, San Luis Potosí, San Juan Bautista, Orizaba y Mérida, dentro del territorio nacional, y en Brownsville, San Antonio, El Paso y Eagle Pass, dentro del estadounidense” (Ruiz Castañeda, Reed Torres, y Cordero y Torres 283). El 8 de julio de 1917, en la edición de la Ciudad de México apareció una fotografía con el título: “La velada en honor del poeta uruguayo José Enrique Rodó”. La imagen está acompañada por una nota que indica en modo equivocado el lugar del fallecimiento del maestro uruguayo: “Publicamos hoy detalles gráficos de la velada fúnebre celebrada anteanoche en el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, en honor del escritor José Enrique Rodó, muerto recientemente en Roma, con general sentimiento de todo el mundo literario” (8).

Para finalizar, sólo faltan algunas observaciones; luego, el barco volverá a tomar la mar. La investigación hemerográfica que he presentado en este segundo capítulo se caracteriza por la heterogeneidad de las fuentes elegidas. Las publicaciones, fotografías, conferencias, interpretaciones críticas, notas de redacción, lecturas estudiantiles que se ocuparon de Rodó en México, durante el periodo 1895-1917, dibujan una red proteica bajo distintos aspectos: se destacan la diversidad geográfica de las revistas y los periódicos, la variedad de formas con que se dio noticia acerca de la vida y obra de Rodó, y la diferente posición política y literaria de los redactores y críticos que aparecen en las fuentes.

Sin embargo, mi propuesta quiere ser, antes que nada, un punto de partida para el estudio de la presencia hemerográfica de Rodó en México; de hecho, queda patente que se

puede y debe realizar todavía mucho trabajo de investigación, porque no pocas piezas del rompecabezas quedan sueltas. *Ad exemplum*, debo confesar una falta ilustre entre las fuentes que presento: no he podido encontrar el número del 17 de junio de 1917 que *Revistas de Revistas* consagró a la memoria del escritor montevideano; al dato hace referencia Max Henríquez Ureña en la “Bibliografía crítica” de su ensayo *Rodó y Rubén Darío* (69). Como nos recuerda el *Índice de las revistas culturales del siglo XX (Ciudad de México)*, este semanario nacional fue fundado por Luis Manuel Rojas en 1910 (Curiel Defossé, Ramírez, y Sierra 241). La respuesta entusiasta que *Revista de Revistas* obtuvo por parte del lector empujó a Rafael Alducin a fundar, en marzo de 1917, el periódico *Excelsior*.

Las publicaciones de Rodó y su correspondencia en ámbito mexicano son dos temas de estudio que se complementan mutuamente; la investigación en conjunto de estos argumentos nos permite comprender el significado y la estrategia del intelectual uruguayo que hizo de las relaciones epistolares el principal vehículo de divulgación de sus ensayos. Rodó envió a los cuatros vientos –escritores, periodistas, universitarios, críticos, o simples lectores, muchas veces desconocidos– las obras que iba publicando en Montevideo; sin su correspondencia, la mayoría de lo que de él pudo leerse en México en el periodo 1895-1917 no habría llegado al público. A partir de los años de la *Revista Nacional* y durante toda su vida, el autor de *Ariel* desarrolló:

Una actividad de difusión literalmente apostólica (“milicia literaria concurrente” la llamó con razón Roberto Ibáñez). En realidad, hasta que las grandes editoriales de alcance euroamericano, es decir, dotadas de una adecuada red de distribución en todo el continente, tomaron a su cargo la tarea –en el caso de *Ariel* fue primeramente y desde 1908 el sello valenciano de Sempere–, hasta ese momento Rodó debió asumir por sí mismo el ensanchar el íntimo rayo de difusión con que podía contar una edición uruguaya. (Real de Azúa, “Prólogo a *Ariel*” XX)

La importancia y heterogeneidad de la actividad intelectual de Rodó no pueden ser reducidas a la categoría del *letrado*, como sostiene Ángel Rama en *La ciudad letrada*; ni a la idea de una *literatura pura*, como escribe Pedro Henríquez Ureña en *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. José Enrique Rodó supo responder, con una coherencia y autodisciplina férreas, a las dificultades que el cambio radical de las circunstancias socioeconómicas impuso al campo literario uruguayo y, en general, de todo el continente. Los nuevos principios liberales y el desarrollo de la clase burguesa comportaron la necesidad de redefinir la relación entre la política, el poder y el hombre de cultura; en este sentido, retomando las consideraciones de Julio Ramos acerca del carácter *impuro* y *desigual* de la modernización en América Latina, es posible sostener que Rodó representó cabalmente “la emergencia del sujeto literario latinoamericano, en su doble juego de voluntad autónómica e imposibilidad institucional” (82).

## EL PENSAMIENTO Y LA OBRA DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ

*No puedo fijar mi objeto. Anda confuso y vacilante debido a una embriaguez natural. Lo atrapo en este momento, tal y como es en el instante en el que me ocupo de él. No pinto el ser; pinto el tránsito: no el tránsito de una edad a otra, o, como dice el pueblo, de siete en siete años, sino día a día, minuto a minuto. Hay que acomodar mi historia al momento. Acaso cambiaré dentro de poco no sólo de fortuna sino también de intención. Esto es un registro de acontecimientos diversos y mudables, y de imaginaciones indecisas y, en algún caso, contrarias, bien porque yo mismo soy distinto, bien porque abordo los objetos por otras circunstancias y consideraciones. Es muy cierto que tal vez me contradigo, pero la verdad, como decía Demades, no la contradigo. Si mi alma pudiera asentarse, no haría ensayos, me mantendría firme; está siempre aprendiendo y poniéndose a prueba.*

Michel de Montaigne, *Ensayos*

### El ensayo como literatura de ideas

“Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo” (77). Con esta fórmula, José Ortega y Gasset condensó, en la obra *Meditaciones del Quijote*, una de las más importantes intuiciones filosóficas de su pensamiento: que las condiciones específicas del contexto determinan la peculiaridad de cada individuo. En este sentido, para comprender las características cardinales y *subjetivas* de la obra ensayística de Rodó, es fundamental considerar el horizonte histórico en el que el intelectual montevideano vivió; por eso, mientras

en el primer capítulo de mi tesis he intentado recuperar el significado de las *circunstancias* sociales y políticas, quiero ahora elaborar una breve interpretación del pensamiento rodoniano a la luz del panorama literario e ideológico de su época.

De acuerdo con lo que afirman Emir Rodríguez Monegal y Mario Benedetti, la obra de Rodó se inscribe en esa más amplia promoción literaria que suele ser definida por la crítica uruguaya como la Generación del Novecientos. Como parte de “una verdadera legión de escritores” (Benedetti 87-89), las figuras más representativas del grupo fueron nueve; junto a Rodó, cabe señalar a Javier de Viana (1868-1926), cuentista y novelista del mundo gauchesco; el narrador y ensayista de corte social Carlos Reyles (1868-1938); el filósofo Carlos Vaz Ferreira (1872-1958) y su hermana, la poetisa María Eugenia Vaz Ferreira (1875-1924); el dramaturgo Florencio Sánchez (1875-1910); Julio Herrera y Reissig (1875-1910), una de las figuras más destacadas de la lírica modernista uruguaya; el cuentista Horacio Quiroga (1878-1937); y Delmira Agustini (1886-1914), cuya poesía dio una voz de índole trágica al amor carnal y una precoz expresión al feminismo.

Sin embargo, atribuir a esta heterogénea promoción de escritores el valor de la organicidad, no es una operación sencilla u obvia; de hecho, los críticos que se han ocupado de la Generación del Novecientos han mostrado posiciones diferentes, y a veces, contrapuestas.

Emir Rodríguez Monegal fue, sin duda, uno de los intérpretes de la obra rodoniana que más insistió en la importancia del tema generacional. En su artículo “La generación del 900”, que apareció en la revista *Número* de Montevideo (enero-junio de 1950), intentó precisar el examen del contexto histórico-literario de Rodó, el que ya había sido delineado por Alberto Zum Felde en el segundo volumen de *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*. Rodríguez Monegal analizó este grupo, recurriendo a las reflexiones metodológicas de José Ortega y Gasset y Julius Petersen; con la aplicación de la teoría de los

*ocho factores básicos* propuesta por el ensayista alemán (herencia, fecha de nacimiento, elementos educativos, comunidad personal, experiencias de la generación, caudillaje, lenguaje generacional, anquilosamiento de la vieja generación), llegó a la conclusión que los representantes de la Generación uruguaya del Novecientos compartían, a pesar de las inevitables diferencias, una postura común frente a la creación literaria e intelectual.

En la “Introducción general” a las *Obras completas* de Rodó, Rodríguez Monegal rastreó otros elementos que contribuyen a elaborar una concepción orgánica del grupo: por un lado, afirmó que uno de los rasgos más definitorios de la generación “es que (con excepción de Carlos Vaz Ferreira) sus integrantes no fueron universitarios”; en el sentido de que la “mayoría de ellos no logró títulos universitarios. (Algunos no aspiraron; otros los menospreciaron)”. Según Rodríguez Monegal, aunque es cierto que distintos representantes del grupo ejercieron la docencia –María Eugenia Vaz Ferreira y Rodó fueron catedráticos de literatura, Carlos Reyles fue maestro de conferencias, mientras que Carlos Vaz Ferreira, amén de enseñar filosofía, tuvo un papel protagónico en la creación de la Facultad de Humanidades y Ciencias y fue en dos ocasiones Rector de la Universidad de la República–, en términos generales, las vinculaciones de la Generación del Novecientos con el ambiente académico se definen como “tenues y azarasas” (70), ya que todos estos escritores fueron autodidactas. Por otro lado, Rodríguez Monegal sostuvo que la actividad periodística marcó la creación literaria de la mayoría de ellos.

En modo distinto, Carlos Real de Azúa, en su ensayo “Ambiente espiritual del 900”, no cree “que pueda hablarse de una ‘ideología del 900’, sino, y sólo, de un ambiente intelectual caracterizado, como pocos, en la vida de la cultura, por el signo de lo controversial y lo caótico” (15). Dirigiendo su atención a las formas de reacción y disgregación que se desarrollaron, en ámbito continental, con respecto a la concepción positivista, Real de Azúa señaló además que:

Los anuncios de la crisis de las convicciones dominantes en Hispanoamérica durante la segunda mitad del siglo pasado se escalonan copiosamente a lo largo de su última década. Desde nuestra perspectiva uruguaya, sería un inicio significativo la aparición de *El que vendrá*, de José Enrique Rodó, en junio de 1896. Sus páginas, angustiadas y grávidas, eran síntoma insoslayable de una inquietud histórica y de una inminente revisión. (15-16)

En años más recientes, también María Belén Castro Morales y Alfonso García Morales han ofrecido una interesante interpretación del medio literario novecentista, en particular, haciendo hincapié en las relaciones entre Rodó y la cultura española de entresiglos: de hecho, el autor de *Motivos de Proteo* tuvo una significativa correspondencia epistolar con Miguel de Unamuno, Luis Ruiz Contreras, Juan Ramón Jiménez, Rafael Altamira y Leopoldo Alas “Clarín”. Estos dos últimos intelectuales, cercanos al grupo krausista de la Universidad de Oviedo, desarrollaron un papel protagónico para la recepción de Rodó en la península y en todo el mundo hispanohablante; Altamira, que publicó en 1900 dos artículos sobre el *Ariel* en *El Liberal* y la *Revista Crítica* de Madrid, hizo un viaje por distintos países latinoamericanos entre junio de 1909 y marzo de 1910, impartiendo con gran éxito conferencias en Universidades y centros culturales: esta gira, que se encuadra en una más amplia estrategia que España llevó a cabo para “hacer sentir en América una presencia espiritual que viniera a sustituir la antigua implantación física” (García Morales, *Literatura* 70), tuvo una notable importancia en la difusión del ideario rodoniano y la construcción de una red intelectual hispanoamericana; la carta que Pedro Henríquez Ureña envió a Rodó el 2 de febrero de 1910 comprueba el dato. Leopoldo Alas, por su parte, “comentó *Ariel* en *Los Lunes de El Imparcial* de Madrid, y su texto fue reproducido tanto en los periódicos de Montevideo como en varias reediciones de *Ariel*” (Castro Morales, Introducción 93).

Los dos estudios de Castro Morales, *J. E. Rodó modernista: utopía y regeneración* y la “Introducción” a la edición que Cátedra hizo del *Ariel*, ofrecen algunas consideraciones útiles a la

comprensión de la generación literaria a la que Rodó perteneció. En el primer ensayo, la investigadora subraya dos aspectos; antes que nada, confirma lo que ya he analizado en el segundo capítulo de mi tesis con respecto al papel intelectual del autor de *El Mirador de Próspero*:

En efecto, aunque Rodó pertenece a una generación reconocida por la historia de la literatura como la más relevante de las que ha tenido Uruguay, la vida de sus integrantes [...] estuvo marcada por el crecimiento “a contrapelo”, por la lucha contra la indiferencia y el abandono de las instituciones. Utilizando una interpretación determinista propia de esa época podemos afirmar que la generación uruguaya del Novecientos dio sus obras literarias contra las fuerzas adversas que el “medio” propiciaba, y si éstas en su conjunto fueron el exponente de la calidad y la altura creadoras, también es cierto que cada uno de los integrantes de esta generación escribió en el más desolador de los ambientes.

Se observa en esta circunstancia concreta la conflictiva situación general del intelectual finisecular que, tras la pérdida de protagonismo social de que gozaba hasta el romanticismo, se convierte en un individuo desclasado. De pertenecer a la clase dirigente, en la que era a la vez “hombre público” y “hombre de letras”, pasa a ocupar oscuros cargos en la administración o en el periodismo, al tiempo que las riendas de la sociedad pasan a manos de hombres científicamente preparados, hacendados o grandes comerciantes. (16-17)

El segundo rasgo del ambiente literario novecentista que Castro Morales analiza en el citado ensayo –con su habitual proceder interpretativo, incisivo y claro– se refiere a la formación autodidacta de los representantes del grupo. Retomando lo que Real de Azúa había sostenido en su ensayo “Ambiente espiritual del 900”, la autora pone en evidencia el hecho de que esta pléyade de intelectuales desarrolló una cultura libresca fuertemente condicionada por la asimilación ecléctica y la falta de sistematicidad (*J. E. Rodó* 25-27). Sin duda, en la selección de sus lecturas, casi exclusivamente de “origen transatlántico” (Real de Azúa, “Ambiente” 17), cobró importancia la labor de las editoriales francesas y españolas: Alcan, Flammarion y Mercure de France por un lado, y La España Moderna, Sempere –que más tarde pasó a llamarse Prometeo– y Maucci por el otro, ejercieron un papel decisivo en la formación de los intelectuales uruguayos, y en general latinoamericanos, de ese horizonte histórico.

En la “Introducción” del *Ariel* publicado por Cátedra en 2000, la investigadora de la Universidad de la Laguna (Tenerife) hace una descripción concisa y clara de la generación literaria de Rodó:

La llamada *generación uruguaya del 900*, al fin y al cabo, es una suma de heterogeneidades unidas bajo la experiencia común del modernismo, un movimiento al que cada uno de sus integrantes imprimió su sello particular. El grupo se inició a la vida intelectual del país en un momento crítico y a la vez fecundo de arraigo de la vida burguesa y de aperturas del positivismo a nuevas tendencias filosóficas. La Generación uruguaya del Ateneo, romántica, y la realista, dejaba paso a un panorama más amplio donde tanto se manifiesta el gusto parnasiano y decadentista como se lee a Bakunin y a Marx. (15)

Como se deduce de las consideraciones de Castro Morales, el análisis de la Generación uruguaya del Novecientos representa una forma de aproximarse a la interpretación del contexto literario e ideológico en el que vivió el autor de *Ariel*; sin embargo, hay otro argumento de reflexión, quizás más importante y sin duda más complejo: dentro del panorama general de la literatura hispanoamericana, la obra ensayística de Rodó debe entenderse, con o sin reservas, en el marco del modernismo. Bajo distintos aspectos, no se trata de una ubicación estilística automática y, en este sentido, la crítica ha mostrado a menudo una cierta falta de precisión: “Incluir a Rodó entre los modernistas, se ha convertido no sólo en un lugar común, sino también en un hábito crítico” (Benedetti 110).

Para comprender la relación del ensayista uruguayo con la que fue una de las más profundas revoluciones estéticas y literarias en la historia de la cultura hispanoamericana debemos, antes que nada, dirigir nuestra intención interpretativa no tanto hacia la renovación poética cuyo liderazgo pertenece a Rubén Darío, sino, más bien, a la definición en general de un estilo, una idea, una época. Sólo de esta forma es posible entender lo que José Enrique Rodó afirmó en el segundo opúsculo de *La vida nueva*: “Yo soy un *modernista* también; yo

pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas” (*Obras* 187).

Sin duda, Rodó fue un modernista en el sentido de que supo representar la *condición moderna* del artista; dio voz a la crisis espiritual del hombre de letras frente al desarrollo materialista y utilitario de la sociedad burguesa y alimentó el impulso por renovar la sensibilidad y el pensamiento de su época. Su vocación literaria se mantuvo firme bajo los ideales de la revolución estética y el culto de lo hermoso: “Este anhelo estético en Rodó aparece acentuado por su aprendizaje literario en los textos parnasianos, simbolistas y prerrafaelistas, que conciben el trabajo artístico como una actividad casi religiosa” (Castro Morales, Introducción 46). Al mismo tiempo, su prosa, como una espada, intentó siempre defender ese “reino interior” que profetizaba Darío. De esto, Rodó dio prueba en el cuento “El rey hospitalario” y en algunos de los más elegantes capítulos del *Proteo*: sólo en el refugio de su *intérieur*, el escritor puede alcanzar ese misterioso y sereno “estado glauco” que le confiere la preciosa capacidad de ver y pensar las cosas a través de “la calma apolínea de la contemplación” (Rodó, *Obras* 952).

Sin embargo, a diferencia de Darío, que fue el verdadero barómetro del modernismo porque mantuvo, en el transcurso de los años, una firme coherencia con la actitud lírica que él mismo promovió, Rodó mostró una posición mucho menos estable y compacta. De acuerdo con lo que afirman Rodríguez Monegal, Benedetti y Castro Morales, el enfoque crítico rodoniano frente a esta corriente literaria –cuyo comienzo se asocia a la publicación de *Azul...* en 1888– fue variando a lo largo de sus obras: desde el estudio “Rubén Darío: su

personalidad literaria, su última obra”, de 1899, hasta los dos textos “Rumbos nuevos” (1910) y “En la muerte de Rubén Darío” (1916).

Por esta razón, la creación literaria y posición ideológica de Rodó deben descifrarse ampliando el horizonte histórico de la perspectiva interpretativa y siguiendo el hilo que positivismo, modernismo y neoidealismo subtienden. En este sentido, a pesar de las dificultades que el lector de nuestros días advierte al acercarse a la obra rodoniana, no me parece sostenible la conclusión de Mario Benedetti, según el cual resultaría “abusivo confrontar a Rodó con estructuras, planteamientos, ideologías actuales”, porque “su verdadero hogar, su verdadera patria temporal, era el siglo XIX, y a él pertenecía con toda su alma y con toda su calma” (128). De hecho, considero más equilibrada y precisa la reflexión que Ottmar Ette ofrece en su artículo “‘La modernidad hospitalaria’: Santa Teresa, Rubén Darío y las dimensiones del espacio en *Ariel*, de José Enrique Rodó”: las palabras que, por última vez, el viejo maestro Próspero dirige a sus estudiantes, en una sala dominada por la estatua de bronce de Ariel, son la expresión de una conciencia que ha operado un corte, una *delimitación* entre la época que principia y el siglo que ha quedado atrás: “La conciencia del tiempo transmitida a los discípulos es la de un *fin de siècle* ya superado, la de una era que se inicia con el nuevo siglo, la cual cobra forma simbólica en el movimiento de un Ariel presto a levantar el vuelo” (Ette 74).

Además, cabe subrayar que la tolerancia que Rodó supo expresar en su trabajo crítico, la coherencia que caracterizó su papel intelectual y la honestidad que demostró frente a la misión del escritor resultan ejemplares, y poseen, para los lectores de todas las épocas, el valor de la enseñanza. Sin embargo, hechas estas consideraciones, es cierto que Rodó nació y se educó en el siglo XIX y que las fuentes de su pensamiento nos remiten forzosamente a ese horizonte histórico y cultural; por lo que, la actitud de Rodó hacia el

modernismo y la orientación comprometida e idealista que dio a este movimiento se desarrollaron, antes que nada, a partir de una crítica del positivismo.

Sobre este tema, es decir acerca del grado de incorporación o alejamiento del pensamiento rodoniano respecto a la doctrina de Auguste Comte, Stuart Mill y Herbert Spencer, tanto los intérpretes ocasionales, como los críticos especialistas no han mostrado una línea del todo conforme. Recordando las fuentes filosóficas del escritor uruguayo –en particular Spencer, Renan, Guyau y Taine–, Arturo Ardao afirmó que las ideas de Rodó “sobre el conocimiento como su actitud frente a lo real, aspiraron a ser, en una preocupación que atraviesa toda su obra, las de un positivista emancipado. Un positivista que conduce a su doctrina, ‘sin desvirtuarla en lo que tiene de fecundo, a disolverse en concepciones más altas’” (“La conciencia” 66). Ardao ajustó un poco el tiro en su libro *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*: sin velar demasiado su crítica a la posición de Alberto Zum Felde, sostuvo que no compartía “la difundida interpretación según la cual la literatura uruguaya del primer cuarto del siglo XX tuvo por bóveda cultural” la conciencia positivista, “interpretación que, entre otras cosas, supone espíritus positivistas a Rodó y Vaz Ferreira” (189). En este mismo libro, Ardao subrayó la importancia del ensayo “Rumbos Nuevos”, que Rodó había escrito con motivo de la publicación de *Idola fori*, de Carlos Arturo Torres, y en el que el autor de *El mirador de Próspero* explicó el proceso de revisión y superación del positivismo.

El filósofo Samuel Ramos analizó este tema en el “Prólogo” de la antología *Rodó* publicada por la Secretaría de Educación Pública de México en 1943:

El idealismo de Rodó no se funda en una crítica de los principios fundamentales del positivismo. Si observamos las fuentes que se citan en *Ariel*, podemos encontrar que se trata nada menos que de los grandes positivistas del siglo XIX: Comte, Spencer, Renan, Guyau, etc. La doctrina de Rodó defiende un idealismo que pueda conciliarse con la concepción científica del mundo y de

la vida, rectificando solamente aquellas desviaciones del positivismo que sin justificación lesionaban impulsos morales y estéticos, amparados por la autoridad del humanismo griego y cristiano. [...] Del positivismo, pues, que había informado la actividad toda de la generación precedente, en arte, en ciencia, en religión, en literatura, no desconoció la oportunidad histórica, ni repudió el legado magnífico. (XI-XII)

En ámbito mexicano, también Leopoldo Zea y Enrique Krauze ofrecieron interesantes comentarios sobre la posición rodoniana respecto al positivismo. El primero, que incluyó al maestro uruguayo entre los diez ensayistas del libro *Precursores del pensamiento latinoamericano contemporáneo*, publicó el artículo “Rodó y nuestra América” en *Cuadernos de Marcha* (mayo de 1967); cuatro años más tarde, este mismo texto, con el título “Rodó y el ideal humanista de Latinoamérica”, aparecería en el número *La América de Rodó* de la *Revista de la Universidad de México* (octubre de 1971). Zea aquí afirmó que la figura del intelectual montevideano surgía con sus palabras de esperanza desde esa “especie de sentimiento de frustración” que impulsó la fase de decadencia del positivismo y que caracterizó el cierre del siglo XIX: “Un siglo de sacrificios que no han conducido a la realización del sueño de los próceres del liberalismo latinoamericano: el progreso y la libertad” (“Rodó y el ideal” 8). En tiempos más recientes, Enrique Krauze ha escrito, en su ensayo “José Enrique Rodó: la homilía hispanoamericana”, que:

El positivismo era una “religión” del progreso. Reconocía el valor de la ciencia, pero la distinguía del utilitarismo anglosajón. De hecho, cabe decir que *Ariel* revitalizó el positivismo. Basados en las teorías raciales de moda, en el gozne del siglo varios pensadores positivistas hispanoamericanos (Carlos Octavio Bunge, Graça Aranha, Francisco Bulnes) habían escrito obras de sombrío pesimismo sobre el futuro de la raza hispanoamericana supuestamente lastrada por la mala mezcla de la mollicie genética indígena y el intolerante legado psicológico de la raíz española. *Ariel* dio una salida idealista a ese pesimismo. Nuestra aparente debilidad era nuestra fuerza. (54)

El profesor Tomas Mallo, en su artículo “El antipositivismo en México”, que se publicó en la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* de Madrid (diciembre de 1982), consideró a Rodó dentro del grupo de pensadores que Francisco Romero había definido como “los Fundadores”: en el sentido que fundaron las bases de una nueva preocupación filosófica hacia las particularidades de Hispanoamérica y realizaron el proceso de emancipación de la doctrina que había dominado las conciencias durante las últimas tres décadas del siglo XIX. Entre ellos, amén del autor de “El que vendrá”, estaban Carlos Vaz Ferreira, Enrique Molina, Alejandro Korn, Alejandro Deustua, Antonio Caso y José Vasconcelos. Según Mallo, la crítica rodoniana al “hombre incompleto” del positivismo respondió a la necesidad de los jóvenes ateneístas de reflexionar sobre el problema de la libertad del individuo moderno; por esta razón, Rodó fue uno “de los principales precursores ideológicos de la generación del Ateneo de la Juventud” (633), aunque Mallo reconoce precisas diferencias:

La generación del Ateneo de la Juventud aceptó del “arielismo” la crítica del cientifismo, su ánimo humanista y su tono idealista; pero no aceptó la idea de una estructura social jerárquica, la idea de una aristocracia, la actitud *snob* de la altanería estética, a las que había llegado Rodó. La rebelión del Ateneo de la Juventud fue más radical que la del “arielismo”. Rodó se había inspirado en Guyau y Renan; la generación del Ateneo de la Juventud se inspiró en Schopenhauer, Nietzsche y Stiner, además de Boutroux y Bergson. (633)

Otros intérpretes de la obra de Rodó han puesto énfasis no sólo en su papel dentro del proceso de revisión del positivismo, sino también en la particular forma de modernismo que el escritor uruguayo promovió. Rafael Gutiérrez Girardot, en el ensayo “José Enrique Rodó, *revisited*” que se encuentra en el libro *Pensamiento hispanoamericano*, afirma que *Ariel* representó “el intento de ‘hispanoamericanizar’ las innovaciones de Rubén Darío, de plenificar con un contenido americano ‘la vida nueva’ que se anunciaba y se esperaba” (143).

Alfonso García Morales, en la introducción “El escritor y su obra” a la selección de textos titulada *José Enrique Rodó*, definió al autor de *Motivos de Proteo* como un “literato de ideas” que buscó constantemente una armonía entre las divergencias literarias y filosóficas de su época: el positivismo y el espiritualismo, la sacralización del pasado y la nueva estética modernista, el hispanoamericanismo y el cosmopolitismo. “Toda su obra fue un intento de dar una respuesta positiva al profundo sentimiento de crisis del hombre moderno. Frente a la idea de la decadencia afirmó la regeneración, el renacimiento humanista, un nuevo idealismo capaz de unir el progreso material y el espiritual” (12-13). Más adelante en el mismo texto, García Morales señaló que Rodó:

También fue de los primeros que al final de esa década tuvo conciencia de la crisis del positivismo y el naturalismo, de la aparición de un “espíritu nuevo” que intentaba dar respuesta a las necesidades espirituales y estéticas del hombre. Y se mostró muy interesado en todas aquellas tendencias de la filosofía espiritualista europea que no eran una negación sino una superación del positivismo, no una vuelta atrás al viejo idealismo romántico, sino un idealismo renovado o un nuevo idealismo. El krausismo, la amplia filosofía del “racionalismo armónico” en la que él y otros muchos intelectuales españoles se habían formado (y que tanto influyó también en el Uruguay), le ayudó a encontrar esta síntesis final entre positivismo e idealismo, en la que Rodó vio la solución para el nuevo siglo. [...] Comenzó entonces a escribir sobre el modernismo, aplicando prudentemente la idea de oportunidad. Por un lado se mostró de acuerdo con sus intentos de renovación formal y temática, con su búsqueda de una expresión adecuada a los nuevos tiempos; por otro denunció sus extremos y peligros: el decadentismo, el esteticismo y el cosmopolitismo. Querría “orientar” el modernismo hacia una literatura de más profundo contenido humano y americano. [...] En sus juicios sobre los modernistas trató de lograr un difícil equilibrio entre el reconocimiento del principio de la libertad artística y la creencia en la responsabilidad social del escritor. (18-19)

Asimismo, en su ensayo *J. E. Rodó modernista: utopía y regeneración*, Belén Castro Morales se ocupó de las fuentes positivistas del maestro montevideano: “La lectura de Spencer es importante” –afirma la investigadora– “para comprender la posición de Rodó frente al modernismo. El crítico uruguayo vio en este autor, como en Renan y Taine, la cara espiritual y

optimista del positivismo” (30). De hecho, aunque reconociera la índole de “un empirismo utilitarista de muy bajo vuelo y de muy mezquina capacidad” con la que la doctrina de Comte y Spencer se divulgó en América, Rodó declaró en “Rumbos nuevos” que “si el espíritu positivista se saborea en las fuentes, en las cumbres, un Comte o un Spencer, un Taine o un Renan, la soberana calidad de pensamiento y la alteza constante del punto de mira infunden un sentimiento de estoica idealidad, exaltador, y en ningún caso depresivo, de las más nobles facultades y las más altas aspiraciones” (*Obras* 502-503).

Castro Morales, siempre en su libro de 1989, define a Rodó un “modernista diferente” porque, a través de su crítica literaria, buscó para el movimiento liderado por Rubén Darío un más amplio “sentido humanista, estético y moral” (12); según la autora, el pensador uruguayo elaboró un “modernismo ascendente” (13), donde confluyen su hispanoamericanismo, la recuperación del pasado, su eclecticismo, una propuesta de regeneración de la cultura americana y una crítica al decadentismo.

Sólo la consideración de ese espíritu regenerador de la cultura hispánica, operante desde el seno mismo del movimiento modernista con un signo ascendente y constructivo, puede hacer compatible la actitud de un Rodó artista, esteta, ansioso y confuso (el Rodó de *El que vendrá*, por ejemplo), con la de ese otro Rodó (el de *Ariel*) que se alza como un moralista contra la corrupción y el pesimismo de la decadencia. Creemos que no por ello deja de ser un modernista. Sólo que busca para el modernismo una vía de acción positiva que exprese las necesidades de las naciones hispanoamericanas. Su modernismo se encamina así hacia un americanismo que, salvando diferencias de tiempo y alcance, se vincula con la tarea emprendida por los primeros intelectuales de la Emancipación y la Independencia. (Castro Morales, *J. E. Rodó* 23)

Antes de Castro Morales, también Rodríguez Monegal subrayó la importancia de la ofensiva que Rodó emprendió “contra el Modernismo *azul* o decadentismo, a favor de una nueva conciencia americana” (Introducción 89). En términos generales, esta polémica rodoniana se enmarca en el proceso de crítica y oposición que, en diferentes países del continente, la

nueva estética modernista tuvo que enfrentar durante su primera fase de definición y reconocimiento literario. En el caso específico de México, entre 1893 y 1898 la generación de los “decadentes”, a la que pertenecían, entre otros, José Juan Tablada, Amado Nervo, Balbino Dávalos y Jesús Urueta, recibió el ataque de distintos opositores, como Aurelio Horta, José Monroy y Victoriano Salado Álvarez.<sup>11</sup> Cabe señalar que estos polemistas mostraron tonos y argumentos bien distintos de los que Rodó utilizó en su ofensiva. Sin embargo, para comprender cómo los términos *modernismo* y *decadentismo* sufrieron un uso inicial indistinto por parte de la crítica, hasta cuando el primero desplazó al segundo, es interesante retomar lo que Amado Nervo afirmó en su artículo “Los modernistas mexicanos” que se publicó en *El Mundo* el 30 de enero de 1898; se trata de una réplica a Victoriano Salado Álvarez, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, periodista, escritor y diplomático jalisciense de fe positivista:

Noto amigo mío que en lo que se lleva dicho sobre esta cuestión literaria, las palabras *decadentismo* y *modernismo*, andan indistintas en los periodos, y como es bueno poner *los puntos sobre las íes*, antes de analizar los argumentos de su carta voy a permitirme exponer brevemente mi criterio acerca de las escuelas modernas.

Empiezo por decir que el decadentismo ha muerto.

Queda, como una palabra anodina, en los labios de quienes jamás lo entendieron, como una palabra tan impenetrable cual la antigua Kábala, como una palabra que fue símbolo de revolución, bandera de rebeldes y espantajo de ingenios rectilíneos y normales. [...]

El decadentismo no fue una escuela, fue un grito: grito de rebelión del Ideal, contra la lluvia monótona y desabrida del lloro romántico, contra la presión uniforme y desesperante de los moldes parnasianos, en los cuales fue el verso moldeado como la arcilla entre las manos del alfarero; contra el antiestético afán de análisis naturalista que se recreó en la sedicente belleza de las llagas, e hizo de la novela y del poema un baratillo de objetos y virtualidades, clasificados. (Nervo 250-51)

---

<sup>11</sup> Para un mayor conocimiento de estas polémicas literarias que se publicaron en algunos de los más importantes periódicos mexicanos de esa época, remito a la antología *La construcción del modernismo*, con introd. y rescate de Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz.

A diferencia de Victoriano Salado Álvarez, que durante los últimos años del porfiriato perteneció al grupo de los científicos, José Enrique Rodó no criticó al modernismo para realizar una defensa del positivismo; su rechazo se dirigía a esa actitud pesimista, esteticista y trivial del decadentismo, que se alejaba de una concepción del artista como individuo social e intelectual comprometido. Al respecto, Emir Rodríguez Monegal escribió que:

Contra la general opinión de los modernistas, Rodó cree que el artista americano no puede encerrarse en torres de marfil y que se debe a la milicia del espíritu, a la milicia de América. A partir de *Ariel*, toda su obra estará condicionada por esa actitud. Con ella Rodó continúa en lo esencial lo actuado por la generación anterior, la del Ateneo; su personalidad literaria adquiere entonces esa doble dimensión de tribuno y artista que ya lucieran Víctor Hugo o Edgar Quinet. Frente al amanerado esteticismo de tanto vate decadente, la postura de Rodó debía parecer a muchos como antimodernista. En realidad, y como se ha visto, no lo era. Aunque Rodó aparecía separado del Modernismo por una diferente interpretación del destino del poeta americano, estéticamente continuaba dentro del ámbito modernista. El estilo de sus discursos y de sus parábolas o cuentos simbólicos soporta a ratos la huella indeleble de Darío. Pero su prédica se orientaba en un sentido muy distinto, inauguraba una nueva dimensión americana del Modernismo. (Introducción 88-89)

Los números 87 y 115 de la colección “Sepan Cuantos...” de la editorial Porrúa ofrecen las reflexiones críticas de Raimundo Lazo acerca de Rodó. El profesor y ensayista cubano, que fue agregado cultural de la Embajada de su país en México, escribió el “Estudio preliminar” del libro *Ariel. Liberalismo y jacobinismo. Ensayos*, publicado por Porrúa en 1968, y el “Prólogo” de *Motivos de Proteo. Nuevos motivos de Proteo*, de 1969. A pesar de las décadas transcurridas y aunque expresen juicios a veces excesivamente lacónicos y severos, estos textos de Lazo representan todavía hoy dos de las interpretaciones críticas sobre Rodó más leídas por el público mexicano; en particular entre los jóvenes que se acercan a la obra del maestro uruguayo.

En los dos escritos, Lazo analiza también las relaciones entre Rodó y el modernismo. En el “Prólogo” de *Motivos de Proteo. Nuevos motivos de Proteo* aplica al pensador montevideano el “lema definidor: participar en todo sin comprometerse en nada”. Según el crítico cubano, Rodó “es y no es modernista, del mismo modo que fue y no fue todo aquello que razonablemente pueda decirse de él. La caracterización de su estilo literario, por eso, tiene que ser una larga sucesión de antónimos, de frustradas o conseguidas soluciones eclécticas, de términos medios” (XXVIII).

El “Estudio preliminar” del libro *Ariel. Liberalismo y jacobinismo. Ensayos* ofrece una interpretación, *a mio modo di vedere*, demasiado rígida acerca de la personalidad de Rodó y su comparación con Darío. Respecto a la actitud hacia el modernismo del autor de *El mirador de Próspero*, Lazo sostiene que:

Aunque inicialmente declaró su filiación modernista, y, en principio, siempre lo fue, su obra es más bien una versión personal, muy independiente, de aquella renovación literaria. Como artífice de la prosa, lo vincula al Modernismo lo que en éste había, procedente de su pasado inmediato, de rezago histórico de perfección formal parnasiana; pero lo propio de Rodó se nota también, así en su personal recepción y aprovechamiento del lirismo simbolista, como en los modos de expresión de esta tendencia, que influyen en la formación del autor para hacer de él un maestro en el arte de las divagaciones sugeridoras. El resultado de esta síntesis personal fue la creación de una prosa eurítmica y alusiva que parecía escrita por una estatua, por mucho tiempo delicia de admiradores incondicionales, y después latente tentación de filólogos estilísticos. (XXXVI)

Amén de las interpretaciones de los distintos críticos, otra fuente de estudio para entender la posición ideológica y literaria de Rodó es su correspondencia epistolar. Así como las cartas a Francisco Piquet recogen las confesiones íntimas del intelectual montevideano sobre la amargura y desilusión que vivió por sus experiencias como diputado y frente a ciertos momentos políticos del Uruguay, hay un grupo de misivas en las que Rodó explicó su actitud

hacia el positivismo y su propuesta de un modernismo más comprometido. En general, la crítica ha citado mucho estas cartas, sin embargo tres de ellas me parecen ejemplares. La primera es la que el joven redactor de la *Revista Nacional* envió a Leopoldo Alas, el 30 de junio de 1897; Rodó habla a Clarín de las corrientes literarias que dominaban ese lejano *fin de siècle* hispanoamericano:

Me parece haberlo afirmado alguna vez: nuestra reacción antinaturalista es hoy muy cierta, pero muy candorosa; nuestro modernismo apenas ha pasado de la superficialidad. En América, con los nombres de *decadentismo* y *modernismo*, se disfraza a menudo una abominable escuela de trivialidad y frivolidad literarias: una tendencia que debe repugnar a todo espíritu que busque ante todo, en literatura, motivos para sentir y pensar. Los que hemos nacido a la vida literaria, después de pasados los *tiempos heroicos* del naturalismo, no aceptamos de su legado sino lo que nos parece una conquista definitiva; los que vemos en la inquietud contemporánea, en la actual renovación de las ideas y los espíritus algo más, mucho más, que ese prurito enteramente pueril de retorcer la frase y de jugar con las palabras a que parece querer limitarse gran parte de nuestro decadentismo americano, tenemos interés en difundir un concepto completamente distinto del modernismo como manifestación de anhelos, necesidades y oportunidades de nuestro tiempo, muy superiores a la diversión candorosa de los que se satisfacen con los logogrifos del decadentismo *gongórico* y las ingenuidades del decadentismo *azul*. (*Obras* 1261-62)

Las otras dos cartas a las que me refiero tienen como destinatario a Miguel de Unamuno. La correspondencia que Rodó mantuvo con el filósofo español es sin duda una de las más interesantes de su epistolario, por el valor del diálogo literario que nos ofrece y porque se desarrolló durante más de quince años: desde marzo de 1900, cuando el autor de *Ariel* envió a Unamuno un ejemplar de su libro recién publicado, hasta el abril de 1916, a menos de tres meses de su viaje a Europa. En la misiva del 25 de febrero de 1901, Rodó escribió:

Si algo me separa fundamentalmente de la mayor parte de mis colegas literarios de América es mi afición, cada vez más intensa, a lo que llamaré *literatura de ideas*, ya que llamarla *docente* o *trascendental* no la definiría bien. Por desgracia, el *modernismo* infantil, trivialísimo, que por aquí priva, me ofrece muy pocas ocasiones de satisfacer esa afición con

la lectura de la producción indígena. Necesitamos gente de pluma que *sienta y piense*, y lo que abunda son miserables *buhoneros* literarios, vendedores de novedades frágiles y vistosas. (*Obras* 1308)

A pesar de las reservas que Unamuno no ocultó en sus epístolas –confesó a Leopoldo Alas que le había costado trabajo terminar la lectura de *Ariel*, en particular por el excesivo eco de autores franceses que la obra manifestaba–, la correspondencia entre los dos escritores fue siempre cordial y vehículo de reflexiones literarias sinceras y profundas. En otra misiva, fechada el 10 de diciembre de 1901, Rodó completó su “rechazo de la parte puramente imitativa y superficial del Modernismo” (Rodríguez Monegal, Introducción 91) y delineó con mayor precisión su esperanza de una literatura hispanoamericana de ideas: “En América sigue predominando la literatura de abalorios, juguetes chinos y cuentas de cristal. Luchamos por poner en circulación *ideas*; por hacer pensar; por formar público para el libro que trae *quelque chose dans le ventre*, como dice Zola. Estos pueblos son escenario muy pequeño (para empresas de orden intelectual) en la actualidad: pero nos anima el que el porvenir de ellos es grande y seguro. Es nuestra única ventaja” (Rodó, *Obras* 1310).

El proyecto rodoniano de promover para los países hispanoamericanos una nueva actitud literaria, una *literatura de ideas* como él mismo prefería definirla, tiene su chispa inicial en el doble proceso crítico que Rodó desarrolló respecto al positivismo y el decadentismo. Si las cartas a Clarín y Unamuno perfilan la censura a la parte más trivial e imitativa del modernismo, un pasaje de “Rumbos nuevos” evidencia cómo la urgencia de encontrar un nuevo idealismo literario nació también de la revisión del positivismo; en el sentido de una superación de su empirismo utilitario y, por otro lado, de un reconocimiento de los resultados logrados. En este ensayo de 1910, Rodó afirmó:

El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y corona; y así como, en la esfera de la especulación, reivindicamos, contra los muros insalvables de la indagación positivista, la permanencia indómita, la sublime terquedad del anhelo que excita a la criatura humana a encararse con lo fundamental del misterio que la envuelve, así, en la esfera de la vida y en el criterio de sus actividades, tendemos a restituir a las *ideas*, como norma y objeto de los humanos propósitos, muchos de los fueros de la soberanía que les arrebatara el desbordado empuje de la utilidad. Sólo que nuestro idealismo no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualistas y románticos de 1830, los revolucionarios y utopistas de 1848. Se interpone, entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo de nuestros padres. Ninguna enérgica dirección del pensamiento pasa sin dilatarse de algún modo dentro de aquella que la sustituye. La iniciación positivista dejó en nosotros, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia e insistencia del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas; el respecto de las condiciones de tiempo y de lugar; la cuidadosa adaptación de los medios a los fines; el reconocimiento del valor del hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obra; el desdén de la intención ilusa, del arrebató estéril, de la vana anticipación. Somos los neoidealistas, o procuramos ser, como el nauta que, yendo desplegadas las velas, mar adentro, tiene confiado el timón a brazos firmes, y muy a mano la carta de marear, y a su gente muy disciplinada y sobre aviso contra los engaños de la onda. (*Obras* 504-505)

El idealismo que Rodó propuso no germinó de una sola manera para siempre, sino que fue expresándose en formas diferentes con el transcurrir de los años y según los temas que los ensayos iban tratando. Sin embargo, hay dos aspectos que son esenciales para entender la base de este idealismo. Por un lado, Rodó concibió la actividad literaria como una herramienta de la capacidad intelectual del artista, que debía luchar para poner en circulación *ideas* que logran cautivar al público y hacerlo pensar. En oposición al realismo positivista y en alternativa al decadentismo superficial e imitativo, la literatura necesitaba *gente de pluma* y lectores que fueran capaces de sentir, dudar, reflexionar y comprometerse. En este sentido, uno de los problemas centrales en la concepción rodoniana de la creación literaria es representado por su tentativa de reconciliar la realidad del marco social y de la vida material con la importancia para el individuo de cultivar sus pensamientos y desarrollar su actividad espiritual. En el tercer capítulo de *Motivos de Proteo*, Rodó escribió: “El tonificante placer que trae el adecuado

cumplimiento de nuestra actividad espiritual se origina de la rítmica circulación de nuestros sentimientos e ideas; [...] Danza, en la alteza griega del concepto, es la vida, o si se quiere: la idea de la vida; danza a cuya hermosura contribuyen, con su *música* el pensamiento, con su *gimnástica* la acción” (*Obras* 305).

Por otro lado, el idealismo de Rodó brotó de la noción de *ideal* como valor estético y ético; según el maestro montevideano, la intención educadora de la literatura debía dirigirse hacia esa capacidad del espíritu que lleva a creer en altos ideales y vivir con base en ellos. Como sostuvo Arturo Ardao: “Su idealismo, en cuanto expresión filosófica, no procede directamente de idea, como en aquel sentido metafísico, sino de *ideal*. Este término deriva a su vez de idea, pero aquí no como adjetivación o predicado, sino con la significación sustantiva de idealidad.” De esta forma, según Ardao, en el pensamiento rodoniano el *ideal* existe “como *valor* que apunta a la realidad aspirando y exigiendo ser trascendido de algún modo a ella” (“La conciencia” 80).

Cabe añadir que las preocupaciones filosóficas de Rodó no mostraron la sistematicidad y la disciplina que tuvieron, por ejemplo, el inmaterialismo de Berkeley o el idealismo trascendental de Kant. “Rodó no fue un pensador sistemático. No lo fue en los planos psicológico y ético, aquellos en los que, desde el punto de vista filosófico, más se detuvo. Menos pudo serlo en el de la filosofía primaria, al que evitó siempre deslizarse cada vez que la pluma lo condujo hasta él” (Ardao, “La conciencia” 65). Por esta razón y, conjuntamente, por la necesidad de mi tesis de respetar el tema de investigación elegido, no será posible aquí profundizar el análisis de la obra de Rodó desde la perspectiva de una metafísica y ontología implícitas en su postura ideológica y literaria, como ha hecho una parte de la crítica: por ejemplo Arturo Ardao, en el citado artículo “La conciencia filosófica de Rodó”, o Helena

Costabile de Amorín, en “Los fundamentos filosóficos”, segundo capítulo del libro *Rodó, pensador y estilista*, que publicó junto a María del Rosario Fernández Alonso.

Lo que sí debemos subrayar es que el idealismo de Rodó tomó forma en la necesidad de devolver al análisis introspectivo el papel que el positivismo había otorgado a la ciencia en la interpretación del mundo, la sociedad y el individuo; como he señalado más arriba, Rodó no operó un corte respecto a los autores que consideraba las cumbres de la doctrina positivista, sino los revaloró, para crear una actitud literaria nueva. De hecho, creía que: “Ninguna enérgica dirección del pensamiento pasa sin dilatarse de algún modo dentro de aquella que la sustituye” (*Obras* 505).

Al mismo tiempo, Rodó procuró, más que nadie en su época, acercar el modernismo al espiritualismo de Eduard von Hartmann, Charles Renouvier, Émile Boutroux e Henri Bergson. Como bien resumió Enrique Anderson Imbert: “Rodó respetó siempre el conocimiento experimental y razonado de la realidad, sólo que lo corrigió con un idealismo activo. Su idealismo no fue ni metafísico ni gnoseológico, sino axiológico. Es decir, que veía al hombre levantándose de la naturaleza y esforzándose hacia ciertos ideales, hacia los valores de bien, verdad, justicia y belleza. Y estos ideales y valores derivaban de la vida dinámica y creadora” (474).

En modo similar, pero con palabras distintas, se expresó también Alfonso Reyes. En “Rodó (Una página a mis amigos cubanos)”, publicado por primera vez en la revista *Unión Hispanoamericana* de Madrid en 1917 y luego incluido en *El cazador. Ensayos y divagaciones* (1921), el regiomontano habló sobre el optimismo vital de Rodó y el hecho de que éste nunca perdió la fe en el ser humano, la naturaleza y la educación: “Rodó trajo una palabra de bravura, un consejo de valentía aplicado a la concepción de la conducta” (Reyes, *Obras* 3: 135). Según Reyes, tanto en su calidad escritural, así como en todo, Rodó “sabía

que el problema está en el espíritu, y que el espíritu tiene que engendrar de por sí sus formas adecuadas. [...] Era el que escribía mejor y era el más bueno. Su obra se desenvuelve sobre aquella zona feliz en que se confunden el bien y la belleza” (137).

Para sondear la conciencia sin dejar de observar la realidad, para indagar la naturaleza creadora y la libertad espiritual de la personalidad humana sin desertar de las luchas del compromiso intelectual y político, Rodó eligió como herramienta al ensayo: “este centauro de los géneros, donde hay de todo y cabe todo, propio hijo caprichoso de una cultura que no puede ya responder al orbe circular y cerrado de los antiguos, sino a la curva abierta, al proceso en marcha, al ‘Etcétera’ cantado ya por un poeta contemporáneo preocupado de filosofía” (Reyes, *Obras* 9: 403).

A pesar de las dificultades que conlleva la definición de este género literario, por antonomasia, camaleónico e híbrido (Oviedo 11-12), si consideramos la obra de Rodó en su conjunto, es posible sostener, utilizando una imagen modernista, que su escritura floreció en el jardín del ensayo; sus frutos fueron heterogéneos y de múltiples colores: la crítica literaria, la polémica, el discurso político, el sermón laico, la crónica, el análisis sociológico y cultural, el elogio, la indagación de las dimensiones estética y ética, el “libro abierto sobre una perspectiva indefinida” (Rodó, *Obras* 302).

Al hablar de Juan Montalvo, Rodó afirmó que el ensayista ecuatoriano había tomado de Montaigne “el egoísmo, la preocupación constante del ‘yo’, [...] como tema de ameno divagar” (*Obras* 593). En manera similar, reivindicó para su *modus scribendi* la fuerza de un género literario que nace siempre como experiencia extraordinariamente subjetiva del autor; y que es expresión de una relación problemática del individuo que reflexiona con la materia interpretada (Ferrecchia 50). De hecho, a Rodó se aplica lo que Max Bense sostuvo en *Sobre el ensayo y su prosa*:

Escribe ensayísticamente quien compone experimentando, quien hace rodar su tema de un lado a otro, quien vuelve a preguntar, quien vuelve a tocar, probar y reflexionar, quien aborda un tema desde diversos ángulos, toma distancia de él y, en un golpe de genio intelectual reúne lo que ve y prefabrica lo que el tema deja ver bajo ciertas condiciones generadas a través de la escritura. Quien “intenta” algo entonces en el ensayo no es propiamente la subjetividad escritural: ella produce las condiciones bajo las cuales se situará un objeto en relación con una configuración literaria. No se intenta escribir, no se intenta conocer: se intenta ver cómo se comporta un tema literariamente, se plantea por tanto una pregunta, se experimenta con un tema. (24-25)

Vale la pena enfocarnos en tres de los principales rasgos que definen la materia ensayística rodoniana, puesto que su obra, desde el punto de vista de lo que significan sus tonos y argumentos, muestra algunas características esenciales.

Antes que nada, el ensayo de Rodó se desarrolló a partir de una idea clara y preponderante: la originalidad de la cultura y literatura de América Latina. Según el autor de *Ariel*, la toma de conciencia de este hecho constituía la primera etapa de un más amplio programa intelectual, cuyos esfuerzos se dirigían a la definición y organización de la unidad espiritual y política entre los países de todo el continente: una “fraternidad que haga reunirse en un solo foco luminoso las irradiaciones de la inteligencia americana, por la fuerza de la comunidad de los ideales y las tradiciones” (Rodó, *Obras* 811).

Respecto a este tema, en el artículo “Reflexiones sobre *Ariel* a cien años de su publicación”, aparecido en el tercer volumen de la revista semestral *Signos Literarios y Lingüísticos*, Martha L. Canfield afirmó que:

Además de su estilo, de su perspicacia en la crítica literaria, de su intuición histórica y de su amor por la verdad, hay un aspecto fundamental en la herencia dejada por Rodó, que constituye asimismo un aspecto imperecedero: se trata de su ideal americanista.

Desde el momento en que se empieza a desarrollar en América el ensayo como género literario y el pensamiento filosófico empieza a encontrar formulaciones particulares por parte de escritores latinoamericanos, un concepto emerge por encima de los otros y los reúne: la conciencia de pertenecer a una comunidad histórica, geográfica y lingüística, o

“conciencia de América”, como prefería decir Leopoldo Zea, comunidad que Rodó llamaba precoz y proféticamente “Hispanoamérica”. (131)

Aunque constituye una parte medular de su pensamiento, el *americanismo* de Rodó –así lo definen, entre otros, Emir Rodríguez Monegal y Arturo Ardao– representa sólo un capítulo de su producción ensayística y una de las expresiones de su general postura idealista. Además, como ha subrayado una parte de la crítica, por ejemplo Costabile de Amorín, Canfield y Ardao, el ideal americanista de Rodó fue evolucionando a través de los años. Al principio se trataba sustancialmente de un valor literario: durante los cuatro años que van de 1895, con la fundación de la *Revista Nacional*, hasta 1899, cuando se publicó el segundo volumen de *La vida nueva*, dedicado a Rubén Darío, “el joven Rodó se orienta al relevamiento de las creaciones artísticas del continente y a la forja de un movimiento literario que encauce el modernismo americano hacia nuevas metas” (Costabile de Amorín y Fernández Alonso 13). De manera similar, Canfield sostiene que:

En esos años los intereses de Rodó están concentrados en la literatura que, según él, debe estimular la unidad de América. La creación de una conciencia cultural común a todas las repúblicas hispanoamericanas debe servir para echar las bases de la unidad política. Ésa es la razón por la cual el poeta tiene el deber de abandonar la torre de marfil. Es necesario por tanto transformar el Modernismo, que de juego literario gozosa y elegantemente inclinado al exotismo, al arte por el arte y a las divagaciones culturales, debe transformarse en la expresión del alma americana. No una literatura de placer, sino una literatura de ideas; no poetas lúdicos, sino seriamente comprometidos. Comunidad de ideales y de tradiciones y una creciente conciencia de esta pertenencia común servirán por un lado a combatir el absurdo aislamiento en el que viven las naciones americanas, por otra a crear naturalmente la marca original de su arte y de su literatura: en otras palabras, a hacer madurar la autonomía cultural que Bello anhelaba junto con la autonomía política. (133-34)

Una de las fuentes más importantes sobre este tema es sin duda *Rodó: su americanismo*, de Arturo Ardao. El autor del libro, que tuvo un papel central junto a Carlos Quijano en la

fundación del semanario uruguayo *Marcha*, sostiene la existencia de cuatro etapas en la evolución intelectual de Rodó: la primera es la *literaria*, que, según Ardao, estaría representada cabalmente por el ensayo “El americanismo literario”, publicado entre julio y noviembre de 1895 en la *Revista Nacional*. En 1900 *Ariel* “define y expresa su *americanismo cultural*”: en el sentido que con esta obra “comienza la prédica de toda una política cultural latinoamericanista, que rebasa con amplitud, en todas direcciones, lo literario estricto” (Ardao, *Rodó* 17). El breve escrito “Magna patria” (1905) marcó el *americanismo político* de Rodó. Finalmente, el ensayo “Bolívar” de 1912 definió la última fase de esta evolución: la del *americanismo heroico*. De acuerdo con la interpretación de Ardao, los cuatro “americanismos no se sustituyen, etapa por etapa, sino que se adicionan sin desaparecer ninguno, de suerte que a través del proceso se va integrando en una sola unidad el conjunto de su americanismo a secas” (*Rodó* 17).

En ámbito mexicano, los primeros lectores que recibieron las enseñanzas de Rodó sobre la importancia del ideal americanista fueron Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. En su ensayo crítico “Ariel”, que se publicó en *Cuba Literaria* a principios de 1905, el intelectual dominicano sostuvo que el legado de Rodó permitió mantener los ojos fijos en el gran ideal de una América hospitalaria y unida para las cosas del espíritu. Según Henríquez Ureña, Rodó enseñó que “para hacer de la obra de nuestra regeneración una realidad viviente y crear una cultura armónica, un progreso vario y fecundo, es necesario dar a las energías sociales un fin, un sentido ideal, una *idea-fuerza* capaz de unificar e iluminar los impulsos dispersos en el espíritu de la raza” (*Obra* 28).

Alfonso Reyes, por su parte, habló de cómo el americanismo rodoniano fue un detonante para las conciencias de los jóvenes ateneístas en la comprensión de la verdadera posición que la comunidad cultural e histórica de México tenía ante el mundo:

Hubo un día en que mi México pareció –para las conciencias de los jóvenes– un don inmediato que los cielos le habían hecho a la tierra, un país brotado de súbito entre dos mares y dos ríos: sin deudas con el ayer ni compromisos con el mañana. Se nos disimulaba el sentido de las experiencias del pasado, y no se nos dejaba aprender el provechoso temor del porvenir. Toda noticia de nuestra verdadera posición ante el mundo se consideraba indiscreta. [...]

Y entonces la primera lectura de Rodó nos hizo comprender a algunos que hay una misión solidaria en los pueblos, y que nosotros dependíamos de todos los que dependían de nosotros. A él, en un despertar de la conciencia, debemos algunos la noción exacta de la fraternidad americana. ¡Y hasta por estar a mil leguas de las mecánicas preocupaciones políticas era más exacta esa noción! Hasta por desentenderse de toda esa andamiada jurídica del panamericanismo, y fundarse sólo en un impulso de colaboración superior que dicta el sentimiento y que la razón corrobora. Porque son una gran mentira todos esos centros de propaganda, todos esos congresos parlantes, todas esas tramas diplomáticas. Porque la fraternidad americana no debe ser más que una realidad espiritual, entendida e impulsada de pocos [*sic*], y comunicada de ahí a las gentes como una descarga de viento: como un *alma*. (*Obras* 3: 134-35)

En *Breve historia del ensayo hispanoamericano*, José Miguel Oviedo afirma que buena parte de la prédica de *Ariel* “está francamente superada, pero eso no le ha hecho perder cierto encanto intelectual ‘mundonovista’” (45). El historiador y crítico peruano se refiere aquí al término que Francisco Contreras, por primera vez, utilizó para agrupar dentro del modernismo a esos escritores que buscaron una expresión literaria más comprometida con la historia, la naturaleza, la cultura y la realidad de América Latina. Para difundir su posición, Contreras publicó en *Mercure de France* el artículo “Le mondonovisme” (1917) y posteriormente incluyó su manifiesto en el libro *La varillita de virtud* (1919). Aquí se lee:

El movimiento que triunfa hoy en las letras hispanoamericanas, el Mundonovismo, tiende a adaptar a nuestro espíritu y a nuestro medio las verdaderas conquistas realizadas por el movimiento anterior, el Modernismo. No se trata, naturalmente, de instaurar un arte local o siquiera nacional, siempre limitado, sino de interpretar esas grandes sugerencias de la raza, de la tierra o del ambiente que animan todas las literaturas superiores, sugerencias que lejos de anular la universalidad primordial en toda creación artística verdadera, la refuerzan diferenciándola. Se trata sencillamente de crear el arte del Mundo Nuevo, quiero decir, de la tierra joven y del porvenir. De aquí que denominemos este movimiento Mundonovismo y no Americanismo,

como ha solido llamársele. En tal corriente, caben, por cierto, todas las modalidades. No importa, pues, que los poetas hagan lirismo de pensamiento, de sentimiento o de sensación: eso es cuestión de temperamento. Lo indispensable es que todo artista se manifieste sinceramente, esto es, como hombre del Mundo Nuevo. (Contreras 101-102)

En términos generales, es posible sostener que el programa literario de Rodó se enfoca en la realización de ese momento del modernismo que Contreras definió mundonovismo. José Miguel Oviedo afirma que el autor de *Ariel*, al tomar la distancia de la primera etapa del exotismo decadente, sembró y cultivó en el jardín modernista un “americanismo o ‘mundonovismo’ afirmativo de una nueva conciencia continental” (46). En este sentido, fue Rodó “el que detecta con mayor agudeza el cambio en el ambiente, lo examina con intención orgánica, y despierta a la conciencia hispanoamericana con un tono de alarma y sincera preocupación” (47).

El mundonovismo de Rodó no se desarrolló a través de una afirmación exclusiva y una defensa intransigente de las tradiciones, el pasado y la realidad de los países hispanoamericanos. La búsqueda de una expresión original y autónoma, si por un lado debía evitar cualquier forma de imitación unilateral, por el otro necesitaba redefinir sus profundos vínculos con la tradición europea: “Autonomía cultural no es aislamiento ni cercenamiento de las preocupaciones espirituales que han surgido naturalmente en el proceso civilizador de América” (Costabile de Amorín y Fernández Alonso 15). De esta forma, la reflexión acerca de la independencia cultural y literaria del continente iberoamericano nace del reconocimiento de las influencias que la historia produjo: el legado español y el portugués, que el Nuevo Mundo recogió y adaptó a su contexto durante los procesos de la Conquista y la Colonia, conllevaron la legitimidad de una herencia incuestionable respecto a la cultura clásica, la religión católica y, en general, la tradición occidental.

En 1907, Rodó publicó el artículo “Una nueva antología americana”, una crítica al libro *La joven literatura hispanoamericana*, de Manuel Ugarte. En este texto, salido por primera vez en *La Nación*, de Buenos Aires, y posteriormente incluido en *El mirador de Próspero*, Rodó afirmó que:

Es indudable que, dejando aparte superioridades de excepción, el pensamiento hispanoamericano no ha podido ni puede aspirar aún a una autonomía literaria que lo habilite a prescindir de la influencia europea. No siendo la literatura una forma vana, ni un entretenimiento de retóricos, sino un órgano de la vida civilizada, sólo cabe literatura propia donde colectivamente hay cultura propia, carácter social definido, personalidad nacional constituida y enérgica. La dirección, el magisterio del pensamiento europeo es, pues, condición ineludible de nuestra cultura; y pretender rechazarlo por salvar nuestra originalidad sería como si para aislarnos de la atmósfera que nos envuelve, nos propusiéramos vivir en el vacío de una máquina neumática. Pero si la independencia y la originalidad literaria americanas no pueden consistir en oponerse a la influencia europea, sí pueden y deben consistir en aplicar a esta influencia el discernimiento, la elección, que clasifique los elementos de ella según su relativa adecuación al ambiente, y rechace lo fundamentalmente inadaptable, y modifique, con arreglo a las condiciones del medio, aquello que deba admitirse y adaptarse. [...] Concebida de esta manera la posible autonomía del pensamiento americano, fácil es señalar el punto vulnerable de la imitación de lo europeo, tal como se manifiesta en los rumbos que sucesivamente ha seguido nuestra literatura. Se ha imitado sin discernimiento ni elección; ha faltado el sentido crítico que encauzase el impulso recibido de afuera, y la imitación ha sido pasividad sonambúlica [*sic*], más que simpatía consciente y limitada por el vigilante criterio. (*Obras* 618-19)

Entre los integrantes del Ateneo de la Juventud, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña fueron, sin duda, los que interpretaron y continuaron, con mayor sensibilidad literaria y rigor filológico, estos principios del americanismo rodoniano. En el primer capítulo “El descontento y la promesa” del libro *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), el escritor dominicano retomó el tema de la independencia literaria y cultural de América Latina; subrayó que esta autonomía se podía realizar a través del justo equilibrio entre las distintas fórmulas del americanismo y el afán europeizante. Según Henríquez Ureña:

No sólo sería ilusorio el aislamiento –la red de las comunicaciones lo impide–, sino que tenemos derecho a tomar de Europa todo lo que nos plazca: tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura occidental. [...]

Aceptemos francamente, como inevitable, la situación compleja: al expresarnos habrá en nosotros, junto a la porción sola, nuestra, hija de nuestra vida, a veces con herencia indígena, otra porción substancial, aunque sólo fuere el marco, que recibimos de España. Voy más lejos: no sólo escribimos el idioma de Castilla, sino que pertenecemos a la Romania, la familia románica que constituye todavía una comunidad, una unidad de cultura, descendiente de la que Roma organizó bajo su potestad; pertenecemos –según la repetida frase de Sarmiento– al Imperio Romano. [...] Hasta políticamente hemos nacido y crecido en la Romania. Antonio Caso señala con eficaz precisión los tres acontecimientos de Europa cuya influencia es decisiva sobre nuestros pueblos: el Descubrimiento, que es acontecimiento español; el Renacimiento, italiano; la Revolución, francés. El Renacimiento da forma –en España sólo a medias– a la cultura que iba a ser trasplantada a nuestro mundo; la Revolución es el antecedente de nuestras guerras de independencia. Los tres acontecimientos son de pueblos románicos. No tenemos relación directa con la Reforma, ni con la evolución constitucional de Inglaterra, y hasta la independencia y la Constitución de los Estados Unidos alcanzan prestigio entre nosotros merced a la propaganda que de ellas hizo Francia. (*Obra* 250)

Después de haber analizado la posición europeizante en la historia de la organización espiritual de América, Henríquez Ureña dio su aprobación crítica a las soluciones propuestas por los movimientos indigenista y criollista respecto al problema de la expresión de la originalidad hispanoamericana en literatura. El autor de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* recordó que “la existencia de la Romania como unidad, como entidad colectiva de cultura, y la existencia del centro orientador, no son estorbos definitivos para ninguna originalidad, porque aquella comunidad tradicional afecta sólo a las formas de la cultura, mientras que el carácter original de los pueblos viene de su fondo espiritual, de su energía nativa” (*Obra* 251).

En Alfonso Reyes, el problema de la originalidad cultural y literaria de México y América Latina constituyó una preocupación constante que cautivó su pensamiento e inspiró su pluma a lo largo de los años. En este sentido, el texto “Para inaugurar los ‘Cuadernos Americanos’” (1942) es ejemplar. Aquí Reyes habló del “sentimiento de deber continental y

humano” (*Obras* 11: 150) que motivó la empresa editorial de la revista; en particular, el autor del artículo muestra una precisa afinidad con la posición rodoniana respecto a la responsabilidad de *los americanos latinos* de preservar y desarrollar una herencia compartida.

En *Ariel*, Rodó sostuvo que “en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos –los americanos latinos– una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro”. Aclarada la importancia del cosmopolitismo, “que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación”, Rodó hizo hincapié en el diálogo, o como él amaba decir “la concordia de la solidaridad” (*Obras* 228), que debía instaurarse entre las recíprocas influencias y expresiones de las naciones latinoamericanas.

A distancia de cuatro décadas de la prédica arielista, Reyes sintió la necesidad de retomar la reflexión sobre el llamado que el destino ha preservado para Iberoamérica. Así, el futuro y la juventud a los que se dirigía el ensayo rodoniano encontraron eco en el presente y la madurez de Alfonso Reyes. “Mientras vivimos –repetía Rodó– nuestra personalidad está sobre el yunque. Tal es la doctrina de la vida, como una perenne educación –ideal de Goethe” (Reyes, *Obras* 4: 273). En “Para inaugurar los ‘Cuadernos Americanos’”, el escritor regiomontano sostuvo que mientras Europa era devastada por la tragedia del conflicto bélico, los pueblos iberoamericanos eran llamados a una grandiosa y prematura incumbencia:

La cultura no es, en efecto, un mero adorno o cosa adjetiva, un ingrediente, sino un elemento consustancial del hombre, y acaso su misma sustancia. [...] La cultura es el repertorio del hombre. Conservarla y continuarla es conservar y continuar al hombre.

Ahora bien, los pueblos magistrales abandonan ahora este empeño fundamental; los unos porque, fascinados satánicamente por la sangre, vuelven con frenesí a los estímulos de la bestia; los otros porque, heridos en su ser mismo, no pueden filosofar. Y he aquí que ha caído en nuestras

manos la grave incumbencia de preservar y adelantar la religión, la filosofía, la ciencia, la ética, la política, la urbanidad, la cortesía, la poesía, la música, las artes, las industrias y los oficios: cuanto es lenguaje que guarda y trasmite las conquistas de la especie, cuanto es cultura en suma.

América es llamada algo prematuramente a tal incumbencia. [...] En nuestro caso, tenemos que afrontar el peligro con armas de fortuna, tenemos que mostrarnos capaces del destino. Después de todo, sin un sentimiento de responsabilidad, sin un propósito definido de maduración, ni los pueblos ni los hombres maduran: el solo persistir y aun el solo crecer no son ya madurar.

Pero América tiene que desenvolver esta obra de cultura en forma y manera de diálogo. América no está organizada según una sola concepción del mundo. Tiene que haber un cambio y una nivelación axiológica. ¿Cuál es la parte del diálogo que toca a nuestras repúblicas? Sin duda la elaboración de un sentido internacional, de un sentido ibérico y de un sentido autóctono. (*Obras* 11: 150-51)

Sin embargo, como he subrayado más arriba, el ideal americanista, aunque sea medular, es sólo uno de los aspectos que definen la materia ensayística rodoniana. De hecho, otro rasgo fundamental para entender su obra es representado por la significación que el maestro montevideano dio al pasado y la tradición. Se trata de una posición que, si, por un lado, resulta fuertemente relacionada con todas las ideas estéticas, éticas, políticas y literarias que aparecen en su producción ensayística, por otro, nos remite a su papel como intelectual tradicionalista: el pensamiento de Rodó mostró siempre una clara continuidad histórica respecto a las que Gramsci llamó las categorías intelectuales preexistentes.

De acuerdo con lo que sostiene Rodríguez Monegal, la tradición es para Rodó “el elemento vivo y fecundo que une el pasado de estos pueblos de América con su futuro, todavía inseguro” (Introducción 101). A este concepto del pensamiento rodoniano es posible aplicar la idea que Juan de Salisbury atribuyó a Bernardo de Chartres, según la cual somos enanos a los hombros de gigantes: si tenemos la posibilidad de ver más, o más lejos que ellos, no es por los méritos exclusivos de nuestra vista, sino porque podemos mirar al presente y al futuro a partir de las alturas que estos gigantes han construido en el pasado. Ya en uno de los primeros artículos de la *Revista Nacional* –“Juan Carlos Gómez”, publicado el 20 de mayo de 1895–, Rodó afirmó

que: “El sentimiento de la tradición, el culto del pasado, es una fuerza insustituible en la conciencia de los pueblos, y la veneración de las grandes personalidades en que se encarnan sus porfías, sus anhelos, sus glorias, es la forma suprema de ese culto” (*Obras* 492).

Belén Castro Morales se ha ocupado de este tema en “Rodó y la sacralización del pasado”, segunda parte del libro *J. E. Rodó modernista: utopía y regeneración*. Según la autora, la revitalización de elementos culturales del pasado se explica “dentro de la reacción neoidealista a la que filosóficamente se acoge Rodó, no con intención de soslayar la realidad, sino de restaurar en el subconsciente colectivo una integridad de valores espirituales que el positivismo había destruido y sustituido, como dice Leopoldo Zea, por el mito degradado de la ciencia” (*J. E. Rodó* 50). Aplicando al horizonte finisecular hispanoamericano el concepto de “ideología de exilio”, que Hans Hinterhauser utilizó para referirse al retorno hacia la Edad Media de los artistas prerrafaelistas, Castro Morales subraya que Rodó rechazó de su presente tanto “el imperio de la utilidad y el interés” (45), como el “estéril y vacuo esteticismo decadente” (50).

El culto del pasado y el sentimiento de la tradición de Rodó se enfocan principalmente en tres distintos momentos históricos: la época romántica rioplatense, el cristianismo primitivo y el clasicismo griego. La recuperación del legado del romanticismo argentino y uruguayo, con el que se había alimentado desde su infancia, le permitió a Rodó fortalecer su propuesta de americanismo literario y cultural; por otro lado, encontró en las tradiciones clásica y cristiana una fuente de idealidad constructiva en oposición a la decadencia, el materialismo y la fragmentación que inspiraban el rumbo de la modernidad.

Rodó, al proponer estos modelos culturales, tenía el propósito de fijar un paradigma mixto de moralidad y belleza que ilustrase el sentido positivo y constructivo que pretendía para su modernismo ascendente. Contra lo que él definía como estéril y vacuo esteticismo decadente,

proponía esa otra belleza sana y auroral que localizó en dos momentos históricos en situación de despegue civilizador. Cristianismo primitivo y clasicismo griego son para él momentos de la humanidad en plena fermentación vital; aprecia en ellos lo que el sociólogo Francesco Alberoni ha llamado “estado naciente”: momentos individuales o colectivos en que las potencialidades humanas se organizan tras una revolución de ideas o sentimientos en una armonía de signo positivo y dinámico, y “donde el grupo es una unidad social de orden superior”.

Para Rodó el cristianismo y la civilización griega de la edad clásica representan esos momentos inaugurales de energía positivamente organizada, y los define por su alegría y optimismo frente a la crisis y decadencia de su tiempo. Con ese propósito se manifiesta en el “sermón laico” de *Ariel*.

Pero en ningún momento de su desenvolvimiento intelectual, en ninguna de sus declaraciones de “pasatismo”, vamos a encontrar una revisión analítica de la realidad histórica y cultural del clasicismo o el cristianismo primitivo. Tales ideas aparecen como propuestas *descontextualizadas* de sus respectivos marcos ideológicos, socioeconómicos, políticos, etc. (Castro Morales, *J. E. Rodó* 50-51)

Entre las diferentes características de la escritura rodoniana, el tercer rasgo que considero esencial aquí evidenciar es el sentido de la seriedad: el ensayo de Rodó expresa, sin interrupción a lo largo de los años, la calidad de quien actuó y escribió con responsabilidad, con la capacidad y voluntad de cumplir los compromisos asumidos. El oficio del escritor no es para Rodó un juego útil para mostrar vanidades o exhibiciones; de la misma forma, en sus textos, raramente ironiza o intenta divertir al lector. Al contrario, éste último es invitado a probar y completar, en modo serio y comprometido, las reflexiones que el autor propone.

Respecto a este tema, Gonzalo Zaldumbide afirmó que la prédica de Rodó vino “con todas las gracias de un arte grave y suave, a decirnos también su evangelio, un evangelio entre platónico y renaniano, entre cristiano y helénico. Por encima de las bellezas innumerables del arte, quería recordar a los hombres la esencial belleza de ser hombres”. Además, en el mismo ensayo crítico *José Enrique Rodó*, Zaldumbide subrayó que: “Su precoz y dulce seriedad no había sido sino el sentimiento de esta vocación de apóstol delicado e íntimo, misionero de

todos los ideales en lo que tienen de más ideal, y de la perfección del alma, en lo que la perfección tiene de más humano” (68).

Como ha afirmado Castro Morales, a través de una imagen bien lograda, Rodó fue un “francotirador” que manifestó su vocación literaria e intelectual “a la intemperie” (Introducción 44): sufrió en carne propia las tensiones que, según Julio Ramos, caracterizaron el momento de dificultad y emergencia del sujeto literario latinoamericano de ese horizonte histórico; y aguantó, como otros contemporáneos, “lo que Ángel Rama denominó ‘las angustias letradas de la modernización’, los dolores de crecimiento del hombre de letras cuando el mundo se le vuelve extraño, acelerado, alienante, y siente que su integridad de crítico cultural lo priva de refugio y de autoridad” (Castro Morales, Introducción 44-45).

A esta condición general, se sumaron dificultades personales: como la natural introversión de su carácter y la creciente necesidad de romper con el medio político e intelectual uruguayo y de evadir de un contexto para él siempre más asfixiante. Además, cabe añadir que la repercusión que tuvieron en el ámbito de la crítica nacional sus primeras publicaciones –los artículos de la *Revista Nacional* y los dos opúsculos que abrieron la serie *La vida nueva*– y, sobre todo, la enorme resonancia continental de *Ariel* no dejaron nunca, a lo largo de los años, “de imponer un compromiso, de insinuar un peligro, de fijar una responsabilidad. ¿Qué no se esperaba de Rodó?” (Real de Azúa, “Prólogo a *Motivos*” XLVI).

Frente a todas estas tensiones, la vocación literaria y postura intelectual de Rodó mostraron siempre una característica férrea y constante: su producción ensayística encuentra su verdadera y más íntima organicidad en la coherencia, responsabilidad y seriedad que le son consustanciales. Mientras el escritor aceptó y respetó con humildad el papel de maestro de la juventud americana a partir del cual la crítica y los lectores menos expertos construyeron su imagen pública, el hombre Rodó vivió una existencia austera y sobria; hasta su muerte, que

solitaria sobrevino en esa misma isla donde Eneas dejó, encomendándolos al divino Aceste, gran parte de los troyanos.

De acuerdo con lo que Real de Azúa afirmó en el “Prólogo a *Motivos de Proteo*” sobre Rodó: “Hoy, en la perspectiva de los años, vemos que es uno de los últimos escritores que, heredero de la tradición romántica del intelectual como orientador de hombres y de multitudes, intentó ejercer un magisterio (y lo ejerció efectivamente) al margen de toda adscripción de partido o de ideología” (XLVI).

La crítica ha insistido de manera heterogénea en este aspecto de la obra rodoniana; a veces, llegando a juicios poco afortunados, como en el caso de Zaldumbide que subrayó la impersonalidad de su modo de escribir y sostuvo que Rodó esquivó “todo terreno en que hubieran podido mostrarse los desfallecimientos o carencias de su temperamento” (62); otras veces, intentando un análisis más profundo de la firmeza y gravedad que caracterizan su ensayo. Al respecto, Real de Azúa habla de la presencia de “un contraluz doloroso”, que se hace evidente sobre todo en la correspondencia epistolar del maestro uruguayo y es de “indiscutible relevancia para la comprensión de *Motivos...*” (“Prólogo a *Motivos*” XLV).

Por su parte, Castro Morales señala que el correr del tiempo nos muestra “un intelectual agónico, atrapado entre el impulso constructivo y la frustración de sus proyectos; entre su discurso oficial (cifrado en el impulso optimista de *Ariel* y *Motivos de Proteo*) y esa tortuosa lucha contra los deseos de abandono y las crisis personales, superadas muchas veces por un sentido del deber asumido con heroísmo” (Introducción 44). Según la catedrática, un Rodó “enigmático y apasionante que poco se asemeja al ‘Maestro de la juventud americana’” se revela en las páginas de *Proteo* dedicadas a Glauco: “fantasmal ‘habitante interior’ que cuando se manifiesta proporciona un estado de percepción nítida, plena y clarividente (‘el

estado glauco'), similar a los estados de inspiración y videncia descritos por Baudelaire en su 'Poema del haschish'" (45).

Rodó fue un intelectual sobrio y riguroso no sólo en sus temas, sino también en su estilo; de hecho, es posible afirmar que la prosa del maestro montevideano, tanto en la exposición de sus pensamientos e interpretaciones, como en la disciplina que apunta la organización sintáctica y lexical de la frase, conservó siempre una tonalidad seria, reflexiva, severa y preocupada. En el breve artículo "La gesta de la forma", que se publicó en *Jalisco Libre: Diario del Pueblo* en mayo de 1908 con el título "La lucha del estilo" y que apareció cinco años más tarde en *El mirador de Próspero*, resumió su concepción de la creación artística:

Desde el momento en que queréis hacer un arte, un arte plástico y musical, de la expresión, hundís en ella un acicate que subleva todos sus ímpetus rebeldes. La palabra, ser vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muerde para sujetarla; disputa con vosotros, os obliga a que la afrontéis; tiene un alma y una fisonomía. Descubriéndonos en su rebelión todo su contenido íntimo, os impone a menudo que le devolváis la libertad que habéis querido arrebatársela, para que convoquéis a otra, que llega, huraña y esquiva, al yugo de acero. Y hay veces en que la pelea con esos monstruos minúsculos os exalta y fatiga como una desesperada contienda por la fortuna y el honor. Todas las voluptuosidades heroicas caben en esa lucha ignorada. Sentís alternativamente la embriaguez del vencedor, las ansias del medroso, la exaltación iracunda del herido. Comprendéis, ante la docilidad de una frase que cae subyugada a vuestros pies, el clamoreo salvaje del triunfo. [...] Porque la lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico, que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma. Eso sería comparar una partida de ajedrez con un combate en que corre la sangre y se disputa un imperio. La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser. (Rodó, *Obras* 507-508)

Al mismo tiempo, la prosa ensayística de Rodó se forja en una intención de estilo y una disciplina artística que conllevan un trabajo siempre preciso y elaborado del enunciado.

La oración rodoniana se forma a través de la elección de palabras nunca casuales, donde los detalles semánticos y sintácticos son calculados paulatinamente. En el breve texto

“Decir las cosas bien...” (1899), Rodó se dirige, con ese tono mesiánico y profético que tanto caracterizó su producción literaria en el lustro 1896-1900, a los sabios y sacerdotes que vendrán:

Si nos concedéis en forma fea y desapacible la verdad, eso equivale a concedernos el pan con malos modos. De lo que creéis la verdad, ¡cuán pocas veces podéis estar absolutamente seguros! Pero de la belleza y el encanto con que lo hayáis comunicado, estad seguros que siempre vivirán.

Hablad con ritmo, cuidado de poner la unción de la imagen sobre la idea, respetad la gracia de la forma, ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes!, y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas son amigos traidores de la Verdad. (*Obras* 552)

Entre los críticos que más influyeron en la recepción de Rodó en México, Max Henríquez Ureña fue el que mejor sintetizó el culto de la forma del maestro uruguayo. En la conferencia que pronunció como exponente del Ateneo de Santiago de Cuba, en el Teatro Martí, el 9 de junio de 1918, Henríquez Ureña sostuvo:

Rodó se consagró al cultivo de una forma literaria llena de serenidad y de gracia, sin efectismos, sin crudezas y sin enervamientos. Su credo artístico se inspira en la aristocracia suprema de la forma. El aspecto más efectivo de su influencia en la literatura de la América española –influencia que trasciende a España, como la de Rubén Darío y otras figuras representativas de las letras hispanoamericanas– estriba en su silencioso apostolado por la forma y en su deliberada animadversión a todo efectismo. Rodó entretejió la malla de su prosa impecable, pulcra y severa, sin que una sola frase delatara el artificio de su estructura. Empero, a ese culto a la aristocracia de la forma va unido el de la aristocracia del pensamiento. Rodó no aspiraba a escribir sin decir nada, sino a “decir las cosas bien”. (*Rodó* 29)

Para finalizar este apartado, sólo quisiera recordar un pasaje de *El hombre sin atributos*, de Robert Musil, que siempre me ha parecido muy pertinente en la interpretación de la obra y el pensamiento de Rodó. Frente a las dificultades de dar a su vida un sentido personal y a las incapacidades de adaptarse al canon moral e ideológico de su contexto, Ulrich –el joven

estudioso de física y matemática, que protagoniza la novela– elige la palabra *ensayismo*, para definir su condición. Estoy convencido de que al leer esta cita, Rodó habría sonreído:

La traducción de “ensayo” mediante la palabra “prueba”, según se suele hacer, contiene sólo aproximadamente la alusión esencial al modelo literario; pues un ensayo no es la expresión provisional o accesoria de una convicción que podría ser elevada a verdad en una oportunidad mejor y que también cabría reconocerla como error (de este género son únicamente los artículos y composiciones que las personas letradas llaman “desperdicios de su escritorio”), sino que un ensayo es la forma definitiva e inmutable que la vida interior de una persona da a un pensamiento categórico. Nada le es tan extraño como la irresponsabilidad y la mediocridad de las ocurrencias llamadas “subjetividad”; pero tampoco verdadero y falso, prudente e imprudente son conceptos aplicables a tales pensamientos protegidos en leyes no menos severas por aparecer suaves e inefables. No ha habido pocos de estos ensayistas y maestros de la vida interior, pero no hay por qué nombrarlos; su reino está entre la religión y la ciencia, entre ejemplo y doctrina, entre el *amor intellectualis* y la poesía; son santos con y sin religión, y a veces son también simplemente hombres enredados en una aventura. (Musil 309)

## Los ensayos de Rodó y la crítica mexicana

Esta segunda parte persigue un objetivo esencial: investigar y presentar las interpretaciones de la obra rodoniana que se han publicado en México. Frente a la amplitud de esta perspectiva de trabajo, tuve que fijar algunas prioridades; antes que nada, ha sido necesario reducir el perímetro histórico de referencia: de hecho, mi investigación se enfoca en el período incluido entre 1895 y 1947. Las dos fechas indican respectivamente el año de fundación de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* y el de la publicación de *Historia de la cultura en la América Hispánica*, de Pedro Henríquez Ureña. La elección de 1947 como fecha límite de mi estudio está reforzada por el hecho de que sólo un año antes, en 1946, fallecieron tanto el humanista dominicano como Antonio Caso.

La decisión de adoptar este margen temporal nace, por un lado, de la intención de enfocarme en un lector crítico que no se alejara demasiado del horizonte histórico en el que Rodó vivió y escribió; por el otro, de la conciencia que durante la segunda mitad del siglo XX la recepción rodoniana en México adquiere matices ya más heterogéneos y distantes del contexto literario e ideológico del maestro montevideano. Prueba de esta afirmación son la publicación en 1971, por parte de la editorial Diógenes, del ensayo *Calibán: apuntes sobre la cultura en nuestra América*, de Roberto Fernández Retamar; el número *La América de Rodó*, que salió en octubre del mismo año en la *Revista de la Universidad de México*; el “Prólogo” que Carlos Fuentes escribió para la edición de *Ariel* de la University of Texas Press (1988), traducida al inglés por Margaret Sayers Peden; y los textos críticos que aparecen tanto en el “Homenaje a José Enrique Rodó” que la revista *Cuadernos Americanos* publicó en enero-febrero de 2001, como en la antología *Arielismo y globalización* (2002), cuyos compiladores fueron Leopoldo Zea y Hernán Taboada. De esta forma, por razones de

tiempo y espacio, las propuestas interpretativas de la crítica rodoniana en México posterior a 1947 no recibirán la justa atención en mi tesis; en algunos casos, me apoyaré en éstas, sobre todo para presentar los ensayos del maestro uruguayo; sin embargo, queda la esperanza de analizar más detenidamente estos temas en un trabajo futuro.

El hecho de enfocar mi investigación en el periodo 1895-1947 conlleva una significativa consecuencia, en particular respecto al segundo objetivo de este apartado: el de proponer un análisis de la obra de Rodó. De hecho, la selección de ensayos que presento no será exhaustiva; en el lapso considerado, por lo que he podido averiguar, la crítica mexicana no se ha ocupado de algunos significativos escritos del intelectual montevideano. Por lo tanto, los siguientes textos quedan aquí sin la interpretación que merecerían: todos los títulos de la *Revista Nacional*, publicados entre 1895 y 1897, que Rodó no incluyó en *El mirador de Próspero*; los prólogos, cartas, agradecimientos, discursos, artículos periodísticos e improvisaciones que Emir Rodríguez Monegal recogió en las dos secciones “Crítica y cortesía literarias” y “Escritos misceláneos” de las *Obras completas* que editó por Aguilar; los escritos políticos, enfocados en la reforma colegialista y el Partido Colorado, y los discursos parlamentarios que pronunció como diputado durante sus tres legislaturas; las quince piezas que Rodó dedicó a la guerra europea que estalló en 1914, dentro de las cuales, ocho constituyen la serie “La guerra a la ligera” que publicó por *El Telégrafo*; y, finalmente, la colección póstuma *El camino de Paros*.

Como introducción a las páginas siguientes, un discurso aparte merece la atención que la crítica nacional ha dirigido –hasta 1947– al ciclo de “Proteo”: la obra a la que su creador no quiso dar ni “‘arquitectura’ concreta, ni término forzoso” (Rodó, *Obras* 301). De hecho, cabe señalar que las interpretaciones que se hicieron en el ámbito mexicano se enfocaron sustancialmente en los capítulos que Rodó recogió en el libro *Motivos de Proteo*, de 1909. En

este sentido, si consideramos los textos críticos, se registra una clara falta de conciencia hermenéutica respecto al más profundo valor orgánico y heterogéneo de esta obra.<sup>12</sup> En México, los intérpretes rodonianos no mostraron la justa curiosidad por esos manuscritos *proteicos* que fueron publicados sólo póstumamente, en diferentes colecciones: antes que nada, en los *Nuevos motivos de Proteo*, que salieron en 1927 por la casa Cervantes, de Barcelona, y *Los últimos motivos de Proteo* (1932), recogidos por los familiares de Rodó, con el apoyo técnico del doctor Dardo Regules.

### ***La vida nueva I***

El primer opúsculo literario de la serie *La vida nueva* se publicó a mediados de 1897, pocos meses antes de la interrupción de la revista que Rodó había fundado, en marzo de 1895, junto a Víctor Pérez Petit y los hermanos Carlos y Daniel Martínez Vigil; la *editio princeps* es de la casa Dornaleche y Reyes, de Montevideo. En este folleto, el autor recogió dos artículos que ya habían salido en la *Revista Nacional*: “El que vendrá” (25 de junio de 1896) y “La novela nueva” (25 de diciembre del mismo año). Como recuerda Rodríguez Monegal, Rodó habló de la intención profunda del proyecto en el borrador de una carta que se conserva en su archivo, dirigida a Leopoldo Alas y fechada el 5 de septiembre de 1897: “Si no desconfiase de mis fuerzas para tal empresa, diría que el plan de esa colección se basa en el anhelo de *encauzar* al modernismo americano dentro de tendencias ajenas a las perversas del decadentismo *azul*... o

---

<sup>12</sup> Para comprender mejor la ordenación póstuma del material que Rodó concibió bajo el mismo símbolo y siguiendo un único pensamiento capital, remito al artículo “El Ciclo de Proteo”, de Roberto Ibáñez.

*candoroso*, según Vd. y yo hemos convenido en llamarle, valiéndonos, como Vd. dice, de un eufemismo” (Rodó, *Obras* 1262).

Antes de dar espacio al texto de “El que vendrá”, Rodó confesó a sus lectores el “Propósito” y el “Lema” de toda la serie. En el primero, sostuvo: “*La Vida nueva* será una colección de opúsculos literarios en los que me propongo reunir todas aquellas páginas más que expresen, ya una impresión de mi conciencia de espectador en el gran drama de la inquietud contemporánea, ya una modificación de mi pensamiento propio que obedezca al actual impulso renovador de las ideas y de los espíritus” (*Obras* 145).

En el “Lema”, Rodó declaró la norma que acompañaba el propósito profundo de toda la colección y que, en términos generales, debía regular la conducta y el temperamento del crítico literario:

Sin cierta flexibilidad del gusto no hay buen gusto. Sin cierta amplitud tolerante del criterio, no hay crítica literaria que pueda aspirar a ser algo superior al eco transitorio de una escuela y merezca la sanción de la más cercana posteridad. Temperamento de crítico es el que une al amor por una idea o una forma de arte, nervio y carácter de sus juicios, la íntima serenidad que se levanta, augusta y vencedora, sobre los apasionamientos de ese amor, como se cierne sobre las tempestades de la tierra la paz de las alturas. Me parece haber afirmado alguna vez que en la aleación del alma del crítico grande y generoso es indispensable elemento una buena porción de aquella sustancia etérea, vaga, dotada de infinita elasticidad, sensible y dócil a la presión de todos los resortes humanos, fácilmente adaptable a las más diversas manifestaciones del pensar y el sentir, que veía el gran estético de la Enciclopedia en el alma multiforme del cómico. [...] Hagamos del amor que comunica fuerza y gracia a cuanto inspira, y engendra en el pensamiento la noble virtud de comprenderlo todo, el gran principio de nuestra filosofía literaria. Comprender es casi siempre tolerar; “tolerar es fecundar la vida”. El mejor crítico será aquel que haya dado prueba de comprender individualidades, épocas y gustos más opuestos. (*Obras* 145-46)

De acuerdo con lo que García Morales afirma, la posición de Rodó respecto a la importancia de la capacidad tolerante del crítico tiene una procedencia precisa: si bien, como será una

costumbre, el ensayista montevideano no indicó el autor, ni la fuente de la cita, “ésta pertenece al folleto de Clarín *Apolo en Páfos*, en el que el dios de la poesía da a las musas una lección de ‘tolerancia, de espíritu expansivo’: ‘amad y comprenderéis, amad e inspiraréis, tolerar es fecundar la vida’. Es muy probable que al emprender *La Vida Nueva*, Rodó tomase en cuenta el plan de los *Folletos literarios* que Clarín venía publicando desde 1886” (García Morales, *Literatura* 23).

El artículo “El que vendrá” es un texto muy elaborado, donde la prosa artística rodoniana da prueba, en forma extrema, de su carácter depurado y, a veces, hasta enigmático; el resultado de este escrito es la manifestación de un estilo que, a menudo, se alimenta de misterio, ensueño e intimidad. Al respecto, Carlos Martínez Durán en el libro *José Enrique Rodó en el espíritu de su tiempo y en la conciencia de América* afirmó que: “El estilo de Rodó no es la túnica o vestido de un puro esteticismo. El pensamiento, las ideas se traban y adhieren de tal modo a las palabras, a las imágenes, a las metáforas, que aquéllas y éstas son una misma sustancia en unidad admirable” (17). Por lo contrario, Mario Benedetti sostuvo que:

El evidente impacto que produjo *El que vendrá* en el ambiente de fin de siglo se debió más que nada a la cadencia del estilo, a eso que Blixen llamaba “constante variedad del colorido que hace de aquella prosa un preciso trabajo de arte”. En toda la obra de Rodó afloró siempre cierta ingenuidad esencial que, a pesar de que invalidaba algunos de sus puntos de vista, fue también uno de sus más seguros atractivos. Pero, en *El que vendrá*, esa ingenuidad está demasiado a flor de piel, queda demasiado inerte [...]. Cuando Rodó invoca: “¡Revelador! ¡Revelador! ¡La hora ha llegado!... El sol que muere ilumina en todas las frentes la misma estéril palidez, descubre en el fondo de todas las pupilas la misma extraña inquietud; el viento de la tarde recoge de todos los labios el balbucear de un mismo anhelo infinito, y ésta es la hora en que ‘la caravana de la decadencia’ se detiene, angustiada y fatigada”, su oración laica suena tan solo a literatura; no tiene sostén social, ni filosófico, ni religioso. Posee tan solo un basamento poético, un impulso de metáforas encadenadas, pero ello, en una prosa que quiere ser de pensamiento, es poco mérito para sobrevivir. (27-29)

En “El que vendrá”, Rodó intentó dibujar el clima de esperanzas y presagios que definía la literatura finisecular y que se produjo con el ocaso del dogma positivista, la poética parnasiana y el credo naturalista. “En sus párrafos conmovidos, era una generación la que hablaba” (Ardao, “La conciencia” 69). De acuerdo con el análisis de García Morales, el ensayista montevideano retomó de Paul Bourget “la ‘loi de la Nemesis’ que actuaba contra las valoraciones injustas y acababa dando a cada artista su verdadero lugar en la historia del arte” (*Literatura* 24). Para Rodó, la diosa griega “compensadora e inflexible que restablece fatalmente, en las cosas del Arte, el equilibrio violado por el engaño, la intolerancia o la pasión” (Rodó, *Obras* 146) había llegado en ese *fin de siècle* para contrarrestar la intolerante visión científica de la existencia humana, el culto exclusivo de la forma y la incapacidad de representar cabalmente las necesidades del espíritu; de esta forma, sin nombrarlas directamente, el autor del ensayo criticaba las corrientes ideológicas y literarias que habían dominado las últimas décadas del siglo XIX: positivismo, parnasianismo y naturalismo. “Los imanes de las escuelas han perdido su fuerza de atracción, y son hoy hierro vulgar que se trabaja en el laboratorio de la crítica. Los cenáculos, como legiones sin armas, se disuelven; los maestros, como los dioses, se van...” (Rodó, *Obras* 149).

Las fórmulas filosóficas y estéticas que Rodó reclamaba y predecía tendrían que nacer de la emergencia en el arte de una reacción idealista y espiritualista. Sin embargo, el texto traza un panorama de confusión y desolación, donde los nuevos valores atraviesan todavía una fase de gestación:

Entre tanto, en nuestro corazón y nuestro pensamiento hay muchas ansias a las que nadie ha dado forma, muchos estremecimientos cuya vibración no ha llegado aún a ningún labio, muchos dolores para los que el bálsamo nos es desconocido, muchas inquietudes para las que todavía no se ha inventado un nombre [...]. En vano nuestras copas vacías se tienden para recibir el vino

nuevo: caen marchitas y estériles, en nuestra heredad, las ramas de las vides, y está enjuto y trozado el suelo del lagar.

Sólo la esperanza mesiánica, la fe en el que ha de venir, flor que tiene por cáliz el alma de todos los tiempos en que recrudecen el dolor y la duda, hace vibrar misteriosamente nuestro espíritu. Y tal así como en las vísperas desesperadas del hallazgo llegaron hasta los tripulantes sin ánimo y sin fe, cerniéndose sobre la soledad infinita del Océano, aromas y rumores, el ambiente espiritual que respiramos está lleno de presagios, y los vislumbres con que se nos anuncia el porvenir están llenos de promesas...” (Rodó, *Obras* 149)

El que vendrá, el hombre de letras que tendrá que llegar para representar la época nueva y revelar la renovada palabra del espíritu será, según Rodó, un “airado y sublime vengador”, al mismo tiempo que “un apóstol dulce y afectuoso” (*Obras* 149-50). En *Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo*, García Morales sostiene que la figura de este *Revelador* –así lo definió Rodó en su artículo– es “una transposición del *héroe* y, más concretamente, del *héroe como hombre de letras* de que habla Thomas Carlyle” (25). De hecho, el autor montevideano conocía el ensayo *Los héroes* de Carlyle en la edición española que apareció en 1893, con introducción de Leopoldo Alas, y a través de la lectura del cuarto capítulo del quinto volumen de la *Historia de la literatura inglesa*, que Hippolyte Taine dedicó a “La filosofía y la historia. Carlyle”.

Sin embargo, Rodó tiene de este profeta de la palabra nueva sólo “una imagen vaga y misteriosa” (*Obras* 150); de hecho, el ensayista se pregunta: “¿Sobre qué cuna se reposa tu frente, que irradiará mañana el destello vivificador y luminoso; o sobre qué pensativa cerviz de adolescente bate las alas el pensamiento que ha de levantar el vuelo hasta ocupar la soledad de la cumbre?” (149). Frente a este horizonte de expectativas e incertidumbres, Rodó subraya el valor positivo, constructivo de la duda, anticipando una posición que será una constante en el desarrollo de su obra:

El vacío de nuestras almas sólo puede ser llenado por un gran amor, por un grande entusiasmo; y este entusiasmo y ese amor sólo pueden serles inspirados por la virtud de una palabra nueva. Las sombras de la Duda siguen pesando en nuestro espíritu. Pero la Duda no es, en nosotros, ni un abandono y una voluptuosidad del pensamiento, como la del escéptico que encuentra en ella curiosa delectación y “blanda almohada”; ni una actitud austera, fría, segura, como en los experimentadores; ni siquiera un impulso de desesperación y de soberbia, como en los grandes rebeldes del romanticismo. La Duda es en nosotros un ansioso esperar; una nostalgia mezclada de remordimientos, de anhelos, de temores; una vaga inquietud en la que entra por mucha parte el ansia de creer, que es casi una creencia... (*Obras* 150)

“La novela nueva”, segundo ensayo del opúsculo, fue escrito con motivo de la publicación de *Primitivo*, de Carlos Reyles. Es ésta la primera entrega de una colección de novelas cortas que el narrador uruguayo –otro representante de la Generación del Novecientos a la que Rodó pertenecía– publicó a partir de 1896, bajo el título de *Academias*. En el prólogo “Al lector”, Reyles afirmó que estas novelas se enfocarían en “un arte que no permanezca indiferente a los estremecimientos e inquietudes de la sensibilidad fin de siglo, tan refinada y compleja y que esté pronto a escuchar los más pequeños latidos del corazón moderno, tan enfermo y gastado” (7). En particular señaló que en Francia, Italia y Alemania “se han hecho y se hacen continuamente tentativas numerosas [...] para multiplicar las sensaciones de fondo y forma y enriquecer con bellezas nuevas, la obra artística; para encontrar la fórmula preciosa de arte del porvenir”; al contrario, la novela española del siglo XIX había producido obras hermosas, pero “locales y exteriores, demasiado exteriores para sorprender los estados de alma de la nerviosa generación actual” (8).

En el artículo “La novela nueva”, donde, según Rodríguez Monegal, es posible reconocer “la misma tónica espiritual y el mismo anhelo de *El que vendrá*” (*apud* Rodó, *Obras* 143), el ensayista montevideano reprochó a Carlos Reyles por no haber percibido más que *exteriorismo* en la novela española. Rodó analizó las obras más recientes de Emilia Pardo Bazán, Juan Valera, Benito Pérez Galdós, Armando Palacio Valdés y Leopoldo Alas, y llegó a

la conclusión de que precisamente en “la novela española es donde es necesario buscar todo lo que el alma de España sabe de la vida nueva del espíritu. En la novela es donde puede comprobarse que, por ella también, ha pasado cierto soplo de viento que semeja alzado, desde la sombra, por un batir de alas...” (*Obras* 156).

Rodó no se limitó a examinar la sensibilidad de la novela española. En el texto se encuentran también agudas observaciones sobre las letras hispanoamericanas. De hecho, el autor se pregunta: “¿Cuál es el interés que en relación a las particularidades del arte literario de América ofrece esta gran cuestión de la novela contemporánea, inquieta en la elección de sus rumbos?” (*Obras* 156). La respuesta es penetrante y proteica; antes que nada, Rodó subraya la superficialidad de la reacción antinaturalista y la necesidad de dirigir los intentos creadores del modernismo hacia una mayor profundidad espiritual e idealista. Luego, afirma la importancia de reconocer y organizar la originalidad de la cultura de América Latina; aquí es evidente la base de lo que Arturo Ardao ha definido el *americanismo literario* de Rodó:

Amamos, sí, la aspiración de originalidad que busca imprimir un sello peculiar y profundo a aquellas formas que lo admiten de nuestro arte, y que se manifiesta en la novela de América por las tentativas, ya de evocar la gloria de nuestras tradiciones, ya de poner en juego los elementos dramáticos de nuestra sociabilidad, ya de colorearse en los tintes de la naturaleza propia, o de reflejar las formas originales de la vida en los campos donde aún lucha la persistencia del retoño salvaje con la savia de la civilización invasora. (Rodó, *Obras* 157)

El análisis de Rodó va más allá, al establecer para el arte hispanoamericano un principio fundamental: en su inmensa labor renovadora, el alma de América –“los que se lanzan, argonautas del perdido Ideal, a los mares del espíritu” (*Obras* 159)– debe mantener sus profundos vínculos con la tradición europea.

En términos generales, la crítica mexicana que, hasta 1947, se ha ocupado del primer opúsculo de *La vida nueva* no ha mostrado una significativa atención interpretativa. Sin duda, esta falta se debe a la circulación limitada que “El que vendrá” y “La novela nueva” sufrieron en el ámbito nacional. Si se excluyen las copias que Rodó envió personalmente a los destinatarios de sus misivas, el lector mexicano, durante los últimos años del siglo XIX y el principio del XX, tuvo noticia de este folleto principalmente a través de la revista *Flor de Lis*, de Guadalajara (15 de noviembre de 1897) y la *Revista Latino-Americana*, que publicó un largo pasaje de “La novela nueva” (10 de junio de 1898).

Uno de los primeros intérpretes de *La vida nueva I* fue Max Henríquez Ureña. El crítico dominicano desarrolló un papel importante en el periodismo y, en general, en la historia intelectual de México. En su estancia, desde el febrero de 1907 a fines de 1908, colaboró con *El Diario*, de la Ciudad de México, que dirigía el jurista y diputado Juan Sánchez Azcona; fue jefe de redacción de *La Gaceta*, de Guadalajara; y trabajó como editorialista del *Monterrey News*. Además, participó de forma protagónica en los hechos que marcaron –según lo que afirma Fernando Curiel Defossé– la etapa pre-ateneísta de la amplia “revuelta cultural méxicoatениense” (*La revuelta* 37): tuvo un papel central en la publicación regiomontana de *Ariel* (mayo de 1908), puesto que fue uno de los firmantes de la carta dirigida al general Bernardo Reyes, donde se le solicitaba que costeara el libro, y porque, como aprobación a esta publicación, se utilizó la misiva del 20 de noviembre de 1904 que Rodó le había enviado para dar su beneplácito a la edición cubana de la obra (1905); además, el 24 de marzo de 1908 Max Henríquez Ureña expuso el tema “La influencia de Chopin en la música moderna”, durante la segunda serie de encuentros que la Sociedad de Conferencias organizó en el Teatro del Conservatorio Nacional.

Desde el punto de vista de los temas rodonianos, merece una cierta atención el discurso que Max Henríquez Ureña leyó en honor del Duque Job y cuyo texto se publicó en la *Revista Moderna de México* (mayo de 1907) con el título “Palabras pronunciadas en la manifestación de la juventud literaria del miércoles 17 de abril de 1907, en la ceremonia de la Alameda”. Este discurso se enmarca en la “Protesta literaria” que Alfonso Cravioto, Rafael López, Alfonso Reyes, Emilio Valenzuela, Roberto Argüelles Bringas, Max y Pedro Henríquez Ureña, entre otros, organizaron en oposición al programa editorial y literario de Manuel Caballero: éste inauguró la segunda época de la gloriosa *Revista Azul*, que Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo habían fundado en 1894, y declaró sin reservas su intento de combate antidecadente y antimodernista.

El domingo 7 de abril –el mismo día en que apareció el primer número de la reanimada *Revista Azul*– los representantes de la nueva generación intelectual mexicana decidieron firmar una “Protesta literaria” contra la posición de Caballero; el texto salió en *El Diario* el lunes siguiente: amén de rechazar “la obra de irreverencia y falsedad [...] que ha emprendido un anciano reportero, carente de toda autoridad y de todo prestigio” (“Protesta” 335), este grupo de jóvenes recordó el valor revolucionario de Gutiérrez Nájera y afirmó su perspectiva hacia el modernismo “como principio de libertad, de universalidad, de eclecticismo, de odio a la vulgaridad y a la rutina.” Se declararon “modernistas, sí, pero en la amplia aceptación de ese vocablo, esto es: constantes evolucionarios, enemigos del estancamiento, amantes de todo lo bello, viejo o nuevo, y en una palabra, hijos de nuestra época y nuestro siglo” (336).

Este texto, firmado por los mismos intelectuales que promovieron la primera edición mexicana del *Ariel* y que fundaron en el octubre de 1909 el Ateneo de la Juventud, muestra muchas afinidades con los ideales promovidos por Rodó: de hecho, creían que “el

bien, y la justicia, y la verdad y la belleza, no son más que una sola y perdurable entidad” (“Protesta” 334).

De modo similar, las palabras que Max Henríquez Ureña pronunció en honor de Gutiérrez Nájera durante el mitin de la Alameda –acto solemne organizado por la juventud literaria contra la osadía de Caballero– nos remiten claramente a los temas de “El que vendrá”; Alfonso García Morales observó este dato en su libro *El Ateneo de México: 1906-1914. Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*. Aquí va la cita de Henríquez Ureña sobre la significación histórica del autor de *Cuentos frágiles*:

Gutiérrez Nájera surgió en un solemne momento histórico de la literatura mexicana: era el momento en que se imponía una reforma que cambiara los oropeles sensibleros del romanticismo ya caduco y decadente; una revolución que devolviera al verso su antigua elegancia y abriera nuevos campos para la explotación de los metros y los ritmos; un estremecimiento que hiciera brotar de las raíces recónditas del idioma, nuevas palabras y vocablos aletargados, que renaciendo a la luz dieran cabal y gallarda expresión al pensamiento. Para iniciar esa obra se esperaba al elegido, porque los elegidos surgen siempre en el momento en que pueden realizar una labor fecunda, en el momento en que, según la frase de Renan, “una inmensa espera invade las almas”. Manuel Gutiérrez Nájera fue el elegido. Apareció como un redentor amable, y con la sonrisa en los labios derribó los viejos ídolos, desterró el sectarismo en arte, mirificó la prosa y el verso con el prodigio de sus adjetivos y con la revelación de una nueva elegancia de la forma, y galvanizó el cadáver del viejo y puro clasicismo con el beso apasionado de sus Odas Breves. (*Revista Moderna de México*, 8, mayo de 1907: 139-40)

Once años más tarde, Max Henríquez Ureña regresó, esta vez con una más clara intención interpretativa, a hablar de *La vida nueva I*. Fue en ocasión de la conferencia que dio en el Ateneo de Santiago de Cuba el 9 de junio de 1918. Al referirse al artículo “El que vendrá”, el autor de *Rodó y Rubén Darío* afirmó que:

Esa página, donosamente escrita, tuvo extensa resonancia en América, porque planteaba un problema espiritual que ofrecía universal interés. Toda generación que surge anhela su profeta;

desea que de su seno salga la voz del siglo, la que ha de vibrar siempre como síntesis ideal de un momento histórico del pensamiento humano. Y nuestra América, más que ningún otro conjunto de naciones, deseaba ver brotar de su seno al revelador de la palabra nueva. (61)

En su conferencia, Max Henríquez Ureña sostuvo que Rodó fue “el apóstol dulce y afectuoso que vino hacia nosotros con la nota de amor y de esperanza, que señaló el renacimiento del Ideal”. De acuerdo con lo que Pérez Petit escribió el mismo año en *Rodó: su vida, su obra*, el crítico dominicano afirmó que: “Mientras su espíritu generoso buscaba al revelador en otra parte y soñaba con verlo aparecer en su camino, nosotros habíamos comprendido ya que José Enrique Rodó era ‘el que vendrá’” (M. Henríquez Ureña, *Rodó* 62).

En ámbito mexicano, otros dos importantes intérpretes del ensayo “El que vendrá” fueron Pedro Henríquez Ureña y Samuel Ramos. El primero comentó el juvenil escrito rodoniano en “La obra de José Enrique Rodó”: tercera conferencia de la serie que el grupo ateneísta organizó en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, entre agosto y septiembre de 1910, para celebrar el Centenario de la Independencia de México. Esta serie de encuentros nació de la preocupación por temas nacionales y, en general, hispanoamericanos. A continuación cito el largo e importante pasaje del texto donde Pedro Henríquez Ureña, amén de presentar al maestro uruguayo, habló de “El que vendrá”:

No vacilemos ya en nombrar a José Enrique Rodó entre los maestros de América. Rodó es el maestro que educa con sus libros, el primero, quizás, que entre nosotros influye con sola la palabra escrita. No a todos será fácil, sin duda, conocer la extensión de esa influencia; pero quien observe la descubrirá, a poco ahondar, esparcida por donde quiera: los partidarios de *Ariel*, los futuros secuaces de *Proteo*, son multitud que crece cada día. Hecho singular si se considera que los libros de Rodó son de difícil acceso en la mayor parte de América; explicable, en cambio, por la virtud sugestiva de ellos, que a todos sus admiradores nos convierte en propagandistas.

Esa virtud sugestiva, virtud de persuasión, don de maestro, habría podido, quizás, bastar a hacernos presentir en los primeros trabajos de Rodó, puramente literarios, su actual personalidad de pensador, de director de espíritus. La incitación que lleva a los lectores de Rodó a propagar

sus ideas se explica con relación a su primer artículo famoso, intitulado “El que vendrá” (1897), por el interés mismo, interés dramático, cabe decir, del asunto: el problema de cómo será la personalidad del futuro dominador literario, la figura que haya de aparecer, en días próximos, a orientar las ideas y las formas hacia rumbos nuevos. Allí, al profundo estudio psicológico del ambiente literario en los últimos tiempos se unen la creación imaginativa, la curiosidad del hombre a quien interesa la vida, el delicado gusto del humanista que se complace en observar combinaciones y transformaciones de elementos intelectuales; y sobre todo, el entusiasmo del espíritu joven, entusiasmo que hace pensar, como en su modelo, en la atenta avidez, característica, según Walter Pater, de la maravillosa juventud de Goethe. (“La obra” 58)

Por su parte, Samuel Ramos habló de “El que vendrá” en el “Prólogo” de la antología *Rodó*, publicada en 1943 por la Secretaría de Educación Pública de México. El filósofo hace hincapié en el clima de inquietudes y desilusiones que caracterizó el último lustro del siglo XIX, “por no haberse cumplido las promesas de una época histórica que pretendía representar la fase más avanzada del progreso humano. La falta de una visión alentadora del porvenir que encendiera en los ánimos decaídos por la pérdida de sus dioses, la fe en un nuevo ideal, ponía un tinte melancólico a aquellos hombres desorientados que presenciaban el crepúsculo del siglo” (IX). El artículo “El que vendrá” fue la respuesta de Rodó a este clima de incertidumbres y ansias mesiánicas. “Hay en estas páginas una tensión emocional en algo comparable al presentimiento nietzscheano de Zarathustra, pero no es desde luego para anunciar la venida del superhombre. Ese profeta revelador acaso no fue sino el propio Rodó que tres años más tarde había de traer a la América el mensaje de *Ariel*” (X).

## *La vida nueva II*

“Rubén Darío: su personalidad literaria, su última obra” es el título del ensayo crítico que constituye el segundo opúsculo de la colección *La vida nueva*. Se publicó por Dornaleche y Reyes en 1899. Dos años más tarde, el poeta nicaragüense decidió utilizar el estudio rodoniano para prologar la segunda edición de *Prosas Profanas y otros poemas*, que había salido a la venta, por primera vez, en las librerías de Buenos Aires en 1896; el “Prólogo” de esta publicación apareció sin firma –suscitando una polémica epistolar entre los dos hombres de letras–, sin embargo la amplia circulación del libro en pocos años consagró a Rodó “como uno de los críticos más penetrantes de la lengua española. [...] Ningún estudio tan completo se había dedicado a quién ya era, sin disputa, el primer poeta de la lengua. Y su trabajo adquirió pronto categoría de clásico” (Rodríguez Monegal, Introducción 163).

Alfonso García Morales sostiene que el texto de Rodó, a pesar de expresar algunas importantes diferencias respecto a la estética modernista de Darío, reconoce el valor poético de su obra; en este sentido, representa un ejercicio de tolerancia crítica, cuyo modelo fue Leopoldo Alas: “En el folleto sobre Darío y *Prosas profanas*, Rodó adoptó el planteamiento utilizado por Clarín en su famoso estudio sobre Baudelaire y *Les fleurs du mal*” (García Morales, *Literatura* 37).

El ensayo se divide en dos partes principales. La primera se abre con la afirmación que ha suscitado, quizás, más comentarios entre los críticos del modernismo hispanoamericano y su máximo representante: “Indudablemente, Rubén Darío no es el poeta de América” (Rodó, *Obras* 165). Según Rodó, las plumas del *cisne* nicaragüense eran el personalismo, la pasión por la exquisitez literaria, la atracción por lo exótico y lo artificial, una concepción del arte refinada pero demasiado distante de los problemas sociales y morales: “No cabe imaginar una

individualidad literaria más ajena que ésta a todo sentimiento de solidaridad social y a todo interés por lo que pasa en torno suyo” (167). Aunque reconociera el significado de la obra de Darío por las letras del continente latinoamericano, en su ensayo crítico Rodó afirmó que:

No será nunca un poeta popular, un poeta aclamado *en medio de la vía*. Él lo sabe, y me figuro que no le inquieta gran cosa. Dada su manera, el papel de *representante de multitudes* debe repugnarle tanto como al poeta de las *Flores del mal*, que, con una disculpable petulancia, se jactaba de no ser lo suficientemente *bête* para merecer el sufragio de las mayorías... Lejos del vano estrépito del circo, en la “sede del arte severo y del silencio”, como él gusta decir evocando la grave frase dannunziana, pule, cincela, a modo de “un buen monje artífice”, y consulta a los “habitantes de su reino interior”. (*Obras* 169)

Al considerar una “cierta reticencia, cierta contención en el encomio” que Rodó mostró respecto a la obra rubendariana, Mario Benedetti escribió que: “Es obvio que el ataque no va dirigido al poeta sino a los imitadores; pero es igualmente obvio que Rodó disculpa el ‘modernismo’ de Darío sólo porque viene avalado por un indiscutible genio poético” (42). De hecho, en el texto rodoniano es evidente que la voluntad de renovar el ideal literario y proponer una versión del modernismo más comprometida con las cuestiones sociales y éticas, no permitieron a Rodó que reconociera en Darío el revelador de la palabra nueva; nunca habría podido absolver “el antiamericanismo involuntario del poeta” (Rodó, *Obras* 166). Al final de la primera parte de su ensayo, el escritor montevideano sintetiza su postura hacia *Prosas profanas y otros poemas* de esta forma:

Toda la complejidad de la psicología de este poeta puede reducirse a una suprema unidad, todas las antinomias de su mente se resuelven en una síntesis perfectamente lógica y clara, si se las mira a la luz de esta absoluta pasión por lo selecto y por lo hermoso, que es el único quicio inmovible en su espíritu. –No es el parnasianismo helado; pero es, en cierta manera, un parnasianismo extendido al mundo interior, y en el que las ideas y los sentimientos hacen el papel de lienzos y bronce. –Teófilo Gautier no tenía reparo en

confesar que, consideradas las cosas poniéndose en el mirador del arte, le parecía preferible una magnífica pantera a un ser racional: lo que no impedía que el hombre pudiera hacerse superior a la pantera despojándola de su piel para recortarse una hermosa túnica. Hay en Rubén Darío la virtualidad de una estética semejante. (*Obras* 169-70)

En la segunda parte del ensayo, Rodó interpreta los distintos poemas de la colección de Darío. Confiesa admirar en ellos la “gracia provocativa y sutil, incisiva y amanerada” y la “originalidad de la versificación” (*Obras* 172): los de Darío son versos “golosos, versos tentadores y finos, versos capaces de hacer languidecer a una legión de Esparta...” (175). Rodó sostiene que el alma del poeta ha elegido una patria ideal que lo aísla del horizonte de su realidad: “Su espíritu –somnia-bulo para lo actual– se afirma en el pasado sobre dos trípodés: la Francia del siglo XVIII, y la Hélade clásica que aquella Francia imitó caprichosamente, trocando en dominó la túnica antigua” (178). De esta forma, después de afirmar “Yo soy un modernista también”, el autor de este segundo opúsculo de *La vida nueva* vuelve a subrayar la poderosa individualidad del talento poético rubendariano y acusa a sus imitadores de ser “los falsos demócratas del arte” (187), los verdaderos responsables de esa superficialidad modernista que no puede ser el “verdadero sello de americanismo original” (165).

Con respecto a la circulación del ensayo rodoniano, cabe señalar que la edición de *Prosas profanas y otros poemas* (1901) que la Librería de la Viuda de Charles Bouret realizó en París, fue impresa también en la Ciudad de México, como atestiguan los datos editoriales en la portada del libro. Puesto que el autor montevideano había enviado a través de una amplia correspondencia epistolar las copias de su opúsculo a diferentes redacciones y escritores mexicanos, es posible suponer que el ambiente literario de ese entonces no tardó en identificar a quién había firmado el “Prólogo” del libro. Además, cómo he recordado en el segundo

capítulo, la *Revista Moderna de México* publicó en el abril de 1909 el artículo “El pórtico”, que pero es sólo un fragmento del texto rodoniano.

En el ámbito nacional, los críticos que, durante la primera mitad del siglo pasado, se ocuparon de “Rubén Darío: su personalidad literaria, su última obra” fueron principalmente Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. El humanista regiomontano citó a Rodó y utilizó sus ideas acerca del modernismo, en “De poesía hispanoamericana”, quinto escrito de la colección *Pasado inmediato y otros ensayos*, que se publicó en 1941 por El Colegio de México. Aquí va el pasaje al que hago referencia:

El nuevo espíritu español data de la llamada Generación del 98. El nuevo espíritu americano data de los años de 80. Una y otra revolución proceden de diferentes impulsos, y luego se cambian influencias entre sí. En España, tras el desastre de la guerra con los Estados Unidos, se trata –sin perder de vista los fines de reforma estética– de enfrentarse con la realidad española, rectificando las falsas perspectivas de la antigua grandeza imperial. En América la revolución es puramente estética, y adquiere un sesgo de universalidad que, de momento, la aleja de las cosas americanas; o, cuando casualmente las aborda, les imprime una leve torsión de estilo. En este sentido, y refiriéndose al Rubén Darío de las *Prosas Profanas*, pudo Rodó hacer suya esta afirmación: “Indudablemente, Rubén Darío no es el poeta de América”. El refinamiento del Modernismo lo alejaba de las ásperas realidades nacionales, de que más bien quería escapar. Su universalidad lo hacía romper las fronteras. Su ambición de escalar las más altas cimas lo hacía disimular toda referencia a la modesta colina habitada por el poeta. El poeta, o quería ser un ciudadano del mundo, librándose de la liga dialectal o postcolonial; o soñaba que vivía en París, la primera urbe literaria, que en muchos casos no llegó a conocer siquiera; o se declaraba morador de un país abstracto y legendario. Como se ha dicho, el Modernismo parece un mentís a las teorías de Buckle y de Taine sobre la modelación por el medio ambiente. El Modernismo es un desquite contra el ambiente. (*Obras 12: 257-58*)

Por su parte, Pedro Henríquez Ureña analizó el ensayo “Rubén Darío: su personalidad literaria, su última obra” en la conferencia “La obra de José Enrique Rodó”, que dio en la Escuela Nacional de Jurisprudencia el 22 de agosto de 1910. Vale la pena citar este pasaje integralmente, puesto que se trata, sin duda, de la más precisa y detallada

interpretación de este ensayo rodoniano que he podido encontrar con respecto al período 1899-1947. Al retomar lo que había escrito sobre “El que vendrá”, Henríquez Ureña afirmó que:

La virtud sugestiva, comunicativa, de la obra de Rodó, persiste en sus estudios de crítica pura, que a primera vista se diría debieran atraer sólo a los que tienen aficiones críticas. Hay en ellos el mismo sentido humano, que, aparte de las cualidades de saber y de estilo, los hace amables para todo gusto educado. Así, apenas hay estudio literario escrito en América en los últimos quince años que sea tan conocido como lo es *Rubén Darío* de Rodó (1898 [*sic*]), conocido aun de aquellos que ignoran el nombre de su autor, suprimido, por impericia de una casa editorial (aunque el error se corrigió después, afortunadamente) en la primera reimpresión europea de *Prosas profanas*. En este juicio sobre Darío, realización crítica excelente, perfecta a ratos, el escritor uruguayo se da a vagar, con juvenil desenfado, a través de cuantos problemas, de cuantas evocaciones hacen surgir las poesías. Diréis que promete juzgar a Darío, y sólo juzga de *Prosas profanas*; diréis que empieza comentando largamente los primeros poemas y acaba saltando por sobre los últimos. Pero no os engañen esas apariencias de *impresionismo*: el estudio, a la verdad, no versa sino sobre *Prosas profanas*; pero no se dirá mucho más, ni nada mejor, sobre ese florilegio, aisladamente considerado. Todo el estudio está hecho como con desgana de la síntesis (la síntesis, no el análisis, debe ser el fin supremo del crítico); pero la síntesis va formándose a través de las largas páginas de divagación estética. Y ¿quién no ve surgir, a la postre, la figura completa del Rubén Darío de *Prosas profanas*, aristocrático, enemigo de la muchedumbre, indiferente a las cuestiones sociales, esquivo a todo *naturalismo* de la emoción, sutilizador del sentimiento, adorador de la brillante apariencia, ansioso de novedades exquisitas, curioso mercadante del verso? Poeta y crítico se corresponden; a la transitoria actitud de refinada artificialidad del poeta (debajo de la cual, empero, latía un corazón) corresponde el complaciente *dilettantismo* del crítico. Sino que, poco después, uno y otro habían de dirigir su atención hacia nuevos motivos, hacia aspectos graves y cuestiones hondas de la vida individual y también de la vida social. (“La obra” 58-59)

### ***La vida nueva III***

En febrero de 1900 la editorial Dornaleche y Reyes publicó el tercer volumen de *La vida nueva*: el ensayo que compone esta última entrega es *Ariel*. La obra marcó el cierre de la fase estrictamente crítico-literaria de la producción rodoniana y abrió, como sostuvo Arturo Ardao, la etapa de su *americanismo cultural*: a partir de este momento los intereses intelectuales de Rodó se enfocan en la interpretación de los problemas sociales, políticos y espirituales que definen y organizan el más vasto tema de la identidad americana.

De acuerdo con lo que afirmó Rodríguez Monegal: “La fama de Rodó no ha llegado aún más alta que *Ariel*. Es el libro que lo reveló a un ancho público hispánico; el libro que llevó su palabra a España, a toda América; el libro que sigue asociado indisolublemente a su nombre. La popularidad fue inmediata” (*apud* Rodó, *Obras* 201). De un modo opuesto, Carlos Real de Azúa escribió que “pese a lo que contrariamente se haya sostenido y sea lugar común, el éxito amplio e incontestable de *Ariel* no fue inmediato ni mucho menos” (“Prólogo a *Ariel*” XXII).

A pesar de la diferente posición que los dos críticos uruguayos abrazaron, los hechos relativos a la difusión del ensayo rodoniano delinean, a lo largo de los diez años que siguieron la *editio princeps*, un proceso profundo y sin pausas. En los periódicos españoles, desde la primera hora, se produjo un formidable eco crítico gracias a las voces de Leopoldo Alas, Juan Valera, Miguel de Unamuno y Rafael Altamira. En particular, cabe recordar el artículo laudatorio que Clarín publicó el 23 de abril de 1900 en *Los Lunes de El Imparcial* de Madrid y que fue incluido como prólogo en muchas ediciones del *Ariel*, a partir de la segunda (Montevideo, 1900). De acuerdo con lo que sostiene Rodríguez Monegal (*apud* Rodó, *Obras* 201), entre 1900 y 1911, se realizaron en varios países del mundo hispánico

nueve ediciones del libro: las dos primeras se imprimieron en 1900 por Dornaleche y Reyes; la tercera salió el año siguiente como suplemento de la *Revista Literaria*, de Santo Domingo; la cuarta apareció, en forma de folletín, en *Cuba Literaria*, La Habana (1905); la quinta y sexta fueron de 1908, respectivamente de Monterrey y Ciudad de México; la séptima se publicó en el mismo año en Valencia, por Sempere; la octava (1910) y la novena (1911) salieron a la venta ambas en Montevideo, por José María Serrano.

Dos aspectos contribuyeron de manera notable al éxito de la obra: por un lado, cabe recordar que durante el último lustro del siglo XIX Rodó había emprendido una amplia correspondencia epistolar con algunos de los intelectuales y escritores hispanohablantes más destacados de la época: de esta forma, el autor de *Ariel* desarrolló personalmente una propaganda efectiva de su libro. Por el otro lado, se debe señalar el valor circunstancial de la obra: una de las principales preocupaciones que sustentaron la intención escritural de Rodó fue la guerra entre Estados Unidos y España por la posesión de Cuba y lo que este conflicto implicaba para todas las naciones latinoamericanas en términos de amenaza intervencionista. Este discurso dedicado a la juventud de América llegó, pues, en el momento más oportuno, cuando el debate intelectual sobre el papel de Estados Unidos en el proceso de la independencia cubana era todavía muy intenso.

Los críticos han definido *Ariel* de modo heterogéneo, evidenciando así la extrema dificultad de encasillar este texto dentro de un único género. Como sostiene Castro Morales, quizás, el mismo Rodó “sabía que *Ariel* era una obra inclasificable, moderna, donde confluían el trabajo literario y la escritura de ideas en una forma ajena a la tradición didáctica o doctrinal hispánica” (Introducción 66-67). De hecho, la posición de la crítica rodoniana ha ido cambiando con el pasar de los años: en su “Prólogo” a la segunda edición de 1900, Leopoldo Alas afirmó que “*Ariel* no es una novela ni un libro didáctico; es de ese género intermedio que

con tan buen éxito cultivan los franceses, y que en España es casi desconocido. Se parece, por el carácter, por ejemplo, a los diálogos de Renan, pero no es diálogo; es un monólogo, un discurso en que un maestro se despide de sus discípulos” (14). Algunos años más tarde, Pedro Henríquez Ureña escribió que *Ariel* es una “disertación filosófico-social” (*Obra* 24).

José G. Antuña en su amplio estudio *Un panorama del espíritu: el “Ariel” de Rodó* –publicado por la editorial Florensa y Lafon de Montevideo en 1952 para celebrar el cincuentenario del libro– señaló que el *Ariel* representa en su sustancia un manifiesto, un “emblema del espíritu” (1: 16). Según Antuña, los “fundamentos *eternos*” del mensaje rodoniano fueron: “Despertar la responsabilidad de la juventud, acendrando el sentido ideal, frente a frente a la duda sistemática, al egoísmo y la vulgaridad. Levantar el estandarte de la esperanza mesiánica; la fe en el porvenir y en la vida interior; los inmarcesibles privilegios del espíritu, frente a la frivolidad y al desborde utilitario, es decir a la esclavitud del alma” (1: 25).

En su “Prólogo a *Ariel*” de 1976, Carlos Real de Azúa recuperó el concepto de predicación laica, que ya otros críticos anteriores habían preferido respecto al más genérico de ensayo, para describir el libro de Rodó; *Ariel* –afirma Real de Azúa– muestra la forma y el tono de esas “oraciones rectorales de colación de grados y otras piezas de elocuencia académica que las diversas circunstancias del trámite universitario suelen reclamar” (IX); para desarrollar su guion, Rodó se apoyó en el ejemplo expositivo y didáctico del “*discours aux jeunes gens*” o del “*sermon laïque*” (X). Este género de alocución doctrinal, que tuvo mucha fortuna en las cátedras universitarias de la Francia decimonónica, fue cultivado también por autores que Rodó conocía muy bien, como Ernest Renan, Anatole France y Jules Simon. Además, el autor de *Ariel* tenía conocimiento de “los discursos rectorales de Lucio Vicente López en la universidad porteña de los años noventa: como se ha demostrado

alguna vez, son más que casuales los contactos doctrinales, temáticos y hasta verbales entre esos textos y la obra que al cerrar la década los seguiría” (X).

En años más recientes, Belén Castro Morales y Alfonso García Morales han profundizado la relación del *Ariel* con el género del sermón laico;<sup>13</sup> por otro lado, me parece interesante recordar el análisis de Ottmar Ette y la de Rómulo Cosse que han hecho hincapié en el concepto de *ficción de la oralidad* para describir el ensayo de Rodó: el estudioso alemán, en su artículo “‘Así habló Próspero’: Nietzsche, Rodó y la modernidad filosófica de *Ariel*” (1994), interpretó la “‘estructura semiótica ficcional’ de *Ariel*, dónde, en términos de Genette, la *dicción* se enmarca en la *ficción*, en correspondencia con un sincretismo de los géneros literarios destinado a la concentración de lo literario y lo filosófico en un discurso donde lo ético y lo estético se funden en una propuesta de modernidad latinoamericanista” (Castro Morales, Introducción 66). En modo análogo, Rómulo Cosse –en “*Ariel: la discusión de un modelo*”, de 2000– analizó la obra rodoniana a partir de la “tensión estructural” que se produce entre los dos planos escriturales: por un lado, el discurso magistral quiere ser consagratorio y paradigmático; por otra parte, esa pieza oratoria que representa el plano de la fábula y la ficción quiere “ser literariamente portavoz y soporte, de un texto ensayístico, muy libre en su desarrollo” (Cosse 38-39).

La ponencia que Emir Rodríguez Monegal dio el 9 de mayo de 1984, en ocasión del simposio “La latinidad y su sentido en América Latina” que organizó la Universidad Nacional Autónoma de México, sintetiza con una cierta precisión las fuentes desde las que Rodó recuperó y reelaboró los personajes, las estructuras simbólicas y algunas de las posturas ideológicas de su libro. En su discurso, publicado por *La Revista de la Universidad de México* en agosto del

---

<sup>13</sup> Para conocer la posición de Castro Morales y García Morales sobre este tema, remito respectivamente a las dos obras indicadas en la bibliografía de esta tesis: la “Introducción” del *Ariel*; y *Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó*.

mismo año con el título “Ariel versus Calibán: latinismo versus sajonismo”, Rodríguez Monegal señaló la existencia de cuatro fuentes esenciales.

La primera, evocada por Rodó en el íncipit de su ensayo, es la comedia en cinco actos *La tempestad*, de William Shakespeare; al respecto, Castro Morales nos recuerda que en este texto, escrito entre 1610 y 1611, “se contienen las motivaciones simbólicas” del discurso rodoniano: “el apodo del maestro, Próspero, alude al duque milanés desterrado y náufrago en la isla donde habita el monstruoso aborígen Calibán; y la estatuilla en bronce de Ariel que domina la sala de lectura también es una figuración del alado personaje que asiste a Próspero en la isla” (Introducción 74). La segunda fuente es el drama filosófico *Calibán* (1878), de Ernest Renan: Rodó, como expone en la cuarta parte de su ensayo, escribió el *Ariel* también para responder a la firme oposición que el crítico francés movió hacia la raíz misma de los principios democráticos. Los puntos de contacto y las divergencias entre los dos pensadores remiten a una reflexión no siempre fácil, que resulta imposible desarrollar en mi tesis; en este sentido, el artículo “Del Calibán de Renan al Calibán de Rodó”, de Arturo Ardao, constituye una de las análisis más interesantes sobre este tema.

Las últimas dos fuentes del *Ariel* son ambas de 1898. El discurso que Paul Groussac pronunció en Buenos Aires el 2 de mayo de este año contiene en germen algunos de los temas más importantes del ensayo de 1900, sobre todo por lo que se refiere al planteo de la oposición entre la cultura estadounidense y la latinoamericana, la defensa de una aristocracia emanada por la superioridad moral e intelectual, y los significados del adjetivo *calibanesco*. Rodríguez Monegal afirmó que: “Es en Groussac donde debe verse el impulso inicial” (*apud* Rodó, *Obras* 194) del proyecto rodoniano. Finalmente, cabe señalar el artículo de Rubén Darío “El triunfo de Calibán”, publicado en *El Tiempo* de Buenos Aires (20 de mayo), donde el poeta nicaragüense comenta el discurso de Groussac.

El texto de *Ariel* se divide en ocho partes. La primera y la última representan el marco ficcional en cuyo espacio se desarrolla la materia ensayística. Sin duda, el *incipit* es uno de los más atractivos que la pluma del maestro uruguayo haya creado: “Aquella tarde, el viejo y venerado maestro, a quien solían llamar Próspero, por alusión al sabio maestro de *La Tempestad* shakespeariana, se despedía de sus jóvenes discípulos, pasado un año de tareas, congregándolos una vez más a su alrededor” (Rodó, *Obras* 202). La sala de estudio, donde Próspero dirige a sus alumnos esa “voz magistral, que tenía para fijar la idea e insinuarse en las profundidades del espíritu” (203), es dominada por la presencia *delicada y severa* de los libros del maestro y de “un bronce primoroso” (202) que reproduce Ariel:

Ariel, genio del aire, representa, en el simbolismo de la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu. Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia —el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida. (Rodó, *Obras* 202-203)

Respecto al plano ficcional del texto de Rodó, María Elena Arenas Cruz ha afirmado que esta construcción imaginaria es útil para “asentar la credibilidad de la argumentación” que da forma a la materia ensayística, “para hacer *parecer verdadero* el contenido del razonamiento” (121).

En la segunda parte, Rodó subraya la importancia de establecer un programa educativo en el desarrollo espiritual y moral de la juventud. Después de invocar a Ariel como su numen, Próspero —cuyas palabras nos remiten a la postura del autor montevideano— confiesa su ideal pedagógico a los atentos y afectuosos discípulos: “Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada. Pienso

también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación” (Rodó, *Obras* 203). De esta forma, según Próspero, la función de la juventud debe ser, tanto en el individuo, como en el proceso evolutivo de las sociedades, la de fecundar y renovar la fe en los ideales soñados. Frente a tan alta obra, todos los pesimismos son “inútiles para contrastar el altanero *no importa* que surge del fondo de la Vida” (204); y es por eso que “América necesita grandemente de su juventud” (208).

Rodó dedicó la tercera parte de su obra a la necesidad del ser humano de desarrollar no un solo aspecto de su espíritu, sino su naturaleza entera: “Antes que las modificaciones de profesión y de cultura está el cumplimiento del destino común de los seres racionales. ‘Hay una profesión universal, que es la de hombre’, ha dicho admirablemente Guyau” (*Obras* 208). Rodó cita la “belleza incomparable de Atenas” como ejemplo de esta actitud espiritual: “aquella ciudad de prodigios fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expansión de todas las energías capaces de contribuir a la gloria y al poder de los hombres” (210).

Según Rodó, el progreso de las sociedades ha llevado a un dominio siempre más evidente del sentido utilitario y material de la vida y a la consecuente distancia entre el alma y las preocupaciones puramente ideales. De esta forma, adquieren importancia las palabras que Próspero dirige a los estudiantes: “Yo os ruego que os defendáis, en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado. No entreguéis nunca a la utilidad o a la pasión sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material, hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento” (Rodó, *Obras* 210).

El símbolo de la necesidad del alma de reservar una parte de sí misma a los intereses ideales es el cuento de “El rey hospitalario”; Próspero recuerda a sus discípulos la historia de un emperador cuyo “palacio era la casa del pueblo”, porque todo en su recinto era libertad y hospitalidad. “Pero dentro, muy dentro; aislada del alcázar ruidoso por cubiertos canales; oculta a la mirada vulgar [...], una misteriosa sala se extendía, en la que a nadie era lícito poner la planta, sino al mismo rey” (Rodó, *Obras* 211). Siguiendo el ejemplo didáctico de esta parábola, los jóvenes, pues, deben edificar en su reino interior una “celda escondida y misteriosa que desconozcan los huéspedes profanos y que a nadie más que a la razón serena pertenezca”. De acuerdo con el precepto de Montaigne, Rodó sostiene que “nuestro espíritu puede ser objeto de préstamo, pero no de cesión. Pensar, soñar, admirar: he ahí los nombres de los sutiles visitantes de mi celda” (212).

La cuarta parte del *Ariel* —en realidad, el tercer capítulo del ensayo— se enfoca en el papel fundamental que el sentimiento de lo bello ocupa en la educación del espíritu. La emoción de la belleza, atributo de una minoría que se distingue de la masa anónima de la sociedad, representaría una “obra de misericordia”, una expresión del “amor caritativo” (Rodó, *Obras* 214), que puede educar a los individuos y los pueblos sobre cómo preservar los ideales del bien y la verdad. En este sentido, Rodó recuerda la ejemplaridad del estilo epistolar de San Pablo para afirmar que la “perfección de la moralidad humana consistiría en infiltrar el espíritu de la caridad en los moldes de la elegancia griega” (215). No de otra forma, “la gracia íntima y la delicadeza del sentimiento de lo bello serán una misma cosa con la fuerza y la rectitud de la razón” (216).

El propósito de la quinta parte es el análisis del triunfo de las ideas democráticas como una de las causas fundamentales del “desborde del espíritu de utilidad que da” —escribe Rodó— “su nota a la fisonomía moral del siglo presente, con menoscabo de la consideración estética y

desinteresada de la vida” (*Obras* 218). El ensayista montevideano desarrolla sus reflexiones a partir de la opinión de Ernest Renan:

Piensa, pues, el maestro [*Renan*], que una alta preocupación por los *intereses ideales* de la especie es opuesta del todo al espíritu de la democracia. Piensa que la concepción de la vida, en una sociedad donde ese espíritu domine, se ajustará progresivamente a la exclusiva persecución del bienestar material como beneficio propagable al mayor número de personas. Según él, siendo la democracia la entronización de Calibán, Ariel no puede menos que ser el vencido de ese triunfo. (*Obras* 218)

Según Próspero, los jóvenes deberían leer a Renan: “Nadie como él” –confiesa el venerado maestro– “me parece, entre los modernos, dueño de ese arte de ‘enseñar con gracia’, que Anatole France considera divino” (218). Sin embargo, Rodó toma distancia de la reacción antidemocrática del pensador francés:

Mientras para este autor la democracia debía ser combatida de raíz para restaurar el viejo orden aristocrático del antiguo régimen, para Rodó la democracia, pese a todas sus imperfecciones, era una conquista de la humanidad (“un principio de vida”) que, si bien se encontraba en un estadio inicial de desorientación, podría llegar a constituirse, cultivada y abonada por la educación popular, en el terreno idóneo, “fecundo”, para “la florescencia de idealismos futuros”. (Castro Morales, Introducción 83)

García Morales, amén de evidenciar las analogías entre *Ariel* y las denuncias al utilitarismo lanzadas por Matthew Arnold y aplicadas a la enseñanza por Leopoldo Alas, sostiene que el discurso de Próspero puede considerarse como “una particular defensa de la democracia” (*Literatura* 61). Pues, en la opinión de Rodó:

La democracia debía completar primero su obra negativa: acabar con las superioridades injustas, allanar los privilegios sin fundamento. Y una vez asegurada la igualdad de condiciones y medios entre sus miembros, realizar su obra afirmativa: la de suscitar “la

revelación y el dominio de las *verdaderas* superioridades humanas”. Esto es, poner los medios para que triunfaran los mejores y, a continuación, reconocerlos y confiarse a su dirección. Según la ideología democrática y al mismo tiempo elitista de Rodó, la democracia bien entendida se convierte así en el medio más adecuado para llegar a una República de los mejores, para establecer una auténtica aristocracia espiritual, cuya supremacía, basada en la inteligencia y la virtud, sea consentida por la libertad de todos: “Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescriptible elemento aristocrático”. La igualdad democrática, entendida como igualdad de condiciones, “es el instrumento más eficaz de selección espiritual, es el ambiente providencial de la cultura”. La acción de la multitud desemboca en la barbarie si no la orienta una conciencia superior; pero para ejercer legítimamente su dirección, para ser *verdaderas*, las superioridades han de fundarse democráticamente. (García Morales, *Literatura* 63)

La aplicación de los aspectos analizados en las páginas anteriores al caso específico de los Estados Unidos es el objetivo de la sexta parte. Según el sumario que Rodó inscribió, por su propia mano, en el ejemplar de *Ariel* que regaló a su amigo Daniel Martínez Vigil, y que Emir Rodríguez Monegal utilizó en 1957 para su edición de las *Obras completas*, esta parte corresponde al quinto capítulo del ensayo. Aquí Rodó llega a la conclusión de que los Estados Unidos representan “la encarnación del verbo utilitario” (*Obras* 226) y el triunfo de un igualitarismo que deteriora la calidad de la vida espiritual y moral: la democracia norteamericana constituye un modelo imperfecto, porque no definitivo todavía.

Al mismo tiempo, el autor montevideano señala que el poderoso país va realizando entre las naciones hispanoamericanas “una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes, y aún más quizá, en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria”; y de la admiración a la imitación –como Rodó advierte– el tránsito es muy breve: “Tenemos nuestra *nordomanía*. Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consumo” (*Obras* 226-27).

La frase “aunque no les amo, les admiro” (230) expresa, quizás mejor de cualquier otra, la postura de Rodó hacia los Estados Unidos. Como muestra el breve artículo que el maestro uruguayo publicó en *El Día* (23 de enero de 1900) para desmentir los tonos antiimperialistas con los que *El Siglo* había anunciado (30 de octubre de 1899) la inminente publicación del tercer opúsculo de *La vida nueva*, la intención principal del *Ariel* no fue la de juzgar la democracia y civilización norteamericanas. Sin embargo, la “cuestión de los Estados Unidos ha sido la más analizada y comentada por aquellos críticos que, desde la aparición de *Ariel* hasta nuestros días, han buscado interpretar y rescatar el sentido originalmente político y antiintervencionista del texto” (Castro Morales, Introducción 87).

De acuerdo con lo que afirmó Enrique Anderson Imbert en el primer volumen de *Historia de la literatura hispanoamericana*, publicado en 1954 por el Fondo de Cultura Económica de México:

El tema de los Estados Unidos es sólo un accidente, una ilustración de una tesis sobre el espíritu. Tan distante de la intención de Rodó ha sido oponer las dos Américas y lanzar un manifiesto de tipo político, que *Ariel* no fue una obra antiimperialista. Sólo alude al imperialismo moral no tanto ejercido por los Estados Unidos como creado por la imitación de la América española. Se le criticó precisamente haber descuidado el problema del imperialismo económico, diferente en esto de Manuel Ugarte, Blanco Fombona, Alfredo L. Palacios. Pero Rodó no se propuso ese problema. Estados Unidos es un ejemplo, no el tema de su ensayo. Lo que él querría era oponer el espíritu a la concupiscencia. (476)

De modo similar, Gutiérrez Girardot ofrece una interpretación precisa de este tema en el ensayo “José Enrique Rodó, *revisited*”, que podemos leer en la colección *Pensamiento hispanoamericano*, publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México en 2006; en este texto, el intelectual colombiano afirmó:

No es posible comprender la crítica de Rodó a los Estados Unidos y a la “nordomanía” sin tener en cuenta que detrás de la contraposición “utilitarismo” norteamericano-“idealidad” postulada, se encuentra una experiencia histórica hispanoamericana, esto es, la del “racismo útil” para la justificación de la conquista y la réplica a ese racismo fundada en la igualdad racional de los hombres, y la más inmediata que formuló el Libertador en una carta al coronel inglés P. Campbell, de 1829: “Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la Libertad”. Pero sería inadecuado calificar de “antiimperialista” la posición de Rodó, porque Rodó no era “anti” y porque en el trajinado vocablo caben las más contrarias y peregrinas reacciones. El *Ariel* del sereno Maestro fue una exigencia de “autoafirmación” americana e hispana, pues lo esencial de ésta no es lo emotivamente “anti” sino lo racionalmente “pro”, es decir, la confianza en la propia dignidad y en la propia capacidad o, para decirlo con palabras de Ernst Bloch, la facultad de “andar erguido”. (144-45)

La séptima parte del *Ariel* empieza con una referencia a las teorías de los *héroes* de Carlyle: “Gran civilización, gran pueblo –en la acepción que tiene valor para la historia– son aquellos que, al desaparecer materialmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen persistir en la posteridad su legado impercedero –según dijo Carlyle del alma de sus ‘héroes’–: *como una nueva y divina porción de la suma de las cosas*” (Rodó, *Obras* 238). Para el autor, la gloria de los pueblos no puede nacer sólo de la grandeza material, la realización del principio utilitario y la persecución de objetivos inmediatos:

Todo el que se consagra a propagar y defender, en la América contemporánea, un ideal desinteresado del espíritu –arte, ciencia, moral, sinceridad religiosa, política de ideas–, debe educar su voluntad en el culto perseverante del porvenir. El pasado perteneció todo entero al brazo que combate; el presente pertenece, casi por completo también, al tosco brazo que nivela y construye; el porvenir –un porvenir tanto más cercano cuanto más enérgicos sean la voluntad y el pensamiento de los que le ansían– ofrecerá, para el desenvolvimiento de superiores facultades del alma, la estabilidad, el escenario y el ambiente. (*Obras* 240)

Próspero, al concluir su discurso, aconseja a los discípulos –a la Juventud de América– que consagren los ideales de su alma no a la “impaciencia del éxito inmediato”, sino al esfuerzo sereno y firme y la esperanza que tienden hacia el porvenir: “Sólo somos capaces de progreso en

cuanto lo somos de adaptar nuestros actos a condiciones cada vez más distantes de nosotros en el espacio y en el tiempo. [...] El porvenir es en la vida de las sociedades humanas el pensamiento idealizador por excelencia” (Rodó, *Obras* 241). De esta forma, la imagen de Ariel, que representa “idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres” (242), será la luz capaz de reanimar en la conciencia “el entusiasmo por el ideal vacilante” (243).

La octava y última parte representa el cierre ficcional del ensayo, donde es evidente la correspondencia con la introducción narrativa. Es “la última hora de la tarde” y los discípulos, que se han despedido con afecto del maestro venerado, pasean en silencio entre la muchedumbre; al llegar de la noche, frente a la hermosura de las estrellas, “el más joven del grupo, a quien llamaban *Enjotrás* por su ensimismamiento reflexivo, dijo [...]: –Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y oscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador” (Rodó, *Obras* 243-44).

El proceso de recepción del *Ariel* en México representa un fenómeno sorprendentemente vasto, con momentos de mayor o menor intensidad interpretativa a lo largo de más de un siglo. Por esta razón he tenido que tomar una elección: en el periodo incluido entre la fecha de la primera publicación del *Ariel* hasta 1947, mi investigación se ocupará de la actividad crítica de cuatro autores: Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Mario de la Cueva y Samuel Ramos.

Al respecto, me parece oportuno evidenciar que quedan aquí excluidos una serie de hechos fundamentales y algunos protagonistas del proceso de difusión e influencia del *Ariel* en el ámbito nacional. Lamentablemente, tanto por las limitaciones de espacio y tiempo que una investigación académica comporta, así como por razones argumentativas, no he podido evitar

este corte. Sólo para citar algunos ejemplos ilustres que no encontrarán en mi tesis la merecida atención, recuerdo el papel que el ensayo de Rodó tuvo en la reorganización del sistema educativo superior que Justo Sierra impulsó a partir de 1907 con el nombramiento de Porfirio Parra como director de la Escuela Nacional Preparatoria y que se realizará cabalmente con la fundación en 1910 de la Universidad Nacional de México.<sup>14</sup>

Al mismo tiempo, en mi tesis no hablaré de la influencia de *Ariel* en el pensamiento de Antonio Caso y José Vasconcelos. En términos generales, investigar este tema comportaría abandonar el timón del barco, es decir ya no enfocar mi proceder analítico hacia la propuesta interpretativa de las obras del escritor uruguayo que se dio en México, sino ocuparme en modo más específico de la aplicación del ideario rodoniano: tanto Caso, como Vasconcelos no formularon una verdadera crítica del ensayo de 1900, sino que utilizaron y reelaboraron algunos temas tópicos del *Ariel* para desarrollar su personal perspectiva antipositivista y metafísica, y, en particular, su interpretación de la realidad de México y América Latina. Más que por el análisis crítico del texto de Rodó, Caso y Vasconcelos deben estudiarse por su papel dentro del *arielismo*, esa corriente ideológica que tomó su nombre del *Ariel*, pero que en muchas de sus expresiones se alejó del pensamiento original del intelectual montevideano. Para ambos casos, así como para el papel que Rodó tuvo en el ámbito educativo mexicano a principios del siglo pasado, espero poder plantear un trabajo futuro.

Entre los jóvenes ateneístas Pedro Henríquez Ureña fue sin duda el intelectual más activo en el proceso de difusión de la obra rodoniana en México; no sólo por su papel en la publicación regiomontana de *Ariel*, su trabajo periodístico y la intensa correspondencia

---

<sup>14</sup> Entre los textos más interesantes sobre este tema señalo: *La Escuela Nacional Preparatoria: los afanes y los días (1867-1910)*, de Clementina Díaz y de Ovando; *El Ateneo de México: 1906-1914. Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*, de Alfonso García Morales; “La invención de ‘Ariel’”, de Enrique Krauze; y “La presencia de José Enrique Rodó en las vísperas de la Revolución mexicana”, de Leonardo Martínez Carrizales.

epistolar que mantuvo con Rodó, sino, quizás sobre todo, por la actividad crítica que desarrolló desde antes de su llegada a Veracruz en enero de 1906, hasta abril de 1911, cuando viajó a La Habana y Santo Domingo.

Las enseñanzas que Henríquez Ureña recibió de la obra de Rodó no fueron pocas. Como recuerda Walter Rela, el investigador argentino Emilio Carilla subraya que el humanista dominicano aprendió del maestro uruguayo tanto un preciso modo ético-social de hacer crítica literaria, como la orientación latinoamericanista del pensamiento que sintió imprescindible seguir (Rela 7). Además, Rodó representó para Henríquez Ureña el ejemplo de seriedad con el que debía desarrollarse el trabajo intelectual y le mostró el camino para completar el proceso de reflexión sobre la autonomía de las letras hispanoamericanas.

Sí, maestro y discípulo para las cuestiones relativas a la elaboración de una conciencia e identidad continentales, pero, por fin, alejados en la respectiva opinión sobre los Estados Unidos y la interpretación de la tradición griega. Acerca de este último aspecto, Sergio Ugalde Quintana en su ensayo “Ifigenia coral: Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y el coro dionisiaco”, señala que la relectura del mundo clásico griego que hizo el escritor caribeño, así como la de otros ateneístas, no se apoyó en la “imagen idílica y armónica” propuesta por Rodó, sino en otras tradiciones: “la alemana y la de la escuela de Oxford. Por un lado, la que desembocaba en Nietzsche y, por otro, la que llegaba hasta Pater” (62).

Los textos más importantes en los que Pedro Henríquez Ureña analiza el libro de 1900 son tres. El más detallado es sin duda el artículo *Ariel*, que el autor publicó en la revista *Cuba Literaria* en 1905 y recogió, poco después, en la colección *Ensayos críticos*. Este texto, que se abre con algunas referencias a la simbología de los personajes shakespearianos, es, en general, conciso y puntual; además, tiene la virtud de presentar al lector de nuestros días algunas de las inquietudes que caracterizaban el clima literario hispanoamericano a principios del siglo XX.

Según Henríquez Ureña, la escritura de Rodó se define por su “flexibilidad asombrosa” e “impecable serenidad” (*Obra* 46). La prosa del autor uruguayo “es la transfiguración del castellano, que abandonando los extremos de lo rastrero y lo pomposo, alcanza un justo medio y se hace espiritual, sutil, dócil a las más diversas modalidades, como el francés de Anatole France o el inglés de Walter Pater o el italiano de D’Annunzio” (24).

El futuro ateneísta analiza los temas principales del *Ariel*: la importancia de la juventud para el porvenir de la cultura en América Latina, el papel del sentido de la belleza para el desarrollo de las facultades humanas, la reflexión sobre la democracia y el utilitarismo, la necesidad de reivindicar el derecho de pertenencia a la “familia española” (*Obra* 28). En lo específico, Henríquez Ureña subraya que el objetivo esencial de *Ariel* es el de indicar a los jóvenes “lo que deben hacer por sí mismos y por la sociedad de que forman parte”. Sin embargo, Rodó “se dirige a una juventud *ideal*, la *élite* de los intelectuales; y en la obra hay escasas alusiones a la imperfección de la vida real en nuestros pueblos. Rodó no ha intentado hacer un estudio sociológico, como Carlos Octavio Bunge en *Nuestra América*: su propósito es contribuir a formar un ideal en la clase dirigente, tan necesitada de ellos” (24).

En el mismo ensayo, gracias sobre todo a su experiencia norteamericana –Henríquez Ureña había vivido en Nueva York entre el enero de 1901 y el marzo de 1904–, el crítico dominicano señala no estar de acuerdo con el “prejuicio anti-yankee” (*Memorias* 66) contenido en *Ariel*:

Piensa Rodó que los Estados Unidos –cuyo ejemplo ejerce una conquista moral en muchos espíritus de Hispanoamérica– pueden ser considerados en el presente como “la encarnación del verbo utilitario” y procede a analizar los méritos y los defectos de la civilización norteamericana. Este análisis es la parte más discutible y más discutida de la obra. Cabe, en mi sentir, oponer reparos a algunos de sus juicios severos sobre la nación septentrional, mucho más severos que los formulados por dos máximos pensadores y geniales psicólogos antillanos: Hostos y Martí.

En aquel organismo social hay dos males contradictorios que en el actual periodo de agitación se han recrudecido: de una parte, el orgullo anglosajón, suerte de pedestal aislador en que se asientan las tendencias imperialistas, la moralidad puritana y los prejuicios de raza y secta; de otra parte, el espíritu aventurero, origen del comercialismo sin escrúpulos y del sensacionismo invasor y vulgarizador.

Pero por encima de sus tendencias prácticas, aquel pueblo sustenta un ideal elevado, aunque distinto de nuestro ideal *intelectualista*: el perfeccionamiento humano, que tiene por finalidad el bien *moral* y debe traducirse socialmente en la dignificación de la vida colectiva. (*Obra* 26-27)

Un texto fundamental para comprender la crítica y recepción del *Ariel* en México es la introducción que abre ambas publicaciones de 1908: la de Monterrey, subvencionada por el general Reyes, y la que la Escuela Nacional Preparatoria hizo, unos meses después, en la capital; aunque esta “Nota de la edición mexicana” no lleva firma, es posible suponer que Pedro Henríquez Ureña tuvo un papel central en la redacción del texto, como demuestra la carta del 2 de diciembre de 1907 que envió a su hermano Max (P. Henríquez Ureña, *Obras* 1: 356-57). A continuación cito de forma integral la nota de las dos ediciones mexicanas del *Ariel*:

El joven catedrático de la Universidad de Montevideo, José Enrique Rodó, inició en 1897 la publicación de una serie de folletos críticos y filosóficos intitulados *Vida Nueva. Ariel*, el tercero de la serie, apareció en 1900.

De entonces acá, las doctrinas que contiene esta prédica de ideal, dirigida a la juventud de América, han ido difundiéndose por el mundo hispano y abarcando un radio cada vez más extenso; y el nombre de José Enrique Rodó ha llegado a constituir uno de los legítimos prestigios de la naciente intelectualidad novo-mundial.

*Ariel* tuvo inmediata resonancia en España, donde el espíritu selecto de Leopoldo Alas lo acogió con entusiasmo. La *Revista Crítica* de Madrid hizo propaganda de la obra, publicándola íntegra. Hoy, las ideas de Rodó son tema obligado, cada vez que en España hablan de América, Rafael Altamira, Miguel de Unamuno, los González Blanco.

En la América española, la influencia de *Ariel* ha sido mayor aún. Integro o en parte, lo han publicado en sus columnas *El Cojo Ilustrado* de Caracas, la *Revista literaria* de Santo Domingo, *Cuba literaria* de Santiago de Cuba. En los países del Plata ha alcanzado varias ediciones. Y por lo demás, ha dado asunto a multitud de estudios críticos y de conferencias e inspiración a nuevas obras: sirvan de ejemplo los trabajos de Tito V. Lisoni, en Chile, de Francisco García Calderón, en el Perú, de Alberto Nin Frías, en la Argentina, de Carlos Arturo Torres, en Colombia, y de tantos otros escritores hispano-americanos.

Al dar a conocer *Ariel* en México, donde hasta ahora sólo habían llegado ecos de su influencia, creemos hacer un servicio a la juventud mexicana. No pretendemos afirmar que Rodó ofrezca la única ni la más perfecta enseñanza que a la juventud conviene. En el terreno filosófico, podrán muchos discutirle; en el campo de la psicología social, podrán pedirle una concepción más profunda de la vida griega y una visión más amplia del espíritu norte-americano; pero nadie podrá negar, ni la virtud esencial de sus doctrinas, que en lo fundamental se ciñen a las más excelsas de los espíritus superiores de la humanidad, ni la enérgica virtud de estímulo y persuasión de su prédica, ni, en suma, que *Ariel* sea la más poderosa inspiración de ideal y de esfuerzo dirigida a la juventud de nuestra América en los tiempos que corren. (“Nota” 3-4)

Esta nota a las dos ediciones mexicanas del *Ariel* muestra capacidad de síntesis y claridad expositiva. Amén de subrayar la importancia del idealismo que el ensayo predica a la juventud, Henríquez Ureña presentó a los lectores la recepción que la obra había tenido tanto en España, como en los países hispanoamericanos, sin ahorrar algunas críticas personales.

Quiero señalar un último artículo dónde Pedro Henríquez Ureña se ocupó de *Ariel*: se trata de la conferencia “La obra de José Enrique Rodó” (22 de agosto de 1910). En este texto, el intelectual dominicano afirma que el discurso de Próspero no llega a definir con precisión cuáles deban ser los ideales en la vida de los países hispanoamericanos; desde luego “el error habría estado en querer definirlos. Ni la vida independiente de la América española permite aún descubrir la síntesis espiritual, la idea-fuerza directora de sus manifestaciones, ni menos autoriza a construir, sobre tales inseguras bases, las normas a que haya de ajustarse su desarrollo futuro” (59-60). En este sentido, quedaría en el sermón laico de Rodó un “coeficiente de imprecisión” (60) que Henríquez Ureña juzga inevitable en una reflexión que tiene como objeto los ideales y las cosas humanas. Además, el conferencista hizo hincapié en la idea de autenticidad que caracteriza la propuesta rodoniana:

Dentro de límites sagaces predica Próspero; y busca la pureza de las ideas fundamentales, las doctrinas que atañen a lo más esencial, enseñanza valiosa sobre todas adonde los conceptos de la personalidad y de la vida humana flotan todavía entre nieblas. Y por cuanto a los casos concretos

en que hayan de resolverse problemas de innovación y adaptación social, confía sin duda en el instinto que suele iluminar, ya al pueblo mismo, ya a sus directores, para hacerles encontrar (aunque no siempre, por desgracia, les da fuerza para imponerla) la resolución que responde al genuino espíritu de raza. (60)

La parte del ensayo “La obra de José Enrique Rodó” que se enfoca en *Ariel* termina con unas reflexiones importantes. Henríquez Ureña subraya el valor de ejemplaridad que el esfuerzo de Rodó tuvo para los jóvenes mexicanos y, en general hispanoamericanos; pese a las críticas que se le pueden dirigir, queda aquí clara la enseñanza moral y literaria que el maestro uruguayo transmitió a los discípulos ateneístas:

Hoy, cuando entre nosotros empieza a perderse la castiza costumbre de pensar personalmente las cuestiones morales y se prefiere tratarlas según las fórmulas librescas de una psicología barata y de una sociología endeble, el esfuerzo de Rodó, al renunciar a tan fácil y vulgar triunfo, adquiere significación señaladísima: atrevido es desafiar así a la moda que se presenta con máscara de ciencia. Pero, pese a los que, para concederle valor máximo al libro, necesitarían encontrar, al abrirlo, una aparatosa clasificación de elementos étnicos y una autoritaria valuación de influencias ambientes; pese a los que creen imposible hallar ideas donde hay estilo –como si el gran estilo no exigiera, precisamente, ejercicio de pensar, como si los grandes pensamientos de la humanidad se hubieran expresado siempre en la prosa incorrecta de Comte o en la enmarañada de Krause, y no más bien en la pintoresca de Bacon, en la ágil de Descartes, en la perfecta de Platón, “el maestro de la prosa griega y acaso el maestro supremo de la prosa de la humanidad”, según la expresión de Gilbert Murray–, pese a toda incomprensión, *Ariel* es la más poderosa voz de verdad, de ideal, de fe, dirigida a la América en los últimos años. (“La obra” 60)

La influencia que el ideario rodoniano tuvo en la obra de Henríquez Ureña es un tema amplio que merecería una investigación monográfica. Tanto su caso, como el de Alfonso Reyes, nos hacen comprender cuánto la recepción del *Ariel* y, en general, del pensamiento de Rodó, está en la base de los mecanismos históricos y literarios que determinaron la fundación del Ateneo de la Juventud. Para entender este aspecto, antes que nada se debe reflexionar sobre el significado que el proyecto de civilización iberoamericana propuesto en el *Ariel* tuvo para la generación

ateneísta: la obra del maestro uruguayo marcó un momento de síntesis de las aspiraciones y los ideales nuevos que el cambio de siglo conllevó. Al respecto, Eduardo de León en su artículo “*Ariel* cien años después: modernización suave y subjetividad” sostiene que este tránsito estaría representado por “‘la tormenta’ de la Modernidad” (15). El autor de este ensayo subraya que:

Es un tránsito tormentoso porque lo que está puesto en juego es precisamente la cuestión de la identidad en el cambio vertiginoso. Desde luego la elección de la metáfora de la ‘tempestad’ de Shakespeare es todo un acto de elocuencia de Rodó. Porque La Tempestad es el anuncio de la modernidad, la profecía shakesperiana de la modernidad. Y la modernidad es la lógica del capital, pero también el duro aprendizaje del pluralismo cultural. (16)

Por su parte, María Elena Rodríguez de Magis señala que “la influencia de Rodó entre los ateneístas debe ser matizada teniendo en cuenta dos niveles: por un lado está la coincidencia de aspiraciones que suscita entre los intelectuales mexicanos grandes simpatías e inteligentes comentarios, y por otro lado tenemos un pensamiento más original que contribuyó a dar forma al programa americanista del Ateneo”. La lectura del *Ariel* permitió a los jóvenes intelectuales mexicanos encontrar las herramientas conceptuales útiles para “desembarazarse del positivismo” (25) y realizar “una revalorización del espíritu y la cultura latinoamericana” (26).

Con respecto al caso específico de Alfonso Reyes, cabe observar que, a diferencia de Pedro Henríquez Ureña, el escritor regiomontano no realizó una precisa interpretación crítica de la obra rodoniana. Sin duda, el texto en el que analizó más detenidamente la prosa y ejemplaridad moral del intelectual uruguayo es el artículo “Rodó (Una página a mis amigos cubanos)”, contenido en *El cazador. Ensayos y divagaciones*. Este breve ensayo muestra las raras virtudes de la síntesis y la claridad del juicio literario de las que Jorge Luis Borges será maestro en los prólogos de su *Biblioteca personal*. Reyes describe a Rodó de la siguiente forma:

Fabulista moral, ¿qué árabe le enseñó el secreto de la gracia insinuante? ¿Qué místico de oro le enseñó –filósofo práctico– a sorprender las pisadas inefables del Dios entre los trabajos y los días humildes? Su confianza en la razón procede de los mentores de Francia. Maestro de claridad latina, su párrafo es una estrofa de perfecta unidad. No necesitó renunciar a ninguna de las fragancias de la lengua castiza, ni le estorbó la herencia elocuente, ni se le enredaba la pluma en la frase larga. Resolvió por la calidad excelente lo que otros quieren resolver mediante fórmulas artificiosas y externas. (*Obras* 3: 136-37)

En el mismo texto, amén de subrayar la importancia de la lectura de Rodó por enseñar a algunos de los jóvenes ateneístas “la noción exacta de la fraternidad americana” (*Obras* 3: 134), Reyes hace hincapié en el optimismo que caracteriza el tono y las ideas de *Ariel*:

Ya suena a vuestros oídos la palabra mágica: “el altanero *no importa* que surge del fondo de la vida”. Un nuevo entusiasmo semejante al chorro de la fuente que se recobra al tiempo que cae. Un optimismo sin complacencias pueriles. Porque todos esos rodeos del razonamiento con que se nos quiere hacer aceptar el mal de la vida no son más que un gran pecado. *No importa*: un optimismo vital; parte mínima, pero preciosa del optimismo; la única en que la dignidad de la mente podía consentir, mientras la razón se restablecía de sus heridas. (*Obras* 3: 135)

Aunque falte una extensa actividad crítica de los textos rodonianos, el ideario del maestro uruguayo tiene una vasta resonancia en las *Obras completas* de Reyes. Como nos recuerda la primera nota al pie del capítulo “De cómo Grecia construyó al hombre” del libro *Junta de sombras* (*Obras* 17: 478), el autor de *Visión de Anáhuac* conservaba en su biblioteca las primeras ediciones –con dedicatoria autógrafa de Rodó– de *El mirador de Próspero* y *Motivos de Proteo*; y por cierto, no podía faltar un ejemplar de *Ariel*, a cuya publicación regiomontana contribuyó en modo protagónico. Reyes estudió estas obras con entusiasmo y, en el caso de las últimas dos, sacó de ellas algunos conceptos fundamentales que utilizó y citó, a lo largo de los años, para hablar de diferentes temas. Al leer hoy algunos textos de Reyes se advierte la sensación de que el discípulo nunca olvidó los preceptos que el maestro le había enseñado.

Entre las ideas-guía que Reyes tomó de *Ariel*, una de las más significativas es sin duda la que citó en el artículo “Rodó (Una página a mis amigos cubanos)” y que hace referencia al optimismo vital del intelectual uruguayo: los pesimismos –decía Rodó– son “inútiles para contrastar el altanero *no importa* que surge del fondo de la Vida” (*Obras* 204). Con esta frase, Próspero recordaba a sus estudiantes que la renovación y defensa de los ideales debían ser acompañadas por el entusiasmo y la esperanza.

Reyes utilizó este concepto en otras dos ocasiones: la primera, en el discurso que hizo durante el banquete que la revista *Nosotros* organizó el 24 de agosto de 1927 para celebrar su llegada a Buenos Aires. Al hablar de las ciudades que había visitado y recordando los difíciles años de su experiencia española, el diplomático mexicano afirmó: “Madrid y su trato confirmaron para siempre mi confianza en la bondad humana y en aquel goce fundamental que nuestro Rodó define así: ‘...aquél orgulloso *no importa* que brota del fondo de la vida’” (*Obras* 8: 144). Algunos años más tarde, en ocasión del discurso que dio “En la VII Conferencia Internacional Americana” (Montevideo, 7 de diciembre de 1933), Reyes evocó “el claro espíritu de Ariel” (*Obras* 11: 71) para presentar su idea respecto al destino de América:

Confundido entre las narraciones egipcias, perdido entre las mitologías de la Atlántida, entrevisto por Séneca en su Última Tule, vislumbrado en las constelaciones que fulguran en la *Divina comedia*, previsto ya por aquellos navegantes portugueses e italianos que eran a un tiempo humanistas y descubridores, el Continente americano, antes de ser una región geográfica reconocida, era ya un anhelo apremiante y casi una necesidad poética de las gentes. Se le ha llamado con todos los nombres de la fábula y aun se esperó volver a recobrar aquí el paraíso perdido. Siempre fue algún sitio quimérico y atrayente donde fundar los cimientos de alguna república perfecta. Operada un día la conjunción entre la creadora tenacidad de Italia y el inspirado furor ibérico, América saca la cabeza de las aguas para insuflar los sueños políticos de todos los utopistas europeos. Ved cómo, a medida que se agranda América, se alza Montaigne, a un nivel más alto para dominar el panorama de razas y civilizaciones. Ved cómo la sola aparición de América parece fertilizar la mente de los más agudos pensadores. Campanella, Tomás Moro, Bacon y tantos otros se atreven a pensar por su cuenta –sólo porque América está

a la vista— en las condiciones ideales de la ciudad, de la agrupación humana, de la legislación y los hábitos. Desde entonces América ha recibido su bautizo, y con razón el señor Ministro de Relaciones Exteriores insistía en el concepto ya clásico de que América es el nombre de una esperanza humana. Fue el escape de la aventura o del ensueño, del afán místico o del simple afán de poder, que es como una forma primaria de virtud y como la roca en que la conducta habrá de tallar sus esculturas. Fue el refugio de la libertad de conciencia. Fue el semillero de los anhelos republicanos. Fue, es y será el sueño de Bolívar. Las vicisitudes históricas nunca igualan el ideal. Vivimos muy por debajo de nuestra esperanza. Pero, contestaba Rodó, hay un orgulloso ‘¡No importa!’ que surge del fondo de la vida. El destino de América está en seguir amparando los intentos por el mejoramiento humano, y en seguir sirviendo de teatro a las aventuras del bien. O éste es el destino del americanismo (esfuerzo para armonizar un continente, en servicio de la humanidad) o esta Conferencia no podría reconocerle ninguno. (*Obras* 11: 72-73)

De la lectura del primer capítulo de *Ariel*, Alfonso Reyes aprendió otro precepto: según Próspero, “el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación” (Rodó, *Obras* 203). Reyes utilizó este concepto en su ensayo dedicado a “Gracián”, escrito en 1918 e incluido en la primera serie de los *Capítulos de literatura española* (1939); afirmó que el autor de *El crítico* y *El Héroe* “no escribe tratados de retórica ni de ética, sino que se fía de esa plástica trascendental que hace al alma esforzarse por reproducir las formas que ama; y así, entusiasma y excita a la emulación de los grandes modelos. Rodó hubiera dicho que Gracián pretendía sembrar en el espíritu ‘la simiente de una palabra oportuna’” (*Obras* 6: 137). De manera análoga, Reyes recurrió a este pensamiento rodoniano para hablar de la vocación de Heinrich Schliemann: en “La aparición de Troya”, capítulo 15 de *El triángulo egeo* (1958), escribió que el arqueólogo alemán, todavía niño, “se sintió inexplicablemente afligido al oír decir a sus padres que Troya había sido arrasada hasta los cimientos, sin que quedara huella alguna. Tenía ocho años y no más cuando hizo el voto de consagrar su existencia al hallazgo de la ciudad perdida... ¡La vocación, ‘la simiente de la palabra oportuna’ que decía Rodó!” (*Obras* 18: 280).

Otro principio fundamental del cuarto capítulo del *Ariel* que Reyes y los ateneístas acogieron y reelaboraron fue el de “la igualdad democrática” (Rodó, *Obras* 223) aplicada a la educación de los ciudadanos. Lamentablemente, también respecto a este tema, no será posible aquí profundizar analogías y divergencias. Sin embargo, me parece inevitable por lo menos evidenciar, a modo de ejemplo, la deuda ideológica que la misión y el propósito de la Universidad Popular Mexicana –fundada por el Ateneo de México en 1912– tuvieron con el ideario de Rodó. En *Ariel*, el maestro Próspero afirmó que:

La igualdad democrática puede significar una igual *posibilidad*, pero nunca una igual *realidad*, de influencia y de prestigio, entre los miembros de una sociedad organizada. En todos ellos hay un derecho idéntico para aspirar a las superioridades morales que deben dar razón y fundamento a las superioridades efectivas; pero sólo a los que han alcanzado realmente la posesión de las primeras debe ser concedido el premio de las últimas. El verdadero, el digno concepto de la igualdad, reposa sobre el pensamiento de que todos los seres racionales están dotados por naturaleza de facultades capaces de un desenvolvimiento noble. El deber del Estado consiste en colocar a todos los miembros de la sociedad en indistintas condiciones de tender a su perfeccionamiento. El deber del Estado consiste en predisponer los medios propios para provocar, uniformemente, la revelación de las superioridades humanas, dondequiera que existan. De tal manera, más allá de esta igualdad inicial, toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la Naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad. –Cuando se la concibe de este modo, la igualdad democrática [...] es el más eficaz instrumento de selección espiritual, es el ambiente *providencial* de la cultura. (Rodó, *Obras* 223-24)

En el documento “Universidad Popular Mexicana y sus primeras labores”, Alfonso Reyes resumió de esta forma los objetivos de la casa de estudios: “Si el pueblo no puede ir a la escuela, la escuela debe ir al pueblo” (371). Las actividades de este proyecto educativo dirigido a los ciudadanos, “hombres y mujeres plenamente útiles a la sociedad” (372), se vieron interrumpidas en distintas ocasiones; sin embargo la escuela funcionó hasta 1920. El último párrafo del documento de Reyes muestra cómo el propósito de la Universidad Popular

Mexicana fue la realización del principio rodoniano de la igualdad democrática, aplicada a la voluntad de permitir a todos los miembros de la sociedad de estudiar y mejorarse.

El Ateneo de México no cree en la *torre de marfil*: le interesan profundamente, y los comparte, el dolor que grita por la calle y la alegría que canta por la calle. Todos debemos ir a todos. En la antigüedad hubo un capitán –el persa Datis–, cuyos soldados combatían asidos de la mano. Asidos de la mano, así nos quiere la República, y, sobre todo, asociados en las cosas de la inteligencia. La democracia, de que tanto se habla, no viene, efectivamente, de la clava de Hércules, sino de la cabeza de Atenea; la democracia se alcanza enseñando y aprendiendo, porque la libertad política, como todas las libertades, baja del espíritu. Por eso el Ateneo de México ha fundado la Universidad Popular Mexicana. En el escudo de ésta, que es un águila azteca, hay una leyenda que dice: *la Ciencia protege a la Patria*. (372)

Hay una última idea-guía que Reyes aprendió, desde temprana edad, gracias a la lectura de *Ariel*: el ser humano no puede limitarse al desarrollo de un solo aspecto de su espíritu, sino que debe perseguir el desenvolvimiento integral de su naturaleza; en este principio residen la complejidad y esencialidad de nuestra condición humana. Rodó habló de este tema en el tercer capítulo de su ensayo; para sintetizar su postura, citó al filósofo y poeta francés Jean-Marie Guyau: ‘Hay una profesión universal, que es la de hombre’, ha dicho admirablemente Guyau” (*Obras* 208).

Reyes utilizó y citó este concepto rodoniano en tres ocasiones: la primera fue durante la VII Conversación del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual que se realizó en Buenos Aires entre el 11 y 16 de septiembre de 1936, sobre el tema “Relaciones actuales entre las culturas de Europa y la América Latina”. El ensayista regiomontano recogió el texto de esta ponencia en *Última Tule* (1942), con el título “Notas sobre la inteligencia americana”. Reyes sostuvo que la “inteligencia americana es necesariamente menos especializada que la europea. Nuestra estructura social así lo requiere. El escritor tiene aquí mayor vinculación social, desempeña generalmente varios oficios, raro es que logre ser un escritor puro, es casi siempre un

escritor ‘más’ otra cosa u otras cosas” (*Obras* 11: 85). Según Reyes, “la inteligencia americana está más avezada al aire de la calle; entre nosotros no hay, no puede haber torres de marfil”. La síntesis, más bien el equilibrio que las ventajas y desventajas de esta situación conllevan “se resuelve en una peculiar manera de entender el trabajo intelectual como servicio público y como deber civilizador”. De esta forma, al dirigirse a los representantes europeos que participaban al encuentro, el conferencista afirmó: “Oh, colegas de Europa: bajo tal o cual mediocre americano se esconde a menudo un almacén de virtudes que merece ciertamente vuestra simpatía y vuestro estudio. Estimadlo, si os place, bajo el ángulo de aquella profesión superior a todas las otras que decían Guyau y José Enrique Rodó: la profesión general del hombre” (*Obras* 11: 86).

Alfonso Reyes volvió a citar esta idea de Rodó en ocasión de la conferencia que dio en la Asociación Bancaria de Buenos Aires en el octubre de 1937. El texto “Homilía por la cultura”, que fue publicado primeramente (1938) en la revista *El trimestre económico*, constituye el tercer capítulo de *Tentativas y orientaciones* (1944). Para los intereses de mi estudio, vale la pena citar aquí el incipit de esta conferencia:

Honra a esta asociación el propósito de fomentar en su seno los estímulos de la cultura. Esta conciliación entre la Económica y las Humanidades contenta ciertamente nuestros viejos anhelos platónicos, acariciados desde la infancia, y hasta nos convida a soñar en un mundo mejor, donde llegue a resolverse la antinomia occidental entre la vida práctica y la vida del espíritu. Todo empeño por partir artificialmente la unidad fundamental del ser humano tiene consecuencias funestas: arruina a las sociedades y entristece a los individuos. Por encima de todas las especialidades y profesiones limitadas a que nos obliga la complejidad de la época, hay que salvar aquella que Guyau y Rodó han llamado la “profesión general del hombre”. (*Obras* 11: 204)

Cabe recordar una última ocasión en la que Reyes citó esta idea de Guyau y Rodó: fue en la conferencia “Posición de América” escrita –pero no leída por el autor– para el III Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana de Nueva Orleans, en el diciembre de 1942.

Al hablar de los elementos de homogeneidad que marcan el sentido de la comunidad entre los pueblos de América, y que se pueden rastrear a través del “análisis histórico durante el siglo XIX y los comienzos del XX”, Reyes regresó a lo que había ya afirmado en su conferencia de septiembre de 1936 sobre la forma peculiar de entender el trabajo intelectual en América Latina: “la suerte de América ha permitido que, entre nosotros, aun el especialista se vea más imperiosamente llamado que su colega europeo a no abandonar su profesión general de hombre, a ser con mayor frecuencia educador, legislador y político, a mantenerse en relación más constante con la media calle” (*Obras* 11: 267).

A decir verdad, este texto, que es el séptimo capítulo de la colección *Tentativas y orientaciones*, nos remite a distintos temas del ideario rodoniano: como su americanismo y su concepto de democracia; sin embargo, así como para el caso de Pedro Henríquez Ureña, mi esperanza es la de poder plantear, en un futuro no tan lejano, un análisis más profundo de la relación literaria e intelectual entre Alfonso Reyes y Rodó.

Para finalizar esta parte dedicada a la recepción del *Ariel* en México durante la primera mitad del siglo XX, sólo falta recordar los dos prólogos que Mario de la Cueva y Samuel Ramos escribieron respectivamente para la edición de *Ariel* de la Universidad Nacional Autónoma de México y la antología titulada *Rodó*, impresa por la Secretaría de Educación Pública.

El “Prólogo” que Mario de la Cueva escribió para la edición del *Ariel*, que la máxima casa de estudios de México imprimió en 1942, está fuertemente relacionado con dos aspectos que poco se concilian con la simple intención crítica: en el texto, el análisis de los temas rodonianos y el tono general del discurso están influenciados por el papel de Rector de la dicha Universidad que De la Cueva desarrolló entre 1940 y 1942 y por el hecho de que esta publicación de *Ariel* se hizo con una clara finalidad educativa. En este sentido, tanto el incipit, como el cierre del “Prólogo” no dejan espacio a dudas; el texto principia con la siguiente advertencia: “La Universidad Nacional

Autónoma de México pone en mano de sus estudiantes este pequeño grande libro: ‘Ariel’ de José Enrique Rodó. Desea nuestra Casa de Estudios que ningún estudiante desconozca el contenido de ‘Ariel’, en el cual busca Rodó un nuevo sentido para un humanismo hispanista de América” (Cueva VII). De manera análoga, De la Cueva, después de remarcar la necesidad de que nunca falten el respecto y la paz entre los países americanos, cierra su texto con las siguientes palabras: “Que sigan su camino los dos mundos de América, y que cada cual construya su porvenir; nosotros, la América hispánica, levantemos nuestras universidades como los templos del espíritu, que habrán de impedir en el futuro el triunfo de los intereses materiales que hoy consumen, por desgracia, las grandes energías de la humanidad” (XXIV).

La importancia de esta edición de *Ariel*, a la que seguirá, el año siguiente, la publicación de una selección de las obras de Rodó por parte de la Secretaría de Educación Pública, reside pues en el hecho de evidenciar cómo este *pequeño grande libro* ha representado, a lo largo de los años, una herramienta educativa fundamental en el ámbito nacional. El *Ariel* de 1942 y el libro *Rodó* de 1943 confirman el peculiar valor estratégico de la recepción de la obra rodoniana en México, que la edición de 1908 de la Escuela Nacional Preparatoria había inaugurado.

Sin embargo, desde el punto de vista interpretativo, el “Prólogo” de Mario de la Cueva presenta pocas reflexiones de particular originalidad. En síntesis, el autor sostiene que: “‘Ariel’ anuncia una transformación en los sentimientos de los pueblos de América hacia España” (VIII). Al mismo tiempo, subraya el papel de la cultura francesa tanto en la obra de Rodó, como en el proceso de definición de las sociedades del continente hispánico: “a Francia le debemos, por sobre todo, el amor a la libertad” (XII). De esta forma, según De la Cueva, el valor del *Ariel* residiría en el hecho de contribuir a la formación de las jóvenes nacionalidades latinoamericanas, gracias a la propuesta de un nuevo humanismo que une la moral cristiana y la tradición clásica griega. El discurso de Próspero, dirigido a “la juventud educada y culta, la universitaria” (XIV),

muestra el camino para una educación integral del individuo: “Hay” –como decía Guyau– “una profesión universal que es la del Hombre” (*apud* Cueva XV).

En la última parte de su “Prólogo”, De la Cueva hizo hincapié en el análisis de los conceptos de utilitarismo y democracia que el maestro uruguayo desarrolló en *Ariel*:

Rodó ha escrito algunas de las más bellas páginas de la literatura universal, en contra “del hombre masa”, adelantándose a tres grandes filósofos, a Keyserling, en “El mundo que nace”, a Ortega y Gasset en “La rebelión de las masas” y a Bernard Shaw en “El super-hombre”. No puede la civilización buscar la mediocridad, porque negaría al hombre su destino y lo que tiene de eterno, que son las grandes manifestaciones del espíritu; [...] Enseña el maestro una democracia social que proporcione a los hombres idénticas oportunidades para desarrollar sus facultades; no la democracia que desconoce el derecho de cada hombre a realizar su destino, pero, tampoco, la fuerza de la mediocridad impidiendo el desarrollo del genio personal; y así tiene que ser, como lo enseña Próspero, porque “el hombre masa” sería la negación de la libertad. (XIX-XX)

Por su parte, el “Prólogo” que Samuel Ramos escribió para el libro *Rodó*, ofrece una interpretación crítica detallada y original de las principales obras de Rodó y su idea de América.

Según el autor de *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934):

Lo que da un sentido imperecedero a la obra de Rodó es haber sabido vincular con su hondo sentimiento de las realidades americanas, los valores más preciados de una vieja cultura a las necesidades de nuestro mundo en formación. Rodó no tuvo maestros en su patria, sólo tuvo compañeros autodidactas como él; sus verdaderos maestros fueron los clásicos antiguos y modernos, de cuya enseñanza quiso extraer normas para la vida americana. Este pensador tan europeo en su formación no tuvo otra preocupación que servir con solicitud amorosa el engrandecimiento de lo que él llamaba la Magna Patria, la América Hispánica. (S. Ramos VII-VIII)

Rodó no pertenece al tipo intelectual del filósofo, sino “al de un humanista, siempre que no se tome esta palabra en un sentido puramente literario, sino que se le dé la acepción amplia que originalmente tuvo, a saber, el de un hombre que ha extraído de la cultura la sabiduría de la vida que ésta encierra”. En este sentido, *Ariel* “hizo valer por vez primera las enseñanzas del

humanismo como normas para elevar el nivel espiritual en nuestros pueblos” (S. Ramos VIII). El resultado de esta actitud es “un idealismo en verdad inatacable porque no va más allá de lo que pide un fino sentido moral y estético. En el fondo, Rodó enseña que la verdadera cultura sirve para dignificar la vida, al descubrir que los valores que aquella contiene son las metas superiores a las que debe aspirar” (IX).

En este texto, Samuel Ramos subraya que el discurso de Próspero quiere mostrar a la juventud de América “la eterna validez de la norma clásica que exige el desarrollo integral y armonioso de la naturaleza humana” (XII). Al mismo tiempo, el filósofo mexicano sintetiza la posición rodoniana respecto a los conceptos de igualdad democrática y aristocracia intelectual:

Quiere Rodó prevenirnos, sobre todo, de que el igualitarismo conduzca a nivelar la humanidad por lo bajo, a dar prevalencia a la cantidad sobre la calidad y de este modo degradar la dignidad de la vida impidiendo el florecimiento de las actividades superiores del espíritu. Aquí se muestra Rodó partidario de un aristocratismo intelectual que cree posible establecer sin desvirtuar los ideales en que se funda la organización democrática. (XII-XIII)

Para concluir, cabe señalar que el *Ariel* fue, sin duda, el ensayo rodoniano que provocó, y no sólo en México, la recepción crítica más detallada y profunda. Los intérpretes que he presentado en este apartado nos muestran la importancia que este texto tuvo, tanto en la formación espiritual de los jóvenes ateneístas, como en las estrategias de las instituciones educativas de México. Por un lado, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes confesaron su deuda respecto al idealismo, el modo ético-social de hacer crítica literaria, el optimismo y la seriedad intelectual de Rodó; por el otro, Mario de la Cueva y Samuel Ramos evidenciaron la ejemplaridad de los valores contenidos en el *Ariel* para el desarrollo integral de la juventud mexicana.

## *Liberalismo y jacobinismo*

La obra *Liberalismo y jacobinismo* fue publicada en 1906 por la librería y papelería La Anticuaria de Montevideo. Se recogieron aquí todos los textos relacionados con la posición ideológica y moral de Rodó respecto a la decisión parlamentaria de retirar los crucifijos de los hospitales públicos uruguayos; esta medida fue aplicada después de la moción que el doctor Eugenio Largamilla presentó ante la Comisión Nacional de Caridad y Beneficencia Pública.

El libro, que se enmarca en el general clima de polémicas y comentarios que la disposición gubernamental determinó dentro de la sociedad intelectual montevideana, contiene en total diez artículos que fueron publicados en el diario *La Razón*, más otra misiva dirigida al Sr. D. R. Scafarelli, que Rodó decidió incluir por tratar el mismo tema.

En síntesis, *Liberalismo y jacobinismo* está estructurado en tres partes; la primera, organizada en seis secciones y titulada “La expulsión de los crucifijos”, recoge la epístola que el autor de *Ariel* envió a su amigo Juan Antonio Zubillaga, director de *La Razón*, y que salió en este diario el 5 de julio de 1906. En esta carta, lo primero que Rodó hizo fue corregir la calificación que Zubillaga había dado a la resolución de la Comisión Nacional de Caridad y Beneficencia Pública, “al llamarla ‘acto de extremo y radical liberalismo’”. Rodó rectificó el juicio y afirmó: “¿Liberalismo? No: Digamos mejor ‘jacobinismo’. Se trata, efectivamente, de un hecho de franca intolerancia y de estrecha *incomprensión* moral e histórica, absolutamente inconciliable con la idea de elevada equidad y de amplitud generosa que va incluida en toda legítima aceptación del liberalismo”. De hecho, según el autor del artículo, “la idea de liberalismo [...] abarca toda la extensión que pueda medirse por el más decidido amor a la libertad” (*Obras* 249).

En esta misiva, Rodó declaró admirar la personalidad y doctrina de Cristo de modo independiente y racional, más que religioso o espiritual, y definió como injusta y abusiva la eliminación de los crucifijos de los hospitales. Por lo contrario, creía que: “La vinculación entre el espíritu de las instituciones de beneficencia que la Comisión de Caridad gobierna, y el significado histórico y moral de la imagen que ella ha condenado a proscripción, es tan honda como manifiesta e innegable”. Según Rodó, “la caridad es creación, verbo, irradiación del fundador del cristianismo [...] por lo menos dentro de la civilización y la psicología histórica de los pueblos occidentales” (*Obras* 251); por esta razón, defendió el derecho de permanencia, y reposición, de las imágenes de Cristo.

Rodó explicó cómo la lógica que movió la Comisión de Caridad a tomar esa medida fue la del *jacobinismo*, es decir, la de una extrema intolerancia y un falso sentido de la libertad, antes que nada, dirigidos hacia los que no creen en la divinidad de ese símbolo. Como recuerda Miguel Ángel López Muñoz en el artículo “El laicismo a debate. *Liberalismo y jacobinismo* de José Enrique Rodó”, el autor de esta carta sostenía que:

La imposición de la libertad de culto sí es justa y plausible, pero no lo es expulsar la imagen del reformador moral que propició la caridad del lugar en el que se encuentra el enfermo. Ser tolerante es honrar a los grandes benefactores de la humanidad allí donde está presente su obra, del mismo modo que en muchos lugares hay estatuas en recuerdo y homenaje a ciertas personas. Es más, dice Rodó, hablando y pensando con sinceridad y teniendo una honda justicia humana, “ningún sentimiento respetable se ofende con la presencia de una imagen de Cristo en las salas de una *casa de caridad*”. El creyente verá la imagen de Dios y los no creyentes (entre los que Rodó se incluye), verán “la imagen del más grande y puro modelo de amor y abnegación humana”. Por esto, la expulsión de los crucifijos es producto del “recelo antirreligioso”.

La intolerancia jacobina sólo ve en el crucifijo al *dios enemigo* del pensamiento libre, y no la sublimidad de la figura sobre quien recae su irreverencia. Incluso es arbitrario y casuístico distinguir entre el signo religioso y la imagen del “grande hombre sacrificado por amor de sus semejantes”. Visto con los ojos de la razón y no con los ojos del fanatismo, no hay porqué ver “al más alto Maestro de la humanidad en el momento del martirio”. No es en manos de un sacerdote donde se verá, sino sobre la pared desnuda. (131)

Esta primera carta detonó la polémica: algunos días después de su publicación en el diario de Zubillaga, el doctor Pedro Díaz respondió a Rodó a través de una conferencia en el Centro Liberal (14 de julio de 1906), titulada “El crucifijo, su retiro de las casas de beneficencia”, donde defendió la medida oficial y refutó las ideas expuestas por el autor de *Ariel*. Éste, desde *La Razón*, le contestó en una serie de artículos que se publicaron entre el 4 y 14 de septiembre.

La segunda parte del libro *Liberalismo y jacobinismo* publicado por La Anticuaria recoge las “Contrarrélicas” de Rodó a las críticas de Pedro Díaz; en esta sección falta el texto de la conferencia “El crucifijo, su retiro de las casas de beneficencia”, que salió en el mismo año como folleto independiente por la tipografía F. Jiménez y Cía; al mismo tiempo, cabe recordar que el doctor Díaz abandonó pronto la polémica.

Los primeros cuatro artículos comparten tema y título: “Los orígenes históricos de la caridad”. Al analizar la postura de su replicante, Rodó reconoce que el ideal caritativo nació y se desarrolló también gracias a la obra de algunas personalidades antecedentes a la de Cristo, como Buda, Confucio, Sócrates y Zoroastro; sin embargo, para el autor de *Liberalismo y jacobinismo* es sólo con Jesús, por la fuerza sublime de su papel como reformador moral y el carácter universal de su prédica dirigida a la humanidad, que se realiza la soberana síntesis del ideal caritativo. Dirigiéndose al doctor Díaz, Rodó subrayó que:

Toda argucia fracasa ante la sencillez formidable de este hecho; cualquiera otro nombre a que quisiera vincularse la gloria de la caridad, entre los que hemos citado, sólo tendrá tras sí o el olvido o una fama sin calor ni trascendencia activa en la realidad de lo presente, y el nombre de Jesús es, y seguirá siendo durante un porvenir cuyo límite no se columbra, el núcleo del proselitismo más fervoroso, más expansivo y más avasallador de que haya ejemplo en la memoria de los hombres. (*Obras* 264-65)

La quinta contrarréplica se centra en “La personalidad en los reformadores morales”; al principio de este artículo, el autor se pregunta: “¿por qué los que, dentro del paganismo, o dentro de las tendencias más o menos divergentes de la sinagoga, llegaron intelectualmente al principio del amor caritativo, no dejaron tras sí más que indiferencia o ecos vanos y estériles, y sólo Jesús produjo la revolución moral que le da derecho imprescriptible a la posesión y a la gloria del principio?” La respuesta de Rodó es que “una cosa es formular ideas y otra muy distinta sugerir y propagar sentimientos. Porque una cosa es exponer la verdad, y otra muy distinta entrañarla en la conciencia de los hombres de modo que tome forma real y activa” (*Obras* 269). La obra de Cristo fue una revolución moral, antes que nada porque fue una obra de educación humana: un gran reformador moral suscita una fe, un entusiasmo, una pasión no sólo con sus ideas, sino con su conducta. “Considerada a esta luz, la personalidad del fundador del cristianismo asume, con preeminencia incontestable, la representación del ideal moral que selló con su martirio. Es por él por quien la caridad desciende de la región de las ideas y se convierte en sentimiento universal y perdurable” (270).

En “El sofisma de la ‘caridad científica’”, su sexta contrarréplica, Rodó recurre a los ejemplos de Filón de Alejandría y Kant para afirmar que las aportaciones de la ciencia a la idea de caridad humana no han sido esenciales para la creación de una “realidad psicológica y social persistente”; es más: “Lo que la ciencia ha hecho es depurar el concepto, encauzar el sentimiento, organizar la práctica, asegurar los resultados” (*Obras* 273).

La séptima contrarréplica se titula “El signo”. Así cómo en los otros artículos, Rodó desarrolla sus argumentaciones a partir de las afirmaciones de Pedro Díaz: éste, en su conferencia había sostenido que, a los ojos de la razón, el crucifijo no puede considerarse un emblema o una imagen de la caridad. De manera opuesta, para Rodó: “El signo histórico, el supremo símbolo del cristianismo, es y será siempre la cruz. [...] Y el crucifijo no es más que la

última y definitiva forma en el desenvolvimiento iconográfico del signo de la cruz” (*Obras* 277). El autor de *Liberalismo y jacobinismo* propone un breve repaso histórico acerca de cómo se ha ido modificando el entendimiento de este símbolo; de hecho, según Rodó, el crucifijo habría perdido su significación original: “la ha desnaturalizado y pervertido, y lejos de ser emblema de salud y de vida, es sólo signo de opresión, de barbarie y de muerte” (278).

Sin embargo, Rodó cree que la historia no debe ser “una forma retrospectiva de la arena y el libelo, como en los tiempos de Gibbon y Voltaire”, ni una forma interesada de interpretación como la que ha concretado la intolerancia jacobina, sino “un laboratorio de investigación paciente y objetiva” (*Obras* 279). A partir de este concepto, atacó la relación infamante que para el doctor Díaz existía entre la cruz y la conquista de América:

¿Todo en la conquista fue oprobio y ferocidad; todo en ella fue abominación y exterminio? Y cuanto en ella hubo positivamente de condenable a la luz de la razón serena, ¿ha de imputarse a la sugestión maldita de la cruz? ¿Por qué recordar, si se aspira a la severa equidad del juicio histórico, que la cruz representó en Cajamarca la sanguinaria brutalidad de la conquista, y olvidar que representó, en Guanahani, el nacimiento de la América a la vida de la civilización, la primera luz de nuestro espíritu, el pórtico de nuestra Historia? ¿Por qué recordar que estuvo en manos de Valverde para excitar al sacrificio de los indios, y olvidar que estuvo en manos de Las Casas para interponer ante el pecho de los indios un escudo de misericordia? ¿Por qué recordar que fue, con Torquemada, el signo oprobioso de las iniquidades inquisitoriales, y olvidar que fue en la mente de Isabel la Católica el estímulo para ganar y redimir un mundo? ¿Por qué recordar al verdugo tonsurado y olvidar al evangelizador capaz del martirio? ¿Por qué recordar al fraile que mata y olvidar al fraile que muere? (*Obras* 280)

En “¿Jacobinismo?”, octavo artículo de esta segunda parte del libro, Rodó retoma lo que Díaz había expuesto sobre los conceptos de liberalismo y tolerancia. El criterio que sustenta la postura de su opositor es *jacobino*, más que *liberal*: “El jacobinismo no es solamente la designación de un partido famoso”, sino, más bien, esa “forma de espíritu, magistralmente estudiada y definida por Taine en los *Orígenes de la Francia contemporánea*” (Rodó, *Obras* 281). Rodó afirma que

la idea central en el espíritu jacobino es “el absolutismo dogmático de su concepto de la verdad”. De esta forma, en “su relación con las creencias y convicciones de los otros, semejante idea implica forzosamente la intolerancia: la intolerancia inepta para comprender otra posición de espíritu que la propia”. Al mismo tiempo, al jacobinismo faltaría “el sentido *humano* de la realidad, que enseña a olvidar los procedimientos abstractos de la lógica cuando se trata de orientarse en el campo infinitamente complejo de los sentimientos individuales y sociales, cuyo conocimiento será siempre la base angular de todo propósito eficaz de educación y reforma” (*Obras* 282). Como bien sintetiza López Muñoz, Rodó cree que:

Los antecedentes teóricos del jacobinismo (o pseudoliberalismo actual, dice Rodó) es la filosofía de la Enciclopedia (Condillac, Helvetius, Rousseau); el conde de Volney, Holbach o La Mettrie, en lo que respecta al problema religioso; pero también, “las ideas aparentemente opuestas” de Bossuet o la *razón razonante* de Descartes. Todos ellos, dice Rodó, aplican unos mismos principios al juicio de todas las épocas y todas las instituciones del pasado, sin tener en cuenta la relatividad de las ideas, de los sentimientos y de las costumbres. El absolutismo dogmático de la idea de verdad olvida que “siempre habrá mil respuestas absolutamente distintas, pero indistintamente seguras de sí mismas para la eterna pregunta... ¿qué es la verdad?” La lógica de los espíritus dogmáticos es la que conduce al mismo punto a los expulsores de moros y judíos y los incendiarios de iglesias y conventos; a Torquemada y Marat; al Santo Oficio y al Comité de Salud Pública. Rodó, frente a toda esta lógica propia de la tolerancia intelectualista y displicente de Voltaire, contrapone “la obra intelectual del siglo XIX” que sitúa la tolerancia material y espiritual en primer plano: Goethe, Spencer, Comte, Renan, Taine, Carlyle, Müller, Thierry, Sismondi, Viollet-le-Duc o Fustel de Coulanges. (López Muñoz 134)

Frente a este falso concepto de la tolerancia que reconoce en el jacobinismo, Rodó expone la propia idea de libertad del pensamiento. A tal fin, en “Conclusión”, último artículo de la segunda parte de *Liberalismo y jacobinismo*, levanta una pregunta; quizás, también por suscitar una réplica en su oponente y reavivar la polémica: “¿Piensa por ventura el doctor Díaz que no hay más que romper el yugo de los dogmas católicos para adquirir la libertad de pensar?” (*Obras* 285).

Según Rodó, el libre pensamiento es “mucho más que una fórmula y una divisa: es un resultado de educación *interior*, a que pocos, muy pocos, alcanzan” (*Obras* 285-86); para adquirir la capacidad de pensar con libertad y tolerancia “no basta con haberse libertado de la autoridad dogmática de una fe” (286). La obsesión antirreligiosa y el prejuicio intolerante que Pedro Díaz mostró frente a la medida de la Comisión Nacional de Caridad y Beneficencia Pública representarían, pues, una negación del libre pensamiento.

En este sentido, cabe subrayar que para Rodó el aspecto medular que define el concepto de *liberalismo* es precisamente la idea de autonomía que radica en la capacidad interpretativa y creativa del individuo. También respecto a este tema, el intelectual montevideano evidencia su matriz idealista; de hecho, en todo el libro, la postura de Rodó sobre el liberalismo se enfoca en el análisis de la libertad del pensamiento y las capacidades espirituales del individuo, más que en la defensa de la independencia política del ciudadano, o en la definición de las limitaciones del poder y la intervención del Estado.

La tercera parte de *Liberalismo y jacobinismo* es más bien un apéndice que Rodó añadió a los artículos anteriores, porque remite al mismo tema: el autor recoge aquí la carta que envió a Scafarelli, después de haber leído *El mártir del Gólgota*, que éste le había enviado. El texto, que será publicado integralmente en la *Revista Moderna de México* en noviembre de 1907, se titula “El sentimiento religioso y la crítica”.

La lectura de esta última misiva permite considerar una cuestión de fondo que atraviesa, en modo no siempre claro, la obra de Rodó: me refiero a su vocación religiosa. Como recuerda Mario Benedetti en *Genio y figura de José Enrique Rodó*, al tratar este tembloroso tema, es posible “reconocer en toda la actitud de Rodó una tendencia, una calidad de alma, una predisposición, que parecen corresponderse con la sed religiosa de alguien que no ha hallado su religión” (125-26). De hecho, en 1911, los contenidos de “Mi retablo de

Navidad” confirmarán su profunda preocupación por el misterio de Dios, pero también el hecho de que Rodó nunca fue un hombre de fe. En el artículo que cierra *Liberalismo y jacobinismo*, el autor parte de la siguiente constatación:

La preocupación del Misterio infinito es inmortal en la conciencia humana. [...] Nos inquietarán siempre la oculta razón de lo que nos rodea, el origen de dónde venimos, el fin adónde vamos, y nada será capaz de sustituir al sentimiento religioso para satisfacer esa necesidad de nuestra naturaleza moral, porque lo absoluto del Enigma hace que cualquiera explicación positiva de las cosas quede fatalmente, respecto de él, en una desproporción infinita, que sólo podrá llenarse por la absoluta iluminación de una fe. (Rodó, *Obras* 289-90)

Rodó subraya las limitaciones de la razón positiva y la legitimidad de las religiones; sin embargo, éstas últimas fallan cuando “invaden el campo de los intereses y pasiones del mundo, convertidas en instrumentos de predominio material, que hieren con los filos de la intolerancia y aspiran a imponerse por la represión de las conciencias”. Si conocieran bien sus límites, las religiones podrían convivir, en modo mucho más armónico, “con el espíritu de investigación positiva y con los fueros de la libertad humana” (Rodó, *Obras* 290).

De esta forma, para comprender el espíritu de las religiones, es necesario entender que el librepensamiento es, en su más íntima esencia, la tolerancia. Pues bien, continua Rodó, las cuestiones religiosas son “las que requieren este alto género de tolerancia, porque son aquellas en que por más parte entra en el fondo *inconsciente* e inefable de cada espíritu, y en que más se ha menester de esa segunda vista de la sensibilidad que llega a donde no alcanza la perspicuidad del puro conocimiento”. Por lo tanto, según el autor de *Liberalismo y jacobinismo*, la enemistad que nace por razones de ideas sería sólo el resultado de los fanatismos: “Las almas generosas hallan en la misma diferencia de sus ideas, y en los coloquios que de esta diferencia nacen, el fundamento de una comensalía espiritual” (Rodó, *Obras* 291).

En el ámbito de la crítica mexicana de la primera mitad del siglo XX, el texto que se ha ocupado de *Liberalismo y jacobinismo* de la forma más significativa es, sin lugar a duda, “Marginalia: José Enrique Rodó”, de Pedro Henríquez Ureña. El ensayo salió en la *Revista Moderna de México* en diciembre de 1907. El escritor dominicano, después de resumir el motivo de la polémica rodoniana, no ahorra su crítica negativa al libro:

Habilísima es su argumentación en este sentido; pero no convincente. El crucifijo es, en los hospitales como en cualquier otro lugar, un símbolo religioso; y como tal, debe suprimirse y se ha suprimido ya en todas las instituciones de carácter francamente laico; he ahí el punto crucial en que, según parece, no hizo hincapié la fracción *jacobina* de Montevideo y que, por esta u otra razón, Rodó esquivó o discute débilmente. (9: 240)

Henríquez Ureña sostiene que no es fácil explicar el hecho de que Rodó, “quien se declara ajeno a toda creencia en la divinidad cristiana, estime justa la conservación de una efigie que, si por respecto a la excelsa personalidad humana que representa, repugnamos llamar *fetiché*, no por eso deja de corresponder [...] al ídolo de los hombres primitivos” (*Revista Moderna de México*, 9, diciembre de 1907: 240-41).

Aunque no comparte la postura ideológica contenida en *Liberalismo y jacobinismo*, Henríquez Ureña reconoce que el mérito de la obra debe individuarse en el plano más general y amplio de la historia del pensamiento hispanoamericano. De hecho, el autor de “Marginalia: José Enrique Rodó” escribe:

El influjo de la filosofía y la ciencia baratas (en el peor sentido de la palabra) amenaza resultar funesto para la incipiente mentalidad de nuestros pueblos. Se acoge con calor todo lo destructivo, lo que tiende a hacer tabla rasa con multitud de conquistas que han costado tantos soberanos esfuerzos y que, aun incompletas, dejaron su porción efectiva en la labor humana. Ejemplo típico es el de Nietzsche: el lamentable vulgo semi-literario lo cree suyo porque fue un negador, pero la gran fuerza afirmativa de su espíritu, su indomable ensueño de ascensión, la apoteosis de la voluntad, el ejemplo mismo de su vida, portentosa de

sinceridad y de trabajo, ni se comprenden ni se sienten. [...] Contra ese afán anárquico, contra esa impotencia de filosofía (pues del llamado positivismo, que es su credo aparente, sólo se toman las afirmaciones de hechos concretos fácilmente susceptibles de exageración) se levanta Rodó, con la seriedad de quien estudia y sobre todo medita, en la soledad y silencio, lejos de las ferias de vanidad internacional donde la eminencia científica permite que se le enfrente el sabio improvisado y la cumbre literaria, insegura de su propia excelsitud, pacta con la mediocridad invasora. (*Revista Moderna de México*, 9, diciembre de 1907: 241).

Es, pues, en la virtud de su sincera seriedad que reside, según Henríquez Ureña, el mérito de Rodó: “en su alta y secreta aspiración de dar a nuestra América un ideal constructivo. Podrá equivocarse a ratos, y de hecho se equivoca; podrá desanimarse, y por lo menos calla; pero suya será siempre la palabra animadora de *Ariel*” (*Revista Moderna de México*, 9, diciembre de 1907: 241).

Quiero cerrar este apartado con una consideración personal. A pesar de la crítica de Pedro Henríquez Ureña en el artículo “Marginalia: José Enrique Rodó”, el comentario que Francisco Asís de Icaza hizo en su carta del 8 de febrero de 1908 y la breve nota que Agustín Aragón escribió en *Revista Positiva* (21 de mayo de 1907), las interpretaciones de *Liberalismo y jacobinismo* que se hicieron en el ámbito mexicano durante la primera mitad del siglo XX son escasas o poco profundas. Lamentablemente la crítica nacional no ha solucionado esta falta durante las décadas sucesivas y, hasta el presente, la fuerza ideológica y el valor polémico de este importante escrito rodoniano quedan poco estudiados. No cabe duda que estos aspectos merecerían un análisis más preciso y atento que espero poder desarrollar en un trabajo futuro.

## *Motivos de Proteo*

La *editio princeps* de *Motivos de Proteo* fue publicada en abril de 1909 por la editorial José María Serrano de Montevideo. En noviembre de 1908 –como atestigua su carta a Pedro Henríquez Ureña del 28 de ese mes– Rodó había ya entregado a la imprenta unos dos tercios del conjunto de los textos que había escrito, durante un decenio, sobre el tema de la personalidad del individuo y sus transformaciones. En este sentido, el libro de 1909, que consta de ciento cincuenta y ocho capítulos, representa la primera muestra de ese proyecto analítico y creativo, mucho más amplio y profundo, que Roberto Ibáñez definió como “El ciclo de Proteo”; el interminable material manuscrito que se conserva en el Archivo Rodó, las colecciones *Nuevos motivos de Proteo* (1927) y *Los últimos motivos de Proteo* (1932), y los capítulos de la sección “Proteo” que Rodríguez Monegal curó para las ediciones de Aguilar de las *Obras completas* rodonianas, dan prueba del tamaño de esta tarea.

Se trató de un proceso interpretativo y escritural largo y no siempre constante, interrumpido por la angustia de las crisis espirituales, los compromisos de la labor parlamentaria y la redacción de *Liberalismo y jacobinismo*. Por esta razón, la arquitectura, la norma distributiva, de estos capítulos *proteicos* vino cambiando a lo largo de los años, hasta asumir la forma indefinida y abierta de los *Motivos* de 1909. Cabe recordar que, basándose en un esquicio de 1898, tanto Rodríguez Monegal, como Ibáñez, subrayan el origen común de *Ariel* y *Motivos de Proteo*: durante algún tiempo, Rodó acarició la idea de publicar en un único volumen titulado “Cartas a...” la materia que ahora se encuentra dividida entre las dos publicaciones. A la luz de esta consideración, adquiere aún más validez lo que Roberto Ibáñez afirmó acerca de la centralidad del tema de la personalidad en las dos obras rodonianas: mientras en *Ariel*, Rodó interpretó este objeto por el lado de su expresión colectiva, es decir,

de “los pueblos aplicados, para sobrevivir, a la promoción y custodia de su propio carácter”, en *Motivos de Proteo* se enfocó en la categoría de lo individual, “la del hombre enfrentado a sí mismo” (“El ciclo” 18).

La correspondencia epistolar de Rodó nos permite profundizar algunos aspectos importantes sobre la elaboración del proyecto y el tema de *Motivos de Proteo*. En particular, quiero aquí citar dos cartas de 1904 que el intelectual montevideano envió a Miguel de Unamuno y Juan Francisco Piquet respectivamente. La primera misiva es del 20 de marzo; Rodó, después de confesar que no aspiraba a la “torre de marfil”, sino, más bien, a “la literatura, que, a su modo, es milicia [...] cuando se trata de luchar por ideas grandes, de educar, de redimir” (*Obras* 1318), explicó al filósofo español el estado de evolución de la obra en la que venía trabajando desde hace diversos años:

Tengo casi terminado mi libro, que probablemente haré imprimir en Madrid o Barcelona. Es extenso. El tema (aunque no cabe indicarlo con precisión en breves palabras) se relaciona con lo que podríamos llamar “la conquista de uno mismo”: la formación y el perfeccionamiento de la propia personalidad; pero desenvuelto en forma muy variada, que consiente digresiones frecuentes, y abre amplio espacio para el elemento artístico. Será un libro, en cierto modo, *a la inglesa*, en cuanto a los caracteres de la exposición, que puede tener parecido con la variedad y relativo *desorden* formal de algunos “ensayistas” británicos. Veremos que resulta. (*Obras* 1318)

Lejos, en ese entonces, de ser casi terminado, el libro saldrá a la venta sólo cinco años después. Además, Rodó no pudo realizar su sueño de viajar a Europa y publicar allá los *Motivos de Proteo*. Tendrá que esperar hasta julio de 1916 para cumplir el deseo de visitar el viejo continente.

La segunda misiva está fechada al 20 de abril de 1904. Rodó hace a Piquet algunas confidencias sobre el proceso de elaboración del libro proyectado:

*Proteo*, entre tanto avanza. No sin algún sentimiento me separaré de *Proteo* cuando llegue el momento de darlo a la imprenta; porque ese libro me ha acompañado a sobrellevar el tedio y la saciedad de esta larga temporada de política, y porque es la obra que he escrito en plena posesión de mi reputación literaria; sin precipitaciones ni fines inmediatos; dejándola cuando la inspiración falla y volviéndola a tomar cuando ella vuelve a dispensarme sus favores; escribiéndola tanto para mí como para los demás, y poniendo en sus páginas el sello de mi personalidad definitivamente formada en lo intelectual, sin que esto sea decir que no haya de escribir otra cosa que se le adelante, si puedo; porque yo concibo la vida y la producción del escritor como una perpetua victoria sobre sí mismo. Pero una vez escrito y publicado *Proteo*, que, como ya sabe usted, será un libro de no menos de 500 páginas, me tomaré una temporada de esparcimiento, no en el sentido de dejar de escribir, sino en el de dedicarme por algún tiempo a producir artículos y correspondencias, notas de viaje, revistas críticas, etc.; todo ello breve y sin orden. Así me “desentumiré” después de la larga disciplina a que me sujeta la producción metódica y ordenada de este largo libro. (*Obras* 1277)

Fue sólo en el verano de 1908 que Rodó “halló el arbitrio que puso fin a sus ya crónicas perplejidades.” Tomó una decisión capital para la publicación, por lo menos parcial, de una obra que ya contaba unos doscientos treinta capítulos y un indefinido número de bosquejos y aportes con distinto grado de elaboración: “*la de partir o dividir el conjunto y quitarle arquitectura concreta*” (Ibáñez, “El ciclo” 17). De esta forma, Rodó renunció al plan original de un libro unitario y cerrado en el “término forzoso” de una introducción y cinco grandes unidades temáticas, y concibió una norma expositiva más flexible: la de un libro que “siempre podrá seguir desenvolviéndose, ‘viviendo’ [...]: un libro en perpetuo ‘devenir’, un libro abierto sobre una perspectiva indefinida” (Rodó, *Obras* 301-02).

Precisar el estilo y la materia que caracterizan el libro de 1909 no es una operación sencilla, ni obvia. En su ensayo “José Enrique Rodó: la parábola como paradigma dinámico”, María Luisa Bastos ha sostenido que:

*Motivos de Proteo* es un *tour de force* tramado por entrecruzamientos, superposiciones, relevos que constituyen un paradigma –si lo hay– de la calidad plástica, antiestática, sucesiva, de la escritura artística. Esa malla móvil, ese especie de trama cabrilleante, llena de sorpresas, es la

puesta en práctica del deseo explícito de Rodó de que nada en el texto sea definitivo. Agreguemos, sin ironía, que a lo largo de la larga serie de motivos proteicos ni siquiera en cuanto doctrina hay nada fijo, nada convincente. (43)

Por su parte, Raimundo Lazo, en el “Prólogo” a la edición de Porrúa de *Motivos de Proteo*. *Nuevos motivos de Proteo*, no ahorró las críticas severas al libro de Rodó y habló de “una errabunda sucesión de puntos de vista y de variantes de expresión no muy lejanas entre sí” (X); según el profesor y ensayista cubano:

El punto de partida en el desgranar de las ideas que llenan el libro es el esbozo de una filosofía de la vida, que quiere ser tan amplia como flexible y comprensiva, con el pragmático propósito de establecer las bases de una actitud, de una conducta racionalizada, en el vivir del hombre. Con tal motivo, la filosofía que el autor sugiere es muy de su época transicional, por él adquirida y matizada. Es una filosofía a la vez idealista y pragmática, sincrético resumen del relativismo historicista del 900, en cuyo vaporoso caudal se transformaba, en muy atenuadora asimilación, el esquemático, simplificador y clasificacionista positivismo científico del siglo XIX. [...] En *Motivos de Proteo*, apartando las citas y referencias o alusiones propias de un escritor hispanoamericano de la época, de amplias lecturas literarias, de filosofía y de historia, las más concretas influencias miran hacia Renan, Guyau, Bergson, lo que en la primera década del siglo XX era todavía prolongación finisecular del XIX. (XI)

Carlos Real de Azúa en su “Prólogo” a la edición de *Motivos de Proteo* de la Biblioteca Ayacucho reconoce en la obra rodoniana tres elementos básicos: el doctrinal, el ejemplar y el parabólico; además, el historiador uruguayo reconsideró las críticas que en general había recibido *Motivos de Proteo*, para afirmar que se trata sólo en apariencia de un libro impersonal, utópico y falto de contextualización; la de Rodó, en realidad, “es obra estrictamente datada, localizada y, sobre todo, personal” (L).

Con respecto a la estructura de *Motivos de Proteo*, tanto Ibáñez, como Rodríguez Monegal han evidenciado la importancia del sumario compuesto por Rodó y conservado entre los manuscritos de su archivo. El tema principal del libro –las transformaciones de la

personalidad— está dividido en siete secuencias de diferente amplitud: la primera parte (capítulos I-XIV) se enfoca en la capacidad consciente y orientada del individuo de transformar su personalidad. El lema “Reformarse es vivir...”, que abre el capítulo I, es esencial para comprender todo el desarrollo argumentativo del libro. Según Rodó, en los aspectos físicos y en los morales, la inteligencia y la voluntad pueden ayudar al ser humano en la “rítmica y tenaz renovación” de su espíritu: cuando esto se realiza, “la obra ineluctable del tiempo no será sólo regresión que robe al alma fuerzas y capacidades; ni será como una profanación, por manos bárbaras, de las cosas delicadas y bellas que juntó en sus primeros vuelos el coro de las Horas divinas. Será un descubrimiento de horizontes” (Rodó, *Obras* 306).

Vale la pena señalar, dentro de esta secuencia temática inaugural, los capítulos II y V: en la primera de estas dos secciones, Rodó afirma que el alma del ser humano “está en perpetuo aprendizaje e iniciación continua”; según el autor: “Mientras vivimos está sobre el yunque nuestra personalidad. Mientras vivimos, nada hay en nosotros que no sufra retoque y complemento. Todo es revelación, todo es enseñanza, todo es tesoro oculto, en las cosas; y el sol de cada día arranca de ellas nuevo destello de originalidad. Y todo es, dentro de nosotros, según transcurre el tiempo, necesidad de renovarse, de adquirir fuerza y luz nuevas” (*Obras* 304).

El capítulo V recoge la primera parábola que aparece en *Motivos de Proteo*; Rodríguez Monegal la ha titulado “Un friso del Partenón”. María Luisa Bastos ha analizado detenidamente este texto, considerándolo “modelo de procesión modernista”: la escritura de Rodó expresa una voluntad estetizante, un simbolismo verbal y una tensión entre la sintaxis de la frase y el poder evocativo de las palabras, que nos hacen pensar en el arte de Rubén Darío y José Asunción Silva (45). En su artículo “José Enrique Rodó: la parábola como paradigma dinámico”, la autora señala su distancia respecto a la idea de Mario Benedetti según la cual las parábolas rodonianas serían “meras *ilustraciones* de un desarrollo

intelectual” (Benedetti 119). En modo distinto, Bastos afirma que, en el caso de “Un friso del Partenón”, así como de las otras narraciones, “más que ilustrar, las parábolas [...] no sólo tiñen, o contaminan, el texto entero: encierran y dilucidan su sentido, su orientación, fundamental” (44). El valor de estos breves relatos –sostiene Bastos– no reside sencillamente en su funcionalidad didáctica; de hecho, su alcance final es la posibilidad de generar instancias diferentes dentro del texto ensayístico que los contiene: la parábola es “paradigma dinámico de una ‘vasta ramificación de ideas y motivos’, que Rodó se propuso desplegar en su libro” (Bastos 48).

En este sentido, para comprender el estilo ensayístico que Rodó ofrece en *Motivos de Proteo*, me parece fundamental citar el análisis con el que Bastos cierra su artículo:

En cuanto ensayo, se puede ver en *Motivos de Proteo* una constelación de ejemplificaciones: de figuraciones [...] de la manera de ver modernista. Manera de ver que llevaba a organizar elementos dispares del discurso con procedimientos también dispares: nexos visibles, correlaciones explícitas se alternan con ensambles simbólicos o metafóricos. Insistamos: esta escritura es un tejido, prácticamente inextricable, de procedimientos narrativos e intuitivos. Esa organización, ese ensayo de organización no tradicional, trata todos los elementos del discurso [...] como piezas unitarias. El ensayo emerge como un movimiento, como un latir, que logra emular la simultaneidad pese a la ineludible sucesión del discurso; que mediante el dinamismo de la narrativa –las figuraciones– presenta intuiciones que habitualmente, convencionalmente, se reservan al ejercicio de la poesía. Semejante tipo de texto –atado sin duda en el orden superficial del gusto (del estilo, o hasta, si se prefiere, de la moda) a la manera del novecientos– lejos de clausurar una época, instaaura, más allá de las contingencias del gusto, una concepción del ensayo, incluso de todo texto literario, que tardará medio siglo en llegar a apogeos tan diversos como un Borges o un Lezama Lima. (48)

La segunda secuencia temática del libro (XV-XXXIX) está dedicada al estudio de la parte subconsciente de la personalidad. Rodó hace hincapié en la importancia de saber observarse: el *conocimiento propio* debe anticipar la acción de reformarse. Según el autor, la verdadera riqueza de nuestra personalidad reside en su complejidad: “para quien ve agotadas las energías

que de sí mismo conoce, lo complejo y variable de nuestra naturaleza es prenda de esperanza, es promesa dichosa de levante y regeneración” (*Obras* 328). Respecto a *Ariel*, el lector implícito es aquí, como en todo el libro, un *tú* aquiescente; de hecho, desaparece el *vosotros* hacia el que se dirigía el venerado maestro Próspero. En *Motivos de Proteo*, texto más largo y que no nace de una intención comunicativa oral, como *Ariel*, la segunda persona singular resulta, quizás, más efectiva y verosímil (Bastos).

La tercera parte (XL-LXXIX) se enfoca en el tema de la vocación: “Hay una misteriosa voz” –afirma Rodó– “que, viniendo del hondo del alma, le anuncia, cuando no se confunde y desvanece entre el clamor de las voces exteriores, el sitio y la tarea que le están señalados en el orden del mundo. Esta voz, este instinto personal, que obra con no menos tino y eficacia que los que responden a fines comunes a la especie, es el instinto de la *vocación*” (Rodó, *Obras* 334). El autor propone una larga serie de ejemplos históricos –Salomón, Flavio Claudio Juliano, Alfonso X el Sabio, entre otros– para sostener que: “La vocación es la conciencia de una aptitud determinada” (336).

En esta secuencia, los capítulos LIV y LXXVI me parecen de una cierta importancia. La sección LIV está dedicada al amor, entendido como “exaltación que traspasa los límites usuales del imaginar y el sentir” (Rodó, *Obras* 357). Según Rodó, el amor constituye la fuente de inspiración primaria para la sensibilidad y aptitud del poeta; ese sentimiento profundo le permite reconocer, sentir y realizar lo hermoso. Por otro lado, en el capítulo LXXVI, el autor enfrenta el tema de la imitación. Ésta, cuando falta la personalidad, se transforma en bruma que engaña: “Tener conciencia clara del carácter de las facultades propias, cuando una avasalladora norma exterior impone modelos y procedimientos, por todos acatados, es punto de observación difícil; y orientarse según los datos de esa misma conciencia, cuando ellos pugnan con los

caracteres que halagan a la afición común y a la fama, suele ser acto de resolución heroica” (Rodó, *Obras* 390).

La secuencia temática que sigue (LXXX-XCVII) regresa al tema de la tendencia a renovarse como virtud natural del alma que vive plenamente; sin embargo, “esta renovación continua precisa armonizarse, como todo movimiento que haya de tener finalidad y eficacia, con el principio soberano del orden” (*Obras* 394). En este sentido, el más alto ejemplo, para Rodó, de una existencia progresiva, gobernada por el principio de la renovación constante e infatigable, es, sin duda, el de Goethe. El autor, además, reflexiona sobre el papel que la soledad y los viajes pueden desarrollar en el proceso de reforma del individuo.

La quinta parte (XCVIII-CX) se ocupa de las distintas formas que puede tomar la vocación de un individuo. Rodó considera la diferencia sustancial que corre entre las almas simples y firmes y los espíritus móviles e inquietos donde coexisten varias vocaciones. En esta secuencia, la capacidad rodoniana de utilizar, en forma pertinente, el ejemplo de personajes históricos para sostener sus argumentos es sorprendente.

En la penúltima secuencia temática (CXI-CXLVII), Rodó hace hincapié en la importancia para el alma de un principio director: la virtud disciplinaria de esta potencia interior, entendida como numen ideal o polo magnético, orienta nuestro espíritu y guía la conciencia de la vocación. Los capítulos CXIV, CXV, CXVI, CXVII representan un segmento temático poderoso e incisivo; dentro de la sexta secuencia y, quizás, en toda la obra, son éstas las páginas más intensas respecto a la reflexión sobre las capacidades del alma y sus anhelos. Rodó toma el ejemplo de Hylas, amante y escudero de Heracles, que lo llevó con él a bordo de la nave Argo. Durante el viaje en busca del vello cino de oro, Hylas fue encargado de ir a recolectar agua dulce en una fuente de la Misia. Por su belleza, fue secuestrado por las náyades, ninfas de los cursos de agua; así, mientras Jasón y los argonautas retomaban el mar, Polifemo y Heracles se

quedaron en esta región de la península de Anatolia para encontrar a Hylas. Pese a la evidente paradoja –el hermoso joven desapareció sin dejar rastro–, Rodó utiliza este ejemplo de la mitología griega para fortalecer el propósito educativo de su materia ensayística: la búsqueda de Hylas es una alegoría de la voluntad de cada alma de explorarse a sí misma para encontrar su principio director, su verdadera fe o pasión. En este sentido, el autor afirma: “Exista el Hylas perdido a quien buscar en el campo de cada humano espíritu; viva Hylas para cada uno de nosotros. Pongamos que él no haya de parecer jamás; ¿qué importa, si el solo afán de buscarle es ya sazón y estímulo con que se mantiene el halago de la vida?” (*Obras* 441).

Según Rodó, la búsqueda de esta idea soberana, esta *convicción* de la personalidad, debe ser asistida por dos virtudes: la tolerancia, entendida como “la más alta expresión del amor caritativo, llevado a la relación del pensamiento” (*Obras* 441), y la sinceridad consigo mismo, que nos lleva a rastrear las fuentes reales de nuestras capacidades. Amén de eso, la convicción del alma debe mostrarse dinámica: “ha de ser modificable y perceptible, capaz de acompañar al progresivo desenvolvimiento de nuestra personalidad” (442).

La séptima secuencia temática (CXLVIII-CLVIII), la que cierra *Motivos de Proteo*, se enfoca en el análisis del papel que la educación, la esperanza y, sobre todo, la voluntad desarrollan en la obra de regeneración espiritual. Rodó sostiene que la educación es “el arte de la transformación ordenada y progresiva de la personalidad” (*Obras* 471); el arte que nos convierte en rivales de la fatalidad y protagonistas de nuestra evolución. Desde luego, “el primer instrumento de la regeneración es la esperanza de alcanzarla. Todo propósito y plan de educar, de reformar, de convertir, y aún diré más, toda persona que lo tome a su cargo, han de empezar por ser capaces de sugerir *la fe en ellos mismos*, y obrar mediante esta fe, en las almas donde ponen su blanco” (472).

El instrumento que da verdadera fuerza al individuo en el proceso de reforma espiritual es su voluntad personal. En la opinión de Rodó, esta *maravillosa energía*, capaz de sustituir muchas veces a la espontaneidad del instinto, es la premisa a los actos de la invención: “La voluntad reúne el material que el genio anima; provoca y da lugar a aquella chispa misteriosa” (*Obras* 474).

Para describir esta *fuerza omnipotente*, Rodó utiliza la parábola “La pampa de granito” (CLI). En México, este relato se publicó en *El Imparcial* (11 de septiembre de 1913) y *El Pueblo: Diario de la Mañana* (6 de mayo de 1917). El estilo de la parábola es esencial, grave, arrugado, *granítico*; el mensaje del texto, fascinante porque horroroso, se desarrolla por alegorías: la pampa desolada, triste y desierta es nuestra vida, mientras el poder de la voluntad es representado por “un viejo gigantesco; enjuto, lívido, sin barbas; [...] un gigantesco viejo de pie, erguido como un árbol desnudo. Y eran fríos los ojos de este hombre, como aquella pampa y aquel cielo; y su nariz, tajante y dura como un segur [*sic*]; y sus músculos, recios como el mismo suelo de granito; y sus labios no abultaban más que el filo de una espada”. Junto a este viejo imperioso, se encuentran “tres niños ateridos, flacos, miserables” (Rodó, *Obras* 475); ellos deben plantar la simiente que el viejo les ofrece. Frente a la realidad árida de la pampa y una misión que parece trágica e imposible, un niño utiliza sus dientes para abrir el duro suelo, el otro su boca para recoger la tierra llevada por el viento, y el tercero llora y con sus lágrimas obtiene el agua: “esos trémulos niños son nuestras entrañas, nuestras facultades y nuestras potencias, de cuya debilidad y desamparo la voluntad arranca la energía todopoderosa que subyuga al mundo y rompe las sombras del arcano” (476).

En los capítulos CLIV, CLV, CLVI, Rodó extiende su análisis sobre la personalidad del individuo “al genio de un pueblo, al espíritu de una raza, igualmente capaces del nombre de *personalidad*” (*Obras* 477). Según el autor: “toda alma nacional es una agrupación de

elementos ordenada según un ritmo que, ni tiene precedentes en lo creado, ni se reproducirá jamás, una vez roto aquel inefable consorcio. Mantener esta personalidad es la epopeya ideal de los pueblos” (478).

En los capítulos CLVII y CLVIII, Rodó hace a sus lectores la promesa de una nueva vida y una nueva palabra, dejando así su “libro abierto sobre una perspectiva indefinida” (*Obras* 301-02). Para finalizar, no me queda más que seguir su ejemplo y recordar que en mi tesis no han podido encontrar espacio muchos temas que se refieren a la recepción rodoniana en México. Entre estos, quizás la investigación que más me fascina es la que tiene como objeto la relación ideológica entre el maestro montevideano y José Vasconcelos. De hecho, tanto en algunos temas de *Motivos de Proteo*, como en el valor simbólico de *Ariel*, es posible reconocer una de las fuentes más importantes del ideario del filósofo mexicano: en particular, del pensamiento que sostiene *La raza cósmica* y el proyecto educativo de 1922. Sin embargo, por las razones que ya he explicado antes, he decidido no ocuparme en mi tesis de este tema delicado y complejo. De esta forma, los protagonistas de la interpretación crítica de *Motivos de Proteo* que aquí propondré serán Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Samuel Ramos.

Las dos ocasiones más significativas en las que Pedro Henríquez Ureña se ocupó de *Motivos de Proteo* fueron la conferencia “La obra de José Enrique Rodó” y el libro *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. En el tercer encuentro (22 de agosto de 1910) del Ciclo dedicado al Centenario de la Independencia de México, el crítico dominicano sostuvo que el libro de Rodó presentaba “una concepción nueva de la evolución” (“La obra” 61). Según Henríquez Ureña: “La grande originalidad de Rodó está en haber enlazado el principio cosmológico de la *evolución creadora*” –ésta la síntesis original de Bergson– “con el ideal de

una norma de acción para la vida. Puesto que vivimos transformándonos, y no podemos impedirlo, es un deber vigilar nuestra propia transformación constante, dirigirla y orientarla” (62). El ensayo de 1910 tiene el mérito de resumir claramente algunos de los más relevantes temas enfrentados en *Motivos de Proteo*: por ejemplo, la vocación, la importancia de la educación y el amor, la fe en un principio director, el alma de los pueblos.

En el capítulo VII, titulado “Literatura pura”, de *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, Henríquez Ureña sintetizó lo que ya había afirmado en “La obra de José Enrique Rodó”. El intelectual dominicano señaló que *Motivos de Proteo* es un “libro muy extenso, hecho de ensayos y parábolas sobre el desarrollo de la personalidad humana, todos ellos dentro de un mismo espíritu; su tema principal es el de las ilimitadas posibilidades de renovación que hay en el espíritu humano. Su base filosófica es una especie de ética de la renovación, muy en armonía con la doctrina entonces nueva de la ‘evolución creadora’ de Henri Bergson” (*Las corrientes* 183).

El ideario que Rodó propuso en *Motivos de Proteo* muestra una cierta resonancia también en las *Obras completas* de Alfonso Reyes: a veces, este eco se escucha a través de la intención crítica del intelectual regiomontano; otras veces, como había sido en el caso de *Ariel*, es evidente que Reyes cita y utiliza los argumentos del pensamiento rodoniano para hablar de distintos temas.

Uno de los pasajes más significativos donde Reyes interpreta críticamente *Motivos de Proteo* se encuentra en el libro *El suicida* (1917). En el décimo ensayo de esta colección, titulado “Monólogo del autor”, Reyes analiza los problemas, los “terrores supersticiosos”, que la definición, más bien el “bautismo” (*Obras* 3: 293), de un libro conlleva. A continuación, cito el pasaje donde se habla de la obra de Rodó:

Justo ha sido llamar *Motivos de Proteo* al libro “abierto sobre una perspectiva indefinida”, al libro entendido como trasunto fiel de los múltiples estados de ánimo, expresión sucesiva del movimiento de la conciencia; es decir: el libro sin más arquitectura que la arquitectura misma de nuestras almas –musicalidad infinita que hubiera deleitado a Wagner. Un Proteo es el ánimo, nadie lo sujeta, y vuela a todas partes, sin finalidad aparente, por el gusto de su ejercicio: motivos de ese Proteo serán, pues, los libros hechos como por mero desahogo; motivos de ese Proteo, pues encierran el vario y mudable revolar del pensamiento en todos los rumbos de su espacio sin dimensiones. Pero no sólo se trata aquí de una manera de bautizar los libros, sino de una cuestión estética, de una completa teoría del libro, que, emanada de Rodó, está produciendo en la viña de América una floración de obras, buenas y malas. Esta nueva teoría del libro merece capítulo aparte. (Reyes, *Obras 3*: 294)

En “Monólogo del autor”, al capítulo “Bautismo del libro” sigue el de “El libro amorfo”. Aquí el autor desarrolla su “concepción del libro dinámico” (*Obras 3*: 296). Al tomar *Motivos de Proteo* como ejemplo, Reyes sostiene que: “El libro como trasunto fiel e inmediato de los múltiples estados del ánimo es cosa absolutamente distinta del libro entendido a la manera clásica. Es algo completamente psicológico, pero ya no artístico” (294). En este sentido, según Reyes, los textos de las nuevas tendencias literarias van combinando de forma diferente, en el tiempo, los elementos de la herencia de la retórica clásica; los libros dejan de seguir los preceptos que imponía la autoridad de la forma; la manifestación literaria se hace, “como la materia misma, cosa dinámica [...] y nadie respeta ya las tradicionales *partes del discurso*. Los libros dejan de tener principio y fin: son una perspectiva indefinida donde el espíritu cansa su versatilidad esencial” (295-96).

Tanto Martha Canfield, como Belén Castro Morales han subrayado la importancia del papel crítico de Alfonso Reyes respecto a “esa nueva concepción de la escritura fragmentaria” que convierte el texto, el *motivo proteico*, de Rodó en “la unidad discursiva de una estructura flexible que se va haciendo por las relaciones de colateralidad, de asociación, de interrelación entre esas unidades” (Castro Morales, Introducción 48). En su ensayo “Reflexiones sobre *Ariel* a cien años de su publicación”, Canfield afirma:

Hoy en día, [...] al volver a su obra con menos prejuicios, se puede apreciar cómo sus verdaderos fundamentos éticos y estéticos no han perdido actualidad. Incluso su estilo, el culto del fragmento tan evidente en sus obras mayores, *Motivos de Proteo* y *El mirador de Próspero*, que tanto había irritado entre otros a su amigo Reyes, se puede considerar como un anuncio de un gusto literario y filosófico que el siglo XX ha hecho suyo. Con un punto de vista acaso más lúcido y profético, Alfonso Reyes había saludado esa tendencia rodoniana como la inauguración de un nuevo tipo de literatura, precisamente la fragmentaria, que hoy admiramos en la obra de escritores de primer orden como Roland Barthes, Jorge Luis Borges, Octavio Paz. (129-30)

En modo análogo, Castro Morales comentó este tema en la “Introducción” a la edición del *Ariel*, publicada por Cátedra en 2000. Vale la pena recordar el largo pasaje donde la investigadora habla de *Motivos de Proteo*:

Fue el crítico mexicano Alfonso Reyes el primero en analizar la importancia de la forma de escritura que Rodó había puesto en práctica con esta obra. En 1917, fecha de la muerte de Rodó, Reyes esbozaba en un texto de *El suicida* su teoría y definición de “el libro amorfo”, del que *Motivos de Proteo* era un hito fundacional en la tradición hispánica. [...] El valor revolucionario de la escritura de Rodó radica, según Reyes, en que con *Motivos de Proteo*, libro de estructura irregular, se rompe con el libro “entendido a la manera clásica”, ya que éste era cerrado, ordenado y estático, sometido a una forma predefinida por las preceptivas partes del discurso. Frente al libro clásico, sólido, *Motivos de Proteo* es el libro moderno, “líquido”, fluyente y, por ello, “psicológico”.

Y, efectivamente, en la tradición literaria hispánica no hay ninguna obra con la que equiparar el sentido profundamente innovador, ecléctico y asistemático de *Motivos de Proteo*. Pese a la caducidad de muchos aspectos de esta obra, la modernidad “deconstruida” de ese discurso abierto nos sigue asombrando, y nos permite asociarla a otros tantos tanteos “bergsonianos”, cuando el experimentalismo vanguardista extremó la posibilidad de una escritura abierta y, por ejemplo, Felisberto Hernández concibe un libro sin tapas, o Macedonio Fernández escribe en sus *Papeles de Recienvenido* sobre una escritura que se va haciendo; o, más tarde, cuando Julio Cortázar, en *Rayuela*, nos propone de nuevo el juego de las discontinuidades... (48-49)<sup>15</sup>

Reyes regresó a la idea rodoniana del libro “abierto sobre una perspectiva indefinida” en *Los dos caminos* (1923), cuarta serie de *Simpatías y diferencias*; en “El ‘Licenciado Vidriera’ visto por

---

<sup>15</sup> Para un análisis más profundo de la escritura fragmentaria de Rodó, véase el artículo “‘Una gimnástica del alma’: José Enrique Rodó, Proteo de Motivos”, de Ottmar Ette.

‘Azorín’”, tercer capítulo del ensayo “Apuntes sobre ‘Azorín’”, el crítico mexicano afirmó: “Se nos ha dicho que ‘Azorín’ llama al *Licenciado Vidriera* ‘mi mejor libro’. Acaso por el admirable esfuerzo técnico de sencillez: hay páginas en que ya no se sienten las palabras. [...] Pero no: este hombre tampoco hace libros; no hace obras separables de él. [...] Todo él es una obra en movimiento, y vale aplicarle la frase de Rodó: ‘una perspectiva indefinida...’” (*Obras* 4: 248).

En la primera parte de *Los dos caminos*, titulada “España”, encontramos otra referencia al libro de Rodó. En “Apuntes sobre Juan Ramón Jiménez”, Reyes cita la que él consideraba la más importante de las *ideas proteicas*; desde esta primera ocasión, y a pesar del transcurrir de los años, el discípulo mexicano nunca olvidará este precepto que el maestro le había enseñado. Al analizar la *Segunda antología poética*, de Ramón Jiménez, Reyes utiliza lo que Rodó había sostenido en el capítulo II de *Motivos de Proteo*: “Mientras vivimos –repetía Rodó– nuestra personalidad está sobre el yunque. Tal es la doctrina de la vida, como una perenne educación –ideal de Goethe. Mientras vive el poeta –nos dice Juan Ramón Jiménez–, el libro, la obra, tienen que reflejar una mudanza constante, progresando en grados de excelencia. Tal es la filosofía de la vida como una creación perenne” (*Obras* 4: 273).

Reyes citó y utilizó esta idea de Rodó en otras tres ocasiones. La primera fue en el artículo “Urna de Alarcón”, que salió por primera vez en *Taller*, en octubre de 1939; el texto será recogido en la segunda serie de *Capítulos de Literatura española* (1945). Reyes aplica la teoría de Rodó a su análisis de la recepción del autor de *La verdad sospechosa*; vale la pena citar el largo pasaje, donde el estilo del ensayista mexicano se muestra fluido, incisivo y poético:

Travesuras del tiempo, jugar al calidoscopio con los prismas de la realidad; volver de revés el anteojo, ver un día grande lo pequeño, y otro día pequeño lo grande; acercar lo lejano, distanciar los primeros términos, invertir las perspectivas. ¿Habéis pensado en las sorpresas de la posteridad? Mientras vivimos, decía Rodó, nuestra personalidad está sobre el yunque. Pero, ¿y después de

muerdos? Comienza entonces una plástica superior, cambiante y a veces vertiginosa. El saldo es variable. La sentencia ardua de los pósteros está sujeta a una apelación indefinida. Muchas veces hemos dudado si los contemporáneos tienen siempre razón. Más bien tienen sus razones, las cuales no siempre se confunden con la razón o, si preferís, con la justicia. ¡Qué suelo inseguro, qué pintar y borrar, qué imposibilidad de llegar –aquí como en física– a la conmensuración absoluta! ¿Grande? ¿Con relación a cuál medida? ¿Quieto? ¿Con relación a cuál sistema? Los párvulos de Heráclito edifican sus castillos efímeros. En cuanto morimos, nuestra personalidad es puesta en el yunque.

Dejad pasar la noche de la cena,  
oh Shakespeare pobre y oh Cervantes manco.

¡O corcovado Alarcón! ¡Vapuleado, glorificado! Extraño en su tiempo; singular siempre. [...] Precursor casi de Moratín, y olvidado, sin embargo, por los retóricos del siglo XVIII, en cuyas páginas el mediocre Solís se hombreaba con Calderón. Tal vez la Academia empieza por Alarcón sus colecciones de clásicos con el ánimo de reivindicarlo. El siglo XIX lo acoge. Lo levanta el XX, prestándole la nueva virtud del mexicanismo, dándole las palmas de iniciador. El mexicanismo evoluciona. El mexicanismo naciente posee, como el yodo, propiedades que se evaporan después. Hasta su mexicanismo es discutido en México. (*Obras* 6: 324-25)

Las otras dos obras en las que Reyes utiliza esta idea-guía de *Motivos de Proteo* son *La crítica en la edad ateniense* (1941) y *Junta de sombras* (1949). En el cuarto capítulo del libro de 1941, titulado “Sócrates o el descubrimiento de la crítica”, el autor regiomontano analiza la moral del filósofo griego y sostiene que: “Su respeto por la naturaleza ajena lo obliga a no entrometerse en los reinos que descubre. Si cada uno sabe lo que de veras posee, que cada uno se encargue de cuidarlo. [...] En este sentido, es verdad que su filosofía no está acabada. Ni podría estarlo, como la verdadera pedagogía no lo está nunca mientras vivimos, ‘mientras nuestra personalidad está sobre el yunque’, como decía Rodó” (*Obras* 13: 97)

En “De cómo Grecia construyó al hombre”, cuarto capítulo del libro *Junta de sombras*, Reyes afirma que “la cultura helénica es antropocéntrica” y propone una definición del concepto de Paideia; otra vez, cita de memoria la idea de Rodó para desarrollar sus argumentos:

*Paideia* es la modelación paulatina del ideal del Hombre, y aun de cada hombre en relación con ese ideal. Y esto no sólo en el modesto sentido escolar o educacional, sino entendiendo en el concepto la suma de todas las energías sociales que obran sobre el individuo a lo largo de su vida y establecen esa posibilidad de convivencia humana que es la Polis, el grupo policiado. Como se ha dicho, mientras vivimos nuestra personalidad está sobre el yunque. (*Obras* 17: 478)

Respecto a la crítica de Alfonso Reyes sobre el ensayo de Rodó, merece una atención particular un pasaje del primer capítulo de “Cicerón o la Teoría del Orador”: es esta la tercera lección contenida en el libro *La antigua retórica*, donde se publicó el curso extraordinario que Reyes dictó en la Facultad de Filosofía y Letras, en marzo de 1942. Al hablar de Dión de Crisóstomo, un escritor contemporáneo de Quintiliano, el crítico mexicano afirma que “sus páginas participan del sermón laico, del panegírico local, de la crónica, y tratan más bien de entretener, sin preocupación alguna de persuadir.” Según Reyes, el estilo de Dión de Crisóstomo nos hace pensar en la escritura de Rodó: “En Dión, efectivamente, la ‘declamación’ se orienta hacia el ‘ensayo’, género que también vino a alimentarse con la epidíctica. El ensayo en José Enrique Rodó es un gran discurso epidíctico” (*Obras* 13: 408).

Lamentablemente, Reyes no aplicó su estudio sobre la retórica antigua para desarrollar con mayor precisión esta definición del estilo rodoniano. Se limitó a tomar al escritor montevideano como ejemplo dentro de la literatura hispanoamericana; y esto nos impide llegar a conclusiones claras y seguras. Sin embargo, para comprender la afirmación de Reyes sobre el ensayo de Rodó, es, sin duda, de notable importancia la segunda lección de *La antigua retórica*, titulada “Aristóteles o la Teoría de la persuasión”, donde describe los tres géneros retóricos: el deliberativo, el judicial y el epidíctico. El carácter de este último es expositivo y su auditorio “es un público de espectadores que obra como juez de la elocuencia” (Reyes, *Obras* 13: 379-80). El género epidíctico “expone el valor ético-estético de los hechos o personas que evoca, y enaltece o rebaja” (380). Su objetivo es agradar con elegancia y

agudeza, y mostrar la fuerza de un ideal o una virtud: se trata “en el epidíctico, de imponer al auditorio nuestra estimación sobre un valor moral de vigencia permanente. La acción retórica propone, pues, una nivelación axiológica. Esta nivelación no sólo se dirige a la inteligencia, también al sentimiento. De aquí, junto a la necesidad de usar los estímulos lógicos, la de usar los psicológicos” (384).

Para finalizar esta parte dedicada a la recepción de *Motivos de Proteo* en México durante la primera mitad del siglo XX, sólo falta recordar el “Prólogo” que Samuel Ramos escribió en 1943 para la antología *Rodó*. Según el filósofo mexicano, la técnica del libro de 1909 “está ya íntegra en *Ariel*. El mismo tono magistral, la misma intención de salvación, de ‘cura de almas’, los mismos procedimientos persuasivos, el mismo tema de la vocación, sólo que ahora se dirige a sus lectores como individuos y como hombres, sin tener en cuenta su calidad de americanos” (XV). *Motivos de Proteo* –afirma Ramos– es el libro donde Rodó ejerce en modo más evidente y deliberado “su misión de maestro, llevando al lector por todas las complicaciones del alma humana, para orientarlo y ayudarlo al descubrimiento de la vocación individual” (XVI). Respecto a *Ariel*, aquí el ritmo se hace lento y el período largo y complicado. La intención de Rodó es la de “dar conciencia de las infinitas posibilidades del espíritu, para guiar en la tarea grave y difícil de acertar en la vocación individual. Hace Rodó el papel de un Sócrates que aconseja a los hombres conocerse a sí mismos” (XVII).

En su “Prólogo”, antes de analizar la siguiente publicación rodoniana, es decir *El mirador de Próspero*, Samuel Ramos nos ofrece una última reflexión puntual y sugestiva; su juicio nos permite agregar otro elemento esencial en la comprensión de *Motivos de Proteo*, un libro que su autor quiso dejar *abierto sobre una perspectiva indefinida*:

*Motivos de Proteo* es un libro únicamente accesible a los hombres cultos, y casi podría decirse que se refiere nada más a las vocaciones superiores del espíritu: la del pensador, el artista, el reformador moral, etc. Tiende, como los otros libros de Rodó, a la alta selección del espíritu y la cultura. Es en este sentido una continuación de *Ariel*. El impulso permanente que proyecta el pensamiento de Rodó hacia lo alto, durante toda su vida, es lo que da a su obra un valor duradero en la cultura hispanoamericana. (S. Ramos XVIII)

No cabe duda de que, respecto a los comentarios de Samuel Ramos, las interpretaciones críticas de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes sobre *Motivos de Proteo* fueron más incisivas. El intelectual dominicano fue el primero, en el ámbito hispánico, en subrayar que el extenso libro de Rodó sobre el desarrollo de la personalidad humana presentaba analogías muy claras con la teoría de la evolución creadora de Henri Bergson; por su parte, Reyes analizó el carácter fragmentario y amorfo del ensayo rodoniano, poniendo énfasis, además, en las relaciones de su discurso con el género retórico epidíctico.

### ***El mirador de Próspero***

El libro *El mirador de Próspero* fue publicado en 1913 por la editorial José María Serrano de Montevideo. El volumen reúne una selección de los ensayos, prólogos, artículos de crítica literaria, discursos y textos misceláneos que Rodó venía escribiendo desde la época de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*. Ya en la carta a Juan Francisco Piquet del 20 de abril de 1904, el intelectual uruguayo había adelantado el proyecto de esta nueva tarea: “una vez escrito y publicado *Proteo*, que, como ya sabe usted, será un libro de no menos de 500 páginas, me tomaré una temporada de esparcimiento, no en el sentido de dejar de escribir,

sino en el de dedicarme por algún tiempo a producir artículos y correspondencias, notas de viaje, revistas críticas, etc.; todo ello breve y sin orden” (*Obras* 1277).

Lejos de ser una simple colección de artículos dispersos, *El mirador de Próspero* representa un momento de continuidad de toda la obra rodoniana. Como subraya Rodríguez Monegal, si por un lado, el título del volumen “apunta hacia el maestro de *Ariel* prolongando una simbología que le era familiar” (*apud* Rodó, *Obras* 483), por el otro, el epígrafe, tomado de Hyppolite Taine, nos remite a la vocación que alimentó toda su escritura: la de ser “*le journal d’un esprit*” (487). Además, en *El mirador* regresan dos de las preocupaciones fundamentales del pensamiento de Rodó: América Latina y el ejercicio de la crítica.

En el texto “Un proyecto intelectual en la encrucijada de la modernidad”, Belén Castro Morales comenta el significado de *El mirador de Próspero* de la siguiente forma:

Continúa así Rodó una línea de pensamiento y un género literario que llegan en sus manos a su punto culminante. Vista con una amplia perspectiva panorámica, su prosa constituye un hito que lleva a nuevos niveles de estilo y de formulación conceptual lo que había sido incipiente y ambiciosa disciplina de indagación cultural en Andrés Bello, en el umbral de la etapa republicana de Hispanoamérica, o en Echeverría y Sarmiento en la época inaugural de las nacionalidades. Por otra parte, las ideas que desarrolla fundan la base de la que partirán pensadores, críticos y ensayistas de dimensión continental como Alfonso Reyes o Pedro Henríquez Ureña. (132-33)

Por su parte, Carlos Real de Azúa afirma que en los cuarenta y cinco ensayos que componen el volumen, Rodó evidencia algunos aspectos habituales de su estilo: como la tendencia a desplegar en abanico sujeto, verbo y complementos de la oración, que, así, dilata su extensión total; el uso insistente de los adjetivos y adverbios que contribuyen a aumentar la complejidad del enunciado; el gusto por el punto y coma; la falta de precisión en delimitar las largas frases parentéticas (Prólogo CII-CIII).

En el “Prólogo” a la edición de *El mirador de Próspero* que el Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social de la República del Uruguay publicó en 1965, Real de Azua sostiene que: “Rodó parece haber escrito tanto bajo la obsesión de la palabra exacta como bajo la desesperanza de hallarla” (CIII). En particular, el crítico e historiador uruguayo hace hincapié en la problemática de la distancia que advierte el lector contemporáneo frente a la prosa de Rodó:

Para penetrar en este ámbito y transitarlo holgadamente, el lector contemporáneo tiene que adaptar sus pulmones a una marcha estilística desusada, a una escritura que parece contrariar todos sus hábitos y chocar, en más de un punto, con normas que, en la literatura de ideas, resultan universales. Simultáneamente irrumpe a nuestro juicio la convicción de que Rodó era un completísimo escritor y de que en su estilo obran elementos que hoy resultan disfuncionales para su plena fruición y comunicación. Si se cree útil indagar en las razones de esa contradicción, se hace inevitable empezar calibrando ese ideal de “escritura artista” que flotaba en el aire del 900, ese deliberado situarse *en las dilatadas fronteras de la ciencia y el arte, donde se entrelazan de mil modos distintos la verdad y la belleza, suscitando obras intermedias, singularmente adecuadas a nuestro gusto, a nuestras necesidades espirituales.* (CI-CII)

Sin querer proponer una clasificación estricta y definitiva, Rodríguez Monegal divide los cuarenta y cinco textos de *El mirador* en seis grupos principales (*apud* Rodó, *Obras* 484-86). El primero estaría integrado por los ensayos de crítica e historia literaria, que, por cierto, abundan en el volumen. Entre ellos, vale la pena recordar aquí algunos ejemplos: “La vuelta de Juan Carlos Gómez” es el discurso que Rodó pronunció en octubre de 1905, en ocasión de la repatriación de los restos del periodista y político uruguayo. Miguel de Unamuno citó y comentó este escrito en su artículo “Don Quijote y Bolívar. A propósito de una historia de Venezuela”, que salió en la *Revista Moderna de México* en julio de 1907. Juan Carlos Gómez perteneció a la generación rioplatense de los desterrados: “Junto a Mitre, a Sarmiento, a Juan María Gutiérrez, a Alberdi, a López, iba también en aquella luminosa pléyade [...] un hijo de

Montevideo, salido de las filas de la juventud que desplegaba entonces, tímidamente, las primeras fuerzas de nuestra embrionaria intelectualidad” (Rodó, *Obras* 492-93).

Entre los ensayos de este primer grupo, “Rumbos nuevos” sobresale por el valor de su interpretación de la historia intelectual y literaria hispanoamericana: amén de presentar aspectos importantes del idealismo de su autor, contiene un análisis fundamental del positivismo en América Latina.

“Recóndita Andalucía”, que Rodó dedicó al análisis de las *Elegías* de Juan Ramón Jiménez, es un texto muy breve, pero es ejemplar como ensayo donde la mera interpretación crítica sustituye la biografía y la historia literaria: “Leyendo estas *Elegías*” –afirma Rodó– “se reconocen, con sorpresa y arrobamiento, todos los secretos de espiritualidad musical, de sugestión melódica, que cabe arrancar al genio de una lengua tenida por tan exclusivamente pintoresca y estatuaria” (*Obras* 613).

Los dos artículos “Montalvo” y “Juan María Gutiérrez y su época” son, sin duda, los más extensos del volumen; el autor trabajó mucho a la redacción de ambos. No es una exageración afirmar que se trata de dos de los ensayos más logrados por Rodó; son representativos de su estilo porque dan muestra de su excelente capacidad de unir la caracterización biográfica a la reconstrucción histórico-literaria. Aquí, el arte ensayístico de Rodó alcanza su grado más alto por la elegancia de la lengua, la profundidad de la investigación y la fuerza de la reflexión.

Los escritos sobre temas históricos integran el segundo grupo de ensayos que Rodríguez Monegal distingue en *El mirador de Próspero*. Entre ellos, el más importante es el dedicado a “Bolívar”; al hablar de este artículo, el editor de las *Obras completas* rodonianas afirma:

Más que un ensayo es un retrato: un retrato vivo y elocuente, un magnífico retrato épico. Bolívar aparece en su dimensión sobrehumana. En la visión de Rodó, Bolívar es el *Héroe* total, y así lo presenta en otro ensayo del mismo libro. Más que ninguna otra página suya, este trabajo lo muestra en la plenitud de su mejor estilo oratorio: el estilo que le permite transmitir con mayor pasión la gran figura del héroe de América. A través de Bolívar se alcanza ese entusiasmo americano que sostenía toda la obra del crítico. (*apud* Rodó, *Obras* 485)

El tercer grupo contiene los ensayos literarios. Quizás el más representativo sea “Mi retablo de Navidad”, que Rodríguez Monegal define: “soberana creación de estilo” (*apud* Rodó, *Obras* 485). Por los temas religiosos que enfrenta y el resultado estético que alcanza, este ensayo de 1911 muestra una precisa continuidad respecto a “El que vendrá” y *Liberalismo y jacobinismo*.

El siguiente conjunto recoge los ensayos que se ocupan de argumento moral. En el caso del artículo “El ‘Rat-pick’”, Rodó condenó la actitud inhumana de las personas que asistían, como si se tratara de un juego o un deporte, a ese espectáculo abominable que se conocía como *rat-pick*, y que consistía en “la caza de la rata por los grifos rateros que llaman *fox-terriers*” (*Obras* 508). Al hablar de la maldad pasiva y cobarde del ser humano, Rodó citó el ensayo “De la crueldad”, de Montaigne.

Los ensayos sociales componen el quinto grupo. Al respecto, es imposible no recordar aquí el importante informe “Del trabajo obrero en el Uruguay”, que Rodó presentó a la Cámara de Diputados en 1908, con motivo de la ley propuesta sobre la regularización de los derechos del trabajador de las fábricas y los talleres. Lejos de apoyar soluciones sociales revolucionarias, el ensayo ofrece una postura ideológica moderada:

Vulgar error sería entender que el movimiento de ideas que ha presidido a esta intervención del Estado en el funcionamiento de la vida industrial sea la obra exclusiva de una doctrina revolucionaria, cuya sombra fatídica pretenden muchos ver insinuarse a favor de cada una de estas manifestaciones de reforma, olvidando que es en los pueblos de más hondo sentido

individualista donde la legislación del trabajo ha tenido su origen y ha alcanzado mayor complejidad, y que son, a menudo, parlamentos y estadistas de filiación conservadora los que aparecen colaborando en el propósito de mejorarla y completarla. [...]

La universalidad de estos anhelos de reparación, la persistente fuerza con que subyugan las conciencias, concurren a persuadir al más indiferente de que no se trata en ellos de un simple fermento de ideas puestas en boga por los vientos de un día; sino de uno de los caracteres esenciales del espíritu de nuestro tiempo, que tiene positivas correspondencias con la realidad y que fluye de naturales consecuencias de la evolución social y de la evolución económica.

Los conflictos entre el capital, que defiende su superioridad, y el trabajo, que reclama su autonomía, no son el rasgo privativo de una sociedad o de una época: pertenecen al fondo permanente y sin cesar renovado de la historia humana. (Rodó, *Obras* 638-39)

Según Rodríguez Monegal, el sexto grupo estaría integrado por los ensayos hispanoamericanos. En realidad, la preocupación por América Latina es un aspecto esencial en la composición de la mayoría de los artículos de *El mirador de Próspero*. Sin embargo, hay un conjunto de textos donde la perspectiva interpretativa atiende, en modo más claro y exclusivo, a temas hispanoamericanos. Entre ellos, cuatro son los ensayos que me parecen más significativos: “El Centenario de Chile”, “Magna patria”, “Iberoamérica” y “La España niña”.

El primero de estos textos es el discurso que Rodó pronunció (el 17 de septiembre de 1910) como representante del Uruguay en la sesión solemne celebrada por el Congreso, durante las fiestas por el Centenario de la Independencia de Chile. Aquí el autor resume algunos aspectos esenciales de su postura hispanoamericanista. Rodó afirma que el desenvolvimiento de cada nación del continente debe ser acompañado por “la voluntad heroica” (*Obras* 555) de una conciencia colectiva:

Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias, sino de una patria grande y única; yo creí siempre que si es alta la idea de la patria, expresión de todo lo que hay de más hondo en la sensibilidad del hombre: amor de la tierra, poesía del recuerdo, arrobamientos de gloria, esperanzas de inmortalidad, en América, más que en ninguna otra parte, cabe, sin desnaturalizar esa idea, magnificarla, dilatarla; [...] cabe levantar, sobre la patria nacional, la patria americana, y acelerar el día en que los niños de hoy, los hombres del futuro,

preguntados cuál es el nombre de su patria, no contesten con el nombre de Brasil, ni con el nombre de Chile, ni con el nombre de Méjico, porque contesten con el nombre de América.

Toda política internacional americana que no se oriente en dirección a ese porvenir y no se ajuste a la preparación de esa armonía será una política vana o descarriada. (Rodó, *Obras* 553-54)

El ensayo “Magna patria” apareció en el periódico mexicano *El Pueblo: Diario de la Mañana* el 23 de agosto de 1916. Según Arturo Ardao, este texto de 1905 marcó la fase del *americanismo político* de Rodó. Al hablar de la idea de una patria grande y única, el intelectual montevideano tomó al *Risorgimento italiano* como ejemplo:

Patria es para los hispanoamericanos la América española. Dentro del sentimiento de la patria, cabe el sentimiento de adhesión no menos natural, indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca; y provincias, regiones o comarcas de aquella gran patria nuestra son las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así, o, mejor, siempre lo he sentido así. La unidad política que consagre y encarne esa unidad moral –el sueño de Bolívar– es aún un sueño, cuya realidad no verán quizás las generaciones hoy vivas. ¡Qué importa! Italia no era sólo “la expresión geográfica” de Metternich, antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini. Era la idea, el numen de la patria, era la patria misma consagrada por todos los óleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia una y personal existía: menos corpórea, pero no menos real; menos tangible, pero no menos vibrante e intensa que cuando tomó color y contornos en el mapa de las naciones. (*Obras* 610)

Así como “Magna patria”, también “Iberoamérica” y “La España niña” son textos muy breves, pero sorprendentemente intensos. En el primer ensayo, Rodó afirma ver “simbolizado en el curso de los dos ríos colosales” –el Amazonas y el Plata– “el destino histórico de esas dos mitades de la raza ibérica, que comparten también entre sí la historia y el porvenir del Nuevo Mundo” (*Obras* 671-72). En este escrito de 1910, el autor define su idea de iberoamericanismo:

No necesitamos los sudamericanos, cuando se trata de abonar esta unidad de raza, hablar de una América latina; no necesitamos llamarnos latinoamericanos para levantarnos a un nombre general que nos comprenda a todos, porque podemos llamarnos algo que signifique una unidad mucho más íntima y concreta: podemos llamarnos “iberoamericanos”, nietos de la heroica y civilizadora raza que sólo políticamente se ha fragmentado en dos naciones europeas. (*Obras* 671)

En “La España niña”, Rodó enfrenta el tema del porvenir de la América española: “Yo he creído siempre que, mediante América, el genio de España, y la más sutil esencia de su genio, que es su idioma, tienen puente seguro con que pasar sobre la corriente de los siglos y alcanzar hasta donde alcance en el tiempo la huelga del hombre” (Rodó, *Obras* 721). En este sentido, el autor sostiene que la esperanza de grandeza de América debe corresponder a “un milagroso *avatar* de la grandeza española”. Rodó sueña un porvenir “en que el genio de la raza se despliegue así, en simultaneas magnificencias, a este y a aquel lado del mar, como dos enredaderas, florecidas de una misma especie de flor, que entonasen su triunfal acorde de púrpuras del uno al otro de dos balcones fronteros” (722).

A pesar de las publicaciones que distintos periódicos mexicanos hicieron de algunos artículos de *El mirador de Próspero*, cabe registrarse, en general, una poco profunda interpretación crítica del libro. En ámbito nacional, se ocuparon marginalmente de esta obra: Alfonso Reyes, Samuel Ramos y Pedro Henríquez Ureña.

En 1919, el crítico regiomontano escribió el artículo “Sobre Montalvo”: este breve ensayo, que fue incluido en la primera serie de *Simpatías y diferencias* (1921), se apoya, en varias ocasiones, en el juicio de Rodó sobre el intelectual ecuatoriano. De notable importancia es el pasaje donde Reyes compara el estilo del autor de *El mirador de Próspero* con el del escritor de *Siete tratados*:

Rodó, para quien Montalvo es, sin duda, un antecedente necesario, lo considera como un fruto de la armonía entre la inspiración y el arte, entre el don y el saber. Sarmiento –dice– era genial, pero no muy culto, y de gusto semibárbaro. Bello era, al contrario, un maestro de maestros de la cultura; pero le faltaba aliento creador. Quien haya leído el ensayo de Rodó que vengo citando, sabe ya lo que Rodó debía a Montalvo. Pero Montalvo, aunque escritor de “gran conciencia de estilo”, lleno de gran saber erudito en su arte de hacer la prosa –saber que, desbordándose, lo llevó a veces a jugueteos y restauraciones como *Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes*–, hacía con los sentidos y para los sentidos lo que Rodó hace con la razón, la ecuanimidad y el sentimiento poético. Montalvo es gigantesco, y Rodó es perfecto. (*Obras* 4: 79-80)

Por su parte, Samuel Ramos en el “Prólogo” a la colección *Rodó*, publicada por la Secretaría de Educación Pública de México, enfatizó el valor histórico-literario del ensayo “Rumbos nuevos”, por la revisión crítica del positivismo latinoamericano que ofrece. Además, al hablar en general de *El mirador de Próspero*, Ramos afirmó que:

En este libro el estilo “helado y marmóreo” de los *Motivos* es sustituido por el mejor estilo de Rodó, que es la armonía de una prosa llena color y de vida. Aquí se muestran las excelencias de un espíritu crítico, en el sentido más noble de esta palabra, dotado de una sensibilidad con registro muy amplio para percibir todos los matices de valor y de un juicio que estima de acuerdo con el más exigente buen gusto. En lo que culmina la maestría de Rodó es en los ensayos biográficos como los de Montalvo y Bolívar, sobre todo este último, que es acaso su obra maestra en este género. (XVIII)

Pedro Henríquez Ureña se ocupó brevemente de dos ensayos de *El mirador* en “Literatura pura”, séptimo capítulo de *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. De “Juan María Gutiérrez y su época” escribió que es “el mejor estudio sobre un período literario en la América española” (*Las corrientes* 241). Por otro lado, Henríquez Ureña afirmó que en “Montalvo” Rodó “se revela, aun cuando la generación más joven no parece haberse dado cuenta de ello, como precursor del reciente movimiento literario que toma como propósito principal los sufrimientos del indio, y, en consecuencia, de esa vasta porción de nuestra literatura que estudia los problemas de nuestro tiempo” (184).

Después de haber estudiado las obras de Rodó y haber leído los manuscritos de su archivo, debo confesar que las características de su escritura que más me han sorprendido y entusiasmado son la vastedad y la brevedad: si, por un lado, Rodó escribió en modo constante y muy prolífico durante toda su vida, por el otro, es evidente que pueda considerarse “uno de los mejores autores de formas breves en lengua española” (Ette, “Una gimnástica” 190); estos aspectos –sólo en apariencia distantes y opuestos entre sí– fundamentan tanto el estilo, como la vocación del uruguayo. Su vasta producción ensayística, todos los libros y artículos que publicó, así como los infinitos manuscritos que conservó, se concretaron a través de la elección de una forma de creación artística breve, fragmentaria y dinámica.

Es más; la coparticipación de estos dos aspectos es consustancial al proceso de elaboración del texto definitivo. Al reflexionar sobre un tema que le interesa, Rodó va acumulando materiales preparatorios de forma desordenada: notas y citas de lecturas, apuntes que nacen de la tarea interpretativa o el estudio de la historia literaria, fragmentos escritos a partir de un trabajo psicológico incesante. Paulatinamente, Rodó va organizando este vasto conjunto de material según un esquema ordenador hasta cuando encuentra la fórmula definitiva de la obra que entregará a la imprenta.

De esta forma, la creación artística de Rodó se realiza a través de un culto del fragmento que nunca desaparece del todo, ni siquiera en la versión que se publica: el resultado de este procedimiento –como ha justamente afirmado Alfonso Reyes– es un libro amorfo, dinámico, abierto, sin principio y fin. Si el enunciado de Rodó se caracteriza por una constante lucha por el estilo y la forma, el discurso final que presenta en sus obras no respeta las tradicionales partes del discurso.

Esta concepción de la escritura fragmentaria es evidente en obras como *Liberalismo y jacobinismo*, *Motivos de Proteo* y *El mirador de Próspero*, donde la unidad discursiva está

constituida por la interrelación entre los diferentes textos breves, artículos o capítulos. Por lo contrario, el *Ariel* puede considerarse como un libro más sólido y menos fragmentario: quizás, Rodó diría *cerrado en una perspectiva más definida*. Aunque se trate de un texto breve, el *Ariel* no es un libro abierto o amorfo, antes que nada por la estructura semiótica ficcional que lo enmarca y por ser concebido como una pieza oratoria, la última lección del profesor Próspero.

En términos generales, las razones que llevaron la vocación de Rodó a vivir esta tensión entre lo prolífico de su material preparatorio y el carácter abierto, dinámico y fragmentario de la mayoría de sus publicaciones, son múltiples; por cierto, un papel central fue el que su voluntad heroica desarrolló frente al carácter *impuro* y *desigual* de la modernización en América Latina: su autodisciplina, determinación y seriedad le permitieron mantener firme su vocación como hombre de cultura y superar las dificultades que la relación entre la necesidad de trabajo, la vida pública y la literatura evidenciaban (J. Ramos).

Sin embargo, para concluir, lo que me parece importante subrayar es que en Rodó esta modalidad de creación del ensayo representa una profunda enseñanza de arte; esta forma de escritura nos hace pensar en lo que Emilio Cecchi afirmó acerca de los tejidos de las mujeres navajo, que había admirado, en 1930, en el Museo de Arte Indiana de Santa Fe, Nuevo México. El escritor toscano cuenta que una mujer navajo, cuando está por terminar uno de estos hermosos tejidos llenos de colores, deja en el dibujo, en la trama final, una pequeña fractura, una imprecisión, para evitar que su alma no le quede atrapada dentro del trabajo. Para Cecchi, esta representaría una profunda lección de arte: evitar, deliberadamente, una perfección que sea demasiado cerrada o aritmética (Cecchi 587). La escritura de Rodó nos ofrece una enseñanza muy parecida.

## CONCLUSIONES

*Han pasado algunos meses; pasó el otoño, pasó el invierno, y ya las promesas de la primavera tiemblan en el aire. Y otra vez, como en aquellos días dorados, alzamos la frente con las mismas interrogaciones; otra vez. Tanto divagar ¿ha sido inútil? Y abrimos, temblando, las valvas de la concha, seguros de encontrarla vacía.*

*¡Oh pluma, oh papel, oh libros, oh arte difícil! Choca el alma prisionera contra unos muros invisibles, y sólo sabemos que nos sorprende la noche consumiendo sacrificios de palabras ante una divinidad desconocida.*

Alfonso Reyes, *Monólogo del autor*.

Lejos de mostrarme ambicioso o presumido, intentaré aquí evidenciar los resultados, los aportes y los desarrollos posibles de mi investigación. No quiero regodearme en los hallazgos logrados: como he explicado en la introducción, decidí indagar el tema de la recepción de José Enrique Rodó en México casi por casualidad.

El primer resultado que creo haber conseguido es el de rescatar la importancia de Rodó para las letras mexicanas. Como estudioso de la obra y el pensamiento del escritor uruguayo, debo subrayar que mi trabajo ha intentado –quizás, con suerte– llenar un vacío: a pesar de los valiosos e importantes artículos que indico en la bibliografía, hacía falta una investigación como la que he propuesto.

Uno de los aspectos teóricos que pude respetar en mi tesis es, sin duda, el que se refiere a la concepción de la distancia en el tiempo como “*transmisión generadora de sentido*” (Ricoeur 961). En términos generales, los tres capítulos, a pesar de tratar temas distintos,

nunca perdieron de vista a un específico receptor mexicano de la obra rodoniana: el lector crítico que no se aleja demasiado del horizonte histórico en el que el mismo Rodó vivió y escribió. La hipótesis inicial, que dio sostén a toda la tesis, fue que para entender en la actualidad el valor intelectual y la propuesta literaria del uruguayo debemos empezar por el principio, ubicarnos hermenéuticamente en la realidad histórica de su lector más cercano e inmediato. Sólo de esta forma será posible comprender la interpretación que el receptor mexicano ha realizado con el pasar del tiempo y a través del cambio de las condiciones sociales, políticas y literarias. En este sentido, como afirma Gadamer: “Ni existe un horizonte del presente en sí mismo ni hay horizontes históricos que hubiera que ganar. *Comprender es siempre el proceso de fusión de estos presuntos ‘horizontes para sí mismos’*” (376-77). De esta manera, la tesis buscó ser una base, un punto de partida para todas las posibles investigaciones que quieran enfocarse en un receptor de la obra de Rodó que sea más próximo a nuestro presente, pero más distante del contexto literario e ideológico del maestro montevideano: como es el caso de Silva Herzog, Fernández Retamar, Cosío Villegas, Leopoldo Zea y Carlos Fuentes, entre otros. El análisis de la interpretación de Rodó que estos hombres de letras ofrecieron, ya a partir de la segunda mitad del siglo pasado, queda como objetivo para trabajos futuros.

En el primer capítulo, dedicado a la biografía de Rodó, alcancé un resultado fundamental: amén de presentar los momentos sobresalientes de la vida y la actividad literaria de nuestro autor, he propuesto un estudio de los principales acontecimientos políticos, militares y sociales que han caracterizado la historia de la República del Uruguay desde la mitad de siglo XIX hasta el fallecimiento del intelectual montevideano. El lector de mi tesis ha podido así recuperar el significado de las *circunstancias* históricas que marcaron el pensamiento y la vida de Rodó: desde la Guerra Grande, que tuvo como escenario el área

del Río de la Plata entre 1839 y 1851, hasta la Presidencia de Feliciano Viera (1915-19), durante la cual fue sancionada la nueva Carta Magna de la República del Uruguay, que reformó en modo bicéfalo el Poder Ejecutivo.

El estudio historiográfico y sociológico que he presentado en este capítulo inaugural puede ser de enorme utilidad para el lector que no conoce en profundidad el devenir de Uruguay y que se acerca al tema de la recepción mexicana de Rodó. En este sentido, el aporte principal de esta primera parte fue, por un lado, rescatar los detalles biográficos del autor montevideano, y, por el otro, permitir una más clara comprensión de muchos aspectos históricos que fueron fundamentales para el pensamiento y la actividad intelectual de Rodó: por ejemplo, considerar el clima intelectual que vivió su familia –constitucionalista, principista y en contacto con figuras importantes de la migración unitaria argentina que se habían refugiado en Montevideo para escapar de la persecución de Rosas– nos ayuda a entender la base del hispanoamericanismo rodoniano; al mismo tiempo, el estudio de la historia del espiritualismo y positivismo en Uruguay representa un elemento central si se quiere interpretar la postura de Rodó respecto a la filosofía de Comte y Spencer. De forma análoga, he presentado un análisis detallado de sus experiencias legislativas como diputado y su relación con Batlle y Ordóñez y el Partido Colorado: estos últimos aspectos nos han permitido estudiar con mayor profundidad el papel que Rodó desarrolló como intelectual tradicional y comprender más claramente la fuerza de las crisis existenciales que afectaron su espíritu.

Esta parte fue imprescindible para enfrentar los temas de los siguientes dos capítulos. En particular, la sección dedicada a la biografía rodoniana se desarrolló gracias a una red de referencias bibliográficas que intenté que fuera amplia, sólida y equilibrada: las fuentes sobre la vida del escritor uruguayo –entre las que se encuentran los estudios de María Belén Castro Morales, Alfonso García Morales, Eugenio Petit Muñoz, Clemente Pereda, Mario Benedetti,

Emir Rodríguez Monegal y Víctor Pérez Petit, entre otros– instauraron un diálogo con las fuentes de carácter historiográfico y sociológico; en este sentido, fueron fundamentales los aportes de Eduardo Acevedo Díaz, Arturo Ardao, Alberto Zum Felde, Juan E. Pivel Devoto y Alcira Ranieri de Pivel Devoto.

En el segundo capítulo he propuesto los resultados de la investigación que desarrollé respectivamente en el Archivo Literario José Enrique Rodó, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Montevideo, y el Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de México. En ambos casos, mi estudio ha querido ser honesto, serio y profundo: creo haber plenamente respetado la intención metodológica inicial de reducir la distancia en el tiempo entre el horizonte histórico de Rodó y el del presente en el que escribo; en este sentido, la investigación archivística y la hemerográfica han sido las herramientas que me han permitido contestar a las sencillas preguntas que me había planteado, desde un principio, al considerar el periodo 1895-1917: ¿Quién leía a Rodó? ¿Con quién había tenido una relación epistolar? ¿Dónde había sido posible encontrar sus ensayos? ¿Qué opinaba el lector mexicano de su ideario estético y su posición intelectual?

El material que da cuerpo a esta segunda parte representa, sin duda, el aporte más importante y original de mi investigación. El objetivo que logré es, por un lado, el de recuperar y exponer la correspondencia que el autor de *Ariel* mantuvo, desde el último lustro del siglo XIX hasta el final de su vida, con algunos escritores, poetas, periodistas, redactores y lectores mexicanos –más un grupo de extranjeros que tuvieron un papel importante para las letras nacionales– y, por el otro, el de indagar y resumir las publicaciones de Rodó que se realizaron en México durante el mismo periodo. De esta forma, pude reconstruir la red intelectual que el uruguayo tejió a través de su relación con México.

Me parece esencial subrayar algunos hallazgos que logré en este segundo capítulo. Antes que nada, la mayoría de las cartas que cité tienen como fuente el Archivo Literario Rodó y no fueron nunca antes divulgadas. En total, he presentado una lista de catorce remitentes que enviaron por lo menos una misiva al maestro uruguayo y que, en muchos casos, recibieron una respuesta; entre los intercambios epistolares más importantes que he recuperado se encuentran los que Rodó mantuvo, a lo largo de los años, con Max y Pedro Henríquez Ureña, Telésforo García, Porfirio Parra, Alfonso Reyes y Agustín Aragón.

Al mismo tiempo, la parte que he dedicado a las publicaciones de nuestro autor en México ha resultado ser un resumen original que nadie había propuesto todavía; para elaborar esta sección, busqué noticias en todos los principales periódicos y revistas de la época y, a veces, en publicaciones menos conocidas; tanto en la Ciudad de México, como en toda la República; para dar algunos ejemplos de ambos casos, aquí recuerdo: *Bohemia Sinaloense*, el *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria*, *El Pueblo*, *El Mundo Ilustrado*, *Jalisco Libre*, *Flor de Lis*, *El Nacional*, *El Universal*, *Revista Azul*, *Revista Moderna*, *Revista Moderna de México*, *El Imparcial*, *Revista Positiva*, *Savia Moderna* y *Nosotros*.

Por lo contrario, debo afirmar que el material recogido a través de las investigaciones archivística y hemerográfica se reveló sorprendentemente amplio, así que tuve que operar una selección; en este sentido, escribí este capítulo –y en general toda la tesis– para ofrecer tanto al simple y curioso lector, como al investigador especializado, una base, un punto de referencia, para la indagación de los distintos temas que no alcancé a profundizar. Como diría Rodó, el segundo capítulo está *abierto sobre una perspectiva indefinida*.

Por esta razón, quiero evidenciar que no pocas piezas del rompecabezas han quedado sueltas. En el caso de las relaciones epistolares de Rodó, dejo patente que se puede y debe realizar todavía mucho trabajo de investigación: por ejemplo, la correspondencia entre el

intelectual uruguayo y Porfirio Parra, que he presentado de forma integral en mi tesis, ofrece algunos posibles desarrollos; en particular, mi esperanza es la de profundizar en un trabajo futuro el papel que los ensayos *Ariel* y *Motivos de Proteo* tuvieron en la última fase de revisión y decadencia del positivismo mexicano y dentro del proyecto educativo que Justo Sierra impulsó a través de la Escuela Nacional Preparatoria.

De manera análoga, algunas misivas que he encontrado entre los manuscritos del archivo montevideano y que parecen tener un valor marginal –como es el caso de las que J. López Méndez, Miguel de la C. Escamilla o los hermanos Porrúa le enviaron a Rodó– son, en realidad, testimonios de cómo la publicación de las obras hispanoamericanas había empezado a expandirse, sobre todo a partir de la segunda década del siglo XX, con el papel de los agentes literarios y la política comercial de las casas editoriales. Lo anterior me parece un tema importante que valdría la pena profundizar en el futuro, sobre todo a la luz de la influencia que la Revolución mexicana ejerció en la impresión de los libros.

Asimismo, respecto a la investigación hemerográfica, mis aportes acerca de la recepción de Rodó en México deben considerarse según los términos de una propuesta ejemplar, más que los de un estudio exhaustivo. A menudo, pensé que el análisis de las publicaciones rodonianas en México habría podido, por sí solo, constituir el objetivo de mi tesis de doctorado. De hecho, a pesar del serio y profundo esfuerzo aplicado, no pude aclarar algunos aspectos como los que se refieren a la presencia de Rodó en las páginas de la *Revista de Revistas* y las de la oaxaqueña *Renacimiento*, de las que nos dan noticia respectivamente Max Henríquez Ureña en la “Bibliografía crítica” de su ensayo *Rodó y Rubén Darío* (69) y las cartas de Lino Ramón Campos (30 de diciembre de 1903 y 10 de octubre de 1904) y Francisco Asís de Icaza (8 de febrero de 1908).

Además, en este segundo capítulo he propuesto una definición del tipo de intelectual que fue Rodó. Apliqué a la realidad hispanoamericana las reflexiones que Antonio Gramsci elaboró acerca de la función social del intelectual en *Gli intellettuali e la organizzazione della cultura* y expliqué cómo el uruguayo perteneció más a la categoría de los intelectuales tradicionales que a la de los orgánicos. En la historia del pensamiento de Hispanoamérica, la figura de Rodó constituye un ejemplo de seriedad, determinación, coherencia y autodisciplina: gracias a estas virtudes, supo responder a las dificultades que el cambio radical de las circunstancias socioeconómicas impuso al campo literario uruguayo y, en general, de todo el continente. Los nuevos principios liberales y el desarrollo de la clase burguesa comportaron la necesidad de redefinir la relación entre la política, el poder y el hombre de cultura; en este sentido, retomando las consideraciones de Julio Ramos acerca del carácter *impuro y desigual* de la modernización en América Latina, es posible sostener que Rodó representó cabalmente “la emergencia del sujeto literario latinoamericano, en su doble juego de voluntad autónoma e imposibilidad institucional” (82).

En el tercer capítulo propuse una interpretación del pensamiento y la obra de Rodó. En términos generales, logré dos objetivos: por un lado, explicar la posición intelectual y estética del uruguayo a la luz del panorama literario e ideológico de su época; por el otro, indagar y exponer cómo la crítica mexicana interpretó sus principales obras. Estos dos planes de estudio organizaron la materia del capítulo.

En la primera parte de este capítulo, amén de analizar la generación a la que Rodó perteneció, he conseguido describir cómo el pensamiento de nuestro autor representó un momento central en el proceso de revisión del positivismo hispanoamericano. Al mismo tiempo, examiné la creación literaria de Rodó como propuesta de una nueva forma del modernismo, menos trivial o decadente y, por cierto, más comprometido desde el punto de

vista intelectual y político; el neoidealismo rodoniano nació de la necesidad de devolver al análisis introspectivo el papel que el positivismo había dado a la ciencia en la interpretación del mundo, la sociedad y el individuo. Su renovación de la poética modernista y su concepto del ideal como valor estético y ético se desarrollaron gracias a la elección de un género literario dinámico, híbrido y camaleónico: el ensayo.

Una de las conclusiones más originales que a mi parecer he alcanzado ha sido que Rodó concibió su escritura ensayística como *literatura de ideas*: para el uruguayo, la actividad literaria es, antes que nada, una herramienta intelectual del artista que debe luchar para poner en circulación ideas que cautiven al público y lo hagan pensar, sentir, dudar y comprometerse. El ensayo de Rodó se caracteriza por tres rasgos principales: antes que nada, la toma de conciencia de la originalidad de la cultura y literatura hispanoamericanas; en modo análogo, nace de un culto del pasado y un sentimiento de la tradición enfocados principalmente en la época romántica rioplatense, el cristianismo primitivo y el mundo clásico griego; finalmente, el tercer rasgo de su creación es el sentido de la seriedad, porque, para Rodó, escribir fue, a lo largo de los años, un ejercicio de la responsabilidad y la voluntad de cumplir los compromisos asumidos.

En la segunda parte logré dos objetivos: presentar una interpretación personal de las obras más importantes de Rodó y, sobre todo, recuperar los juicios que la crítica mexicana expresó sobre estas publicaciones. Mi investigación se enfocó en el período 1895-1947: desde el año de fundación de la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, hasta el de la publicación de *Historia de la cultura en la América Hispánica*, de Pedro Henríquez Ureña; así que, los intérpretes de las obras rodonianas que estudié detenidamente fueron: Alfonso Reyes, Pedro y Max Henríquez Ureña, Mario de la Cueva y Samuel Ramos. El aporte fundamental fue presentar las distintas interpretaciones que realizaron estos

receptores mexicanos que no se alejaron demasiado del horizonte histórico de Rodó. El caso de Alfonso Reyes fue singular: el ideario del maestro uruguayo tuvo una vasta resonancia en sus *Obras completas*, aunque falte en los escritos del regiomontano una extensa actividad crítica de los libros rodonianos; al leer hoy algunos de sus ensayos, se advierte la sensación de que el discípulo mexicano nunca olvidó los preceptos que Rodó le había enseñado.

Para concluir, debo subrayar que a través de la investigación aquí propuesta quise contestar a una simple, pero fundamental, pregunta: ¿Cómo podemos estudiar y comprender, hoy en día, la recepción de Rodó en México? Los aspectos que se deben todavía indagar son múltiples, así como los desarrollos posibles que esta tesis ha dejado abiertos. Durante los últimos cinco años he dedicado un esfuerzo enorme al estudio de estos argumentos y he observado que muchos intérpretes se han aproximado con excesiva ligereza a este pensador tan medular para las letras hispánicas; la crítica mexicana de los últimos sesenta años se ha acercado a Rodó, quizás, demasiado condicionada por las interpretaciones de autores como Fernández Retamar o Luis Alberto Sánchez: por distintas razones históricas y políticas, ha sido casi un hábito asociar el pensamiento de Rodó al antiimperialismo o confinar su portada al reductivo concepto del arielismo. Precisamente en este sentido, en mi tesis quise ir más allá de estos prejuicios: la respuesta que siempre busqué y que creo haber ofrecido con mi trabajo es que el único modo para comprender realmente la recepción de Rodó en México es el de empezar del principio, desde el momento inicial de este maravilloso encuentro, denso de sentidos y consecuencias.

## BIBLIOGRAFÍA GENERAL

### Obras de José Enrique Rodó

#### Libros

*La vida nueva I: El que vendrá. La novela nueva.* Montevideo: Dornaleche y Reyes, 1897.

*La vida nueva II: Rubén Darío: su personalidad literaria, su última obra.* Montevideo: Dornaleche y Reyes, 1899.

*La vida nueva III: Ariel.* Montevideo: Dornaleche y Reyes, 1900.

*Liberalismo y jacobinismo.* Montevideo: La Anticuaria, 1906.

*Ariel.* Monterrey: Talleres Modernos de Lozano, 1908.

*Ariel.* México: Escuela Nacional Preparatoria, 1908.

*Motivos de Proteo.* Montevideo: José María Serrano, 1909.

*El mirador de Próspero.* Montevideo: José María Serrano, 1913.

*Cinco ensayos: Montalvo, Ariel, Bolívar, Rubén Darío, Liberalismo y jacobinismo.* Madrid: América, 1915.

*El camino de Paros (Meditaciones y andanzas).* Valencia: Cervantes, 1918.

*Epistolario.* Ed., comp. y prólogos Hugo D. Barbagelata. París: s. e., 1921.

*Nuevos motivos de Proteo.* Pról. Vicente Clavel. Barcelona: Cervantes, 1927.

*Los últimos motivos de Proteo. Manuscritos hallados en la mesa de trabajo del maestro.* Pról. Dardo Regules. Montevideo: José María Serrano, 1932.

*Obras completas.* Ed., introd., prólogos y notas Emir Rodríguez Monegal. Madrid: Aguilar, 1957.

*Ariel. Motivos de Proteo.* Prólogos Real de Azúa. Ed. y cronología Ángel Rama. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1976.

### **Publicaciones periódicas en México**

“La novela nueva, por José Enrique Rodó”. *Revista Latino-Americana* 14.46. París, 10 de junio de 1898: 367.

“La independencia en el arte”. *La Patria: Diario de México*. México, 21 de junio de 1905: 1.

“La lucha del estilo”. *Jalisco Libre: Diario del Pueblo*. Guadalajara, 28 de mayo de 1908: 1.

“Paradoja sobre la originalidad”. *El Mundo Ilustrado* 20.1.12. México, 23 de marzo de 1913: 3.

“La pampa de granito”. *El Imparcial*. México, 11 de septiembre de 1913: 2.

“Magna patria”. *El Pueblo: Diario de la Mañana*. México, 23 de agosto de 1916: 2.

“La pampa de granito”. *El Pueblo: Diario de la Mañana*. México, 6 de mayo de 1917: 2.

### **Manuscritos y correspondencia**

Archivo José Enrique Rodó. Archivo Literario. Biblioteca Nacional de Uruguay. Montevideo.

## Bibliografía

- Acevedo Díaz, Eduardo. *Anales históricos del Uruguay*. 6 vols. Montevideo: Casa A. Barreiro y Ramos, 1933-36.
- Alas, Leopoldo. Prólogo. *Ariel*. Por José Enrique Rodó. Montevideo: Claudio García y Cía, s. f. 11-20. Biblioteca Rodó.
- Anderson Imbert, Enrique. *La Colonia. Cien años de República*. 2a ed. México: Fondo de Cultura Económica, 2010. Vol. 1 de *Historia de la literatura hispanoamericana*. Breviarios 89.
- Antuña, José G. *Un panorama del espíritu: el "Ariel" de Rodó*. Juicio crítico Raúl Montero Bustamante. 2 vols. Montevideo: Biblioteca Artigas. Ministerio de Cultura, 1969. Col. de Clásicos Uruguayos.
- Ardao, Arturo. *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*. 3a ed. Montevideo: Universidad de la República, 2008. Col. Clásicos Universitarios.
- . *Rodó: su americanismo*. Montevideo: Biblioteca de Marcha, 1970. Los Nuestros.
- Arenas Cruz, María Elena. *Hacia una teoría general del ensayo: construcción del texto ensayístico*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 1997. Monografías 19.
- Argudín, Yolanda. *Historia del periodismo en México: desde el Virreinato hasta nuestros días*. México: Panorama, 1987.
- Bastos, María Luisa. "José Enrique Rodó: la parábola como paradigma dinámico". *Relecturas. Estudios de textos hispanoamericanos*. Buenos Aires: Hachette, 1989. 41-49. Hachette Universidad. Lengua-Linguística-Comunicación.
- Benedetti, Mario. *Genio y figura de José Enrique Rodó*. Buenos Aires: Editorial Universitaria, 1966. Biblioteca de América.
- Bense, Max. *Sobre el ensayo y su prosa*. Trad. Martha Piña. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2004. Cuadernos de los Seminarios Permanentes.
- Berisso, Luis. *El pensamiento de América*. Buenos Aires: Félix Lajouane, 1898.
- Bobbio, Norberto. *Il dubbio e la scelta: intellettuali e potere nella società contemporanea*. Roma: Carocci, 2001. Quality Paperbacks 10.
- Borges, Jorge Luis. *Biblioteca personal*. Madrid: Alianza, 2007. Biblioteca Borges.

- . *El libro de arena*. Madrid: Alianza, 1998. Biblioteca Borges.
- Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*. Trad. Thomas Kauf. 2a ed. Barcelona: Anagrama, 1997.
- Campos Ortega, Lino Ramón. *A los héroes*. Oaxaca: Tipografía del Estado de Oaxaca, 1905.
- . *Boceto histórico sobre el ahuehuete de “El Tule”*. Oaxaca: Gobierno del Estado, 1927.
- . *El lirio y la noche*. Oaxaca: La Universal, 1925.
- . *Fugaces*. Oaxaca: Francisco Márquez, 1910.
- . *Plumbagos*. Oaxaca: El Incendio, 1912.
- Carlyle, Thomas. *Los héroes: el culto de los héroes y lo heroico en la historia*. Trad. Julián G. Orbón. Pról. Emilio Castelar. Introd. Leopoldo Alas. 2 vols. Madrid: Manuel Fernández y Lasanta, 1893. Biblioteca Selecta Anglo-alemana 1.
- Caso, Antonio, et al. *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. Pról., notas y recopilación de apéndices Juan Hernández Luna. 3a ed. revisada y aumentada. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2000. Nueva Biblioteca Mexicana 5.
- Castro Morales, María Belén. Introducción. *Ariel*. Por José Enrique Rodó. Ed. Castro Morales. Madrid: Cátedra, 2000. 9-127.
- . *J. E. Rodó modernista: utopía y regeneración*. San Cristóbal de La Laguna, Tenerife: Universidad de La Laguna, 1989.
- . “Un proyecto intelectual en la encrucijada de la modernidad”. *Ariel*. Por José Enrique Rodó. Ed. Castro Morales. Madrid: Anaya & Mario Muchnik, 1995. 125-61. Escritores de America.
- Cecchi, Emilio. “Messico”. *Saggi e viaggi*. Ed. Margherita Ghilardi. Milán: Arnoldo Mondadori, 1997. 545-692. I Meridiani.
- Clark de Lara, Belem y Fernando Curiel Defossé. *El modernismo en México a través de cinco revistas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2000. Col. de Bolsillo 16.
- Contreras, Francisco. *La varillita de virtud*. Discurso preliminar Ricardo Montaner Bell. Santiago de Chile: Minerva, 1919.
- Cortázar, Julio. “Vida de Edgar Allan Poe”. Prólogo. *Cuentos*. Por Edgar Allan Poe. Trad. Cortázar. 13a ed. Vol. 1. Madrid: Alianza, 2007. 7-47.

- Cosse, Rómulo. “*Ariel: la discusión de un modelo*”. Introducción. *Ariel*. Por José Enrique Rodó. Montevideo: Biblioteca Nacional, Ministerio de Educación y Cultura, 2000. 37-46.
- Costabile de Amorín, Helena y María del Rosario Fernández Alonso. *Rodó, pensador y estilista*. Montevideo: Academia Nacional de Letras, 1973.
- Cueva, Mario de la. Prólogo. *Ariel*. Por José Enrique Rodó. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1942. VII-XXIV.
- Curiel Defossé, Fernando. *La revuelta: interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*. 2a ed. corregida. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1999. Ediciones Especiales 11.
- . “Rodó ataca de nuevo (Cartaprólogo)”. Prólogo. *Ariel*. Por José Enrique Rodó. 2a ed. México: Factoria, 2005. VII-XXXI. La Serpiente Emplumada 19.
- Curiel Defossé, Fernando, Carlos Ramírez y Antonio Sierra. *Índice de las revistas culturales del siglo XX (Ciudad de México)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.
- Darío, Rubén. *Prosas profanas y otros poemas*. Pról. José Enrique Rodó. 2a ed. París/México: Librería de la Viuda de Charles Bouret, 1901.
- Devés-Valdés, Eduardo. *Redes intelectuales en América Latina: hacia la constitución de una comunidad intelectual*. Santiago de Chile: Universidad de Santiago de Chile, 2007.
- Díaz Ruiz, Ignacio. Prólogo. *El modernismo hispanoamericano: testimonios de una generación*. Coord. Díaz Ruiz. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2007. Literatura y Ensayo en América Latina y el Caribe 5.
- Díaz y de Ovando, Clementina. *La Escuela Nacional Preparatoria: los afanes y los días (1867-1910)*. 2 vols. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1972.
- Ette, Ottmar. “‘La modernidad hospitalaria’: Santa Teresa, Rubén Darío y las dimensiones del espacio en *Ariel*, de José Enrique Rodó”. Ette y Heydenreich 73-93.
- . “‘Una gimnástica del alma’: José Enrique Rodó, Proteo de Motivos”. Ette y Heydenreich 173-202.
- Ette, Ottmar y Titus Heydenreich, ed. *José Enrique Rodó y su tiempo: cien años de Ariel*. Madrid: Iberoamericana/Fránkfort del Meno: Vervuert, 2000. 12º Coloquio Interdisciplinario de la Sección Latinoamérica del Instituto Central para Estudios Regionales de la Universidad de Erlagen-Nürnberg.
- Fernández Retamar, Roberto. *Calibán: apuntes sobre la cultura en nuestra América*. México: Diógenes, 1971.

- Ferrecchia, Maria. *Il saggio come forma letteraria*. Lecce: Pensa Multimedia, 2000.
- Fuentes, Carlos. Prologue. *Ariel*. Por José Enrique Rodó. Trad. Margaret Sayers Peden. Austin: University of Texas Press, 1988. 13-28.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método*. Trad. Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito. 13a ed. Vol. 1. Salamanca: Sígueme, 2012. Hermeneia 7.
- García Calderón, Francisco. *De litteris: crítica*. Pról. José Enrique Rodó. Lima: Librería e imprenta Gil, 1904.
- García Morales, Alfonso. *El Ateneo de México: 1906-1914. Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992. Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos 363.
- . “El escritor y su obra”. Introducción. *José Enrique Rodó*. Ed. García Morales. Madrid: Eneida, 2004. 7-84. Semblanzas.
- . *Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1992. Filosofía y Letras 136.
- Giménez Pastor, Arturo. *Figuras a la distancia*. Buenos Aires: Losada, 1940.
- Gramsci, Antonio. *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*. 8a ed. Turín: Einaudi, 1966. Vol. 2 de *Quaderni del carcere*.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. “José Enrique Rodó, revisited”. *Pensamiento hispanoamericano*. Pról. R. H. Moreno Durán. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2006. 139-62. Textos de Difusión Cultural. El Estudio.
- Henríquez Ureña, Max. *Breve historia del modernismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1978.
- . *Rodó y Rubén Darío*. La Habana: Cuba Contemporánea, 1918.
- Henríquez Ureña, Pedro. *Historia de la cultura en la América hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001. Col. Popular 5.
- . “La obra de José Enrique Rodó”. Caso, et al. 57-67.
- . *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Trad. Joaquín Díez-Canedo. México: Fondo de Cultura Económica, 1969. Biblioteca Americana. Literatura Moderna: Pensamiento y Acción.
- . *Memorias. Diario. Notas de viaje*. Introd. y notas Enrique Zuleta Álvarez. 2a ed. México: Fondo de Cultura Económica, 2000. Biblioteca Americana.

- . *Obra crítica*. Ed., bibliografía e índice onomástico Emma Susana Speratti Piñero. Pról. Jorge Luis Borges. México: Fondo de Cultura Económica, 2001. Biblioteca Americana. Literatura Moderna: Pensamiento y Acción.
- . *Obras completas*. Ed. Juan Jacobo de Lara. 10 vols. Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976-80.
- Herrasti, Francisco de P., et al. *Homenaje de México al poeta Virgilio en el segundo milenario de su nacimiento*. México: Secretaría de Educación Pública, 1931.
- Ibáñez, Roberto. *Imagen documental de José Enrique Rodó. Un fragmento*. Ed. e introd. Ignacio Bajter. Montevideo: Biblioteca Nacional de Uruguay, 2014. Separata de *Lo que los archivos cuentan* 3.
- Krauze, Enrique. “José Enrique Rodó: la homilía hispanoamericana”. *Redentores: ideas y poder en América Latina*. México: Debate, 2011. 41-63.
- La construcción del modernismo (Antología)*. Introd. y rescate Belém Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2002. Biblioteca del Estudiante Universitario 137.
- Lazo, Raimundo. “Estudio preliminar”. Introducción. *Ariel. Liberalismo y jacobinismo. Ensayos*. Por José Enrique Rodó. Índice biográfico-cronológico y resumen bibliográfico Lazo. México: Porrúa, 1968. VII-XLI. “Sepan cuantos...” 87.
- . Prólogo. *Motivos de Proteo. Nuevos motivos de Proteo*. Por José Enrique Rodó. México: Porrúa, 1969. IX-XXX. “Sepan cuantos...” 115.
- León, Eduardo de. “Ariel cien años después: modernización suave y subjetividad”. Zea y Taboada 13-31.
- Loera y Chávez, Agustín y Julio Torri, dir. *José Enrique Rodó*. México: Imprenta Victoria, 1916. Cvltvra: Selección de Buenos Autores Antiguos y Modernos 1.2.
- Martínez Dolz, Félix. *Canto al gran árbol de América*. Oaxaca: Márquez, 1900.
- Martínez Durán, Carlos. *José Enrique Rodó en el espíritu de su tiempo y en la conciencia de América*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1974.
- MLA Handbook for Writers of Research Papers*. 7a ed. Nueva York: The Modern Language Association of America, 2009.
- Muñoz Fernández, Ángel. *Fichero bio-bibliográfico de la literatura mexicana del siglo XIX*. 2 vols. México: Factoría, 1995.

- Musil, Robert. *El hombre sin atributos*. Trad. José M. Sáenz. 2a ed. Vol. 1. Barcelona: Seix Barral, 1973. Biblioteca Breve.
- Nervo, Amado. “Los modernistas mexicanos. Réplica a Victoriano Salado Álvarez”. *La construcción del modernismo (Antología)* 249-58.
- Nietzsche, Friedrich. *La nascita della tragedia*. Trad. Sossio Giametta. 24a ed. Milán: Adelphi, 2005. Piccola Biblioteca Adelphi 48.
- . *Schopenhauer come educatore*. Trad. Mazzino Montinari. 6a ed. Milán: Adelphi, 2009. Piccola Biblioteca Adelphi 184.
- “Nota de la edición mexicana”. Introducción. Rodó, *Ariel*, México 3-4.
- “Nota de la edición mexicana”. Introducción. Rodó, *Ariel*, Monterrey 5-6.
- Ocampo de Gómez, Aurora M. y Ernesto Prado Velázquez, ed. *Diccionario de escritores mexicanos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1967.
- Ortega y Gasset, José. *Meditaciones del Quijote*. Ed. Julián Marías. 5a ed. Madrid: Cátedra, 2001. Letras Hispánicas.
- Oviedo, José Miguel. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid: Alianza, 1990. El Libro del Bolsillo. Literatura.
- Pereda, Clemente. *Magna patria. Rodó: su vida y su obra*. Caracas: Imprenta Universitaria, 1973.
- Pereira, Armando, coord. *Diccionario de literatura mexicana: siglo XX*. 2a ed. corregida y aumentada. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2004. Filosofía y Cultura Contemporánea 19.
- Pérez Petit, Víctor. *Rodó: su vida, su obra*. Montevideo: Latina, 1918.
- Petit Muñoz, Eugenio. *Infancia y juventud de José E. Rodó*. Montevideo: Universidad de la República, 1974.
- Pivel Devoto, Juan E. y Alcira Ranieri de Pivel Devoto. *Historia de la República Oriental del Uruguay (1830-1930)*. 3a ed. Montevideo: Medina, 1966.
- “Protesta de los modernistas”. *La construcción del modernismo (Antología)* 333-37.
- Quintanilla, Susana. “Nosotros”: *la juventud del Ateneo de México*. México: Tusquets, 2008.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Pról. Carlos Monsiváis. Santiago de Chile: Tajamar, 2004.

- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003. Tierra Firme.
- Ramos, Samuel. Prólogo. *Rodó*. Ed. Ramos. México: Secretaría de Educación Pública, 1943. VII-XXVII.
- Real de Azúa, Carlos. Prólogo. *El mirador de Próspero*. Por José Enrique Rodó. Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, 1965. VII-CVI. Biblioteca Artigas.
- . “Prólogo a *Ariel*”. Rodó, *Ariel. Motivos de Proteo* IX-XXXV.
- . “Prólogo a *Motivos de Proteo*”. Rodó, *Ariel. Motivos de Proteo* XXXVII-CIV.
- Rela, Walter. *Rodó en la crítica de Pedro Henríquez Ureña*. Montevideo: El Galeón, 1992. Col. Literaria 4.
- Reyes, Alfonso. “Nosotros”. Caso, et al. 477-83.
- . *Obras completas*. 26 vols. México: Fondo de Cultura Económica, 1955-93. Letras Mexicanas.
- . “Universidad Popular Mexicana y sus primeras labores”. Caso, et al. 371-72.
- Reyes, Alfonso y Pedro Henríquez Ureña. *Correspondencia I: 1907-1914*. Ed. José Luis Martínez. México: Fondo de Cultura Económica, 2004. Biblioteca Americana.
- Reyles, Carlos. *Primitivo*. Montevideo: Dornaleche y Reyes, 1896. Academias 1.
- Ricoeur, Paul. *El tiempo narrado*. Trad. Agustín Neira. 4a ed. México: Siglo XXI, 2006. Vol. 3 de *Tiempo y narración*.
- Rocca, Pablo. *Enseñanza y teoría de la literatura en José Enrique Rodó*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2001.
- Rodríguez Monegal, Emir. Introducción general. Rodó, *Obras completas* 17-136.
- Ruiz Castañeda, María del Carmen, Luis Reed Torres y Enrique Cordero y Torres. *El periodismo en México: 450 años de historia*. Investigación dirigida por Salvador Novo. 2a ed. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1980.
- Sánchez, Luis Alberto. *Balance y liquidación del novecientos: ¿Tuvimos maestros en nuestra América?* 3a ed. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1968.
- San Juan, José Bernardo. *Estudio de la revista Vida Nueva (1898-1900) y descripción de la crítica literaria en sus páginas*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2013. Web. 6 de mayo de 2014. <<http://eprints.ucm.es/23257/1/T34834.pdf>>.

- Shakespeare, William. *La tempestad*. Trad. Pablo Ingberg. Buenos Aires: Losada, 2000.
- Taine, Hippolyte. *Los contemporáneos*. Trad. José de Caso. 2a ed. Madrid: La España Moderna, 1901. Vol. 5 de *Historia de la literatura inglesa*.
- Ugalde Quintana, Sergio. “Ifigenia coral: Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y el coro dionisiaco”. *Intimidaciones: los géneros autobiográficos y la literatura*. Ed. Antonio Cajero Vázquez. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 2012. 61-79. Col. Investigaciones.
- Ugarte, Manuel. *La joven literatura hispanoamericana. Antología de prosistas y poetas*. París: Armand Colin, 1906.
- Urbina, Luis G., Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel, comp. *Antología del Centenario: estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de independencia*. Obra compilada bajo la dirección de Justo Sierra. 2 vols. México: Manuel León Sánchez, 1910.
- Zaldumbide, Gonzalo. *José Enrique Rodó*. Montevideo: Academia Nacional de Letras, 1967.
- Zea, Leopoldo. *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Zea, Leopoldo, ed. *Precursores del pensamiento latinoamericano contemporáneo*. México: Secretaría de Educación Pública, 1971.
- Zea, Leopoldo y Hernán Taboada, comp. *Arielismo y globalización*. Vol. 2. México: Fondo de Cultura Económica, 2002. Tierra Firme.
- Zum Felde, Alberto. *Evolución histórica del Uruguay y esquema de su sociología*. Montevideo: Librerías Maximino García, 1941.
- . *Índice crítico de la literatura hispanoamericana: los ensayistas*. México: Guaranía, 1954. Biblioteca de Pensadores y Ensayistas Americanos.
- . *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*. 3 vols. Montevideo: Imprenta Nacional Colorada, 1930.

## Hemerografía

Alas, Leopoldo. “Reseña de *Ariel*”. *Los Lunes de El Imparcial*. Madrid, 23 de abril de 1900: 4.

Ardao, Arturo. “Del Calibán de Renan al Calibán de Rodó”. *Centenario de Rodó. Cuadernos de Marcha* 50. Montevideo, junio de 1971: 25-36.

—. “La conciencia filosófica de Rodó”. *Número* 65-92.

*Bohemia Sinaloense: Revista Literaria*. Culiacán, 1897-99.

*Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria*. 4 vols. Mexico, 1908-13.

Canfield, Martha L. “Reflexiones sobre *Ariel* a cien años de su publicación”. *Signos Literarios y Lingüísticos* 3.1 (2001): 123-44.

Castro, Cristóbal de. “El paso de Rodó: un apóstol del silencio”. *Nuevo Mundo*. Madrid, 18 de agosto de 1916.

—. “La muerte de Rodó”. *El Pueblo: Diario de la Mañana*. México, 26 de agosto de 1917: 2.

*Cuadernos Americanos* 15.1.85 (2001).

Darío, Rubén. “El pensamiento de América: por Luis Berisso”. *El Nacional: Edición de los Domingos*. México, 30 de octubre de 1898: 4-6.

“El Mirador de Próspero”. *El Pueblo: Diario de la Mañana*. México, primero de enero de 1917: 4.

Ette, Ottmar. “‘Así habló Próspero’: Nietzsche, Rodó y la modernidad filosófica de *Ariel*”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 528. Madrid, junio de 1994: 49-62.

*Flor de Lis: Revista Literaria*. 2 vols. Guadalajara, 1896-98.

Ibáñez, Roberto. “El ciclo de Proteo”. *Rodó. Cuadernos de Marcha* 7-52.

“Ideal de la civilización de América”. *El Contemporáneo: Diario de la Tarde*. San Luis Potosí, 25 de abril de 1908: 1.

“José Enrique Rodó en Europa”. *El Pueblo: Diario de la Mañana*. México, 14 de octubre de 1916: 3.

Krauze, Enrique. “La invención de ‘*Ariel*’”. *Enemigos íntimos. Istor: Revista de Historia Internacional* 4.15 (2003): 138-42.

*La América de Rodó. Revista de la Universidad de México* 26.2. México, octubre de 1971.

“La velada en honor del poeta uruguayo José Enrique Rodó”. *El Demócrata: Diario Libre de la Mañana*. México, 8 de julio de 1917: 8.

López Muñoz, Miguel Ángel. “El laicismo a debate. *Liberalismo y jacobinismo* de José Enrique Rodó”. *Revista de Hispanismo Filosófico* 15 (2010): 129-44. Web. 18 de enero de 2016. <<http://www.ahf-filosofia.es>>.

*Lo que los archivos cuentan* (2012-).

Maeztu, Ramiro de. “El pensamiento de América”. *El Universal*. México, 4 de junio de 1899: 1.

Mallo, Tomas. “El antipositivismo en México”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 390. Madrid, diciembre de 1982: 624-37.

Martínez Carrizales, Leonardo. “La presencia de José Enrique Rodó en las vísperas de la Revolución mexicana”. *Literatura Mexicana* 21.2 (2010): 51-73. Web. 27 de mayo de 2014. <<http://www.revistas.unam.mx/index.php/rlm/issue/archive>>.

*Nosotros: Revista Mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales* 11.26.97. Buenos Aires, mayo de 1917.

Número 2.6-7-8. Montevideo, enero-junio de 1950.

Real de Azúa, Carlos. “Ambiente espiritual del 900”. Número 15-36.

*Revista Azul: El Domingo de “El Partido Liberal”*. Ed. facsimilar. 5 vols. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1988 (1894-96).

*Revista Moderna*. 6 vols. México, 1898-1903.

*Revista Moderna de México*. 16 vols. México, 1903-11.

*Revista Positiva: Científica, Filosófica, Social y Política*. 14 vols. México, 1901-14.

Rodó. *Cuadernos de Marcha* 1. Montevideo, mayo de 1967.

Rodríguez de Magis, María Elena. “Rodó y el Ateneo de la Juventud”. *La América de Rodó. Revista de la Universidad de México* 25-28.

Rodríguez Monegal, Emir. “Ariel versus Calibán: latinismo versus sajonismo”. *Revista de la Universidad de México* 40.40. México, agosto de 1984: 43-48.

—. “La generación del 900”. Número 37-61.

Romero Gómez, T. “José Enrique Rodó”. *El Pueblo: Diario de la Mañana*. México, 11 de noviembre de 1917: 11.

*Savia Moderna (1906). Nosotros (1912-14)*. Ed. facsimilar. México: Fondo de Cultura Económica, 1980. *Revistas Literarias Mexicanas Modernas*.

“Un nuevo libro de José Enrique Rodó”. *El Imparcial*. México, 17 de junio de 1912: 7.

Zea, Leopoldo. “Rodó y el ideal humanista de Latinoamérica”. *La América de Rodó. Revista de la Universidad de México* 8-11.

—. “Rodó y nuestra América”. *Rodó. Cuadernos de Marcha* 59-61.